

Terenci Moix

No digas que fue un sueño



Novela de amor, sobre fondo histórico, «*No digas que fue un sueño*» arranca de una situación de intenso dramatismo. Una mujer egregia llora su luto de amor en una barca que remonta el Nilo. Es la reina Cleopatra, que ha sido abandonada por su amante, el romano Marco Antonio. En el corazón de ambos, se debaten todos los conflictos del amor y la pasión, que culminarán con nuevos encuentros, encaminados a un destino fatal.

«*No digas que fue un sueño*» es una novela sobre todas las fases del amor, enmarcada en un período histórico apasionante: los estertores del Egipto amenazado por el imperialismo de la todopoderosa Roma. Pero es, sobre todo, un intento de reivindicar la figura de una de las mujeres más fascinantes de la historia: la reina Cleopatra Séptima. Desfigurada a menudo por el cine, Cleopatra se erige en esta novela como un personaje original y contradictorio. Ya no es la típica devoradora de hombres, sino una mujer cultivada, maternal, enamorada y, sobre todo, entregada por completo a la política.

A su alrededor, los avatares de una ciudad mítica: Alejandría. Y las ruinas de un Egipto que va pereciendo. A través del amor de Antonio y Cleopatra, el autor presenta un retablo preciosista de la antigüedad clásica, haciendo viajar al lector a Atenas, Roma, Antioquía, Judea y, por supuesto al Alto Nilo.

Entre otros muchos personajes, aparecen Totmés, joven sacerdote de Isis, Cesarión, el hijo de Cleopatra y Julio César, Octavio Augusto, el implacable caudillo romano decidido a convertirse en dueño del mundo, y Octavia, su noble hermana, ejemplo de

dedicación y entereza. Con estos personajes, la historia y la ficción se dan la mano para presentar un espléndido retablo sobre el amor, la muerte y la caída de los imperios, temas muy caros al autor.



Terenci Moix

No digas que fue un sueño

Marco Antonio y Cleopatra

ePub r1.0
Liete 23.04.13

Título original: *No digas que fue un sueño*
Terenci Moix, 1986

Editor digital: Lieté
ePub base r1.0

más libros en Bajaebooks.com

A Carles Mir Andrea, por su ayuda

*A Nuria Espert, por el rostro de
Cleopatra.*

*A Montserrat Caballé, por la
voz de Cleopatra.*

A Antonio Gala, por el título.

*A Anna María Moix, por los
puntos y las comas.*

Insolentes lectores nos tratarán como ramera. Misérrimos poetas cantarán, desafinando, nuestra historia. Mediocres comediantes llevarán a la escena nuestras fiestas de Alejandría. Se representará a Antonio borracho, y yo veré a algún jovencito de voz chillona hacer de Cleopatra y dar a mi grandeza la postura de una puta.

SHAKESPEARE, ANTONIO Y CLEOPATRA

*Cuando a medianoche se escuche
pasar una invisible comparsa
con música maravillosa y grandes voces,
tu suerte que declina, tus obras fracasadas
los planes de tu vida que resultaron errados
no llores vanamente.
Como hombre preparado desde tiempo atrás,
como un valiente
di tu adiós a Alejandría, que se aleja.
No te engañes
NO DIGAS QUE FUE UN SUEÑO.
No aceptes tan vanas esperanzas.
Como hombre preparado desde tiempo atrás,
como un valiente
como corresponde a quien de tal ciudad fue
digno
acércate con paso firme a la ventana,
y escucha con emoción —no con lamentos
ni ruegos de débiles— como último placer,
los sonos, los maravillosos instrumentos de la
comparsa misteriosa
y di tu adiós a esa Alejandría
que pierdes para siempre.*

CAVAFIS, EL DIOS
ABANDONA A ANTONIO

LIBRO PRIMERO.

SERPIENTE DEL NILO

*Ella era el último miembro de una raza solitaria y sutil.
Era una flor que Alejandría había tardado trescientos
años en producir y que la eternidad no puede marchitar.
Y se abrió ante un soldado romano, sencillo pero
inteligente...*

E. M. FORSTER, ALEXANDRIA

Y dijo la mujer:

—Maldito sea Amor, que me asesina. Teñid de muerte el Nilo. Poned luto a las nubes. Convertid Egipto en un sepulcro.

Y así se hizo. Y el espanto fue descendiendo por el río. Y la muerte se instaló en las orillas. Y cayó el infierno sobre el universo.

Cumplida la orden, una densa nube negra entoldó los cielos en los que jamás hay nubes. Por lo insólita, dijérase el velo de una diosa traicionera. Dijérase sangre podrida goteando sobre los frondosos palmerales, las forestas de papiros, los huertos y jardines que un día fueron fértiles.

Una galera real bogaba con majestuosa lentitud en busca de los confines más remotos del reino; allí donde éste se pierde en los desiertos que corren en busca de las selvas ignotas, donde dicen que nace el río santo.

La negrura llegaba acompañada por himnos tan tristes como el día. Era la incesante percusión de cien timbales doloridos. Era el batir de cien

remos en las aguas, tan tristes a su vez que también se habían vuelto negras.

Las riberas se llenaron de campesinos procedentes de los villorrios más próximos. Llegaban formando procesión, y en sus arrugados rostros, en sus arrugas surcadas por el sol de muchos siglos, el asombro alternaba con el miedo. Se arrojaban al suelo, escondían la cabeza entre las cañas, se golpeaban el pecho con piedras afiladas y frotaban sus ojos con fango, como se viene haciendo desde los tiempos más remotos cuando muere un monarca o la naturaleza rompe su curso inexorable porque los dioses no están satisfechos.

La nube negra se posaba sobre todos los colores del paisaje, tan sensible en los albores del mes de Atir, cuando la luz ya no llega agobiada por los flagelos del estío. Los palmerales y los trigales, los bosques de sicomoros, las mimosas, los hibiscos, las yedras que trepaban por los palacios, todo cuanto ayer fue un despliegue de esplendoroso colorido quedaba encerrado en aquel color único, manto siniestro que los campesinos, aterrados, no podían reconocer. Pues ignoraban la clase de perfumes de cuya mezcla brotaba.

Perfumes que esparcían por doquier los esclavos negros de la nave.

¡Perfumes de las noches de Alejandría! Emanaciones entremezcladas de sándalo, de almizcle y ambarina; esencias de incienso, pachulí y la mirra que adormece los sentidos; fluctuaciones de heliotropo y azucenas combinadas con el zumo aceitoso que destilan las gardenias cuando han rozado el sexo de una virgen nabatea.

Al contacto con el aire, la mezcla lo teñía de luto. Y así emponzoñadas, las auras calan sobre los campesinos como una condena. La noche más pavorosa se adueñaba del día. Y todos lo interpretaron como un augurio del final del universo, según se anuncia en las inscripciones de los templos antiguos.

Los campesinos acogieron la catástrofe salmodiando cantos mortuorios aprendidos en los grandes funerales y transmitidos de una generación a otra.

Y cuando los esclavos que esparcían los perfumes descansaban un instante, la nube artificial se diluía. Y en medio de una breve pausa, semejante a un amanecer, surgían como un consuelo las familiares aguas del Nilo y, surcándolas, una soberbia proa en forma de papiro. Y sobre las estrías rosicler que el avance abría en la corriente, emergía la embarcación de Cleopatra Séptima.

¡Navegaba hacia la matriz de Egipto, la suprema majestad de Alejandría!

Entonces descubrieron los campesinos que la famosa embarcación iba de luto. Negras eran las velas, negra la cubierta, enteramente negros los mascarones y hasta los regios estandartes. ¿No anunciaba todo ello algún lúgubre prodigio? Hasta ayer fue, una nave suntuosa, más brillante aún que todo el oro de las minas del Sinaí, más deslumbrante que todos los colores de las columnas del templo de Amón. Fue igual que un cofre repleto de riquezas y hoy era urna para restos de difuntos. Surcó los mares hasta la misma Roma, y hoy parecía un cuervo viejo que sólo aspirase a morir en la ignota soledad de los desiertos.

¿Qué orden pronunciada en la lejana Alejandría destruyó el donaire de aquella galera, disimulándolo bajo un disfraz tan negro como la nube que aplastaba los azules del Nilo?

Había sido un grito de Cleopatra. Lo pronunció con los brazos en alto cual si invocase a todas las diosas de la venganza, fuesen griegas o egipcias:

—¡Muerte sobre mi amor ingrato! Que pongan luto a mi galera como pusieron oro cuando fui a su encuentro. Los tesoros de Egipto deslumbraron su codicia. Que el luto de Egipto sepulte para siempre su

recuerdo. Luto en mi nave, ministros. Luto en los cielos. Y en el propio Nilo, luto.

Y todo fueron crespones y llevaron brazales los soldados y negras túnicas las damas de la que había sido la más amena entre las cortes. Y como un remate a la apariencia mortuoria de la galera, negro quedó también el solemne baldaquino, custodio a su vez del trono que ocupaba la reina para contemplar el lento transcurrir de las orillas, en navegaciones más felices.

Pero en aquel trono enlutado sólo quedaba un pañuelo azul que olvidó Cleopatra. Y éste era el emblema de su ausencia irremplazable.

Al descubrirlo, un personaje de noble aspecto que contemplaba a los campesinos desde la cubierta, exclamó:

—Sigue sin aparecer. Se nos esconde. Y hace ya tres jornadas que zarpamos de Alejandría.

Así habló Epistemo. Y era la suya una voz meliflua, que arrastraba el deje caprichoso del cortesano, pero escondiendo una última, inesperada revelación como cumple a la cautela del político.

—¡La reina consigue convertir en espectáculo su luto de amor! Si exige tanta suntuosidad a un abandono, ¿cuál no reservará para la muerte?, que los dioses quieran retrasar en lo posible.

Se dirigía a un mancebo de hermosos rasgos y porte altivo, además de otras singularidades que le convertían en el más pintoresco de los tripulantes de la nave. Pues mientras los demás vestían de negro, como ordenaba el luto de la reina, sus ropajes eran completamente blancos, cual corresponde a los hombres que hicieron voto de servir a los intereses del alma. Y llevaba la cabeza afeitada al modo inconfundible de quienes han jurado consagrarse al servicio de los dioses.

Con un amplio ademán que abarcaba la impenetrable negrura que los envolvía, exclamó:

—¡Todo este luto por simples amorfos!

—Y yo te digo: por un amor que fue cualquier cosa menos simple. Egregia en todo es Cleopatra Séptima. En la plenitud del amor lo era. En su hundimiento, lo es más todavía. Sábelo ya, pues la propia reina rompe su secreto al convertir la nave real en pública voz del desconsuelo. Sabe que el romano que ocupó su lecho, ese hipócrita que hace apenas un año la dejó encinta de dos príncipes, que ese Marco Antonio a quien ella hizo aparecer en los grandes monumentos como dueño y señor de Alejandría y después monarca de Oriente entero, que ese vil, esa alimaña, ha tomado esposa en Roma.

—¿Siendo Cleopatra la madre de sus hijos?

—Las leyes romanas sólo reconocen a los que Marco Antonio tuvo con su primera esposa, la infausta Fulvia... —se inclinó Epistemo hacia el mancebo, para hablarle en tono más reservado—. ¡Y puesto que de hijos hablamos, necesitaríamos altas matemáticas para contar los que fue engendrando Antonio por cuantas ciudades visitó antes de llegara Alejandría...!

La curiosidad del servidor de los dioses pudo más que su recato.

—¿Tantos hijos de un amante tan miserable?

—Amante miserable tal vez, esposo falso acaso, pero también un semental de mucha altura. ¿Tan impenetrable es el encierro de los templos que no os llega este tipo de noticias? Si tu castidad no tuviese que lamentarlo después, te contaría en qué trances ponían a Antonio los excesos de la carne. ¡Con decirte que cree descender del propio Hércules y estar además apadrinado por Baco! En confianza: si con tal combinación de furia y salvajismo no ha llenado de hijos todos los gineceos del Imperio, las mujeres del siglo debieran avergonzarse, pues

ya no saben parir como sus madres.

Al inclinar todo su cuerpo hacia adelante, en busca de mayor confianza, se encontró con una mueca de rechazo.

—Sin duda te burlas de mi sagrado ministerio, ya que invocas a dioses extranjeros. Has de saber que abomino de ellos y detesto al amante romano de la reina. A cuanto representa y a todos aquellos que lo comparten.

Y cuando en un movimiento demasiado brusco mostró uno de sus brazos, vio Epistemo que estaba afeitado al igual que la cabeza. Así pudo saber que se encontraba ante un miembro de la sagrada orden de Isis, pues sus acólitos son los más obcecados enemigos de la impureza del vello, que tanto ofende a la gran madre; y, a fin de sentirse limpios y así hacerse gratos a sus ojos, deben afeitarse todo el cuerpo dos veces por semana, lo cual suele ser objeto de burla por parte de los blasfemos y de los viajeros que llegan de Roma.

Procedía el mancebo de un iseion del Alto Nilo, según contó con gran brevedad y ahorro de palabras, pues era de natural austero. También dijo llamarse Totmés, en honor al dios Tot. Entonces el servidor de Epistemo le trató de anticuado, pues los mozos a la moda prefieren llamarse Hermes, derivación griega de aquel nombre que en el pasado ostentó el dios con cabeza de ibis, patrón de la sabiduría. Y aunque Epistemo quiso añadir frivolidad a la grosería de su servidor, se encontró con el abierto rechazo de Totmés. Se resistía a cualquier otro comentario referente a su persona y sólo parecían interesarle los campesinos de la orilla y los sucesos que se desarrollaban en el camarote de la reina.

—¡Tantas promesas de amor de boca de un romano, sólo podían acabar en luto! —siguió diciendo Epistemo.

—¿De qué sirve hablar de Antonio y de su boca si todo queda reducido hoy a un abandono y pronto, muy pronto será olvido? Es lo

único que entiendo de esta historia y de cuantas giran en torno al desamor. Sé que a la postre todos somos olvido colocado en manos de una voluntad más alta que los sueños del mundo. De repente, un sobresalto sacudió a todos los tripulantes.

—¡Silencio! —exclamó Epistemo—. Accede a presentarse ante nosotros la suprema majestad de Cleopatra. Todos se arrodillaron.

¿Podía ser Cleopatra Séptima aquella figura encorvada, que subía con gran dificultad la escalera del camarote y gimoteaba como una vieja moribunda? ¿Podía ser la reina más fascinante del mundo aquel fardo de velos negros que se apoyaba en el brazo de su primer consejero para conseguir avanzar apenas unos pasos?

Su aparición, por lo deseada, había engañado a la corte. Los sacerdotes de rango inferior arrojaron a los pebeteros de oro una plétora de esencias y perfumes. Los soldados, que hasta entonces andaban distraídos por cubierta, permitiéndose las actitudes más indolentes, se apresuraron a formar un pasillo a guisa de camino sagrado, cuadrándose con el porte altivo que corresponde a las grandes ceremonias. Las esclavas nubias acomodaron el trono de baldaquín y a su alrededor se agruparon los cortesanos más íntimos. Fue transportado casi en volandas el arpista ciego y afinaron sus delicados instrumentos las tañedoras de laúd. Comparecieron asimismo las danzarinas, los equilibristas y el narrador de historias fantásticas.

Pero al ver avanzar a aquella anciana prematura se produjo un silencio de muerte en todos los rincones de cubierta. Todos los preparativos de la alegría quedaron suspendidos sin que mediase orden alguna. Fue el resultado de un desencanto común. Nadie escapó a su influjo. Doncellas, eunucos, malabaristas, danzarinas, esclavos y

marineros quedaron inmóviles, con los ojos clavados en aquella pareja que dijérase formada por dos profesionales del llanto, como las plañideras que se alquilan para llorar a discreción en los funerales de la alta nobleza.

Con el rostro oculto como el cuerpo y éste retorciéndose en sí mismo, aquella pobre mujer podría engañar a cualquiera. Sin embargo, la apariencia del noble Sosígenes no engañaba. Era la misma venerable figura que aparecía constantemente al lado de la reina desde los lejanos días de la guerra civil, cuando Cleopatra consiguió derrotar a su esposo y hermano, el imberbe Tolomeo, y adueñarse del trono de Egipto. Sosígenes, su preceptor de ayer, su consejero de siempre, era hoy el báculo que la sostenía, el lazarillo que orientaba sus pasos tambaleantes.

Cleopatra miró a su entorno, sin comprenderlo. El luto de la nave encontraba una respuesta adecuada en la doliente comitiva que seguían formando los campesinos. Pero ni siquiera este homenaje a su dolor conseguía afectarla.

Una vez sentada en el trono intentó adoptar la rígida actitud que tanto solía imponer a los embajadores extranjeros. La corte entera contuvo el aliento, esperando el estallido de la majestad. Fue una espera inútil. La cabeza de Cleopatra se desplomó sobre el pecho, y el fiel consejero corrió a sostenérsela. Quedó de pie y junto a ella, como en tantas ocasiones triunfales. Pero hoy se limitaba a ayudarla a sobrevivir.

—Buscaré en otros cuerpos el olvido del cuerpo de Antonio. No me importa que esto dé la razón a los romanos. Si ya fui maldita para ellos cuando me amó César, más tendrán que decir cuando me vean aferrada a una vulgar carne de galeras. ¡La puta de Antonio quiere serlo ahora de todos los hombres, incluso del más sucio! —calló por un instante. Se sintió invadida por una oleada de instantes dulces, recuerdos gentiles que parecían transportados por los cantos funerarios de las orillas—.

¡Antonio! ¡Este hombre indigno a quien tuve por el más grande de los héroes me llamaba serpiente del Nilo! ¡Cuánta ternura había en su ironía, y cuánto desprecio en los demás romanos! No fui otra cosa para ellos. Ni reina, ni mujer, ni madre. Sólo la serpiente del Nilo. Sí, la venenosa sierpe que se introdujo en los más floridos vergeles de Roma y, con mirada aviesa, hechizó la voluntad de su mejor macho. Para destruirlo, dicen ellos. No piensan que de un macho intenté hacer un hombre.

—El despecho te lleva a exagerar, mi reina.

Cleopatra intentó sonreír. Por un instante su voz se hizo más dura, con la dureza del sarcasmo.

—¿Entonces es sólo despecho este dolor que me asesina? Ojalá fuese así, pues sería muy sencillo combatirlo. Tanto que podría solucionarse con otro crimen. Un sicario bien remunerado llevaría mi venganza a Roma y acabaría con la ofensa acabando con Antonio. En los subterráneos de nuestros santuarios hay boticas donde los sacerdotes consiguen los mejores venenos del mundo. ¡Qué sencilla sería la venganza que no deja rastro! ¡Si fuese despecho, Sosígenes, si sólo fuese despecho como dices...! ¡Que me lo manden los dioses para acelerar mi consuelo con una muerte! Si es despecho ni siquiera necesitaré recurrir a un emisario. Tengo arrestos para presentarme en Roma y hundir mi daga en el corazón de mi esposo aborrecido. ¡He de verle retorcerse ensangrentado a los pies de su cordera romana!

Ni siquiera Sosígenes pudo prevenir el repentino acceso de su rabia. Se incorporó de un salto, corrió hacia uno de los soldados y arrebató en un instante la espada que le colgaba del cinto. Todo fue demasiado rápido para que el soldado pudiese detenerla. Estaba ya junto a la borda, con la espada en alto, apuntando en dirección a Roma. Y gritaba:

—Contra ti, Antonio. ¡Contra ti a partir de ahora!

Estaba completamente erguida. En su arrebató se había arrancado el

velo que le cubría el rostro. Tuvo por unos momentos el empaque de una diosa. Sus mejillas aparecían encendidas y el cabello, abundante y liso, semejaba un estandarte que pregonaba su grandeza. Pero sólo fue un instante. Su propia furia cayó sobre ella, aplastándola. Su propia furia la devolvió al dolor, y todo su cuerpo se encogió de nuevo.

—El despecho es tan cruel como el amor —exclamó, tendiendo el brazo armado hacia sus esclavas—. ¡Carmiana, Iris, amigas mías, tenedme la mano, no dejéis que se aferre a la espada! No es para mi esposo. Es para mi pecho, que fue incapaz de vibrar y retenerle. ¿No he de tener la dignidad de mis ancestros? ¿No sabré cómo acabar con esta angustia?

Un recuerdo excepcional detuvo sus gritos. Regresó un instante privilegiado de su vida, un instante privilegiado del mundo entero. Y era aquel en que entró triunfalmente en Roma, como huésped del gran Julio César. ¡Cuando su esplendorosa juventud todavía era capaz de derrotar al Tiempo!

—Vosotros, que me visteis llorar, escuchadme ahora. ¡Contra los años jóvenes de la romana, mi cuerpo egregio! ¡Contra el desprecio que me hace Antonio, el respeto que me tuvo César! ¡Obtuve el amor del más grande de todos los conquistadores! ¿Ha de ser Antonio más que César, cuando se permite rechazarme? No será mi majestad quien lo tolere. No lloréis por mi agonía, pues no existe. Es despecho. Es mi sed de venganza. Que cesen estos salmos de dolor. Que cese el luto. ¡Oro para mi barca! ¡Velas rojas que anuncien mi alegría! Que recuerde el mundo que esta barca llevó a César por el Nilo, y esto le basta para ser un palacio...

Y entonces se dirigió a los campesinos de la orilla:

—¡Silencio ya! Este dolor ofende a mi grandeza. ¿No veis que me rebaja?

Pero los campesinos no podían reconocer a la reina de Egipto en aquella figura grotesca que, aferrada a la borda, continuaba implorando silencio. El dolor ya estaba disparado y era como una orden que, recogida por la multitud, no podía detenerse. Seguía en las orillas el más esplendoroso funeral que tuviese en vida una soberana.

Muchos brazos fueron necesarios para arrancarla de la borda. Lloraban sus damas, rompían todas las cadenas del protocolo, estrechándola contra sus cuerpos, recibiendo su llanto. Y aquella amazona del despecho, que había recorrido la cubierta a zancadas indignas de su rango, volvió a empequeñecerse como antes, y todo su cuerpo fue formando un ovillo de velos que la iban cubriendo hasta que ya nadie pudo verla, hasta que se perdió en el laberinto que Amor creaba en su alma.

Se la llevaron al camarote. Y Epistemo permaneció largo rato arrodillado. Acariciaba el pañuelo, retazo de azul celeste que guardaba remembranzas de otras horas; aquellas en que la alegría de Cleopatra brilló con los fulgores de un topacio.

Pero Totmés no compartía su éxtasis. Mientras las damas de la reina intentaban calmar la curiosidad de la tripulación con explicaciones poco plausibles, el joven sacerdote regresó al fastidio que, desde hacía horas, le inspiraban sus compañeros de viaje.

Ya era mucho que tolerase la compañía de aquellos dos hombres, majestuoso el uno, innoble el otro, que le habían sometido a una persecución, tan incómoda como extraña, no bien le descubrieron en el lugar más apartado de la proa, absorto en sus meditaciones. Todo cuanto perdió en intimidad —su más preciada pertenencia— lo ganó sin embargo en explicaciones sobre la vida alejandrina, que él desconocía

por completo. Y en aquel tráfico de indiscreciones estuvieron a punto de arrancarle la única que podía resultarle fatal.

—¡Eres avaro, buen Totmés! Te vales de tu encanto juvenil para sonsacarme todo tipo de confidencias sobre la reina, y a cambio no me ofreces nada. —Rió con un estilo ruidoso, que quiso parecer coquetería y quedó en parodia—. O mi madurez se va acercando a la senectud mucho más rápidamente de cuanto siempre temí o los de tu oficio lleváis el misterio por escudo.

Totmés se puso en guardia. En los ojillos acechantes de aquel hombre acababa de descubrir la astucia del áspid.

—¿Y qué misterio podría revelarte? Sólo conozco los del culto que profeso.

—Te lo diré en pocas palabras: los de esta madrugada.

—¿Los de esta madrugada, Epistemo?

—Exactamente. Pues he sido testigo de un suceso extraordinario. Voy a refrescarte la memoria, ministro de Isis. Esta madrugada recalamos en el puerto de Panópolis. Yo no podía dormir a causa del calor y subí a cubierta. Me extrañaba que nos detuviésemos, lejos aún del punto de destino y en una ciudad ajena a los planes de la reina. No tiene allí negocios, que yo sepa. Ni los tiene su luto, que es lo único que hoy le importa. En fin, dejo aparte consideraciones, pues lo verdaderamente raro de esta escala es que sólo sirviese para recoger a un joven sacerdote de Isis, demasiado preocupado por ocultarse entre las sombras como para que su presencia no despertase curiosidad. A mí, particularmente, tanto sigilo llegó a intrigarme.

El criado mimaba las descripciones de su dueño con una exageración que incurría en lo grotesco. Y aunque Epistemo esperaba ciertos resultados del efecto que su explicación produjese en Totmés, se encontró ante un rostro inescrutable.

—Tu conversación resultaba más amena cuando me hablabas de la corte. No te apartes de ella, Epistemo. Comprenderás, que conociendo tan pocas cosas de Cleopatra, sería una pérdida de tiempo hablar de mí, que nada soy ni nada pretendo ser.

La habilidad dialéctica del perfecto cortesano resultó estéril. Bien dicen que la capacidad para el silencio es la mejor asignatura que se imparte en los seminarios de los dioses egipcios. Y Totmés la llevaba muy aprendida cuando, señalando hacia la orilla, murmuró:

—Tiene más valor el llanto de este pueblo que todos los amores contrariados de Alejandría.

Epistemo recogió la sugerencia. Con aquel giro, la conversación regresaba a sus orígenes. Era ladino el joven sacerdote. O acaso un pobre ingenuo por creer que conseguía parecérsele.

Se volvió hacia el cortejo de campesinos que seguían la galera de Cleopatra. Continuaban cantando. Hacían chocar dos piedras, igual que en tiempos de los grandes faraones. Rimaban aquella salmodia funeraria como si el lento descenso de la nave arrastrase consigo un fragmento de sus propias vidas y los últimos restos del gran tiempo de Egipto.

Epistemo creyó ver en Totmés un reflejo de cualquiera de ellos. La gravedad de su expresión se difuminaba bajo una placidez que remitía a una infancia perdida ya, aunque no lejana. Y toda su piel tenía el color del cobre vivo y el porte orgulloso que hace de cada campesino del valle un príncipe y de cada príncipe un cofre lleno de misterios.

Totmés razonaba en voz alta:

—Las historias de amor suelen conmover a las almas sencillas. Poco sé de vuestras politiquerías, Epistemo, pero tanto asombro, tanto horror en el Nilo me dice que acrecentará en gran manera la fama de Cleopatra.

—Demuestras una deliciosa ingenuidad al confiar que el pueblo conoce los hechos de sus reyes. ¿Quién de entre esos campesinos vio

jamás la persona de Cleopatra? Si antes navegó hasta tan lejos fue para entretener a sus amantes romanos, pero sólo se dignó salir de su galera para consagrar algún templo y culminar así la obra de sus ancestros. Por lo demás, su rostro es tan misterioso para esos miserables como el de los dioses cuyas funciones representa...

Como si se arrepintiese de haberse mostrado demasiado serio, Epistemo emitía una risita que recordaba el sonido de una ocarina. Y Totmés volvió a considerarle un enemigo de la seriedad y un perverso cazador de indiscreciones.

—La grandeza de Cleopatra se muestra tanto en sus aciertos como en sus desmanes. ¡Suprema incongruencia de la majestad! Para estar a su altura, la fidelidad de sus súbditos no puede tener un único rostro. Por lo cual te digo que este luto es el sueño de una mente enferma y, no obstante, rindo un tributo de admiración a la actitud de Cleopatra porque ordenó celebrarlo. Pues yo estaba con ella la tarde en que decidió arrojar su agonía con tal fuerza que alcanzase el rostro de los propios dioses.

Por primera vez mostró Totmés una expresión interesada. Y cuando Epistemo le rodeó la espalda para conducirle aparte de cualquier escucha, no se vio rechazado.

Epistemo rememoraba para su compañero un atardecer reciente en las terrazas del palacio de Cleopatra. Desde sus balaustradas se contemplan las ninfas en las olas, en sus parterres pasean en paz los pavos reales. Son terrazas flanqueadas por riberas tan fecundas como las del Nilo, pero orientadas hacia aquellas aguas que conducen a las tierras griegas, de donde dicen que llegó Alejandro para instalar en el vientre de Egipto la regia estirpe que culmina en Cleopatra. Y es bien cierto que, al igual que sus reyes, nació Alejandría de este pacto entre el limo que fecunda el

valle y la sal que pone aguamarinas en las rocas del litoral.

La sangre mezclada de dos mundos palpitaba en las arterias de la ciudad divina.

Ya el faro había encendido sus luces, guía de cuantos navegantes buscan en Alejandría el buen refugio. Ya se encendían los fuegos votivos ante los altares de los muchos dioses extranjeros que tienen culto abierto en el barrio de las posadas. Los antorcheros ponían llamas en las esquinas. Y en las tabernas, allá al fondo de los aljibes de barro pintarrajeado, se irisaban los vinos más diversos por el fulgor que proyectaba el holocausto de las nubes en el cielo. Así, color de sangre o de rosa mística, se cargaba el cielo de pasiones cuando agonizaba sobre Alejandría.

Y al contemplar la huida del sol, la reina Cleopatra se encontró dividida en dos almas. Una era griega e imaginaba a Helios con los rasgos de un efebo rubio que recorría el espacio en cuádriga dorada. La otra, era alma tan egipcia que adoraba a Ra, el dios cuya barca se hunde en las tinieblas para librar el combate contra las fuerzas del Mal, resurgiendo cada día invicto, renovador de la fuerza que asegura el constante renacer de todo lo creado.

A aquellas horas del día la intimidad de la reina de Egipto se acoplaba a las mutaciones del cielo. Como las nubes, como la luz, como el propio sol, se dejaba seducir por fluctuaciones no programadas.

Era el instante privilegiado en que la placidez ya sólo concede audiencias a la pereza, alcahueta a su vez de la memoria. Atrás quedaba una jornada llena de compromisos debidos, en parte, a los quehaceres de la política y, en parte, a las exigencias del protocolo.

Pues era cierto que Antonio, obligado a desplazarse a Roma para presidir los funerales de su esposa, había dejado en Alejandría demasiados asuntos. Tantos como para agotar las fuerzas de cualquier

gobernante que careciese de la pasión de Cleopatra. Pero la madurez le había enseñado una verdad primordial, pregonada de muy reciente en las escuelas más prestigiosas de su ciudad divina. Decía aquella verdad que la mente más inclinada a la acción ha de ceder paso a la suave vaguedad del alma, a lo inconsistente de su propia esencia, para hallar el equilibrio que permite afrontar los combates diarios con vigor renovado e incluso enriquecido.

El crepúsculo propiciaba el abandono. A veces era el reposo absoluto: el sueño del opio y la mandrágora, acompañado por los dulces tañidos que arrancaba a su arpa dorada el ciego Ramose, quien sin haber visto jamás a su soberana la tenía por la más hermosa entre las estrellas. Ilusión en nada gratuita, pues entre los títulos de Cleopatra figuraba precisamente el de Estrella de Egipto. En otras ocasiones, menos dadas al ensueño, la placidez nacía de actividades que están en la esencia misma del carácter de Alejandría: la conversación con los astrónomos de palacio, la polémica con los filósofos del Museion —la soberbia institución cultural que no por casualidad depende de Cleopatra—, el estudio en las salas de la Gran Biblioteca o el paseo meditabundo entre los jardines suntuosos de la Soma, donde yace Alejandro protegido por un sarcófago de cristal tallado.

Pero aquella tarde en los albores del otoño alejandrino, aquella que estaba destinada a ser la más fatídica entre todas las tardes, la reina se consagraba al ocio y a la conversación intrascendente con algunos personajes privilegiados por el solo hecho de ocupar un triclinio junto al suyo. Y admiraba a los embajadores extranjeros su ingenio y agudeza, el alcance de sus conocimientos y la fluidez con que podía dirigirse a siete personas distintas en cada uno de sus idiomas.

La conversación fluía con dulzura a los sonos del arpa de Ramose. El lento derivar de la pereza ponía acentos poéticos en una simple

disertación sobre geografía. Cleopatra suspiraba en su triclinio. El cuerpo lacio, los miembros suavemente fatigados, los músculos flácidos, la piel recibiendo los primeros soplos del frescor que se va aproximando cual heraldo de la noche. Aroma de gardenias sobrecargando las auras. Pétalos de amapola reblandeciéndose en la tisana preferida. Y el suave murmullo del estanque lleno de nenúfares, anuncio de excelentes augurios.

¡Augurios felices llegaban por el mar! Lo anunció la rubia Carmiana, que quedó de vigía en la balaustrada. Una enorme trirreme estaba entrando en el muelle nuevo. Su porte grandioso, su avance insolente, pregonaban el descaro de Roma. Y una divisa roja, que ondeaba en lo más alto del palo mayor, anunciaba a los vigías de Cleopatra que la nave era portadora de noticias.

¡Nuevas para Cleopatra sólo podían ser nuevas de Antonio! De Antonio, exiliado en Roma.

Y si alguno de los reunidos se extrañase cuando al hablar del viaje del amado se invocaba al exilio, bastó recordar con cuánta pasión había depositado Antonio su voluntad sobre los mármoles de Alejandría. Durante un invierno ésta fue su ciudad, aquí estuvieron sus amores, en estos templos conmemoró sus triunfos militares para oprobio de los romanos e indignación de quien se había erigido en portavoz de sus destinos: Octavio Augusto. El heredero legitimado de César. El que compartió con Antonio la división del Imperio.

La sombra de quien era el compañero de su amado y a la vez el más acerbo de sus críticos enturbió por un instante las esperanzas de Cleopatra. ¡Aquel jovenzuelo demasiado arrogante seguía amenazando aun desde lejos! Su severidad proverbial dio paso a la dureza cada vez que exigió el regreso de Antonio a Roma. Predisponía contra él a sus mejores amigos, intentaba arrebatárle el amor de sus soldados, le pintaba ante el Senado como un borrachín que abandonó todos sus deberes para

fornicar con su concubina oriental en la más corrupta de las metrópolis: Alejandría, letrina del mundo.

Tenía motivos Cleopatra para temer que las noticias procedentes de Roma llevarsen algún filtro de amargura.

Se permitió un instante de congoja. Pero la causa no era Octavio, con ser motivo suficiente. Era algo más profundo y hasta ambiguo. Era el mordisco del gusano insensato que es compañero de todos los amantes. Eran los celos renaciendo en el fondo de su alma. Celos impresentables. Pues iban dirigidos contra un cadáver.

La asustaba más la influencia de Fulvia muerta que la hostilidad de Octavio vivo. Si éste constituía una amenaza contra la cual podría combatir una estrategia política bien organizada, Fulvia iba más allá en su violencia porque era: un recuerdo que atacaba desde el otro mundo. Lo que su cuerpo no consiguió en vida lo obtenía cuando sólo era un montón de cenizas recogidas en la pira funeraria: arrancara Antonio de su lecho de oro, arrebatarle de los opulentos fastos de Alejandría, despojarle de los suntuosos ropajes orientales que gustaba vestir y devolverle a la mediocre apariencia de la toga romana...

Aquella Fulvia, abandonada un día por Antonio, empezaba su venganza desde el mundo de los muertos.

Pero Cleopatra era hija de una tierra que durante siglos había convivido con la muerte, convirtiéndola en la idea iluminada que guía los pasos del hombre por el mundo. La muerte la miraba desde el fondo de las tumbas de sus antepasados, la muerte estaba presente en las invocaciones a los grandes dioses, la muerte estaba implícita en el devenir del tiempo, en los antojos de las estaciones del año y en las fluctuaciones del gran padre Nilo.

Si Fulvia preparaba sus armas para atacarla desde las oscuras cavernas, Cleopatra, reina, guerrera, amazona, se adentraría en ellas con

la destreza de quien conoce el camino desde todos los siglos que la han precedido. Pero, además, disponía de otros triunfos. Y eran los de la vida.

El primer triunfo era ella misma cuando se transfiguraba en hembra feroz, capaz de abandonar su envoltura de diosa y soberana y rebajarse a la pericia de una ramera para saciar los apetitos famosos de su amante. El segundo era la inmensa ladrona de voluntades en que podía convertirse la ciudad, en que puede convertirse Alejandría cuando abre su inmensa matriz para devorar a los amantes enloquecidos. El tercer triunfo eran dos criaturas.

Alejandro Helios y Cleopatra Selene, los gemelos nacidos para perpetuar el alcance mítico de la dinastía.

Partió Antonio a Roma sin conocerlos, pero con el orgullo de saber a ciencia cierta que su nacimiento estaba inscrito en las constelaciones. No utilizó su característico sarcasmo cuando lo anunciaron los astrónomos. Al fin y al cabo, la familia de Cleopatra —¡esos pintorescos Tolomeos!— era experta en trasladar a los cielos sus conflictos domésticos. Cuando, en el pasado, la reina Berenice perdió su ponderada cabellera, los astrónomos decidieron que había ascendido hasta las profundidades de la noche y quedó allí, inamovible, centelleante, transfigurada en la más hermosa de las constelaciones. Y si los azares de una reina excesivamente despistada podían cambiar el curso de los astros, ¿qué no harían esos niños nacidos del encuentro entre los dos ríos más fecundos, el río de Roma y el de Egipto, confluyendo en el apasionado litoral de Alejandría?

Esos dos hijos eran la vida. Eran la certeza de que la vida brotaba del cuerpo de Cleopatra como brota de los márgenes del Nilo. Contra el fantasma de Fulvia, los dos mellizos con nombres de reyes garantizaban un sueño largamente acariciado por Antonio: el dominio absoluto sobre Oriente. Pero al mismo tiempo representaban una continuidad anhelada,

suplicada a cuantas divinidades ostentan el pendón de la fertilidad. Imitar en el seno de su reina la gesta del más grande héroe que Antonio había conocido. Pues años antes, en aquella mujer privilegiada, había engendrado Julio César al futuro rey del mundo. Al príncipe Cesarión.

Y de él se hablaba ahora en los triclinios que rodeaban la intimidad de Cleopatra. Y fue su nombre el talismán contra sus cuitas momentáneas.

Pues ningún sentimiento podía compararse al que expresaba no bien surgía la menor alusión al primogénito. Y tan pronto admiraba sus progresos en las distintas disciplinas a que su educación de príncipe le sometía, como se lamentaba de la ausencia, no por necesaria menos enojosa, a que aquel mismo proceso le obligaba.

Ya el barco de Roma amarraba en el puerto, ya se consideraba inminente la llegada de algún mensajero de Antonio, y sin embargo el interés de Cleopatra permanecía distraído, si no dominado, por las opiniones que los presentes vertían sobre el príncipe. No perdía el tiempo calibrando su sinceridad, mucho menos sospechando que pudiera deberse a un vil halago de cortesanos. Se aceptó que la perfección de Cesarión era una verdad universal. Y no faltó quien comentase su hermosura.

¿No iba a ser hermoso si fue engendrado por el gran Julio en una descendiente de Alejandro?

La educación del príncipe, en Menfis, se convirtió en el tema dominante, aunque acogido con cierta perplejidad por los invitados extranjeros y muy en especial por Marcio, el general romano. Pues si bien este pueblo de bárbaros se siente fascinado por las magias y ritos milenarios que llegan del Oriente, todavía se encierran en un obstinado racionalismo cuando se trata de comprender las creencias de los pueblos que intentan dominar. Así, aquel sensato general romano consideraba un disparate casi cósmico que los sacerdotes de Menfis estuviesen iniciando al príncipe Cesarión en el culto a los bueyes sagrados. Explicárselo,

constituía una tarea demasiado ardua.

De ahí que una reina educada en todas las disciplinas del espíritu pudiera perder interés en la conversación y regresar, por el hastío, a sus quimeras. Y esto hacía Cleopatra, dejándose caer con negligencia en los mullidos almohadones, aspirando una vez más los aromas del almizcle e invocando el negro fantasma de Fulvia. A lo lejos fluían las palabras de sus consejeros, referidas a los bueyes sagrados y a la necesidad de que el príncipe Cesarión fuese consagrado en su seminario, del mismo modo que ella, la reina, tuvo su consagración en el templo de Hator, la diosa que se presenta con cabeza de vaca.

Fue entonces cuando la esclava Iris anunció la llegada del mensajero de Antonio, exiliado en Roma.

Todos la vieron saltar de su lecho de plumas. No fue malévola invención del romano, ni del embajador judío, ni del influyente mercader chipriota. No hubo difamación cuando contaron, después, aquel exceso. La reina, tan altiva en sus audiencias, tan cautelosa a la hora de tomar sus decisiones políticas, daba un tremendo salto que comprometía gravemente el perfecto plisado de su túnica de corte helenizante y corría hacia el mensajero, que acababa de arrodillarse entre dos oficiales de la guardia palatina.

Y también notaron todos que la enamorada jadeaba al preguntar:

—¿Qué nuevas traes de mi señor Antonio? Pero, antes, dime: ¿cuándo regresa a Alejandría? O dime de una vez que está en la nave y tú eres el heraldo de su buen arribo. Dímelo y te haré gobernador de la mejor provincia de mi reino.

Pero el mensajero permanecía mudo y no osaba levantar la mirada. De modo que insistió Cleopatra:

—Tendrás diez provincias si me dices que Antonio viene pisándote los talones. O si me indicas que acuda corriendo a mis estancias, porque fue directamente a abrazar a sus hijos, tanto ansiaba conocerlos. Pero callas. Por tu silencio conozco que no llega Antonio. Entonces ¿qué mensaje traes? ¿Dice Antonio que aún ama a su reina? ¿O sólo quiere saber de sus dos príncipes?

Un silencio sepulcral se había desplomado sobre la terraza. La mudez del enviado, su nerviosismo, motivaron miradas de inteligencia entre los compañeros de la reina. Y ella, impaciente y acaso temerosa como el propio mensajero, descendió a su altura y le aferró por los hombros, sacudiéndolo violentamente hasta que sus miradas se encontraron.

Y todos pudieron oír las palabras que, después, han recogido tantas crónicas:

—Marco Antonio ha tomado esposa en Roma.

Por tres veces tuvo que repetir la noticia, con tanta furia le zarandeaba Cleopatra, con tanta violencia le acusaba de arrojar calumnias sobre el amado. Y así es la fragilidad de las víctimas del amor. Pues jamás hubo amante abandonado que creyese en su suerte cuando ésta se le anuncia de improviso. Por tres veces deberá crecer el padre Nilo, y tendrán que agotarse muchos plenilunios en los cielos, para que el amante comprenda que el final fue definitivo y, una vez asumida esta verdad, decida darse muerte como muchos o acepte seguir viviendo con sus heridas abiertas, como todos.

La ira de Cleopatra emitió un último destello. Y tanto acusó de canalla y embustero al enviado, que éste retrocedió, temeroso, hasta que su espalda tropezó con la coraza de los soldados.

—Si tu anuncio es cierto, que muera Antonio como los escorpiones. ¡Que muera por su propio veneno! Díselo así cuando le veas. Pero antes dime quién es la feliz esposa, la que puede presumir de disfrutar los

goces que eran míos. ¡Dame su nombre! —y gritó a sus amigos—. Para que el mundo lo entienda tendrá que ser más joven que Cleopatra. Tendrá que ser mucho más bella. Tendrá que darle hijos más hermosos.

—Es la noble Octavia —contestó el mensajero.

Los presentes no pudieron reprimir un rumor entre sorprendido y escandalizado. Cleopatra, un desgarró.

—La hermana de mi enemigo. La hermana de Octavio —y, dirigiéndose a Marcio—: ¿No estaba ya casada esta perra romana?

En su posición de lugarteniente de Antonio, el general no se atrevía siquiera a hablar. Al fin murmuró:

—Es viuda, mi reina.

Cleopatra se echó a reír. Puso en entredicho su elegancia cuando escupió al suelo como una lavandera del mercado judío.

—¡Ved que se vende barata la virilidad de Antonio! Presumía de ser Hércules en el lecho de la reina de Egipto y hoy se conforma con un catre usado. —De repente, calló. No pudo reprimir una lágrima. Y su voz temblaba, al añadir—: Su amor siempre fue de dobles usos. Llegó al mío cuando ya lo había tenido César y hasta hace poco todavía me hizo sentir celos de la difunta Fulvia, que le había tenido a él. Pero es ridículo que ahora empañe el lustre de su nombre, pues antes empañé el mío por quererle. ¡En mala hora! Si una vez dejó a Fulvia por Cleopatra, cabía esperar que algún día dejase a Cleopatra por alguna nueva Fulvia. —Entonces se dirigió a Marcio—: Roma ha convertido la inconstancia en un oficio. Si tú nunca aprobaste que mi pueblo adore a los animales, yo te digo ahora que cualquier animal de Egipto es más noble que un romano.

Marcio se postró a los pies de Cleopatra. Ofrecía la digna estampa del homenaje, no del acatamiento. En su recio aspecto de soldado que curtió su madurez en tierras salvajes, bajo el azote constante de los elementos, se diría el último de los titanes rindiendo sus poderes ante la más

indefensa de las náyades. Y la barba, ya canosa, expresaba el buen juicio de quien puede comprender los azares del alma porque llegó a superarlos de tanto sufrir por ellos.

En su gesto hubo una última declaración de amor. Y la afirmación de una amistad que no sabía de intermediarios.

De esta manera lo entendió Cleopatra. Y así dijo:

—No es menester que me demuestres tu fidelidad, pues la conozco. Aquí, juntos, hemos visto correr horas muy agradables. Pero hoy nos falta el que las compartía o, mejor aún, quien las inspiraba. Por esto te digo que eres libre de abandonar Alejandría cuando lo desees. Corre junto a tu amigo y dile que has visto llorar a la reina de Egipto. Nadie, ni siquiera él, lo vio antes de hoy. Nadie volverá a verlo.

Marcio titubeó. Tuvo que incorporarse para adoptar la actitud del soldado y no la del admirador de la belleza.

—No puedo abandonar la guarnición de Alejandría... sin una orden de Roma.

Desapareció el amigo. Lejos quedó la senectud venerable, el tacto del buen consejo. Y Cleopatra sólo distinguía las atribuciones de la coraza dorada y, en ella, el águila amenazadora.

—¡No era amistad, debí entenderlo! Roma no se irá de Egipto aunque haya recobrado la fidelidad de Antonio. El amor anuló mi visión hasta hacerme pensar que mi enemigo era Fulvia, que está muerta. No recordé que Octavio sigue vivo. Mi amor retuvo a Antonio, quien a su vez te retenía a ti. ¡Pero sólo Octavio puede ordenarte que te vayas! Quédate, pues. Pero no como amigo, sino como invasor de mi tierra.

En otra circunstancia, las palabras de Cleopatra hubieran significado una afrenta que sólo una complicada intervención política conseguiría borrar. Pero en aquella hora del gran rechazo, cuando todo un fragmento de vida quedaba definitivamente a sus espaldas, la ira de la amante de

Antonio no podía ofender ni sus improprios insultar. Por primera vez en su vida la regia hembra se encontraba frente a una evidencia que la dejaba más desnuda aún que el abandono: sus súbditos no retrocedían ante el estallido de su cólera, sus esclavos no se arrodillaban temiendo ser flagelados, los soldados no rendían las armas a su paso. Por el contrario, el joven capitán de la guardia balbuceaba para evitar las lágrimas —¡tan joven era!—, los cortesanos se acercaban a consolarla y sus dos damas, Iris y Carmiana, la acogían entre sus brazos para evitar que se desvaneciera.

La condujeron hasta el gineceo. Se apartaron las esclavas negras y corrieron los eunucos junto a Carmiana, para formularle mil preguntas sobre lo sucedido. El arpista ciego lloró lágrimas vacías por su reina. Y ella ofrecía tal lividez, su piel se había vuelto tan blanca, que pensaron si no habría probado alguna mascarilla de belleza que contuviese una excesiva cantidad de loto húmedo.

Allí, entre cortinas de seda, sobre un lecho de plumas, mucho más mullido por cuanto se levantaban sobre él montañas de almohadones de los más encendidos colores, dormían Alejandro Helios y Cleopatra Selene.

Tan divinos eran los gemelos que sus nombres invocaban a las fuerzas primordiales que existían ya antes del mundo y mucho antes de que empezasen a nacer los dioses. Alejandro era el Sol y Cleopatra era la Luna. Resplandecían como tales entre el esplendor de colores que avivaba aún más su sueño, tan blanco como los enigmas de la vida cuando todavía está por producirse. Y en la fuerza que a veces arrancaban al propio sueño, contrayendo el cuerpo, doblando hacia arriba las rodillas o batiendo el aire con las manitas cerradas; en este combate eternamente repetido que es el de la vida nueva contra el mundo que desconoce, demostraban ya la audacia que indican sus nombres. Cleopatra, así

llamada para perpetuar el empaque de siete mujeres de la dinastía. Y Alejandro, el último dios que aceptó vivir entre los hombres y conducirlos a la altura de los Inmortales.

La reina estuvo a punto de arrojarse sobre los niños, pero las dos nodrizas —robustas y bonachonas, porque eran de una aldea del valle— se le acercaron, previsoras y asustadas a la vez. Pues no se sabía si en el gesto desesperado de la madre había amor o furia de asesina.

En el singular combate entre la dignidad y el amor, triunfó la reina. Y halló restos de su empaque para dirigirse a sus dos damas preferidas:

—Nadie ha de decir que lloré en este día. Mucho menos vosotras dos, amigas que podéis convertir os en reos de indiscreción. Pues me visteis gritar en las torturas del parto y en ellas me mostré débil, de modo que si volvierais a ver mis lágrimas tomaríais también por debilidad lo que sólo ha de ser mi aprendizaje del odio. Pues es forzoso que esta noche la reina de Egipto consiga aborrecer al malnacido.

La vieron alejarse hacia sus estancias, completamente sola, con la espalda gibada, tambaleándose por primera vez en su vida y arrastrando el velo azul, color del Tiempo en Alejandría.

Las nodrizas descansaron más tranquilas al tener a la madre separada de los dos niños. Pues temían lo que siempre se ha escrito sobre las mujeres arrebatadas por la furia de un amor herido: que son en todo iguales a los cerdos, el más impuro de los animales de Egipto porque es capaz de devorar a sus cachorros.

Pero no era ésta la feroz disposición de Cleopatra, según pudieron oír, desde los oscuros pasillos del ala norte, las personas que formaban su pequeña sociedad. Y todas tuvieron ocasión de compadecerla cuando llegó, desde lejos, su agonía.

Atravesó salones, escalinatas y pasillos un aullido patético:

—¡Háblame, Antonio! ¡Háblame, malvado, que sólo siento un vacío

espantoso en el alma!

Y así transcurrió la noche y fue como si la muerte pasease por los tejados de Alejandría. Y creyó la reina vislumbrar el negro manto de las parcas y escuchar el tétrico ladrido de los perreznos trífidos que suelen acompañarlas. ¡Alejandría, la ciudad única, origen y culminación del mundo, sólo era un camposanto adornado por grupos escultóricos que representaban a las horas más hermosas del amor!

¡Cuán distintas las tinieblas que cubrían los cielos de aquellas otras noches, alegres y encendidas, que vieron las orgías y triunfos del amado! ¡Cuántas noches recorrieron juntos, en la locura de una bacanal interminable, convertida hoy en un desfile de imágenes de muerte que emponzoñaban el alma cuando antes dieron fulgor a los sentidos! Alejandría, la ciudad divina, sólo era una pira gigantesca entre cuyas llamas ardían los despojos del amor perdido. Las luces, los gritos de placer, el ruido incesante de los carruajes o la música de las mil tabernas de los dos puertos demostraban que la ciudad seguía la acostumbrada algarabía de todas sus noches. Pero era inútil. ¡Ya no estaba Marco Antonio!

Y seguían recorriendo las estancias los gritos prolongados de Cleopatra. Gritos viles, indecorosos, que traspasaban el alma de los cortesanos como una confesión de impotencia. Y sonaron a intervalos durante toda la noche, y hasta más allá del alba, como esos gemidos que el viento arranca a las norias que giran y giran junto al lago Moeris y hacen que los griegos, ingenuos, imaginen que son la voz de los difuntos.

Cuando ya el sol se encontraba en lo más alto de su viaje y llegaba el viento griego con su cargamento de aromas recogido al pasar por el mercado, cuando ya la ciudad vomitaba la agitación que ella misma creaba en sus entrañas, cuando las puntas de oro de los grandes obeliscos proyectaban mil espejuelos contra las academias de mármol, sólo

entonces salió la reina de su alcoba y convocó de nuevo a quienes la intimidad había convertido en celosos guardianes de su angustia durante la pesadilla de la noche ya pasada.

Nada en su gesto la delató. Mantenía la augusta actitud que la hiciese temible como contrincante. Todo en ella indicaba que podía gobernar el mundo entero aun debajo del palio que el dolor desplegaba sobre su cabeza. Pero algunos descuidos recordaban el combate mortal que había estado librando: los afeites se habían diluido con el sudor; los rizos del cabello, peinado anoche a la última moda de Atenas, aparecían deshechos, en greñas desordenadas, y la túnica, tan airosa ayer, se había convertido en un harapo.

Al poco, cien obreros empezaban a pintar de negro la nave de Cleopatra. Y las dársenas se llenaron de curiosos que propagaron el acontecimiento por todos los rincones de la ciudad. Se supo en los mercados y en los talleres, en los templos y en las bibliotecas, en las tabernas y en las mansiones de alcurnia. Y cuando ya la nave zarpaba hacia el corazón de Egipto, con las velas negras lanzando su mensaje de desesperación, los poetas a sueldo de la reina compusieron éposos melancólicos que recordaban cuán hermosa había sido aquella barca dorada en un viaje anterior, hacía ya muchos años. Cuando Antonio y Cleopatra remontaron el Nilo y lo llenaron de tanto amor que el propio río se avergonzó porque no cabía en su cauce.

A bordo de la nave enlutada, el joven sacerdote de Isis guardaba un devoto silencio, tanto le habían impresionado los recuerdos de Epistemo. Remontaban ya la parte más sinuosa de la región tebana, allí donde el río efectúa una amplia curva y permite contemplar, en la distancia, las montañas de piedra rosácea, los afilados riscos, los valles minerales en

cuyo vientre se guardan los restos de reyes que hicieron la gloria de Tebas cuando ésta era reina del mundo y faltaban mil años para que el poder del Nilo se trasladase a orillas del mar. Para que naciese Alejandría.

Cuando aparecieron las montañas, a las que los nativos daban el nombre de Guardianas de la Eternidad, Totmés sintió un profundo estremecimiento, como si se presentase ante sus ojos todo el esplendor de un tiempo que jamás vivió, pero que era su propio tiempo y su sentimiento más profundo: el único que le correspondía. No ignoraba que los reyes de la familia de Cleopatra —¡reyes extranjeros!— habían osado abrir las tumbas de Tebas para satisfacer la curiosidad de los viajeros romanos, que convertían los restos del antiguo poder faraónico en objeto de curiosidad apto para saciar su afán de pintoresquismo, tan propio de nuevos ricos. Pero a su voracidad oponía Totmés aquella íntima sensación de estar ligado a una corriente indescifrable y, sin embargo, segura. En aquellas tumbas lejanas, en aquellos restos que le precedían en más de mil años, reconocía el augurio de su destino.

Volvió a la realidad, no bien Epistemo le conminó a que se apartase para dejar paso a la insólita animación que se había adueñado de la cubierta. Después de tres jornadas de luto, se anunciaba algún suceso excepcional. Iban de un lado para otro las camareras más próximas a la reina, se aprestaban los coperos mientras las esclavas libias buscaban los enormes abanicos de plumas y los lacayos arreglaban la litera que Cleopatra utilizaba para sus desplazamientos. Y Totmés confirmó que estaba a punto de producirse algún cambio en la monotonía del viaje.

Aunque pocos cambios podían sorprenderle tanto como los que se operaban en la voz de Epistemo a cada nuevo comentario sobre la reina. Al verle ahora, poseído por una ternura repentina, Totmés empezó a considerar lo poco que sabía de la condición humana. Su mente fue

atravesada por un rayo que le mostró, en un segundo, todas las horas transcurridas en las oscuras estancias del iseion. Se vio a sí mismo creciendo lentamente, poseído primero por la fiebre de los dioses y, después, por la fiebre incesante del saber. Vio todos sus años resumidos en un solo segundo. Al niño que fue y al joven que era lo habían rodeado con una espesa muralla de conocimientos que están vedados al resto de los mortales. Pero antes de consagrarle en el altar divino, convirtiéndole así en el miembro más joven del culto, el gran sacerdote le reveló la verdad última; no la que se esconde tras el velo de Isis, como creen los profanos, sino aquella verdad que sólo se encuentra más allá de la mirada primera de la Creación. Y su luz fue tan intensa, que los ojos de Totmés quedaron presa de la ceguera divina.

Hoy volvía a cegarlos otra especie de fuego: brotaba de Epistemo y sus llamas ya no eran del cielo. Quiso averiguar si eran benéficas o acaso destructivas. Pero sus preguntas quedaron sin respuesta, pues se enfrentaba a la única asignatura que sus superiores no se acordaron de enseñarle: el insondable misterio del corazón humano.

El suceso que todos los ocupantes de la nave esperaban desvió la curiosidad de Totmés y avivó una singular excitación en el ánimo de Epistemo, cuyos ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas, ya enrojecidas por el vino.

Pero no apareció como se esperaba la rutilante majestad de Cleopatra. Sólo la discreta autoridad de Carmiana, cuyos rubios cabellos, insólitos en aquel apartado rincón del reino, destacaban como un látigo formado por espigas de trigo que al ser zarandeadas por el viento flagelaban la negrura del crucero.

—Las diosas negras siguen acampadas en el camarote —exclamó Epistemo, incorporándose—. Tan amorosa es Cleopatra Séptima, que la tristeza no quiere apartarse de su lado.

A una indicación de Carmiana acudió el capitán de la guardia real, Apolodoro, que hasta entonces se limitaba a controlar las luctuosas evoluciones que los campesinos seguían efectuando en las orillas. Carmiana y el capitán intercambiaron unas palabras. Al poco, llegaron otros soldados. Custodiaban a un atleta de formidables proporciones, tanto más destacadas al presentarse en desnudez casi total. Pues sólo la disimulaba una escueta piel de leopardo a guisa de faldón, ajustado a su vez a los pétreos muslos. Una corona de mirto le rodeaba las sienes, contribuyendo a recrear la imagen de alguna alegoría mitológica.

—¿Otro Hércules, otro Baco u otro Tritón? —exclamó Epistemo, apurando su copa—. ¡A fe que no tuvo tantos atletas el Olimpo como los que van apareciendo en esta nave!

Y olímpico era en verdad el atleta. Tan descomunal se presentaba a los ojos de la corte que hubo quien calculó el precio que podría obtenerse por él en cualquier escuela de gladiadores. Sus músculos habíanse desarrollado hasta formar una imponente masa que dijérase cincelada en un montículo de basalto del Sinaí. Su cuerpo era un canto a la belleza.

Y Epistemo le dirigió una extraña mirada. Tal vez de odio.

—Sólo le falta vello en abundancia para recordar en todo a Marco Antonio. Aunque debo reconocer que estaba ya muy adiposo la última vez que le vi en las termas de la vía Canópica.

Totmés observaba con ostensible reprobación la desnudez del atleta y los escasos atributos con que le habían adornado. Supo que era un galeote que llevaba dos años cumpliendo condena en el vientre de la nave. Y lo imaginó aferrado al remo, maldiciendo su suerte minuto tras minuto, murmurando los que faltaban para el cumplimiento de su condena... o acaso para la liberación suprema de la muerte. Y lo imaginaba sucio, encadenado sobre sus propios excrementos, pasto de ladillas y piojos...

—Cleopatra busca su consuelo en cuerpos que recuerdan al de

Antonio. Sus rituales no constituyen un secreto: en más de una ocasión se los vio hacer el amor en público. ¿Acaso ignoras que él aparecía disfrazado de Hércules y ella de Venus-Afroditas? Incluso en el coito alcanzaban las alturas del mito...

El servidor, que ahora sostenía la copa vacía de su amo, reía con una obscenidad que rebasó la paciencia de Totmés. Y todavía añadió Epistemo:

—Es el cuarto Hércules en tan escasas jornadas de viaje. Con otros tres intentó consolarse Cleopatra antes de que tú embarcases. Al parecer, el comercio carnal resultó sumamente mediocre. Lejos de calmar su deseo, la dejaron más vacía que antes.

—Vuelves a desconcertarme, charlatán. ¿Qué fidelidad es la tuya que colocas a la reina a la altura de una puta?

—Odiar y amar. Adorar y aborrecer. Son vinos que se fermentaron en el mismo odre. Por esto digo: ¡que pague Cleopatra en su propia alma el dolor que inflige a los demás! Pero también es mi deseo más ardiente que olvide en brazos de este hombre el suplicio que la lleva a la locura.

—¿En brazos de un sucio galeote? Nunca oí un deseo tan burdo.

Pero Totmés tuvo que rectificar, ya que el cuerpo del atleta había sido ungido para elevarle por encima de la condición humana. La piel despedía los destellos del acero, pues le habían aplicado ungüentos perfumados. Los rizos, intensamente negros, titilaban como si se hubiesen convertido en domicilio de luciérnagas, tal era la calidad de los aceites con que fueron ungidos. Y los labios, carnosos como las vísceras del leopardo, encendíanse por el instante de libertad que le había sido adjudicada.

Y antes de desaparecer por la escalera que conducía al camarote real, todavía demostró un gesto de sorpresa; pues Carmiana y el capitán, al escoltarle, le daban tratamiento de monarca.

Así lo comentó el joven Totmés, con mayor sorpresa aún. Rió entonces Epistemo. Y brillaban sus ojos con el fuego de una agresividad típicamente cortesana, inconfundiblemente alejandrina. Era una violencia disfrazada de galanura.

—Por sus atavíos deduzco que incluso le dan mejor trato que a ti mismo.

—¿Y qué tendría yo que ver con un trato de este estilo? —contestó el mancebo, desviando la mirada hacia sus blancas vestimentas y ofendido por una comparación que las comprometía.

Epistemo le acorraló con el cuerpo recargado de oropeles.

—Porque sé que esta madrugada, no bien llegaste a bordo, te condujeron a presencia de la reina, quien no recibiría en este trance ni al propio Tifón que dejase sus infiernos. Esto quise decir, sin ir más allá ni buscar ofensa.

Pero había pulsado una cuerda más delicada todavía en el corazón del sacerdote. Y éste perdió por primera vez el control de sí mismo al exclamar:

—¿Cuál es tu juego? Y antes que nada, dime: ¿desde qué situación, con qué poder te dispones a jugarlo?

—Mi juego puede ser salvaje porque deduzco el tuyo. Adivino hasta dónde puede llegar la hipocresía de los servidores de los dioses.

—No he de hacerte caso. Estás borracho.

Y el servidor parecía confirmarlo. Pues dejó de lado el recipiente del vino y en adelante se consagró a sostener a su señor.

—Cuanto hombres se acercan a Cleopatra huelen de manera especial —gritaba Epistemo—. Tu piel despide su aroma. ¿Por qué te sonrojas, cerdo? ¿Es porque te estoy recordando cosas que tu uniforme sagrado no te permite aventurar siquiera?

Totmés intentó escapar al interrogatorio. Apartándose de Epistemo se

confundió entre los malabaristas que, junto al baldaquín, esperaban todavía la aparición de la reina. Pero fue en vano. Su contrincante —que no otra cosa era ya Epistemo— le alcanzó junto a la escotilla y, agarrándole por la muñeca, le apartó de todas las miradas.

—¿Eres un sacerdote o un vulgar prostituido?

La voz de Totmés fue ahora la de un pobre suplicante. Apenas un gemido de agonía.

—¡Déjame! Si éste es tu juego, me humilla.

—¿También tú has servido de consuelo a Cleopatra? Tu cuerpo está muy lejos de parecerse al de Antonio y mucho menos al de un Hércules. Pero es un cuerpecillo delicioso. Podría ser el de un niño. Podría ser el del hijo de la sacra Isis. También yo conozco a mis dioses, Totmés; no es necesario encerrarse en un templo toda la vida. Así, exactamente igual que tú se nos presenta el hijo de Isis: con su cabecita afeitada, su cuerpo ligeramente musculado, su piel limpia y casta, y el pubis sin una sombra de vello... ¡Apuesto a que Cleopatra cabe apreciar un pubis afeitado en honor de la diosa a quien representa!

Las manos de Epistemo se habían convertido en garras que mantenían a Totmés fuertemente aferrado. Y para su desesperación, acariciaba cada uno de los miembros que iba invocando en su delirio.

—Eres hermoso, Totmés, y tu cabeza es lisa y suave como la del niño divino. ¿Te sentó Cleopatra en su regazo, como hace Isis con su hijo? ¿Te desnudó con sus propias manos o te desnudaron las esclavas? Estoy seguro de que lo hizo ella misma. Es experta como amante y como madre. Sólo me queda saber qué placer puede preferir en una noche de luto. ¡No será ninguno que no hubiesen probado sus antepasados! ¿No os enseñaron en tu templo que las Tolomeas se casan siempre con sus hermanos? ¿No se acostaban con sus propias hijas nuestros reyes más antiguos? No te asombres, Totmés: incluso un frívolo cortesano, un

parlanchín, un bufón de la reina puede tener algunos conocimientos. Y si me apuras, hasta un poco de comprensión. Sí, me corresponde ser comprensivo. Tanto lo soy que incluso me felicito de tu llegada a este barco. Y te diré más: encuentro lícito que Cleopatra intente olvidara Antonio mediante un matrimonio místico con alguien que se parezca a su hijo. Es más que lícito. ¡Al fin y al cabo, ella es la gran Isis!

Totmés le vio avanzar hacia el baldaquín real. Tomó el pañuelo que la reina dejó olvidado en el trono el día anterior y se lo llevó a los labios.

Intentó reír, pero sólo consiguió emitir un aullido salvaje, desesperado, que se fue paralizando hasta dar paso a un espasmo atroz. Y cuando intentaba avanzar hacia Totmés, tambaleante como un enfermo de mal sagrado, tropezó con un montón de cuerdas y cayó de rodillas. Continuaba estrechando el pañuelo de Cleopatra contra su pecho.

—¡Bastardo de Isis! ¡Habla de una vez! ¿Te reveló Cleopatra la sabiduría del amor o sólo la del deseo?

Y ante sus ojos, húmedos a causa de las lágrimas, apareció Totmés bajo un aspecto desconocido. Sonreía con toda la serenidad de la pureza. Y su voz era dulce, reposada, como las notas que arranca a su arpa el ciego Ramose.

—Epistemo, quienquiera que seas conozco que sufres. Adivino un suplicio espantoso detrás de cuanto dices. Pero yo no puedo hacer nada por ti. La sabiduría de que me hablas me está vedada. Desconozco los crímenes del amor, igual que sus virtudes. Y no he de conocer el desvarío que produce en los humanos. Porque he jurado castidad ante los dioses de mis padres y de cuantos padres vivieron antes que ellos en estas tierras del Nilo. Y sé que mi cuerpo no conocerá el goce de otros cuerpos ni ha de reproducirse en otras vidas.

El cortesano pareció avergonzarse de su anterior arrebato, pues tendió la mano hacia Totmés para que le ayudara a levantarse. Y en adelante su

tristeza fue más serena. Y en sus palabras sólo hubo melancolía:

—En verdad te digo que mi juego es estúpido y sé está volviendo contra mí, de manera que este comportamiento es una farsa absurda. Porque conozco perfectamente la razón de tu estancia en esta nave y nada de cuanto he dicho puede ser cierto. Pero sí lo es que he bebido en exceso y te he odiado por amor, lo cual no encierra ninguna contradicción porque el amor es el peor de los vinos. ¡No lo bebas nunca en Alejandría! Querrán emborracharte con amores y al principio sentirás que nunca conociste un arrebató tan dulce. Pues dulce es el primer grado de su embriaguez, pero amargo el vómito que te conduce hasta el luto.

Y no hubo misterio mayor para Totmés que aquellos aforismos de un corazón herido. Le veía sangrar frente a él, sin acertar la causa. Era un dolor misterioso como la personalidad de Epistemo, tan cambiante. Pues el que hasta entonces fuese un alejandrino disfrazado de judío, parlanchín, extravagante y afeminado, se había convertido de pronto en un caballero poseído por tina vejez prematura: Y sólo entonces observó Totmés que su barba era blanca y sus facciones decrepitas. Pero este triunfo del Tiempo, que venía a recuperar sus derechos, le otorgaba una dignidad, un respeto que, paradójicamente, asustaba mucho más que su frívola apariencia anterior. En adelante, Totmés debería enfrentarse a un hombre de categoría, no a un payaso.

Epistemo continuaba acariciando el pañuelo de la reina cuando volvió a abrirse el camarote real. De nuevo apareció Carmiana.

—Por fin sabremos si el consuelo del Hércules fue eficaz —exclamó Epistemo, avanzando hacia la esclava.

Pero Totmés intentó retenerle, tomándole de la mano; fue un acto de inspiración más que de comprensión certera.

—No lo hagas —dijo, con dulzura—. Lo que te está dictando el corazón es algo malo.

Epistemo se deshizo de la mano de Totmés. Pero acarició su cabeza rapada. Y puso cariño al sonreírle.

—El corazón no habla a los castos. Esto, tontuelo, es el alma. Y el alma sólo ama a los dioses. Así es de estúpida.

Carmiana buscaba apresuradamente al capitán del barco entre los marineros que faenaban en la proa. Aparecía distraída, como si un exceso de ocupaciones la estuviese agobiando. Contestó sin demasiado interés a las preguntas de Epistemo:

—La reina ha ordenado que nos detengamos en Tintiris. Quiere hacer una ofrenda a la diosa del amor y postrarse a sus plantas a fin de que se sirva iluminarla.

—No me interesan los asuntos de Cleopatra. Háblame de su cuerpo. ¿Qué estímulos recibe bajo aquella masa de músculos?

Carmiana adoptó la actitud de una comadre amante del enredo y ansiosa de pregonar cualquier hablilla:

—Ha sido terrible, noble Epistemo. Terrible.

—¿Otra vez? —preguntó el hombre, ansioso.

—Ha sido un nuevo puñal en el corazón de la reina. Cuando aquel bruto, ataviado cual iba Antonio en sus bacanales, la estrechó completamente desnuda contra su pecho, Cleopatra se ha puesto a gritar lo mismo que una leona en trance de muerte. Golpeaba brutalmente su rostro con el puño cerrado, como si quisiera destruir tanta hermosura. Acto seguido, se ha dejado caer sobre el lecho, sumida en un llanto patético. Ahora está al cuidado de Sosígenes. Y yo estoy por echarme a llorar porque en tantas adversidades veo la mano negra de alguna divinidad celosa de las gracias de Cleopatra. Quizás ofendiese a Venus-Afrodita al hacerse pasar por ella para excitar a su amante. Y la diosa se venga ahora con muy mal estilo, si me está permitido comentarlo. Pues cada hombre que la reina intenta abrazar para olvidarse de Antonio la va

hundiendo más y más en la desesperación —súbitamente, detuvo su charla y examinó a Totmés con menosprecio—. Pero no sé si debo contar estas cosas delante de extraños...

—No es un extraño —dijo Epistemo—. Es alguien de quien oirás hablar muy a menudo. Y será para bien o no conozco yo mi oficio.

A Totmés le sorprendió la generosidad de aquella referencia, pues no había motivos objetivos que la justificasen. Sintió entonces que la corte estaba tendiendo sus redes. Y las consideró temibles, aunque llegasen bajo el disfraz del buen hacer.

—En cuanto a tu oficio, buen Epistemo, haz que se note —dijo Carmiana con una sonrisa melindrosa—. La reina te pide que no cuentes estos asuntos al rey Herodes cuando llegues a Judea. No desea que sepa cuán vulnerable puede ser una enemiga.

Epistemo se limitó a encogerse de hombros y a seguir a la doncella con una sonrisa melancólica aunque no exenta de satisfacción. Era como si el fracaso de Cleopatra encendiese en su interior promesas de victoria.

Pero había sembrado en el alma de Totmés más dudas de las que ya albergaba. Su voto de confianza a un joven sacerdote a quien veía por primera vez era digno de toda duda. Sus celos exagerados resultaban más dudosos aún si al poco de estallar tenía que pronunciarse tan favorablemente en favor suyo. Y las últimas palabras de Carmiana contribuían a acrecentar el misterio, pese a parecer completamente normales en una conversación entre antiguos conocidos.

Decidido a obtener alguna respuesta para tantas preguntas, el mancebo abordó abiertamente al criado de aquel gran señor desconocido:

—¿Qué quiso decir la doncella de la reina con las últimas palabras que ha dirigido a tu amo? —Pero el esclavo no contestaba. Y Totmés tuvo que insistir de nuevo—: ¿Por qué se refirió a Judea y al rey Herodes?

En la mirada del criado ya no brillaba la grosera socarronería de antes, sino una total indiferencia por cuanto sucedía a su alrededor. Era como si se encontrase mil años antes o mil años después de aquellos sucesos. Y Totmés entendió que no conseguiría arrancarle una sola palabra. Pues al entrar al servicio del noble Epistemo había hecho voto de amnesia inmediata.

La reina se debatía contra las lujosas telas que adornaban el lecho. Iris y Carmiana intentaban recostarla en vano. Ella pugnaba por incorporarse y rasgar con las uñas las cortinas de seda. También se revolcaba entre las sábanas de raso, retorciéndolas hasta que formaron un sinfín de pliegues diminutos. Y su alma continuaba en la misma indecisión:

—No es amor, os lo juro. Decídselo a mi pueblo. Que se repita mil veces. Que se pregone por todos los rincones del valle. Que llegue al desierto y se inscriba en las estelas que marcan los confines de mi reino. ¡Es venganza, sí! ¡Es odio que arrojo más allá de los mares! —Se incorporó de nuevo. Olfateaba el aire, al modo de una gata que busca olores conocidos para orientarse—. ¿Dónde está el mar? ¡Quiero gritárselo al mar! ¡Que mi odio lo atraviese y al llegar a Roma fulmine a Antonio y a su pulcra viuda! Id a contárselo al mar.

—Hace ya días que lo dejamos atrás, mi reina.

—No es cierto. Oigo cómo ruge el mar de Alejandría. El mar y la ciudad se burlan. ¡Sí! Merezco ser el bufón del mundo entero... ¿Quién engañó mi voluntad? ¿Qué quiere esta flota de cuervos que graznan sobre mis ojos?

—Nos estamos acercando a Tintira, como fue tu deseo.

—Entonces es el Nilo. ¡Ah, este río baña mis orígenes como el mar bañaba mis amores! Porque era amor, lo sé, amor más grande que la vida,

amor que no puede tener comedimiento. ¿De qué otro modo podría amar la reina de Egipto? Que lo sepa Antonio en su lecho nupcial. Nadie ha de amarle así. Nadie fundirá el universo en un abrazo, nadie ha de darle en su mirada todos los órdenes del cielo, nadie en un beso todas las fuerzas de la naturaleza. Es amor, lo sé. Amor que sólo se calma en lo infinito.

Regresaba el llanto. Y ella lo acogía sin la menor resistencia, mientras Iris acercaba a sus labios una tisana muy caliente.

—¿Tan dañino es Amor que exige drogas para calmar los dolores que inflige? ¿O he conseguido despertar tanto afecto que mis súbditos me conceden el consuelo de la muerte sin que tenga que pedirlo?

—Bebe, dulce señora. Es un licor de mandrágora destinado a serenarte.

La mandrágora no le dio el dulce fluir de un erotismo secreto, propiedad que la hace tan apreciada por los amantes no correspondidos, ansiosos de ganar la voluntad de una dama desdeñosa. Por el contrario, la mandrágora tuvo el efecto fulminante de un yunque destinado a aplastar la conciencia. Y antes de sucumbir por completo a aquel efecto, comprendió Cleopatra que la fiel Iris, tan diestra en la preparación de ciertas formas del opio, vertió en aquel mejunje el jugo de la planta que los nigromantes llaman adormidera.

Pero los agobios que Amor envía a los mortales desvalidos no desaparecen con el sueño, antes bien atacan con mayor porfía, pues ya no hallan defensas a su paso. Así aparecen los felices días del ayer mortificados por la tortura del presente, que continúa acechando allá en el fondo del alma.

Así también, el sueño de Cleopatra estuvo lleno de instantes de Antonio. Y no alimentaba su despecho, sino que se instauraba como un dios de tan altísimas prendas que, incluso para ella, resultaba inalcanzable. La voz más recóndita de la droga se lo repetía

incansablemente: «No le mereces. Él es la perfección y tú un gusano. Él es hijo de Hércules. Él es Baco redivivo. ¿Eres tú digna de la fuerza prodigiosa de Antonio, capaz de destrozar con sus potentes manos al mismísimo león de Nemea? ¿Eres tú digna de su alegre talante, su infinita capacidad de gozar todos los dones, de despertar la felicidad en los instintos como Baco siembra los dones de la embriaguez, rodeado de sus traviesos faunos?».

—Te amo —repetía ella en su delirio—. Los dioses se ríen de mí, pero te amo.

Cuando recobró el sentido, Carmiana e Iris continuaban a su lado. Diríanse dos geniecillos diligentes cuya sola misión consistiese en proteger los malos sueños de los mártires del amor. Pero eran a la vez dos devotas de la mujer a quien servían. Eran dos amigas de la mejor amiga del mundo. Eran dos reinas, porque gozaban del favor y la predilección de la más grande soberana del universo. Y formaban también un solo cuerpo al cual se otorgó el don de poseer dos cabezas. El cuerpo era el de Egipto, airoso y delicado como sus amaneceres. Las cabezas correspondían a dos facetas distintas de su tiempo inmenso: pues era Iris de tez morena como los beduinos del desierto, y sus cabellos, tan negros como las noches que se ven desde las dunas, estaban peinados según la moda antigua con diminutos tirabuzones rematados por cuentas de lapislázuli. Por el contrario, los cabellos de Carmiana formaban un tupido, casquete de oro puro, desde cuya cima caían en delicadas hebras, según hacen las damas frívolas de Alejandría imitando a su vez la moda que llega a Atenas.

Iris y Carmiana colocaban en la frente de Cleopatra paños empapados en perfumes exóticos, tratando en vano de evitar sus ardores. Otras dos damas la abanicaban, y el movimiento de las plumas de avestruz levantaba el único soplo de aire inspirador de vida en el sofoco que

impregnaba el camarote. Y a los pies del lecho el diligente Sosígenes vigilaba el despertar de Cleopatra.

La miraba con cierto desasosiego. Por lo cual comprendió ella que el sueño de la mandrágora no la había librado de la imprudencia.

—Ya no caben disimulos. EL pueblo de Egipto ha de creer que el orgullo de su reina es más fuerte que los agravios de un amor funesto. Pero mi amigo de siempre, mi maestro, mi consejero, será partícipe de la agonía que empieza para mí a partir de ahora... —intentó incorporarse. Todo su cuerpo vacilaba. La mano de Sosígenes la sostuvo de nuevo. Las miradas se encontraron. Y añadió ella—: Quiero sinceridad, Sosígenes.

—Tu dolencia será larga —dijo el consejero, gravemente—. Y sólo el tiempo puede curarla.

—¡El tiempo! ¿Ha de socorrerme el más temido de los monstruos? Mírame bien, Sosígenes. Ya no soy aquella joven que hechizó a César. Los años han pasado sobre mi rostro. Míralo bien, pues ahora está limpio de afeites. ¿No descubres en su desnudez el azote del tiempo?

—No veo a la muchacha que aspiraba a dominar el mundo, cierto es. Pero veo a la mujer que está dotada para conseguirlo. El tiempo te ha mejorado, mi reina. No han sido los cosméticos.

—¡Tiempo para Cleopatra! En mala hora viene a socorrerme. Cuando estaba junto a Antonio quería aferrar el tiempo para que no transcurriese. Me despertaba por las noches y sentía que su cuerpo era tan bello, tan poderoso, que nunca envejecería. En su sueño, tenía la sonrisa de un niño. Y yo quería detener el curso de las horas, asirme a aquel instante de vida encerrado en el amor de mi hombre único. Y él seguía durmiendo, casi siempre borracho. ¡Cuántas veces tuve que arrancarle la copa de las manos! Aun vacía, separaba nuestros cuerpos. Y al acariciarle la frente, o jugando a veces con sus negros rizos, pensé que el tiempo nos disculparía. Pero ahora sé que el tiempo ha transcurrido para mí...

¿Cuántos años tengo ya, Sosígenes? ¡Calla! Te consideraré cruel si me lo dices. Que mi furia sólo vaya dirigida contra mí misma. Pues sé bien los años que tengo. Por treinta veces ha crecido el Nilo desde que mi padre anunció mi nacimiento en los altares de Alejandría.

—¿Y esto te preocupa? —preguntó con fingida frivolidad la gentil Iris—. Por cuarenta y tres veces ha crecido el Tíber desde que los dioses de Roma saludaron el nacimiento de Antonio.

El rostro de Cleopatra adquirió una violencia inusitada.

—¡Calla, estúpida! ¿Eres mujer y no sabes que los dioses fueron injustos al repartir el castigo de los arios? Cuantas más arrugas tenga el rostro de Antonio, más elogiada será su prudencia. En cambio, las arrugas de Cleopatra son su condena al abandono y a la soledad. Así ha sido desde que nacieron los dioses divididos en dos sexos contrincantes. Así ha de ser para Cleopatra.

El fugaz instante de lucidez se disipó... La reina regresaba al abandono, cubriéndose el rostro con las manos, tal vez en un intento de disimular que el llanto no la había abandonado.

—Ni siquiera la muerte es un consuelo —exclamó—. Empecé a construir mi tumba pensando que sería para dos amantes. ¡Qué soledad la de un sepulcro que ya sólo será mío!

—No estarás sola, mi reina. Todos tus antepasados te acompañarán en la larga noche de contar los años.

—¡Esta frase! Sólo un egipcio podría comprenderla. Y sólo un enamorado querría que fuese cierta.

—Cuando se cierra para siempre la losa de la tumba empieza para el difunto la noche que sólo puede terminar con el renacimiento. Y empezará a contar los años que faltan para alcanzarlo.

—¡Y he de contarlos sin Antonio! Descansaré entre reyes y reinas, príncipes y princesas y, presidiendo el ilustre cortejo, el cuerpo de

Alejandro. ¡El gran fundador de la dinastía y tantos y tantos parientes excepcionales, destinados a mortificarme con su presencia para toda la eternidad! Deja en paz a los muertos, Sosígenes. Devuélveme a Antonio. ¿No ves que hasta en la muerte le necesito? Durante uno de nuestros viajes por el Nilo le llevé a conocer las tumbas de los reyes de Tebas. Y en una de ellas cogí su mano entre las mías y le dije: «Amarás a Egipto cuando empieces a amar estas tumbas. En tu tierra quemáis a los muertos. En Egipto les damos mansiones de eternidad». Y entre las tinieblas de aquel lugar santificado por los siglos, él me besó dulcemente y dijo: «En esta vida tuya, en esta larga noche de contar los años, quiero un lugar para mí. Que la eternidad sea para los dos o no sea de ninguno».

Callaron todos. La nave no se movía. Era como si el Nilo se hubiese petrificado para impedir definitivamente el avance del luto. Sólo los ruidos de cubierta devolvían a la realidad su justo alcance. Al poco, se oyeron unos golpes en la puerta. Cuando Iris la abrió se encontró frente a Apolodoro, el capitán de Cleopatra. Intercambiaron en voz queda unas palabras que la dama no necesitó transmitir. Pues todos interpretaron que la nave acababa de recalar en Tintiris.

—Me prepararé para desplazarme al gran templo —dijo Cleopatra, en un nuevo intento de incorporarse—. Quiera la diosa acogerme en sus sublimes misterios para darme el sosiego que preciso.

—No te lo dará —intervino Sosígenes, gravemente—. Ningún dios puede calmarte. Ningún dios tiene este poder, pues los dioses no existen.

Cleopatra descubrió en su consejero la alevosía del filósofo de oficio. Y ella, que los había frecuentado a todos, comprendió de inmediato a qué razonamiento pretendía arrastrarla.

—Podrás engañar a todos tus sacerdotes, pero no a mí, que te eduqué en las disciplinas de la mente, ni a tus amigas, que te desnudan por las noches y te visten cuando nace el día. El arrua que necesitas para

enfrentarte a tu enfermedad no está en manos de los dioses, sino en las tuyas.

—¿Y cuál es el arma, consejero?

—La que te da tu propia inteligencia. Recupérala de una vez, Cleopatra. Tú corres a encerrarte en las criptas de un oscuro santuario, vas a hundirte en las profundidades del mundo cuando tu remedio está en la superficie. Mira a tu alrededor y se te hará la luz. La explicación es ésta: Roma y Egipto enfrentados en un duelo a muerte. Y, presidiéndolo, el joven Octavio. Un raro ingenio, según dicen. Y en espíritu tan grave como severo. Él es quien nos maneja a todos.

—Comprenderás que éste no es el mejor momento para hablar de política.

—¿Lo sería si te atrevieses a suponer que tal vez Antonio no ha dejado de amarte? Conociendo su carácter, no es fácil que la austeridad romana pueda compensarle de la voluptuosidad con que supiste envolver su vida.

Por un instante, Cleopatra se sintió traicionada.

—Fue una falsa voluptuosidad, Sosígenes, y tú lo sabes. Rodeé a Antonio de todos los placeres que podían retenerle a mi lado. Le di la voluptuosidad de la carne. Renové su asombro día a día, embriagando sus sentidos con los estímulos que Roma no puede darle: suntuosidad, exotismo y extravagancia hasta en el sexo. Por él fui tina sacerdotisa de la pasión. Pero conservé mi cerebro despierto.

—Entonces, ¿por qué se ha dormido de repente? ¿Por qué no piensa tu cerebro que Antonio todavía te ama con locura, pero se ha visto obligado a ceder ante una razón de estado?

Cleopatra se volvió con la cólera del basilisco.

—Porque le aborrecería mucho más. Puedo llorarle porque se enamora de esa viuda romana, puedo detestarle al pensar que profanó

mi lecho. Pero si supiese que ha sido tan débil como para ceder ante una orden de Octavio, entonces le despreciaría abiertamente. Pensaría que no conseguí que estuviese a mi altura.

Y Sosígenes se mostró extremadamente cauto al decir:

—Esta y no otra es el arma que necesitas para defenderte contra el amor.

—Un arma que desacreditase a Antonio sólo serviría para demostrarme que el amor de la reina de Egipto no vale nada. ¿Tan estúpida me consideras como para llorar por alguien que no lo merece? Cuando vi a Antonio por primera vez era yo una niña, todavía propensa a cualquier ensoñación. Llegó a Alejandría mucho antes que César y cuando yo ignoraba aún todo el mal que la intervención de Roma significaba para Egipto. Mucho menos podía comprender que al pedir ayuda a Roma mi padre, el gran Auletes, nos ponía para siempre en sus manos. Tú me lo contaste mucho más tarde, Sosígenes, pero en aquellos tiempos yo estaba todavía al cuidado de las damas de mi madre. Y todas salieron al balcón cuando aquel joven guerrero hizo su entrada en el patio de palacio. Suspiraban ante su apostura y mis hermanas mayores se atrevieron a arrojarle flores a los pies, cual si fuese el vencedor de mil gestas en Olimpia. ¡Era tan gallardo, tan fuerte y se contaban de él tantas historias heroicas, tantos hechos escandalosos que quedó en mi mente infantil como uno de esos héroes invencibles que aparecen en los viejos cantares! Mucho tiempo hubo de transcurrir hasta que aquel héroe prodigioso me hizo la más feliz entre las hembras. Antes tuve que soportar el matrimonio con mi propio hermano, imbécil, que no sólo imberbe. Después, pasó César por mi vida. Pero al fin, el heroico Antonio vino a mi barca dorada como yo le había esperado: vestido de Hércules y rodeado por los alegres faunos de Dionisos. Y yo le abrí los brazos como él quería que fuese: encarnando a Afrodita que surge de la espuma del

mar de Alejandría sólo para entregárselo. Era mi héroe, Sosígenes. Y si un héroe de su temple se somete a un decreto de Octavio, significa que el mundo entero ha caído en la más atroz vulgaridad.

Sosígenes tomó su mano y la besó:

—Reina de Egipto: tu culto a los héroes te honra, pero no corresponde a nuestros tiempos. Mientras Octavio pretende erigirse en amo del mundo mediante la razón, tu Antonio se conforma ocupando tus sueños a base de heroísmo.

—Basta ya, Sosígenes. Prefiero el consejo de los dioses. Que ellos me hablen esta noche por boca de la noble Dictias.

—¿Vas a recurrir a las supersticiones de este viejo buitre?

—Ella posee la ciencia milenaria de nuestros templos. Además, sé que me adora más allá del exceso.

Su rostro se iluminó con una antigua sonrisa: la que había utilizado para subyugar a los hombres cuando las astucias del cerebro no lo conseguían. Era la sonrisa que devolvía la vida a su rostro, la que era capaz de transfigurarle, convirtiéndola en la más hermosa de las esfinges. Era entonces cuando el mundo sucumbía ante un hechizo que nadie podía imitar y mucho menos explicarse. Contribuía a que una mujer que no era bella alcanzase la perfección de la belleza. Y nacía así la más fascinante entre las brujas.

—Quiero que Dictias vuelva a verme tal como fui en la perfección de mi primavera. Si hay dolor en mi rostro, ponédle el disfraz de la hermosura. Vestid mi cuerpo con sedas y pedrería, como la más vulgar de mis danzarinas. Y tú, Iris, no ahorres perfumes. Envuélveme con las aromas más penetrantes. Que mi sola presencia enerve los sentidos.

Sosígenes se inclinó indicando que abandonaba el camarote. No ocultaba una expresión de disgusto.

—Si te pones en manos de la superstición, significa que no necesitas

mi consejo.

Cleopatra le dirigió la sonrisa lisonjera, que él conocía demasiado bien. Era una sonrisa conquistadora de universos.

—También me acompañarán el noble Epistemo y el joven sacerdote de Isis. Es mi voluntad que se compenetren.

Y volvió al espejo, para obligar a su belleza a resurgir de entre los muertos.

Reinaba la luna llena sobre el mundo cuando la reducida comitiva dejó atrás la ciudad de Tintiris^[1] sin entrar en ella. Escucharon desde lejos el bullicio de sus calles, la conformación de una actividad creciente, poco habitual en aquella zona. Pero la vecindad del gran templo de Hator, centro de peregrinaje desde antiguo, había enriquecido a sus habitantes, y lo que fuese un villorrio sin importancia era hoy una muestra esplendorosa de sofisticación y poderío.

Desde el interior de la litera que compartía con Epistemo, el joven Totmés contemplaba las lejanas luces de la ciudad con expresión de desdén absoluto. Y al volverse a su compañero, no encontró su habitual sonrisa irónica. Por el contrario, diríase que empezaba a comprender sus largos silencios y a respetar la intimidad de sus meditaciones.

En aquella ocasión era simple: para un joven servidor de los dioses, el comprobar que la religión podía convertirse en una forma de comercio representaba un golpe no menos duro por sabido. Para Totmés, aquél era un lugar santo, y la utilización de la divinidad con motivos de lucro le revolvía las entrañas, le llenaba de una furia que hubiese podido convertirle fácilmente en un flagelo de la justicia divina. Al fin y al cabo, no carecía de precedentes. Pues cuentan las historias más antiguas que, airados los dioses por la maldad en que había incurrido el género

humano, enviaron a la tierra a la vaca celeste, a la dulce Hator, para que los castigase. Y tanto placer encontró Hator en el castigo que se aficionó a beber sangre, y tanta bebió que cayó en una embriaguez continua y funesta, pues casi dejó la tierra despoblada. Medida esta que no desaprobaba completamente Totmés al pensar que precisamente allí, en los vergeles que ahora atravesaban, tenía Hator un culto que servía para que unos hombres se enriqueciesen a costa de la piedad de otros.

Pero los portadores los acercaban ya al gran templo, instalado en los confines de la tierra cultivable, adentrándose en las dunas del desierto. Aunque estaba por concluir —y en conseguirlo tenía particular empeño la reina Cleopatra—, el santuario aparecía ya como una mole soberbia, de una elegancia sobrenatural, como un pedazo de eternidad surgido en un paisaje casi desnudo; un paisaje que, de repente, perteneciese a otro planeta. La luna proyectaba sobre el cielo una claridad espectral, propicia a la más inesperada revelación mística. Y era tanta la intensidad de aquella luz que llegaba a esconder el fulgor de las estrellas.

El templo estaba rodeado por una muralla de ladrillos que lo aislaba del mundo concediéndole el inapreciable don de la privacidad. Y sólo los andamios de los artistas que, de día, cincelaban miles de inscripciones en las paredes laterales invitaban a sospechar que hubiese vida humana en aquel recinto reservado a los dueños del cielo.

Mientras Totmés paseaba, maravillado, por los edificios secundarios, la litera de Cleopatra se detenía delante del pórtico y la reina descendía envuelta en un manto rojo que le restituía su majestad perdida. Y llegó, apresurada, una sacerdotisa de grado superior a quien rodeaban otras cinco que portaban sendas antorchas.

Vestían túnicas de lino blanco, y Cleopatra reconoció en ellas a esas jóvenes de nobles familias, princesas incluso, que desde tiempos inmemoriales, consagran su vida al servicio de la diosa. Y a pesar de lo

avanzado de la hora no vio en sus caras rastros de sueño, y sí una cierta agitación que no se debía a lo inesperado de su visita ni a las obligaciones del culto. Sonrió la reina, pues no ignoraba que algunas noches pueden resultar muy agitadas en la clausura de los templos. Y que las sacerdotisas se ponen en trance de gata ardorosa cuando les da el plenilunio.

—¿Cómo no ha salido a recibirme la noble Dictias?

No esperó que le abriesen el paso. Se encontraba ya en el vestíbulo y continuaba avanzando. La sacerdotisa se apresuró a colocarse a su lado. Y, todavía nerviosa, titubeó:

—Debiste anunciar tu visita con antelación, señora.

—Nunca necesitó hacerlo la reina de Egipto. ¿Desde cuándo tanta insolencia? ¿O acaso los templos que mando construir me excluyen de su culto cuando llego como humilde suplicante de Hator?

La sacerdotisa se ruborizó. No se atrevía a mirarla directamente.

—Te suplico que no prestes una interpretación equivocada a mis palabras. Jamás me hubiera atrevido a sugerir tal cosa a no ser... —calló unos segundos. Cleopatra la miraba con atención. Después de un silencio forzado, la joven se atrevió a decir—: Es porque encontrarás a la gran sacerdotisa en un estado lamentable.

—¿Está enferma? Si es así, ¿por qué no me ha sido comunicado?

—Es mucho más que esto, señora. En los últimos tiempos la noble Dichas parece enloquecida. Cada noche se encierra en el santo de los santos y ordena a las novicias que le sirvan continuamente cerveza o vino, según su antojo. A veces permanece aferrada a la estatua de la diosa y llora mucho. Y cuando ríe lo hace de manera incontrolada. Sus aullidos aterrizan a las más jóvenes. Ha envejecido prematuramente. Es como si los años le hubiesen caldo de improviso, hasta el punto de que en, nada recuerda a la que fue. Y ve cosas muy extrañas y pronuncia

continuamente un nombre que... No sé si puedo atreverme a pronunciarlo...

—El nombre. Te lo exijo.

—Cleopatra.

Habían llegado al pasillo procesional y por un instante revivió las suntuosas ceremonias a que asistía de niña, embebida su imaginación en el misterio que solía rodearlas. Recordaba cómo la barca de la diosa desfilaba entre las enormes columnas, a hombros de los sacerdotes jóvenes. Y aquel pasillo se prolongaba en el exterior, hasta alcanzar el Nilo, donde el pueblo acogía la barca sagrada con júbilo renovado, como en los tiempos más antiguos.

Pero el recuerdo fue sustituido por la soledad que, aquella noche, parecía amenazarla desde todos los rincones del recinto. Ofrecía un aspecto impresionante. De entre las tinieblas emergía la pétrea foresta formada por las columnas cuyos capiteles representaban el rostro de Hator, con sus orejas de vaca y la sonrisa que, de niña, se le antojaba una mueca de burla. Eran volúmenes gigantescos, colmados de inscripciones que recordaban las gestas heroicas o la piedad de su ilustre familia, colocadas ante las plantas de la diosa del amor. Y a través de las ventanas superiores se filtraba sobre el suelo o contra algunos rincones el reflejo argentado de la luna.

Entre aquella atmósfera cargada de mágicas resonancias, Cleopatra oyó los primeros gritos de Dictias. La descubrió entre cuatro sacerdotisas núbiles que reían desenfrenadamente, y se tocaban los senos mientras ella las perseguía con los ojos cerrados, como hacen las niñas en sus juegos.

Y el aspecto de la gran sacerdotisa era en verdad patético. Su rostro amarillento se hacía fúnebre al ponerse al alcance de la luna. Sus manos diríanse un amasijo de huesos fatigados. Y la túnica cárdena que la envolvía dejaba asomar de vez en cuando unas piernas arrugadas como el

pellejo de un asno anciano.

Al verla de aquella guisa, Cleopatra recordó el aspecto que ella misma ofreciera horas antes, en su nave. Y por un instante sintióse estremecer de vergüenza.

La sacerdotisa que la acompañaba había advertido a las demás, y, al notar la presencia real, recuperaron la seriedad; todas compusieron rápidamente su aspecto, y se le acercaron ceremoniosamente, olvidándose de Dictias.

—No os vayáis —gritaba ella—. No me dejéis sola. El fantasma está a punto de llegar. ¡Está aquí! ¡Lo veo!

Dictias retrocedió, y palpaba el aire con las manos, como buscando un refugio entre las tinieblas.

—No me dejéis sola con ella. Protegedme de su magia.

Y corría entre las columnas, daba saltos feroces, rasgaba las tinieblas con las uñas, hasta que el muro principal le impidió seguir retrocediendo.

—¿De qué habla? —preguntó Cleopatra.

—De un fantasma. El de una mujer. Se le aparece siempre que bebe. Y como bebe tanto, se ha convertido en huésped permanente del templo.

Las otras sacerdotisas cambiaron miradas de inteligencia y se echaron a reír. Pero al ver en ello una burla despiadada, Cleopatra arrebató el abanico de una de las doncellas y le golpeó brutalmente el rostro. Las demás callaron, intimidadas.

—Creo conocer a este fantasma. Y me apetece incorporarlo —dijo Cleopatra, en un tono quedo y misterioso, cuyo sentido escapó a sus acompañantes.

Dejó caer el manto y apareció su cuerpo entero bañado por los reflejos que la luna enviaba por las aberturas laterales. Y sus miembros se transparentaban a través de las tenues gasas que los envolvían. Y sus senos parecían a punto de brotar por encima de las ristras de piedras

preciosas que, rodeándolos, los sujetaban.

Empezó a avanzar organizándose en todos los ardides de una coquetería ancestral y refinada a la vez. Se cimbreaba al modo de las danzarinas profesionales. Y miraba con la fuerza de una heroína trágica.

Diríase en efecto un fantasma. Y Dictias, al verla entre aquella alternancia de luces y sombras, emitió un aullido pavoroso y cayó postrada de rodillas.

Se aferró a los relieves del muro. Y gritó:

—¡Vete de una vez, fantasma odiado! ¡No me arrastres contigo a los infiernos!

De pronto la reconoció. La quimera había tomado cuerpo. Tenía piel, tenía carne, tenía una sonrisa de serpiente. Y, como ella, sabía hechizar las voluntades.

Quiso ocultarse a aquellos ojos pintados como los de una meretriz. Pero el muro la había atrapado. Pareció tragarse su propio grito:

—¡Déjame sentir tus miembros para saber que eres Cleopatra!

—Si lo fuese, ¿qué efecto ha de producirme ver a mi gran sacerdotisa reducida a la categoría de una esclava? Y no sólo la categoría, según observo. Igual tu voluntad. ¿Tanto pudo anularla la bebida?

Tendió su mano hacia ella. Dictas la besó con fervor. Sus labios llegaron hasta el brazo, pero se interrumpieron ante las ajorcas de oro en forma de serpiente.

—No quiero que veas mi rostro, Cleopatra. Es como enfrentarse a la vejez. —Se apartó rápidamente—. ¡No me mires! Eres perversa. Eres cruel. Me matabas cuando eras el fantasma que aterroriza mis noches y hoy llegas desde lo más profundo de mi delirio para matarme doblemente.

—Si me quieres como siempre dijiste, ayúdame.

—¿Cómo podría yo, si necesito más ayuda que todas las criaturas que

agonizan en el mundo? Vivo aterrorizada por tu fantasma asesino. Cuando se apodera de mí durante el día, me consumo esperando que llegue la noche, pues pienso que el sueño se lo llevará, que me dará consuelo portándome visiones más serenas. Pero llega el sueño y es aún peor, porque vuelve la criatura del delirio. Y contra ella no hay defensa. Y eres siempre tú, puta imperial. Haces de mí la más dócil, la más indigna de todas las perras de Egipto. ¿Cómo quieres entonces que te ayude? ¿Cómo podría la que a nada aspira?

Dirigió una señal a los rincones más oscuros. Fue como si los jeroglíficos que se escondían entre las tinieblas cobrasen vida y se le acercasen, portando las ánforas del vino. Eran ninfas solícitas, casi niñas. Cumplían el servicio con una sonrisa parecida al deseo, que iban intercambiando entre ellas mismas. Y en la culminación de sus excesos, la gran sacerdotisa dejó de lado la cratera que una de las ninfas le llenaba y se aferró a sus piernas, buscando la piel bajo el lino blanco.

Pero al sentirlo, la arrojó lejos de sí y regresó a los pies de la reina. Los besaba con desesperación, los bañaba con sus lágrimas.

—Ay, Cleopatra. Tu fantasma contiene la más cruel de las perfidias. ¡Por tu culpa hasta los cuerpos que destilan miel son para mí fuentes de absenta!

—Mírame bien, Dichas. Tienes ante ti a la majestad de Egipto, que busca al oráculo de la diosa del amor. Pero si puedes sentir piedad ante una mujer abandonada, olvida todo protocolo y acaricia esta piel cuya dulzura han cantado los poetas. Despójame de mis vestiduras, mujer, y goza de mí. Y si existe algún placer posible en este mundo donde la muerte del amor asesinó a todos los goces, entonces dígame que Cleopatra resucitó donde nadie esperaba que lo hiciese. Ni siquiera ella misma.

Arrodillada aún, Dictias veía el cuerpo de la reina erguido ante ella como una soberbia escultura de las que el nuevo estilo hacía florecer en

los talleres más selectos de Alejandría. Era como un bloque de mármol veteado en leves estrías, un mármol que se levantase, apenas profanado, impoluto todavía, en el primer suspiro de la invención del arte. Y esto la hacía más parecida a un sueño que cualquier fantasma nacido del delirio.

Pero de repente, la estatua se arrodilló a la altura de la sacerdotisa y sus manos tomaron las suyas y las llevaron a la altura de los senos para que los encerrasen. Y los sostuvo Dictias, como si fuesen dos frutos dorados de los que crecen en los jardines elíseos, tan hechos a la medida del amor y tan poco propicios al tacto que se convierten en polvo si los dioses los tocan demasiado tiempo.

—¿Sigue siendo hermoso mi cuerpo, Dictias?

—Tu cuerpo es como un sagrario que sólo la diosa podría abrir. Déjame adorarlo, Cleopatra. Déjame adorarlo.

Llevó la mejilla hasta el vientre de la reina y en él permaneció unos instantes que fueron a diluirse entre las altas columnas, donde está inscrito el relato de los amores de la diosa.

—Sé que pagaré con más dolor este supremo instante de belleza —susurró Dictias.

—Quiero que me sean comunicados todos los misterios del amor que no conocí. Y que sus goces ocupen el lugar que un día fue de Antonio. Borra su recuerdo con tu piel en mi piel. Bórralo con tus labios en los míos.

El recinto se llenó de dulzura. La sublime Hator parecía patrocinar aquella entrega. Rompía las tinieblas un rayo de la luna que la diosa ostenta entre los cuernos cuando se aparece en forma de vaca. Rompían el silencio los armoniosos sonos del sistro que su sagrado hijo lleva en las manos para solaz de quienes se aman en la música. Y el mundo intentó renacer en plena noche, porque todos los animales del zodiaco querían proteger el retorno de Cleopatra a sus orígenes.

De repente, la gran sacerdotisa se incorporó dando un salto de felino. Y aunque la reina intentó atraerla, fue en vano.

—¡Basta! En este acto hay demasiadas sombras malignas. Tu deseo es una mortaja. Quédate con ella y déjame en paz.

—Por segunda vez fracasa mi deseo. Oh dioses. El amante que se lo llevó consigo ya no responde a mis llamadas. Dime, Dictias, dime. ¿Soy demasiado vieja para el deseo?

—¡Serpiente! ¿Esto preguntas, cuando sabes que tus poderes están intactos...? Cuando sabes que se abalanzan sobre mí y me encadenan, ¿preguntas eso todavía?

—Dicen que la mujer que ha parido no vuelve a ser la misma. Se ensanchan sus caderas, cuelgan los pechos como ubres y se agrietan los pezones como tierras donde hace siglos que no cayó la lluvia. ¿Así se ha vuelto el cuerpo de Cleopatra, que antes consiguió a cuantos quiso?

—Reina mía. No hay en este templo doncella que iguale tu lisura. Ni la más joven de las vírgenes ni la más virginal entre las niñas. Tus labios son como los senos de un dios recién nacido...

—Mis labios están resecos, Dictias. Fue su sequedad lo que hastió a Antonio y le apartó de mi lado.

—¿Lloras?

—Lloré de rabia hasta hoy. La huida de Antonio me abocó a la ira. Pero la ira se va desvaneciendo y deja sitio a un dolor aún más terrible. Estoy odiando a esta Cleopatra que nace. Y sé que me acaricias por piedad, porque los años no dejaron nada para acariciar.

—Mi pobre niña. Estás perdida.

—Me regalas con lástima. También en ti desaparece el deseo. Veo en tus ojos la mirada de esos viajeros de lejanas tierras, que acuden a contemplar las ruinas de lo que fue mi Egipto. Al suponer el esplendor que habitó en ellas, lanzan un suspiro. Pero ya no podrían sentir deseo

alguno por los tesoros que devoró el desierto. Ya no soy tu niña. Soy un cadáver.

—Tu piel es tersa como la de aquella princesa a quien bañaba en las aguas del lago sagrado. ¡Cómo te recuerdo, niña mía! Avanzabas cada mañana, rodeada por mis sacerdotisas, desnuda entre sus túnicas blancas. Cada uno de tus pasos era como la caída de un pétalo de rosa. Tus largos cabellos se mecían entregados al capricho de la brisa. Y entre tus brazos cruzados, el abanico de las grandes procesiones parecía la pluma de una paloma. Cuando llegabas al lago, yo te abrazaba dulcemente porque vestía los sagrados ropajes de Hator y me correspondía reconocerte como hija. Así divinizada, ibas entrando en el agua y temblabas levemente hasta que los nenúfares venían a apoyarse en tus senos y los lotos te servían de abrigo. Y el padre sol depositaba en el agua sus primeros rayos para comunicarte así toda su fuerza y que el vigor de un nuevo día pasase a tu cuerpo y de él se extendiese hacia todas las cosas para renovar la creación de Hator sobre el mundo. ¡Niña divina! Fuiste más que la propia diosa y yo, al protegerte, me sentía más fuerte que ella. Y pensé que iba a ser así durante todos los días del Tiempo. ¿Por qué tuviste que crecer, Cleopatra? Se te llevaron, niña mía. Los años te apartaron de mi lado. Y contigo se fue la luz del santuario.

—El esplendor que un día conociste se revuelve hoy en la esterilidad. Este cuerpo está vacío.

—Este cuerpo engendró a un rey.

—¡Cesarión!

—Cesarión, sí. ¿No te basta el poderío de este nombre?

—¡El pequeño César! ¡Mi príncipe!

—¿Y aun después de parir al más divino entre los niños puedes llorara Antonio? ¡Levanta este cuerpo, Cleopatra! Ya cayó demasiado bajo. Tanto que llegó a un lecho como el mío. Levántate, mujer. Estás en

tu templo, no en tu prostíbulo. Si viniste a hablar con la diosa, ¿a qué complacerse en su silencio? ¿No me acusaste de quedar reducida al talante de una esclava? Pues yo te digo ahora que ninguna fue tan indigna como la reina de Egipto mendigando placeres de su sierva. Al ver humillada tu grandeza, calla la diosa su voz, que llevaba atronando desde siglos. Sólo tú puedes devolvérsela, Cleopatra. Sólo tú siendo tú misma.

—Todo lo mío se lo llevó Antonio. Si algo queda es el recuerdo de un sueño.

—Fue un lujo para Roma que lo soñase la más grande entre todas las hijas de Egipto. ¿Ha de ser tu propia ruina el regalo de bodas que ofreces a un amante objeto?

Cleopatra la abofeteó con un odio que restituía la majestad en forma de tiranía.

—¡No hables así de Antonio! Hasta para execrarle es sólo mío.

—Así hablaré de él y así hablará la diosa. Y todos los dioses de Egipto lo repetirán, pues Cleopatra no tiene el valor de hacerlo. Ea, basta ya, que me cansa recordar a los reyes lo que nunca debieron olvidar. ¿Vivimos en el fin de los tiempos, que la más grande de las reinas ha de verse destruida por un borracho? No podría aspirar a más el estiércol de Roma ni a menos el esplendor de Egipto. ¿O habrá de recordarse todavía? Cuando nació esa Roma, cien reyes egipcios habían dominado el mundo. Eras una niña y lo sabías. Ahora que eres mujer, lo has olvidado.

—Los cien reyes de Egipto no han conseguido ayudarme en mi agonía.

—Si no vuelas más allá de este dolor, serás maldita. Y mira bien que ese presagio te llega por dos caminos. Te lo arroja el oráculo de Hator y a la vez una amante enloquecida.

—Yo llegué a ti en busca de amor. Sí, noble Dictias. Antonio se llevó mi espíritu, después de poseer mi cuerpo en tantas noches de Alejandría.

Quise recuperarme en otros brazos, pero todos me repugnaban y así llegué a los tuyos. Dicen desde muy antiguo que el amor de las mujeres es el más completo, y sé que hasta las diosas lo practican. Vine a tu amor, buscando una salida de mi laberinto.

—Eres cruel, Cleopatra. Porque vienes a buscar curación en una pobre agonizante. Pero al mismo tiempo eres estúpida, pues habiendo sido asesinada en el amor pretendes revivir entera por el amor, que es el más incongruente de los sueños, cuando no la más tirana de las pesadillas. Si te esclavizó una vez, ¿a qué ofrecerte en el mismo mercado? Ni amor de hombre ni de mujer ni aun de diosa ha de servirte. Todos los amores son uno y mismo. La tumba de las voluntades y el vino que se agrió recién servido.

—Sigue ese vacío espantoso en el alma. Y tengo miedo.

—Cúbrete para que no tengas que sentir, además, vergüenza.

—Cierto. Vuelve el pudor y el miedo de la niña. Ah, sí. La niña que fui entre esos muros. Deja ya de idealizar mi cuerpo núbil y recuerda mis gritos de terror. Tuve en este templo mi educación de príncipe. Mis amantes romanos se reían cuando les decía que se me concede este tratamiento. Príncipe fui, que no princesa; del mismo modo que soy rey, no soberana. ¡El último soberano de la estirpe de Alejandro! ¿Habría temblado él, en esta oscuridad? La leyenda de su valor guiaba mi aprendizaje de la valentía. Me entrenaba enfrentándome a los vientos. Al pasar sus aullidos a través de las ventanillas de la sala sagrada, al deslizarse entre las altas columnas, era como si todos los muertos del pasado viniesen a amenazarme en mi retiro. Esa niña que fue Cleopatra tuvo que crecer combatiendo el miedo. Y tan experta llegó a ser en el combate y obtuvo tantas victorias sobre sí misma, que ni siquiera tembló ante el gran Julio. Yo entré en Roma presidiendo un triunfo que no precisó de guerra alguna. Fui coronela de un ejército que arrasó el foro

sin disparar una sola flecha. Y fue aquí, en esta estancia, donde busqué mis fuerzas. Aquí, combatiendo a los espectros que el viento me llevaba cada noche. Una vez conseguí triunfar, supe que jamás volvería a rendirme. Y sin embargo hoy he vuelto a sentir miedo. Pero no me has protegido contra él como hiciste en otros tiempos. No me has inspirado la seguridad que comunicaste a mi niñez cuando llegabas entre las columnas, tocada con las sacras insignias, fingiéndote la encarnación de la gran diosa. Hoy he visto que no puedes curar mis terrores, porque sólo eres una pobre mujer, tan indefensa como aquella niña.

—Ya ves que el amor que puedo comunicarte es como el de los demás. Sólo agonía. Pero no volverás a conocerla. Si la niña que fue Cleopatra pudo vencer al terror en este templo, la mujer que hay en ti ha de ser guardiana de todos los terrores. Recuerda que así llama la plebe a la gran esfinge. Ella es mil años más vieja que nosotros, y todavía se mantiene en pie. Tu fuerza ha de ser digna de la suya. Velarás esta noche en el altar de Hator, y antes de que salga el sol te será revelado el gran misterio que sólo los iniciados pueden conocer.

—¿Dónde estarás tú, Dictias?

—No volverás a ver a la mujer. Cuando nos encontremos, después de tu reposo, seré la voz de Hator. Y el martillo de su ira, si se tercia.

¿Fue un milagro inesperado lo que le devolvió su dignidad perdida? ¿Fue acaso la altivez desesperada de un excelente perdedor? En cualquier caso, todo su cuerpo iba enderezándose hasta adquirir una realza que Cleopatra envidió. Pues la suya había quedado humillada por la desnudez y aun por la sensación de haberse visto rechazada. Y mientras Dictias batía palmas solicitando la presencia de sus sacerdotisas se atrevió a preguntar:

—¿Me traerá la diosa visiones de Antonio? ¡Quiero verle! Quiero saber qué hace en este instante. Si todavía me ama, renegaré de mí misma

por haberle insultado. Si le veo sufrir en la distancia, sabré perdonarle.

Sólo la autoridad que acababa de renacer dio fuerzas a Dictias para arrojar una mirada de desprecio a la que un día fuese su pupila.

—¡Hembra estúpida! ¿Pretendes comprometer a los grandes misterios de la Creación en tus ardores de gata insatisfecha? Antes te dije que estabas en tu templo, no en tu prostíbulo. Pero tú caes más bajo todavía al confundirlo con un mercado. Allí se encuentran las mujerucas tuertas que leen la mano a las matronas y preparan mejunjes para las doncellas y hacen aparecer en bolas de cristal la efigie de los maridos que están de viaje. Todo esto y muchas otras magias encontrarás en los mercados y hasta en las ágoras, pero no en los recintos sagrados donde se veneran los misterios del cielo.

La reina de Egipto se arrodilló, avergonzada, y fueron necesarias dos sacerdotisas para ayudarla a levantarse. Así la condujeron por una intrincada serie de pasadizos que llegaron a formar un dédalo retorcido, un juego de gargantas impenetrables. Era como adentrarse en las profundidades del mundo. Era un ovillo de piedra que se iba enredando progresivamente y daba paso a escaleras que descendían a criptas subterráneas para, después, remontarla de nuevo hacia el cielo por peldaños tan estrechos que se veía obligada a apoyarse en los muros a fin de no resbalar. Y sólo las antorchas que portaban las sacerdotisas iluminaban por un breve instante la infinita acumulación de jeroglíficos que la rodeaban. Invocaciones a la diosa, a los miembros de su familia y a ella misma.

La dejaron en una pequeña estancia de paredes completamente desnudas. Y quedó sumida en la oscuridad mientras el aire se llenaba de un vaho insólito, profundo y dulce a la vez. Y en esta nebulosa irreconocible, quedó dormida la soberana de las Dos Tierras.

En el exterior del templo, en el gran patio, Epistemo seguía los pasos del joven sacerdote de Isis. Sonreía al pensar que, una vez más, los papeles habían cambiado. Pues si bien fue el mancebo quien se unió a él en un principio, desvió al poco sus pasos para iniciar un paseo en solitario, absorto ante las imágenes que sus ojos contemplaban por vez primera. Y al complacerse en aquella figura inmaculada que avanzaba lentamente entre las nuevas construcciones del templo, pensó que dos mundos se enfrentaban y que él, Epistemo, era testigo excepcional del gran combate. Porque en el aspecto de Totmés revivía por entero la tradición mientras el templo revelaba lo más actual de las nuevas tendencias.

Allí, en el corazón del Alto Nilo, la familia de Cleopatra quiso perpetuar unos mitos que en su condición de extranjeros no les pertenecían. Pero la misma voluntad de perpetuarlos, de hacerlos vivos, implicaba la necesidad de reconocer que existía en Egipto una voz más profunda aún que todas sus innovaciones. Una voz que seguía resonando en los templos más antiguos, en las canciones de los campesinos, en los barrios populares de Tebas. Era una voz que no había conseguido acallar la elegante influencia de los griegos, dictadores de la moda y la cultura en Alejandría.

Aquella noche, la voz del pasado parecía surgir de labios de Totmés. Pero convertida en un gemido más doloroso aún que el luto de amor de Cleopatra.

Epistemo le alcanzó cuando se encontraba acariciando unos relieves que representaban a la diosa del amor consagrando a su divino hijo. Eran de ejecución reciente, y aun cuando seguían los dictados de la tradición, su estilo delataba la influencia extranjera. De modo que Totmés cambió su caricia por un puñetazo lleno de furia.

—¿Qué será de mi pueblo cuando incluso las plegarias a los dioses

están mal escritas?

Y leyó en voz alta las inscripciones del muro. Pero no con la piadosa actitud de una invocación, sino más bien con la severidad del maestro que en cada palabra del discípulo descubre un atentado a las normas. Y Epistemo le admiró, porque muy pocos hombres en Egipto estaban capacitados para comprender los antiguos jeroglíficos.

—Esta ciencia que me han enseñado se convierte en una ciencia de la muerte —murmuró el sacerdote—. Sólo me sirve para comprobar que ya no tiene cabida en el mundo.

Subieron a la terraza del templo. Y como sea que Totmés continuaba con su tristeza, Epistemo dejó sonar de nuevo sus monedas fenicias, anunciando que estaba dispuesto a volver a la frivolidad.

—Dulce Totmés, tus meditaciones evocan tanta ruina que me haces sentir en el final de los tiempos...

—¿Y no lo es el tiempo que nos ha tocado vivir? —musitó el mancebo, absorto en la contemplación de las dunas—. Me han educado para amar a un Egipto poblado de sombras prestigiosas. Y cada vez que abandono mi retiro y observo a mi alrededor, me siento más defraudado, porque las sombras ya ni siquiera se atreven a salir del fondo de los templos.

Epistemo esbozó una melancólica sonrisa que quedó fija en sus labios, como un fugaz mensajero del ayer.

Continuaron paseando, en riguroso silencio. De pronto, Totmés cambió de actitud. Se mostraba nervioso, vacilante. Y Epistemo notó en su rubor el latir de una pregunta que no se atrevía a formular. Hasta que, por fin, estalló:

—Aunque soy poco dado a inmiscuirme en la vida de los demás, hace ya horas que siento una gran curiosidad por conocer el significado de ciertas palabras de Carmiana, la doncella de la reina... —necesitó tomar

fuerzas para proseguir—: ¿Por qué te recomendó cautela ante el rey Herodes?

—Porque a Cleopatra no le gustaría que su dolor se convirtiera en motivo de chisme puesto en boca de semejante botarate.

—Sin duda no has entendido mi pregunta...

—La he entendido perfectamente. Quieres que te diga de una vez que soy el embajador de Cleopatra en la corte de Herodes. —Se echó a reír—. ¿Es una estratagema para conseguir una invitación a mi villa de Judea?

Totmés quedó sorprendido ante lo fácil que le había resultado obtener aquella revelación.

—¿Esto eres? —preguntó.

—Esto soy y no otra cosa —y en voz más queda, añadió—: Por un mismo derecho a las confidencias, me decido a preguntarte acerca de las habladurías que circulan sobre ti...:

Totmés volvió a adoptar su característica actitud de cautela.

—Temo que el político suplante de nuevo al amigo, Epistemo. Si ya te he dado muestras de afecto y sinceridad, ¿por qué no me concedes el derecho al silencio?

—Porque sé mucho más de lo que tu silencio cree ocultar. Por ejemplo, sé que nunca regresarás a tu santuario. Y sé que lo lamentarán tus superiores, pues eres dulce y bondadoso y el primero en los estudios de las cosas del cielo, aunque un poco rezagado en la comprensión de las que corresponden a este bajo mundo. Como puedes ver, estoy informado. Incluso puedo asegurarte que sé adónde te diriges y quién te espera.

—Todo esto no son habladurías sino espionaje.

—¡Noble disciplina! —exclamó Epistemo—. Es la más útil para servir a Cleopatra en la corte de Herodes. Pero también para reconocer a quien hemos dado en llamar el elegido.

—No sé de qué me hablas.

—Cese la ficción. Tú eres el elegido.

Enmudeció Totmés. Y era tan torpe en el disimulo que empezó a temblar mientras pretendía parecer despreciativo.

—Doblemente elegido. El que ha de servir al trono. El que ha de ser, al mismo tiempo, mi aliado. En ambos casos equivale a servir a Egipto.

—No quiero escucharte. Porque comprendo que intentarás desviar mi lengua hacia donde mi corazón no pensaba dirigirse.

—Noble dirección. Pues va hacia el príncipe.

En este punto, Totmés pareció derrumbarse por completo.

—¿Al príncipe dices?

—A Cesarión —insistió Epistemo—. Sé que todavía no os conocéis. Pero no ignoro que mañana te reunirás con él en un lugar secreto de la necrópolis de Tebas. Ni siquiera a ti te está permitido saber más detalles. Lo importante es el encuentro en sí mismo. Pues te otorga la más alta responsabilidad que pudiera tener cualquier joven egipcio en la hora presente. ¡La majestad de Cleopatra pone en tus manos el deber de preparar para el futuro la majestad de Cesarión!

El sacerdote observó a su alrededor, en actitud de extremado sigilo, cual si temiese la presencia de una caterva de espías. Pero la terraza estaba desierta y el fulgor de la luna continuaba siendo tan intenso que no permitía escondite alguno.

—No temas por tu secreto, Totmés. Nunca fue tal... aunque tú lo llevases como un voto sagrado. Era un secreto proclamado a voces por todos los templos de Egipto. El nombre del elegido era pronunciado con envidia en las oscuras estancias de los novicios, con admiración en las aulas donde imparten sus lecciones los filósofos de segunda categoría, con suspicacia en los recónditos laboratorios que utilizan los sumos sacerdotes para amañar los embustes de sus teologías... Ya ves que ni siquiera fue un secreto bien guardado. Mucho menos para quienes

tenemos a nuestro cargo la industria de la intriga y el propio quehacer de los secretos del gobierno.

—Y en todo ello se encierra una elevada dosis de exageración. Pues yo no seré el único preceptor al servicio del príncipe. Es bien sabido.

—Cierto que nunca hubo tantos para un solo niño. Los más excelentes cerebros están al cuidado del suyo. Los cuerpos más vigorosos le entrenan a diario para comunicarle toda la belleza, toda la armonía física de un dios sobre la tierra. Vive rodeado de matemáticos y astrónomos, filósofos y literatos, maestros de equitación y lanzadores de jabalina...

—Ya ves entonces cuán limitada es mi función.

—¿Me corresponde a mí recordarte lo contrario? Tendré que tratarte de embustero. Pues aunque tiene muchos preceptores yo te digo que sólo habrá un guardián de su cerebro. O de su alma, si atendemos a la estéril dualidad tan debatida por nuestros pensadores, en las academias de Alejandría...

—Ahora entiendo que debo marcharme. Porque entre todos, sólo tú has alcanzado a adivinar la gravedad de mi empeño.

—Rechazas, pues, la confidencia...

—Huyo de los ardides de la política. Todavía no estoy en la corte y ya me acorralan.

Una vez más —una de tantas a lo largo del día— intentó escapar a la presencia de Epistemo. Encaminó sus pasos hacia la escalera que le devolvería al gran patio. Un súbito presentimiento le detuvo. Algo que le atravesó con la velocidad del rayo. De nuevo se vio asaltado por instantáneas dispersas de lo que fue su vida hasta aquel día. Todas sus horas en el iseion, todo su encierro, todas sus renunciaciones. Y observó de nuevo la sacra blancura de sus vestidos y sintió que los llevaba en calidad de préstamo.

Al levantar la cabeza hacia el otro, la luna reveló la profunda angustia

de su expresión. La luna le hería con la intensidad de un sol enmascarado.

—¿Quién soy yo, Epistemo? —exclamó a voz en grito.

El embajador no mostró reacción alguna ante aquel aullido de impotencia. Diríase que lo esperaba. Diríase que le correspondía.

—Tú, que al parecer lo sabes todo, también sabrás por qué he sido yo el elegido.

Y su figura y sus ropajes y el aura entera que le envolvía formaban un conjunto tan puro que Epistemo sintió el deseo de estrecharle contra su pecho.

—¿Quién soy? —repetía Totmés—. ¿De dónde vengo?

El embajador necesitó toda la cautela de la diplomacia para que su arrebató de ternura derivase hacia un mayor comedimiento.

—No pienses que este encuentro se debe a un capricho del azar. Muchos y muy nobles pasos fueron preparando los tuyos. Muchas y muy nobles mentes te educaron a lo largo de los años para que, llegado el momento, pudieras inspirar al más grande príncipe que en esta hora conoce el mundo. No ignoras que su ascendencia es el prodigio de una conjunción mítica: ¡el hijo de Julio César y de la reina que puede llegar a dominar todo el Oriente! El porvenir de Cesarión es el de Egipto. Y por extensión el de Roma, que es como decir el de Oriente y Occidente reunidos en un solo niño.

—Todo cuanto me dices es tan sabido que puede estar en el habla de cualquier charlatán que mastique moscas en los muelles. Pero yo sigo gritando mi pregunta, Epistemo. Contéstala de una vez: ¿por qué, entre todos los sacerdotes de este o cualquier otro culto, he sido yo el elegido para formar al príncipe...?

Epistemo observaba su inquietud con cierto humor.

—¡Dulce Totmés! Nuestra relación no tiene remedio. Empiezo inquiriendo yo. Terminas preguntando tú.

—No pregunto, Epistemo. Exijo. Se me ha ordenado mantener un secreto que no existe. Se me ha dado una vida que no me corresponde. ¿Es posible que todo cuanto soy, cuanto he sido, lo deba a una intriga cuyos alcances me sobrepasan?

—¿Qué te dijo la reina cuando te recibió anoche?

—Que le fui recomendado por un altísimo consejo de sacerdotes. Que me correspondía enseñar a Cesarión todo cuanto a mí me han enseñado sobre el pasado de nuestro pueblo. No dijo nada más.

—Poco importa que dejase deslizar una mentira. Ella misma dejó a mi criterio cuál era el momento de deshacerla.

—¡Que llegue de una vez este momento, Epistemo!

—Ha llegado. Así, pues, atiende. El consejo que te eligió no era el de los sacerdotes. Fuimos la reina y yo. Hace siete años.

—Los que tiene Cesarión. Y yo tendría... diez, a lo sumo...

No pudo continuar. Un vértigo desconocido se apoderó de él. Sintióse transportado por una nube de indecisión en absoluto segura. Podía dejarle caer en cualquier instante. Podía precipitarle en un abismo cuyo fondo le aterraba descubrir.

—En efecto —prosiguió Epistemo—. Tenías diez años cuando se decidió tu educación.

—Pero llevaba mucho más tiempo en el santuario. A veces mis superiores bromeaban sobre mi veteranía. Si les preguntaba algo acerca de mis orígenes me decían que casi había nacido ante el altar de Isis.

Volvió a interrumpirse. Inesperadamente, se aferró a las manos de Epistemo y clavó en ellas sus uñas.

—¡Mi cabeza está a punto de estallar ante tantas coincidencias! Ayúdame tú. Hay muchas cosas de mi vida que ignoro y que ansío conocer de una vez. Demasiadas cosas que, desde niño, me convierten en un extraño entre los hombres. No sólo carezco de recuerdos de cualquier

existencia anterior a mi ingreso en el santuario. Es mucho más, Epistemo. Nadie me dijo quiénes fueron mis padres, y hoy llegas tú para recordarme que sin duda los tuve. Añades dudas a las que ya albergaba. ¿Por qué tu interés por mí? ¿De dónde procede? Hace sólo media jornada no nos conocíamos, pero al verme me llamaste por mi nombre. Y me preguntaste si fue feliz mi infancia en esta provincia. Yo mismo ignoraba que había nacido en Tebas, pues mis superiores no me lo confesaron hasta hace pocas semanas. ¡Pero tú conocías esta circunstancia y al poco de hacérmelo saber añadiste que, hace años, trataste a mis padres! Y para engañar mis posibles suspicacias, adoptaste una apariencia de frivolidad que en nada te corresponde.

—No estoy autorizado a hacerte más revelaciones. El elegido no puede tener pasado. Sólo se le concede el que conviene al trono.

Totmés retrocedió, horrorizado.

—¡Me habéis convertido en una invención pensada a la medida de un trono! —De un príncipe.

—¡Es igual de monstruoso! Por este niño, a quien ni siquiera he visto, habéis manipulado mi vida. No estoy hecho según la voluntad de los dioses, como siempre creí. Incluso en esto me mintieron. Existo por el resultado de una intriga atroz. Y no seré nada que vosotros no queráis que sea.

—Eres algo mucho más grande, Totmés. Eres inmenso. Porque eres el tiempo eterno de Egipto.

Y el cuerpo de Epistemo se irguió al pronunciar estas palabras. Y su rostro, sombrío hasta entonces, apareció iluminado por el reflejo de alguna verdad que acabase de estallar en su interior con más fuerza que la vida.

¡La vida que empezaba a renacer sobre el horizonte!

Condujo a Totmés hasta la cima del pilono principal. Y desde aquel

punto, el más elevado del templo, efectuó un amplio ademán que abarcó la inmensidad del paisaje. Desde el templo al desierto. Desde sus dunas a la vega fértil. Desde sus palmerales a las aguas del gran río.

—Observa a tus pies la suprema arquitectura del mundo. Admírate, Totmés. Porque hay un tiempo fugaz, que transcurre como un suspiro y es vano como un sueño, y éste es el tiempo que llamamos vida. En su brevedad, los hombres se abocan a la locura. Construyen castillos efímeros, creyendo que han de ser mansiones de eternidad. Pero la vida los destruye porque lleva en sí misma la semilla de la destrucción inmediata. Así nacen los imperios y así caen después. Pero existe un tiempo eterno, inscrito en la esencia misma de las cosas, en el constante devenir que se transmite de hombre a hombre. Y es un tiempo mucho más vasto de lo que podrían calcular los historiadores de palacio y va mucho más allá de cuanto puedan agotar los hombres del futuro. Éste es el tiempo que te hemos entregado, Totmés. El tiempo eterno que deberás transmitir a Cesarión.

—¡Triste destino! —exclamó Totmés—. Aspiré a la perfección y he de verme reducido a la categoría de un simple transmisor de ideas.

—¿Y qué puede importarte si estabas dispuesto a transmitir el mensaje de tus dioses? Te prestabas a ser intermediario de poderes desconocidos. Accede a serlo del único poder que perdura. Sé el encargado de transmitir a Cesarión el amor a su tierra.

—Y seguirá siendo triste mi destino. Y seguiré siendo yo un puente tendido entre dos imposturas.

—Eres un niño que todavía no ha comprendido el valor de los puentes tendidos entre las almas. Si el tuyo se tiende hacia el príncipe, conocerás la grandeza de la creación en otro ser humano. ¿No dicen los sacerdotes de Menfis que su antiguo dios creó al hombre en el torno de un alfarero? Crea tú a Cesarión desde este puente que te hemos brindado sin que lo

supieras. ¿No aseguran los sacerdotes del Gran Sur que su dios con cabeza de carnero sacó al hombre del interior de un huevo gigante? Saca tú a Cesarión de las tinieblas y de la ignorancia en que sus cortos años le tienen encerrado. Y un día este niño llegará a ser para ti algo que sólo alcanzan los grandes privilegiados del amor. Este niño será más que un hermano, más que un padre, un hijo o un amigo. Será tu creación. Y, por serlo, un pedazo de tu absoluto.

El rostro de Totmés se iluminó ligeramente en la postrera solución de la ironía:

—Muy aburridos andarán los tiempos en los cielos, cuando los propios dioses se complacen en jugar a los dados con una vida tan vulgar como la mía. Pues juré ante el sagrado altar de Isis que mi cuerpo no se perpetuaría jamás en otros cuerpos. Y hoy mi espíritu ha de perpetuarse en otro espíritu.

—Y así fue siempre. Y así ha de ser. Un hombre crea a otros y así se va cumpliendo la cadena que sujeta el tiempo eterno de los pueblos y el libre fluir de las edades.

Ya el alba anunciaba sus caprichos. La gentil Nut, que tiende su cuerpo sobre el mundo, retiraba el brazo que hasta entonces había desplegado los negros mantos de la noche. Ya la línea del horizonte se revestía con una franja ambarina. Y contra la ilusión del sueño renacían las formas de la realidad, como una renovación inexorable.

Coincidiendo con la aparición de las primeras luces, sonó a lo lejos una dulce melodía. Y un coro de voces femeninas, tenues como la brisa, llegó a la terraza, atravesando las enormes losas del techo.

—¿Qué es esta música? —preguntó Tounés, extasiado—. ¿Acaso se nos aparece el hijo de Hator, haciendo sonar su divino sistro?

—Empiezan para la reina los sagrados misterios. Durante unos instantes, Cleopatra verá transcurrir ante sus ojos el tiempo eterno de tu

pueblo.

De repente, los cantos cesaron y dieron paso a un silencio tanto más embelesador. Y Totmés lo reconoció al instante, pues en sus profundidades, en sus luces, habla encontrado él su propia revelación. ¡Era el silencio del origen!

Cayó de rodillas. Y levantó los brazos hacia la sublime bóveda que es sostén de lo infinito.

—Es el único silencio que habla —exclamó, en su arrebató—. El único silencio que está lleno de palabras. El único que tiene vida. Lo recuerdo, Epistemo, lo recuerdo. También a mi me fue mostrado. También por él penetré en la gran matriz de la vida. Y vi surgir la luz de las tinieblas. Y vi nacer el sol en la tormenta.

Seguía creciendo el alba. Empezaba el imperio de las luces. En el interior del templo, todos los dioses de Egipto suplicaban luz para su reina.

¡Los grandes misterios se disponían a revelar su mensaje!

Rodeada de sacerdotisas ataviadas con la máscara de la diosa Hator, Cleopatra avanzaba por el pasillo ceremonial. Iba completamente desnuda y sostenía con una de sus manos el sistro divino, y con la otra el *ankh*, símbolo de la vida en forma de cruz.

Sólo se sentía protegida por su abundante cabellera, que le llegaba hasta la cintura. El resto de su cuerpo temblaba bajo una extraña sensación de terror. Y en su avance hacia el altar de la diosa, creía flotar sobre una nube de vapores espesos que lentamente fueron diluyéndose hasta robar a su cuerpo la sensación de la gravedad.

Avanzaba bajo el efecto del brebaje que le habían suministrado en la antecámara, durante el tiempo que duró la preparación de su espíritu.

Pero en su letargo supo que caminaba y que durante todo el itinerario por el largo corredor de las columnas era observada por jóvenes y doncellas tocados con máscaras de oro parecidas a las de las sacerdotisas que la acompañaban.

Y al postrarse ante el altar de Hator, vio que también el rostro de la noble Dictias se ocultaba tras una máscara cuyos rasgos imitaban a los de la diosa.

Aunque oficiante, no recitaba. Y a la voz que resonó desde lo alto se la llamó a partir de entonces «la Voz». Porque era única.

—Reina y a la vez rey de las Dos Tierras, ¿cómo llegas ante mi altar?

—Como suplicante.

—¿Y qué suplicas?

—Que la diosa del amor haga locuaz su silencio.

—La diosa negará el amor que te destruye.

—Acato su negación.

—La diosa es esclava de una voluntad más alta. Fue revelada hace miles de años en los primeros santuarios del Nilo. No existía el sol. No existía la luna. El mundo no era ni siquiera un sueño en la mente de los dioses. Pues los dioses no existían todavía.

La inmensa pupila del ojo divino, que siempre permanece oculto, empezó a dilatarse y así continuó hasta convertirse en una masa abstracta. Flotaba en el aire un polvillo dorado que a su vez se difuminó completamente hasta perder incluso el color.

El espacio se asesinó a sí mismo. El tiempo murió en sus propias entrañas.

Ningún color. Ninguna forma. Ninguna voz. Ningún espacio.

—Siento un vértigo espantoso —gritó Cleopatra—. Es algo parecido al éxtasis. ¡Estoy volando!

—Vuelas sobre el caos. Atraviesas el caos. Él fue el origen.

Sobre la nada inicial, sobre la absoluta negación (cuyo nombre no ha sido revelado) empezaron a brotar burbujas incandescentes, y cada una de ellas, al estallar, arrojaba las fuerzas primordiales.

Origen, tiempo, espacio, materia, energía, movimiento y, al fin, la fuerza.

La fuerza la poseía. La fuerza la violaba. La fuerza creaba un volcán en sus entrañas.

Fuera de ellas, en el inmenso caos del origen, el mundo se creaba a sí mismo. Y Shu, el aire, besó a Geb, la tierra. Después, se unieron en una cópula magistral de la que salió Nut, el cielo que ocupa un espacio entre ambos.

Y el recinto del templo se convirtió en una inmensa sábana azul sobre la cual fueron apareciendo las estrellas y los dioses que las encarnan.

—Saluda a los dioses que surgieron del origen —dijo la Voz.

Y desfiló ante Cleopatra la cabalgata de las divinidades, la incalculable nómina de los grandes señores de los milenios.

—Sales del caos —dijo la Voz—. Estás dentro del tiempo. La cabalgata estaba formada por mancebos y doncellas, desnudos de cintura para arriba pero la cabeza cubierta por máscaras que representaban a los animales divinos. Y al detenerse por un instante ante Cleopatra, cada dios le acariciaba ta frente con la cruz de la vida. Y el coro entonaba dulces melodías, producto de una tradición dos veces milenaria.

Desfiló Anubis, el chacal; Tueris, la hipopótama; Sekmet, la leona; Tot, el ibis, acompañado a su vez por sus babuinos; Knhum, el carnero y; por fin, la vaca celeste de Hator.

—¿Cómo te presentas ante esta pléyade divina?

—Como pretendiente.

—¿Qué pretendes?

—Que Egipto me sea revelado.

Sonaron tambores triunfales. De entre las tinieblas apareció el único animal que no había desfilado en la sublime cabalgata. Y era el halcón, soberbio, majestuoso, como la máscara de oro que cubría la cabeza del fornido atleta que lo representaba.

—Yo soy Horus, el halcón. Yo soy Egipto. En otros tiempos me representaba el faraón en vida; antes de que mediante la muerte pasase a convertirse en mi gran padre Osiris.

—¿A qué vienes, Horus?

—A vengar.

—¿Y a quién consagras tu venganza?

—A mi divino padre, asesinado por las fuerzas del mal. A mi divina madre Isis.

—Sea, pues. Que comparezca la Sacra Familia de Egipto. Padre, madre e hijo culminarán el inmenso drama de la lucha fratricida.

Aparecieron dos nuevas máscaras, aunque en esta ocasión humanas. El mancebo era Osiris, momificado, con el rostro pintado de verde y ostentando los atributos de la realeza.

La doncella era Isis, ataviada con una coraza de escamas doradas y la alta corona de plumas que la distingue entre las demás diosas.

—Cleopatra: tú me representas en la tierra. (Domo yo, te desposaste con tu hermano. Como yo, eres la madre de un niño divino. Como yo, amas.

Y exclamó la Voz:

—Sacra Familia, Padre, Madre e Hijo: representad para mi suplicante la única historia que perdura. La historia de la resurrección de la carne. ¡Que se abra el poemario de los tiempos y suene una voz más humana que la mía!

Apareció entonces el más anciano entre todos los sacerdotes de Egipto. Sólo él recordaba aquellos salmos. Y la joven arpista que le

acompañaba en la recitación, sintióse honrada y hasta bendita.

¡Dulce fue su melodía cuando aparecieron los animalitos que ayudaron a Horus en su descomunal combate! Pero terribles fueron los impactos de los timbales no bien surgió de las tinieblas el actor que interpretaba al malvado Set, señor del desierto, donde no crece la vida.

Y cuando los actores estuvieron preparados, varias sacerdotisas recorrieron una alfombra que escondía una enorme piscina. Y en sus aguas apareció el Nilo y sus ciudades y los bosques y pantanos que fueron testigos de la magna batalla.

Lanzó Cleopatra un gemido de placer, pues se había convertido en un pájaro que, desde la altura, abarcaba toda la inmensidad del suelo egipcio.

Entonces, empezó su relato el anciano sacerdote...

EL MISTERIO DE OSIRIS

Canto el supremo misterio de la victoria del Bien sobre el Mal. Canto el combate fratricida que dividió a los hombres en su origen. Canto la resurrección de la vida sobre la muerte...

Pues cuentan las historias de nuestros más lejanos padres que en un principio habitaban el cielo multitud de dioses a quienes el hombre no podía alcanzar. Y vivían los hombres en ignorancia, por lo cual eran parecidos a las bestias.

Pero un hijo de los dioses se apiadó de la soledad de los hombres, se dejó conmover por su torpeza y quiso enseñarles lo que los dioses sabían.

OSIRIS.—Yo soy el dios que bajó a vivir entre los hombres y a sentir como ellos y a sufrir todo el ciclo de la vida. Los enseñé a vivir del pastoreo. Los enseñé a desecar las asfixiantes ciénagas que cubrían el

Nilo. Los enseñé a organizar las cosechas y a educarse en las virtudes de las plantas.

ISIS.—No bajaste solo, hermano y esposo amado. Mi fidelidad te acompañó. Tú me contagiaste el amor a los hombres y por medio de tu amor los amé. Y quise adiestrarlos en las artes de la magia. Y quise enseñarles los dones de la medicina para que pudiesen curarse de todo mal.

Felices eran los esposos entre los humanos. Y amados por ellos de tal modo que los propios dioses del cielo se admiraban, pues nunca habían conseguido tanta adoración.

¡Callad! Mis ojos están a punto de contemplar los negros abismos abiertos en el fondo del corazón de un dios. ¡Callad! Se acerca la serpiente que acecha a los rosales para dejar en ellos veneno en lugar de la fragancia.

Así, así ha nacido el odio en el corazón de un hermano. ¡Sí! El odio más nefasto sustituye al amor en el alma impura del hermano de Osiris. De Set, sí, a quien los extranjeros llaman Tifón, a quien los niños llaman Demonio.

SET.—Mi corazón es árido como el desierto donde habito. Odio a Osiris. Los hombres le prefieren. Los dioses le prefieren. Si no he de poseer sus altas cualidades, ejerceré las mías: ¡el poder del Mal!

OSIRIS.—El fratricida descuartizó mi cuerpo. El fratricida me cortó en mil pedazos. El fratricida los arrojó al Nilo para que no recibiesen sepultura. ¡Flotando va mi carne, desde el Delta que se abre a los océanos hasta las tres cataratas que llevan a las ignotas selvas de África!

ISIS.—¡Crimen funesto! ¡Dolor al ver mi sangre así vertida! ¡Dolor de esposa y hermana enamorada! Osiris, tu cadáver descuartizado ya no

conocerá la vida eterna. ¡El Mal cruzó los límites de la tumba!

NEFTIS.—Yo, Neftis, esposa de Set, hermana de Isis, reniego de este crimen. Si hubo en mi corazón sombras de envidia, las ha borrado mi voluntad de hermana. Escucha, Isis: yo he de acompañarte en tu búsqueda de los fragmentos dispersos de tu esposo.

Así, convertidas en sagradas peregrinas, Isis y Neftis recorren las tierras del Nilo. Ora encuentran la cabeza del esposo, ora un brazo o el pie o la boca. Cuando están en posesión de todo el cuerpo, Isis recurre a su ciencia extraordinaria.

NEFTIS.—Isis, hermana, ¿qué haces con los pedazos de tu esposo?

ISIS.—Vuelvo a unirlos como estuvieron en vida. Y así unidos, los regaré con ungüentos preciosos. Y haré más todavía: envolveré los pedazos con una sábana de finísimo lino que, manteniéndolos juntos, evitará que vuelvan a perderse.

NEFTIS.—Osiris: saludo en ti al señor del otro mundo. Allí reinarás, desde allí has de juzgar nuestras culpas. Y gracias a las industrias de mi hermana, todo egipcio tendrá derecho a ser como un Osiris cuando su cuerpo sea embalsamado.

Pero el mal sigue libre sobre el mundo. El mal se arroja implacable sobre las cosechas. El mal se enseñorea de las almas. ¡Maldito Set, abominable hermano, que después de asesinar continúas tu negra misión!

ISIS.—Sepan los hombres que el ojo de Osiris engendró en mis entrañas al que habrá de vengarle. Al que habrá de restituir el Bien sobre la tierra.

NEFTIS.—¡Horus, hijo del sol!

HORUS.—Llego del largo combate contra mi tío Set, el del nombre

ensangrentado. Le he perseguido por todas las ciudades que jalonan el río de los ríos. ¡Nunca hubo combate más arduo! Pero la eternidad ha de saber que, en la larga lucha de la luz contra las tinieblas, volvió el Bien a reinar en tierra egipcia...

Horus, hijo divino, cuenta ahora el detalle de todos tus azares. Cuenta los daños que infligiste. Cuenta...

El anciano sacerdote se vio obligado a interrumpir su relato. Los actores, su interpretación. Una voz poderosa sonó con mayor fuerza que la percusión de los tambores.

—¡Farsantes! ¡Que cese de una vez esta farsa!
Era Cleopatra.

—¡Me estáis engañando! —exclamaba la reina a voz en grito—. ¡No hay nada que no supiese! ¡Me estáis contando una vieja fábula!

Corrió hacia Osiris y le arrancó la máscara. Ya no tenía el color verde de la muerte. Ya sólo era un joven sacerdote de rasgos afilados y ojos penetrantes. Y al arrancar la máscara de Isis se encontró ante una de las sacerdotisas a las que había sorprendido jugando con Dictias.

—¡Los dioses no existen! ¡Ni los dioses ni el propio Egipto! Ni siquiera llega a ser un sueño: es una vulgar patraña.

El anciano sacerdote elevó los ojos al techo e inició una oración de desagravio. La niña arpista tañó una nota desafinada. Y mientras la reina continuaba arrancando las máscaras de los otros dioses, la gran sacerdotisa abandonó el altar y llegó hasta ella, presa de una furia que excedía los límites de la vida.

—¡Mujer innoble! ¡No te atrevas a arrancarme la máscara de Hator!

Su rayo ha de perseguirte eternamente hasta los últimos confines del Nilo, hasta el infierno donde habitan los caníbales.

Y al enfrentársele, Cleopatra se encontró ante el rostro dorado de la diosa, fulminado por la sonrisa ambigua. Pero a través de las cuencas vacías de la máscara, la mirada de Dictias lanzaba fulgores terribles. Y comprendió que su furia era sincera.

—¿Ignoras que los dioses reproducen en los cielos las acciones de los humanos en el mundo?

—Nada me han enseñado tus revelaciones. Si esto son los grandes misterios, tienen la ingenuidad de la primera lección que aprenden los niños en la escuela.

—Escucha la voz del oráculo, mujer. Escucha la revelación que no has sabido interpretar, pues estás ciega a cuanto no sea tu funesta pasión por un puerco... —levantó Dictias el báculo, solicitando así que se acercase el viejo sacerdote—. Tú, Ramfis, has leído más de lo que estaba escrito...

—El cuerpo desmembrado de Osiris es el de Egipto. Es nuestra tierra cortada en mil pedazos por las fuerzas de un mal que nos supera.

—¿Cuál es este mal, Ramfis? ¿Qué fuerza actúa sobre Egipto como el pérfido Set actuó contra su santo hermano?

—Roma es el mal. Roma es el hermano pérfido que levantó su brazo sobre el Nilo. Roma desmembra a Egipto en mil pedazos. Roma es el crimen. ¡Si hubiese una gran madre capaz de devolverle la vida eterna...!

—¿Dónde está la madre divina, Ramfis?

—La madre divina es Cleopatra-Isis. En su vientre fue engendrado el vengador. De su cuerpo surgió el héroe divino.

—¿Quién es Horus vengador, Ramfis?

—Cesarión se llama el vengador de Egipto. Tolomeo Cesarión es el niño divino.

Entonces un trueno hizo temblar las paredes del templo. Su fragor llegó multiplicado y adquirió tonalidades tan inmensas que todos cayeron de rodillas.

—¡Cesarión! —exclamó Cleopatra—. ¡Cesarión es Horus vengador!

—Él es tu respuesta —proclamó Dictias-Hator—. ¡Que mil trompetas lo proclamen por el Nilo! ¡Que los dioses lo canten en el cielo!

Y se unieron todas las máscaras divinas en una proclama única. Y así la salmodiaron el chacal y el carnero, la vaca y el escarabajo, la sierpe y el hipopótamo:

—¡Gloria al vengador de Egipto! Está escrito en el curso de los astros que Tolomeo Cesarión ha de reunir los fragmentos mutilados del gran cuerpo egipcio. Que Tolomeo Cesarión tomará venganza sobre Roma. En él se encarnará el antiguo poder del faraón representante de Horus en la tierra. Que él prolongue la estirpe de su madre en la venganza que habrá de conducir a la resurrección de Egipto después de la larga noche de su ruina.

Callaron las voces celestiales, empezaron a retirarse las sacerdotisas, se esfumaron las máscaras del drama, volvieron los espacios a reunirse y al cabo de unos instantes todo el templo había recuperado sus formas y Cleopatra se encontró como horas antes: enfrentada a Dictias y al altar de la diosa. La sacerdotisa sostenía la máscara dorada de Hator, como un símbolo destinado a recordar a la suplicante que el gran misterio se había cumplido realmente, y que no era un sueño.

—Puedes irte, mujer. Vete ya con tu aspecto de indigna danzarina. Así viniste, pero no pienses que te vas de igual modo.

—Lo sé —dijo Cleopatra—. Vine llena de Antonio. Me voy llena de Cesarión. Es como si volviera a llevarle en mis entrañas. ¡Tanto me colman las promesas de su futuro!

—Otros han de dárselo. No lo olvides.

Cleopatra hizo una reverencia ante el altar y, tras recoger su manto rojo, se perdió más allá del bosque de columnas del gran pasillo sagrado. Mientras ella se alejaba, la noble Dictias inició una plegaria destinada a iluminar sus caminos.

En el gran patio, Totmés continuaba absorto en la lectura de unos jeroglíficos más antiguos que los demás. Cuando Epistemo se le acercó, fue para revelarle una expresión sombría y triste.

—¿En qué piensas? —preguntó el mancebo.

—En los crímenes del amor, dulce Totmés. Pero tú no puedes conocerlos.

—Si alguna vez llegase a conocer el amor sería una bendición tan grande que negaría al crimen. Pues sé que sería el origen mismo de la vida.

—Entonces ya lo conoces. Pero yo no me refería a este amor sublime sino a aquel, más elemental y necesario, que encadena el sentir de los humanos. Sin que tú pudieses sospecharlo, en este templo se ha producido hoy una cadena de amores no correspondidos. Seres que amaban a otro ser y chocaban con su rechazo. Amores que nunca podrán encontrarse. Y es que ni siquiera los dioses pueden hacer coincidir tantos senderos.

Dejaron atrás el recinto sagrado de Hator y se introdujeron en la espesura de los palmerales. Atravesaron el esplendor de los campos, cruzaron los cañizares y cuando alcanzaron la nave real Epistemo se apresuró a ayudar a su reina a bajar de la litera.

Diríase que era otra mujer, recién nacida con el día. La luz del sol vivificaba los atrevidos colores de su maquillaje. Los ojos volvían a ser profundos; los labios, ardientes; la piel, suave. Toda su majestad se entregaba a los cálidos rayos del primer sol de la mañana. Y en su voz volvió a aparecer la coquetería de un ave del paraíso.

—¿Y mi pañuelo, Epistemo? ¿Ha dejado de interesarte?

—Se lo he entregado a la noble Dictias, como recuerdo.

—Has sido generoso, pero nefasto. Si está en posesión de una prenda mía, si puede acariciarla cada noche, nunca se librará de sus fantasmas.

—Es el riesgo que corren tus adoradores.

—Quiero premiar tus servicios al trono y tus bondades para conmigo.

Atiende bien: cuando zarpemos te esperaré en mi lecho y permitiré que goces de mi cuerpo.

—Ni tu cuerpo ni el mío gozarían de este encuentro. Nuestros cerebros están demasiado acostumbrados a la agonía. Además, quiero que mi vida transcurra sin morir a cada instante. Y en verdad te digo que sólo hay un medio para ello: alejar el amor de mis caminos.

—Hay verdad en tus palabras. Que el amor es el descrédito de los poetas. Ellos cantan sus virtudes; él, a cambio, mata.

La reina de Egipto dirigió la mirada hacia la orilla opuesta. Nunca se recortaban con tanta precisión las montañas de los sepulcros de Tebas como en aquellas primeras horas de la mañana. Nunca despedían un color tan rosado.

—Aunque te has permitido despreciar mi cuerpo, ven después a mi camarote. Vuelvo a estar en disposición de interesarme por los problemas de los demás. En cuanto lleguemos a Tebas cabalgaremos sin dilación hacia la necrópolis de los antiguos faraones. He dispuesto que el príncipe Cesarión se reúna allí con nosotros para que por fin conozca a nuestro protegido.

—Lo sabía, majestad.

Ella le sonrió con la picardía que acababa de desenterrar.

—Lo sabes todo, Epistemo.

—Y vos también, mi reina.

Intercambiaron por un instante el placer de la intriga. Y a Cleopatra le

gustó volver a ser gatuna. Volver a jugar.

Algo supe, Epistemo. Algo supe.

La vieron subir por la rampa, sin mirar atrás. Todo su cuerpo erguido, todo su porte egregio, todo su rostro recibiendo la luz, como las grandes diosas reciben en sus máscaras el resplandor vacilante de los fuegos sagrados. Y al poner los pies en cubierta, al dejarse transportar suavemente por los brazos de sus damas de honor, dejó caer el manto rojo y su cuerpo apareció en la espléndida desnudez de las grandes hijas del amor.

Por aquel esplendor conocieron los campesinos que era en realidad la reina de Egipto. Y abandonaron al unísono la labranza para reunirse en un coro triunfal que siguió a la nave hasta Tebas.

Mientras la hermosura iba prestando sus artificios al rostro de Cleopatra, dijo ella a sus damas:

—Es menester que cumplamos el aprendizaje del dolor aunque sea entre risas fingidas. Y acaso sea éste el sentido del luto en todas las cosas humanas, lo cual es como decir el humano despropósito. ¿Qué otra cosa ha sido el luto de esta nave? Teñimos con colores de tiniebla los diamantes que atesora la memoria. Y ya no sé si la memoria es un bien que nos ayuda a sobrevivir o una estratagema forjada por nuestra propia debilidad. ¡Que ella convierta en plácido recuerdo lo que fue el alboroto de la pasión!

Pues vivir viendo brillar nuestros diamantes día tras día, año tras año, sería muerte peor, por repetida.

Bebió con gusto una copa de vino endulzado con mirra. Y la galera seguía su rumbo hacia Tebas, memorial de la muerte gloriosa.

¡Tebas la de las cien puertas!

Aunque el barco estaba anclado en la orilla opuesta, Totmés pudo sentir plenamente el impacto de la más legendaria entre las ciudades. ¡Tebas! Parecía emerger desde más allá de la niebla como el espectro de un bajel herido. Aun en la agonía de su esplendor, sobrecogía el ánimo de los peregrinos del espíritu. Poetas, artistas, místicos, reverenciaban los restos de sus santuarios, el empaque de sus obeliscos, las colosales efigies de sus reyes.

Demasiados invasores habían caído sobre sus edificios, un día gigantesco. El dios local, Amón, vio su prestigio reducido a los cultos populares. Su inmenso santuario había sido una ciudad dentro de Tebas, un poder autónomo dentro del inmenso poder de los grandes faraones. Pero los techos se derrumbaron, las aguas del Nilo, en sus crecidas, penetraron en el interior de las gigantescas salas hipóstilas, aplastando el poder, dejando en su lugar un sabor a cenizas. El tiempo se encargó de completar la destrucción. Y tanto Amón como Tebas se vieron arrastrados por la devastadora corriente que ni siquiera los dioses pueden controlar.

«Transcurre el Nilo —pensó Totmés—, pero nunca acaba de pasar totalmente. En cambio el hombre pasa. Y también lo hacen los dioses. ¿Quién creó a quién? Nada importa la respuesta. Sólo el pasar existe. Pasaron hombres y dioses, mientras el Nilo se limitaba a transcurrir. Y no sé qué fuerza superior al Nilo tiene poder suficiente para disponer de tantos contrasentidos...»

Preguntas singulares que le asaltaban con mayor porfía desde los últimos acontecimientos.

¡Tebas! La ciudad donde nació. La ciudad que vio los primeros años de su infancia... Se lo habían insinuado sus superiores, pero bien pudiera

ser otra mentira. En cualquier caso era un tiempo demasiado breve, estéril en el recuerdo, pues se lo arrebataron mucho antes de que la semilla pudiese abrirse en flor. De manera que cuando intentó emocionarse con algún recuerdo lejano —un sabor, un aroma, una calleja— descubrió que sólo disponía de aquellos que los demás habían dispuesto. Después, lo que Isis se encargó de enseñarle.

Preguntas vanas. Preguntas de la desolación. Sólo tenían una respuesta desesperada: el descuido que imperaba en los santuarios de Tebas, ayer tumultuosos; el desorden urbanístico de una ciudad que fue centro del orbe; el abandono de unos muelles que, en sus momentos de esplendor, decretaron todo el tráfico del Nilo.

¡Él y Tebas navegaban en la misma incongruencia!

Mientras Alejandría triunfaba al abrirse al Mediterráneo, Tebas dormía, totalmente inmersa en su prestigio ancestral. A causa de su aislamiento de las nuevas vías de comunicación, quedó encerrada entre sus ruinas, pero también absorta en su propio carácter. Así, no era extraño que la ciudad y su región fuesen las menos permeables a la influencia extranjera, las más arraigadas en la tradición. Por ella, gracias a ella, Totmés escuchaba hoy la voz que le remitía a sus orígenes místicos. Más allá del tiempo y del espacio, Tebas estaba en su corazón.

Y el corazón de la Tebas soñada, la íntima esencia de una Tebas pensada para la eternidad, se regocijó intensamente cuando Cleopatra Séptima, soberana de sangre griega, apareció en lo alto de su barco vestida a la usanza de los faraones guerreros que pusieron su fuerza al servicio de Amón.

Vestía la coraza de oro y el casco azul que el pueblo ya sólo podía ver en los relieves de los antiguos templos. Era una reencarnación de aquellos grandes dominadores que aplastaban con su poderoso puño a pueblos que la historia habla olvidado. Pues los muros sagrados de Tebas

demostraban a los hijos del presente que el tiempo también arrastró consigo a naciones poderosas que un día se creyeron invencibles. Ya no existían Babilonia, Mitanni o Punt. Otros pueblos reinaban en los solares de los hititas, los mitamies o los khabiri. La vida que conocieron, las victorias de que se vanagloriaron sólo eran palabras sin vida inscritas en muros gigantescos, destinados también al olvido.

«*Sólo somos olvido colocado en manos de una voluntad más fuerte que los sueños del mundo*», había dicho el joven sacerdote de Isis el día anterior. Y ahora Tebas se lo confirmaba mientras Cleopatra, la reina obcecada en un luto de amor, pugnaba desesperadamente por deshacer la maldición de los siglos, devolviendo al pueblo el espejismo de la gloria.

Aumentaban los vítores de la multitud. Cleopatra montó en su carro de oro, copiado también de los faraones, y el pueblo creyó ver en ella una reproducción del gran Ramsés. Enarbolando el bastón de su autoridad, profirió varios gritos en dialecto tebano. La plebe enloqueció; desde hacía tres siglos, se había acostumbrado a que la familia real de Alejandría se dirigiese a ella utilizando el idioma griego. ¡Hoy regresaba una auténtica hija del Nilo! Acaso una misteriosa descendiente de aquellos reyes sepultados en los valles de las montañas rosadas. Tal vez la reencarnación de aquella otra reina legendaria, cuyos obeliscos se levantaban todavía en los maltrechos santuarios de Amón.

Pero la nueva faraona, la guerrera de oro, no apuntaba hacia el dios. Su cetro se dirigía en dirección contraria: hacia la orilla opuesta del Nilo, hacia las tumbas reales. Y cuando tomó las bridas de manos de un soldado negro, cuando arrancó a sus caballos un trote de centauros, todo su séquito la siguió en aquella dirección.

Envuelta en una nube de polvo que la plebe tomó por un nuevo prodigio, Cleopatra Séptima dirigió su veloz carrera hacia el más allá de la vida. Cruzó las fértiles veredas que crecen junto al río y al llegar ante

los dos enormes colosos de piedra que los viajeros griegos consideran una representación del hijo de la Aurora, volvió a levantar el bastón real, como lejano homenaje de un soberano a otro. Pues ella sabía que, a pesar de las fabulaciones de sus contemporáneos, aquellos dos colosos pertenecían a un gran rey cuyo templo se hundió con el paso de los siglos.

Dejaron atrás la necrópolis de los nobles y las ruinas calcinadas de la ciudad de los obreros que, durante dos milenios, trabajaron en aquella zona para conseguir que el esplendor y la felicidad de las noches de Tebas se prolongasen en la gran noche de la Eternidad. Y por fin, Cleopatra detuvo su carrera a la entrada de un angosto sendero, abierto en la montaña como una herida.

—¿Habrá llegado ya el príncipe Cesarión?

Apolodoro, que cabalgaba junto al carro real, se apresuró a señalar la cima en forma de pirámide que presidía otro de los valles de la montaña. El sol se ocultaba tras ella, el imperio del día estaba a punto de concluir. Y el capitán recordó a la reina que los sacerdotes habían puesto como condición que el encuentro entre Totmés y el príncipe ocurriese cuando el sol hunde su barca en los dominios de la noche. Ni antes ni después.

Totmés sentíase conmovido ante el profundo misterio que emanaba del lugar y la intensa sublimidad implícita en el crepúsculo. Compartía con Epistemo uno de los carros reales. Y de habérselo permitido sus emociones, le hubiera extrañado que un diplomático pudiese conducir el carro de guerra con una marcialidad, con un dominio que sobrepasaban a la simple pericia.

—Extraño ceremonial —murmuró Totmés—. Y extraño lugar.

—Los antiguos lo llamaban la Sede de la Belleza^[2]. En este valle están enterradas las grandes soberanas de Tebas y los príncipes que no llegaron al trono.

—Creo comprender. Cleopatra es reina, Cesarión príncipe...

—Y ésta es la hora en que el dios Ra se adentra en las tinieblas y los muertos empiezan a vagar por las montañas pregonando la lucha del dios contra los demonios de la noche.

La barca de Ra desapareció completamente. Fue como si una tenue gasa de color azul se deslizase sobre las piedras que hasta aquel momento fueron rosadas. Se oyó el aullido de un chacal a lo lejos. Pero nadie tembló, porque todo egipcio sabe que, desde tiempos inmemoriales, éste es el himno del dios Anubis, que cada noche acude a proteger a los difuntos.

Se abrieron paso entre las peñas que cerraban la entrada al valle. Los carros tuvieron dificultad para avanzar entre las grutas. Por fin encontraron el camino ritual; el que, en tiempos antiguos, hacía las veces de carretera. ¡Por allí habían avanzado los cortejos funerarios de las grandes soberanas de Egipto! Hoy era un paisaje desolado: una acumulación de rocas gigantescas, riscos afilados, laderas tortuosas. Y, como bocas sedientas, las puertas de numerosas sepulturas.

Sólo una estaba abierta.

Del interior surgía, entremezclada, la vacilante luz de varias antorchas. En el exterior, montaba guardia un pelotón de soldados. Más allá, dos sacerdotes del culto de Ptah aguardaban junto a cuatro carros que ostentaban el estandarte de la ciudad de Menfis. Y Totmés no pudo por menos que sonreír ante esta circunstancia. ¡Sacerdotes de la gran capital del Norte obligados a dirimir un problema de estado en la antigua capital del Sur! El Alto y el Bajo Egipto enfrentados en una cuestión de honor que, sin embargo, venía decidida de antemano desde la capital que las anulaba a ambas: Alejandría, la gran dama del mar.

Pero existían explicaciones plausibles. Mientras el clero de Amón había perdido toda su beligerancia desde varias generaciones atrás, los sacerdotes de Menfis, con su culto al buey Apis, continuaban

manteniendo su alto prestigio. La ciudad se había convertido en un centro cosmopolita que a través de la religión atraía a pensadores e intelectuales de todos los países conocidos. Y los viajeros griegos la cantaban constantemente en sus escritos, aunque deformando la vieja tradición y helenizando los nombres, pues todo lo escribían de oídas.

Una mueca de desprecio ensombreció el rostro de Totmés al pensar en estos hechos. Pero aún albergaba otro temor, acaso más grave. Si el príncipe Cesarión había sido educado en aquel ambiente era fácil suponer cuáles serían sus ideas, qué aspecto físico presentaría. Y le imaginó vestido a la griega, como solía hacer su madre. O en el peor de los casos convertido en un niño romano para no renegar de su ilustre progenitor...

¡El hijo de julio César, opresor de Egipto, en la tumba de una de sus reinas más importantes!

Pero al penetrar en el estrecho pasadizo que conducía a la cámara funeraria se percató de que no estaba en la tumba de una reina, sino en la de un príncipe. Era un niño de corta edad que aparecía reproducido de manera obsesiva en los muros, acompañado por las principales divinidades que se ocupan de proteger la vida y la muerte. Pero como era normal en el caso de los príncipes muertos en edad temprana, su propio padre, el rey, le guiaba por los oscuros caminos del más allá.

Todo estaba destinado a convertir la mansión eterna del principito en un instante de ternura preservado para la eternidad.

Sonreían los dioses, sonreía el imponente faraón, incluso sonreían los genios maléficos. Y el niño era la criatura más hermosa que Totmés había visto en su vida. Presentaba un aspecto andrógino, sólo desmentido por la anchura de sus espaldas, e iba ataviado a la usanza de los cortesanos ociosos: el faldón plisado, un primoroso collar de lapislázuli sobre el pecho desnudo y unas sandalias de piel de pantera. Tenía la cabeza rapada, aunque del lado izquierdo del cráneo colgaba la trenza que

es símbolo de la infancia.

Por lo demás, la tumba estaba vacía. Hacía ya muchas generaciones que los saqueadores la profanaron, como a tantas otras. Y la eternidad del principito, incluso su momia, quedó convertida en artículo de contrabando.

De repente, Totmés fue testigo de un milagro.

¡El principito resucitaba! ¡El principito surgía de su representación pictórica y volvía a la vida!

Estaba saliendo del muro. ¿O sólo fue un delirio que el joven sacerdote alimentaba desde lo más profundo de su amor por el pasado?

No, no se trataba de una visión. El ilustre difunto sonreía y echaba a andar. Abría ya los brazos y se entregaba a los de Cleopatra. Y ella le estrechaba con todas sus fuerzas aun a riesgo de lastimarle con la armadura. Y después del abrazo fueron los besos, las sonrisas e incluso una lágrima de la madre.

Comprendió entonces Totmés que era el príncipe Cesarión, hijo de Julio César, quien surgía de otro niño pintado más de mil años atrás. ¡El mismo atuendo, la misma trenza, las mismas sandalias y una idéntica sonrisa al dirigirse a él, desde los brazos de su madre!

Se inclinaron los soldados encargados de su custodia. La reina les dirigió un gesto de deferencia, pero su sonrisa estuvo dedicada a Totmés.

—Ministro de Isis: sólo para que llegase este momento nos permitimos despojarte de tu pasado. Sólo por este instante te robamos a tus padres, a tu ciudad, a tus posibles amores. Sólo por este niño.

Entonces habló Cesarión:

—Madre, no hables tan alto. Los sacerdotes de Ptah, que me han cuidado hasta hoy, podrían molestarse. Me entregas a un culto rival.

Para sorpresa de Totmés el niño se expresaba en egipcio. Dialecto de Menfis y no de Tebas; pero egipcio genuino, egipcio amado.

—Mal irá la unificación de Egipto si ya empiezan por pelearse los dioses entre ellos —comentó Epistemo, riendo desde el fondo de la tumba.

Al descubrirle, Cesarión corrió hacia él y se arrojó a sus brazos, golpeándole el rostro entre risas y comentarios. Por lo cual Totmés dedujo que le conocía y le amaba.

—Salgamos al exterior —ordenó Cleopatra, enviando su venia con un gesto dirigido a todos los presentes—. Quise el encuentro en esta tumba por lo que simboliza. Pero nosotros estamos vivos. O es forzoso que así sea.

—Salgamos porque verdaderamente es una tumba muy triste —dijo Cesarión a Epistemo—. Y este príncipe también lo era. ¡Pobre niño!

Y, repasando con el dedo los antiguos jeroglíficos, los leyó en voz alta:

—«Yo, el príncipe Apkatotef, no llegaré a hombre. Yo no llegaré a conocer a la hermana de mi corazón. Yo no llegaré a ocupar el trono dorado para satisfacción del rey, mi padre. Yo, príncipe Apkatotef no he sido. Sólo seré a partir de ahora, en la larga noche de contar los años...»

Y brotó de labios de todos los presentes un murmullo de admiración que puso en el rostro de Cesarión una sonrisa de pequeña vanidad. Pero le molestó que el joven sacerdote de Isis no hiciese el menor comentario y mucho más que su expresión fuese severa, contraria incluso a los elogios de los demás.

No era tal. En lo más recóndito del alma de Totmés acababa de nacer un sentimiento que lloraba como un recién nacido. Una congoja inexplicable, una necesidad inesperada. Era una ligazón que pugnaba por abrirse paso y atravesar todas las barreras que le separaban de aquel niño recién salido de una pintura y que, además, leía las palabras sagradas de los antepasados... ¡las palabras que los egipcios ya habían olvidado!

Cayó de rodillas ante Cesarión. No se atrevía a mirarle. Pero tomó sus manos y se aferró a ellas, como si fuesen portadoras de todos los beneficios que necesitaba.

Le besó los pies, al tiempo que decía:

—¡Príncipe mío!

Y así permaneció durante un largo instante que permitió al niño decidir si le gustaba su nuevo carcelero. Y al cabo, exclamó:

—Madre, veo que tienen razón los sacerdotes de Ptah cuando afirman que los de Isis están un poco locos a causa de la clausura a que viven sometidos.

Epistemo ayudó a Totmés a levantarse, pues seguía preso de un éxtasis que, no por presentido, resultaba menos espectacular.

—Pero es un loco que me gustará —dijo el pequeño César. Y añadió —: A buen seguro conocerá algún juego que los sensatos desconocen.

Cleopatra acarició la frente de su hijo. De su estampa guerrera brotaba una singular ternura. Era como los contrastes del inmenso solar egipcio.

—Ve con él, hijo mío. Y recuerda que mucho antes de su llegada ya se habla cruzado una loca en tu camino. Esta que ves aquí. Tu madre y soberana.

Ya en el exterior, Totmés y Cesarión fueron a ocupar su lugar en los carros de los sacerdotes de Menfis. Viajarían con ellos hasta El Fayum. Epistemo acompañaría a la señora, en su regreso a Alejandría por el Nilo.

Las estrellas se amontonaban en la densa noche de la necrópolis. Continuaban aullando los chacales. El viento silbaba entre los riscos. Y uno de los centinelas tuvo miedo, porque así son los gemidos que emiten las reinas enterradas en el valle.

Pero ninguna estrella brillaba con la intensidad del rostro de Tótmés cuando se inclinó ante la reina de Egipto:

—Señora, os agradezco que me robaseis mi pasado, porque acabáis de poner en mis manos el futuro.

Antes de tomar las riendas, la reina se volvió hacia el mancebo y le acarició dulcemente sirviéndose del bastón real.

—Si te lo entrego es para que le transmitas toda la belleza que, por mi indicación, te ha sido enseñada. Entrégale la ternura del amanecer y la soledad del crepúsculo. Pon en sus manos la fragancia de la primavera y la suave resignación del invierno. Dale las estrellas y su significado. Concédele el Nilo con todos sus dones y el mar con todas sus aventuras. No le ahorres países, por lejanos que sean: transmítele las montañas y los bosques, los desiertos y sus oasis, las razas que viven en el hielo y las que llenan las grandes ciudades. Entrégale el mundo, Totmés, pues a través del mundo le entregarás Egipto; y al hacerlo podrás decir que su reina llegó a depender de ti mucho más que del más grande amor de su vida.

Dirigió los caballos hacia la salida del valle. Desapareció entre una nube de polvo que rompía las tinieblas de la noche. En realidad, era un soplo. Estaba formado por el aliento de todas las reinas de Egipto que alguna vez buscaron su eternidad en las tumbas de la Sede de la Belleza.

De regreso a Alejandría, la reina ordenó que se reuniese la corte a fin de conocer sus decisiones. Mucho tuvieron que esforzarse los chambelanes para localizar a todos los ministros, todas las damas, todos los oficiales. La placidez de la tarde propiciaba las salidas, cuando no algún exceso. Y más allá del dolor de su reina, más allá de la ausencia de su bacante oficial —el romano Antonio—, Alejandría continuaba extendiendo sus tentáculos, irresistibles para los amantes del placer.

Por fin fueron localizados los servidores de Cleopatra y cuantos tenían acceso a su gobierno o a su intimidad. Y al conocerse la noticia de

que la reina aliviaba su luto, la corte sacó sus mejores galas y en el gran salón del trono desfiló el esplendor de Oriente cual una cabalgata que celebrase el regreso de la alegría... Lujosas túnicas, mantos de oro, abanicos de suntuosas plumas, bastones de plata, collares de esmeraldas, pelucas adornadas con todo tipo de joyería, nada faltó en una recepción que se proclamaba sencilla e íntima... ¡a su pesar!

Vieron aparecer a la reina en lo alto de la gran escalinata. Para quienes conocieron sus días de luto, su presencia tuvo el efecto de un milagro. Enteramente vestida de oro, con los brazos cruzados sobre el pecho y en sus manos los cetros del poder, no parecía la encarnación de lo majestuoso, sino la representación de la divinidad. Aparecía bajo los rasgos de Isis y anunció que en adelante aquél sería su uniforme para las audiencias y fiestas de solemnidad.

La seguían sus consejeros —Sosígenes y Epistemo en primer lugar— y a corta distancia su capitán, el apuesto Apolodoro. Más allá, sus damas, vestidas de lino blanco como las vírgenes o las sacerdotisas. Y culminando el séquito, las dos nodrizas reales, que llevaban en brazos a los dos hijos de Antonio, a los gemelos Alejandro Helios y Cleopatra Selene, príncipes de Egipto.

Todos los ojos estaban fijos en Cleopatra. Avanzaba hacia el trono dorado, con paso severo pero rítmico. Era como si obedeciese a los sonos de varios arpistas a quienes dirigía el ciego Ramose.

Nunca apareció tan serena la voz de Cleopatra Séptima. Nunca quedó tan clara su ascendencia y sus derechos.

—El rey de Egipto a su corte. El rey de Egipto a sus amigos. Reanudamos la vida después de haber viajado hasta el fondo de la muerte. Levantamos un luto que nunca debió celebrarse. ¡Que regresen los colores a Alejandría! Que se anuncie su resurrección de un confín a otro de la tierra. Desde las remotas costas de Hispania, donde habitan los

monstruos marinos, hasta las montañas de la China, donde nacen los ríos color de jade. El rey ya no teme a la muerte. Ni a la muerte, ni a los monstruos que asustan a los romanos, ni a los ríos con colores extravagantes. La razón del rey es una sola: que empiece a partir de hoy, bajo la placidez del mes de Atir, la época más gloriosa de la historia de Alejandría.

Llamó entonces a Apolodoro. El capitán se arrodilló ante ella. Y más de una dama suspiraba, tal era su postura.

—Creo recordar que en mi delirio di al fiel Apolodoro una orden excesivamente drástica.

—Me ordenaste que mis hombres destruyesen todas las estatuas que representan a Marco Antonio. Y que su nombre fuese borrado de todas las inscripciones.

—Esta orden queda revocada.

—¡Mi reina! —exclamó Apolodoro, tan azorado que incluso equivocaba el tratamiento.

—No sería digno de este título si permitiese que se convirtiera en decreto público la furia de una mujer abandonada. Si el pueblo no ha de verme llorar, para no tener a su monarca por un ser débil, menos ha de conocer su afán de destrucción, pues podrían tomarlo por bárbaro. Los romanos trastocan la historia, la manipulan de acuerdo a sus intereses. ¡Sabemos demasiado poco de la historia de Egipto como para que su rey borre la más inmediata! Si el nombre de Marco Antonio tiene que desaparecer será por sus propios pecados. No ha de contribuir a ello el despecho del rey. No será éste el legado que dejará a los príncipes de Egipto.

—¿Recibirán los hijos de Antonio el mismo tratamiento que el del César? —preguntó Sosígenes, inclinándose ante el trono.

—¿Acaso no son hijos de Cleopatra?

No necesitó añadir una palabra más. Con su decisión legitimaba a dos niños que, para muchos, eran el símbolo de la vergüenza.

—¡Hembra divina! —exclamó Epistemo por lo bajo. Pero no tanto como para que Cleopatra, desde lo más elevado de su majestad, no percibiera el movimiento de sus labios.

—Esta noche celebraremos un banquete en tu honor, Epistemo. No será con los excesos de otros tiempos, pues éstos ya han pasado. Pero sí constituirá una noble despedida para quien va a dejarnos mucho antes de lo que nos mismo desearíamos.

Epistemo se adelantó unos pasos, con gesto de sorpresa. Cleopatra cortó la posibilidad de cualquier palabra: ya de acatamiento, ya de rechazo.

—Partirás mañana mismo para Judea. El viaje es largo y hace demasiadas semanas que las intrigas de Herodes no cuentan con un adepto al trono egipcio que las neutralice. Partirás, pues, en buena hora.

La sesión fue larga. Desfilaron los gobernadores de las provincias, los embajadores extranjeros, los mercaderes ansiosos de obtener permisos, los funcionarios agradeciendo alguna prebenda. Y cuando todos hubieron pasado, y la fatiga aún se resistía a aparecer en el rostro de la reina, llegó el momento de hablar con Roma. ¡La primera en el mundo y la última ante el trono de Egipto!

El general Marcio se inclinó como habían hecho todos los demás. Y expuso los problemas inherentes al tratado entre Roma y Egipto.

—Comprendo que Roma quiera más —dijo Cleopatra—, pero también deberías comprender que Egipto aspire a dar menos. El actual tratado se firmó en unas condiciones que me atrevería a calificar de privilegiadas. —Marcio asintió, comprendiendo—. Las circunstancias personales del rey de Egipto pudieron favorecer que el triunviro Marco Antonio accediese a hacer algunas concesiones que el senado de aquel

noble pueblo puede considerar excesivas. Ha llegado a decirse que Egipto obtuvo sus ventajas gracias al lecho de Cleopatra.

Surgió un murmullo de indignación en los asistentes. Y hasta el rudo Marcio se avergonzó.

—En modo alguno quise decir esto, mi señor.

—Los tiempos han cambiado, Marcio. Con lecho o sin él, Roma no puede pretender más ventajas de Egipto. El tratado se ha convertido en un saqueo constante. Se lleva más de la mitad de la cosecha de nuestros campesinos. Los barcos romanos surcan los mares cargados de trigo egipcio. Es lógico que aspiremos a retener un poco más del que nos dejan como limosna...

—Me permito recordarte, gran señor, que tu padre...

—Mi padre solicitó la intervención de Roma, y Roma está muy acostumbrada a intervenir en los países extranjeros. Demasiado acostumbrada, diría yo. En cualquier caso, esta ayuda nos está costando muy cara. No sólo por lo que pagamos, sino porque Roma se permite inmiscuirse en nuestro gobierno. Todo ello me indica que debemos actuar sin miramientos. No recibiréis más trigo de Egipto mientras no se revise el tratado. Y, además, con urgencia.

—Partiré esta misma semana para comunicárselo al gran Octavio — contestó Marcio, a regañadientes y cuadrándose con soberbia.

Se disponía a irse cuando la voz airada de la reina le retuvo:

—Espera. Nadie puede retirarse sin nuestro permiso. Y no te lo hemos concedido... Por tus palabras entiendo que a partir de ahora nuestros tratos serán con Octavio.

—¿Con quién si no?

—Tu pregunta es justa. En efecto: ¿caen quién si no podría tratar todo un rey de Egipto?

Abandonó el salón, rodeada por los abanicos de plumas que sostenían

sus damas. Continuaban acompañando su regio paso las arpas del ciego Ramose.

Mientras Iris y Carmiana desnudaban a la reina detrás de un biombo, Sosígenes recogía los documentos que debía estudiar para su aprobación al día siguiente. Pero barruntaba otras palabras. Y sacudía la cabeza como signo de descontento. Al oírlo refunfuñar, Cleopatra se echó a reír.

—Cleopatra debería saber que esta euforia es ficticia —dijo el sabio—. Está escrito que ninguna enfermedad se cura antes de cumplir su tiempo sobre la tierra.

—El mío será corto como el de todos los mortales —replicó ella—. No estoy autorizada a malgastarlo. Cesarión me lo prohíbe. Desde su futuro, que vislumbro esplendoroso, parece gritarme: «¿Por qué malgastaste aquel instante del pasado, madre estúpida?». Sé que entonces me arrepentiré por el tiempo que dejé escapar. Intentaré recuperarlo y será en vano. Porque incluso tus compañeros, los filósofos, aseguran que ni siquiera el propio Tiempo dispone de más instantes de los que le han sido concedidos.

—¡Pero no puedes acelerar el tiempo del amor, Cleopatra! Llorar, reír, desesperarte, emborrácharte, saltar o brincar... cuanto hagas será en vano. El tiempo del amor debe cumplirse inexorablemente.

Salió de detrás del biombo. Toda su autoridad quedaba aliviada por una túnica transparente, de airosos pliegues. Y llevaba los brazos desnudos y la cabellera suelta.

—Cumpliré los plazos del amor y esperaré el imperio del olvido. Pude quedar encerrada en mi llanto durante los años que durara la enfermedad. Pude morir en vida. Pero esto no sería luto, sino resignación: ¡el único sentimiento que jamás se permitirá Cleopatra! No intentaré

adelantar los decretos del tiempo, pues sé que éste tiene su lógica. Pero guardaré el dolor para mis noches. Los días estarán llenos de las actividades que el mundo supone a mi grandeza. ¡Alejandría me las propone a manos llenas! Gobernaré Egipto como nadie lo hiciera desde los días remotos del gran Ramsés. Consagraré mis ocios al estudio y a la lectura, como no se ha hecho desde los gloriosos días de Platón. Tomaré las grandes verdades de la vida para desentrañarlas hasta sus orígenes. Y será tanta mi actividad que nadie podrá sospechar que sufro. Ni siquiera tú, buen consejero. Ni siquiera mis damas.

Su rostro se convirtió en la máscara de la gran esfinge: espejo donde van a reflejarse todos los secretos, todos los enigmas. Su sonrisa fue la de aquellas otras esfinges, más pequeñas, que los griegos tenían en sus templos: sonrisa a medio dibujar, sonrisa impredecible, sonrisa a medio camino entre el dolor y la ironía.

—Y un día llegará el olvido. Y cuando logre acceder a él podrá decirse que Cleopatra consiguió dominar al Tiempo, convirtiéndolo en su siervo.

Con paso lento salió a la terraza. A sus pies Alejandría ya no se presentaba como la encrucijada de pasiones que consiguió enardecer: la violenta pasión del amante perdido. La Alejandría de los grandes amores, con su sexualidad tumultuosa, sus aromas exóticos, sus lances misteriosos en esquinas turbulentas, quedaba para los viajeros romanos, ansiosos de pintoresquismo. Para ella, la ciudad recobraba la; ambiciones que Alejandro cobijó al fundarla. ¡Cuna de la civilización! Crisol del pensamiento. Ágora de las letras. Luz de la ciencia La Alejandría capaz de dirigir los destinos del mundo.

Y entonces Cleopatra recobró el temple de las mujeres de su raza las mujeres famosas de una dinastía basada en la locura. Las Arsinoes, las Berenices, las Cleopatras... Reinas aciagas, reinas fatales, sí; pero

también reinas rotundas. Mujeres que supieron ir más allá de la vida. Humilladas tal vez. Vejadas a menudo. Pero jamás vencidas.

Levantó el puño hacia la ciudad y la hizo suya. Dirigió la mirada hacia el mar. El viento agitó su cabellera a modo de estandarte y se llevó sus palabras hacia Roma:

—¡Cuando llegue el olvido, Marco Antonio! ¡Cuando llegue el olvido!

LIBRO SEGUNDO.

OCTAVIA

Si la sabiduría, el pudor y la belleza pueden serenar el corazón de Antonio, Octavia será, para él, feliz regalo.

SHAKESPEARE, ANTONIO Y CLEOPATRA

Octavia no olvidaría fácilmente la noche en que dio a luz a la hija de Antonio. No porque el parto resultara especialmente difícil, pues la niña salió a la vida dando muestras de la misma admirable serenidad con la que Octavia se había ganado la admiración de sus conciudadanos. Tampoco a causa de la tormenta que se abatía sobre Atenas, poniendo en los mármoles de sus ágoras centelleos de una luz más intensa aún que la del día. Ni los dolores de su condición ni la furia de los elementos desatados contribuían a convertir aquella noche en la pesadilla que recordó después... y para siempre.

La pesadilla de una soledad absoluta, reconocida por fin como la más brutal de las evidencias cuando su grito no encontró respuesta. Cuando su grito quedó como una invocación al vacío del amor.

—¿Dónde está Antonio? —gritó—. ¿Dónde está el padre de mi hija?

Sólo este dolor recién descubierto. Los demás ¿qué importancia tenían? Al igual que su egregio hermano, había sido educada en el estoicismo más estricto. Ni siquiera la muerte de su primer esposo, hombre ejemplar que la ensalzaba a ella mediante sus propias virtudes, ni siquiera aquella ausencia irreemplazable consiguió que su entereza se

tambalease a los ojos del mundo. Resistió a los caprichos de la fortuna con la autoridad que le confería el saber que representaba a las más altas virtudes de la tradición romana. Ninguna adversidad puso barreras a este deber.

El alumbramiento de su primer hijo le había enseñado a soportar el dolor como una obligación más entre las muchas a las que su abolengo la obligaba. Lo resistió sin demostrar que lo resistía, siendo en esto admirada por las mujeres que la asistieron y cierta partera, en exceso parlanchina, que se ocupó de pregonar su entereza por las principales mansiones de Roma. Donde ya era sabido.

Así, la noche en que dio a luz a la hija de Antonio, la fama de Octavia estaba firmemente establecida. Pero no su soledad. Y cuando los espasmos la obligaron a contraerse toda ella, cuando un trueno más horrísono que los demás hizo temblar a las mujeres que la asistían, ella todavía tuvo una sonrisa gentil y musitó al oído del esclavo Adonis el lugar donde podría encontrar a Marco Antonio.

—Busca, en casa de la hetaira Aspasia. Dile que abandone aquel lecho. Pues en el suyo va a nacer un hijo.

Las asistentas, vestidas de negro como todas las viejas del Ática, intercambiaron unas palabras apresuradas con la partera. Se esperaban dolores más intensos. Octavia apretó los dientes con todas sus fuerzas para no desmentirse a sí misma.

Levantó un brazo hacia la tormenta. Y con la palma de la mano abierta buscó el amparo de los genios que velan por los nacimientos felices. Entonces volvió a gritar:

—¡Antonio! ¡Esposo mío!

Sólo contestaron las voces airadas de la tormenta Ninguna ayuda familiar contra ellas. Sólo las viejas enlutadas que ayudaban al buen hacer de la partera. Sólo criadas griegas, rostros adustos, desconocidos. Y

el abismo de la soledad abriéndose ante ella, en un oscuro palacio, lejos de su familia, lejos de la patria. En aquel punto olvidó toda cautela y profirió una maldición mientras alguien anunciaba que acababa de nacer una niña.

Cuando las palmadas de la partera hicieron llorar a la pequeña Antonia, la madre se permitió un instante de desmayo. Pues incluso en el abandonarse a una mínima concesión al dolor era Octavia dueña y señora de sus recursos.

Al despertar de su desmayo, ya estaba de vuelta el esclavo Adonis. La partera intentaba evitar que se acercase al lecho, pero Octavia hizo una señal de asentimiento, y el efebo se acercó aunque conservando cierto sigilo, pues dicen que a una madre reciente puede provocarle graves cataclismos interiores un movimiento demasiado brusco o una voz en exceso altisonante.

Era evidente: los griegos no conocían a Octavia. Aunque aquel dulce joven la intuía. Pues encerraba mucha devoción su modo de hablarle y mucha querencia la distinción con que ornaba sus gestos al obedecerla.

—Mi señor no se encuentra en la casa que tuviste a bien indicarme —y sus mejillas se llenaron de rubor cuando añadió—: La opípara Aspasia me ha dado vino de miel, como a sus mejores clientes, y me ha dicho que a estas horas de la madrugada mi señor Antonio suele estar en otras casas.

—¿Las conoces? —preguntó Octavia, esforzándose por incorporarse.

—Nunca las he frecuentado, porque soy fiel a mi amigo Fedro, el jardinero que embellece tus jardines y mi alma. Y bien deberías saberlo tú que siempre nos has protegido y por ello te guardamos reverencia. De modo que tan difícil es que ultraje a mi compañero entrando en una casa de lenocinio como que te cause dolor a ti, diciéndote cómo son las que frecuenta a estas horas mi señor Antonio.

—No me acorrales con retórica griega, fiel Adonis. Que el daño ya está hecho. Pues entiendo que mi esposo se encuentra en lugares más bajos todavía que los salones de Aspasia.

El efebo expresó ofensa. Como si la voz de Roma hiriese el orgullo de todos los atenienses.

—Mucho más, mi señora. Pues Aspasia es una noble dama que sigue la gran tradición de las hetairas que fueron gloriosas en el pasado. Y así se llama en honor a aquella otra Aspasia de Mileto, la que, en los tiempos gloriosos de esta ciudad, servía de consejera al inmortal Alcibíades y le leía poemas al tiempo que daba placer a su corpachón. Todo ello según se cuenta.

Octavia sonrió de buena gana. La elegancia, el donaire de su esclavo preferido, la consolaban.

—Tienes el don de convertir una respuesta en un curso de oratoria. ¿No lo encuentras poco apropiado para una parturienta? Anda, dime de una vez dónde se divierte mi señor. Y ve a buscarle.

—Es largo el camino. Pues está en un burdel del Pireo. Y allí son todos sucios y miserables.

Vio que sus palabras habían quebrantado las defensas de Octavia. Y quiso rectificar. Pero sin éxito, ya que ella dijo en un lamento:

—Cuanto más alto es el honor que se dispensa a su casa más bajo es el placer que busca Antonio. Pero la verdad que siempre sospeché no ha de doler más, por comprobada. Sea así.

—No vas a mandarme a esos antros, ¿verdad? Mi amigo me dará de bastonazos si intuye que he estado con esas mujerzuelas.

—Entonces dejaré de protegerle, porque no querré a un verdugo como jardinero. Pero estoy fatigada, Adonis. Te ruego que me dejes. Cabalga hasta el Pireo e informa a mi señor de que tiene una hija. Dile que se llama Antonia, como él dispuso si llegaba la ocasión —calló por un

instante. Tuvo que esforzarse para reprimir una lágrima—. Dile también que mi hija y yo no queremos interponernos en su albedrío. Que venga cuando le plazca.

El esclavo supo descubrir en su fatiga la máscara que ocultaba algún pesar más profundo. Y al ver cómo se incorporaba para recibir a su hija, la admiró.

—Salgo al momento —exclamó—. Pero antes quiero decirte que eres la madre más hermosa que vieron mis ojos, divina Octavia.

«Humana, simplemente humana. Ya es bastante carga», pensó ella.

Cuando quedó a solas con las criadas griegas, Octavia sintió que la tempestad que asolaba al mundo se había introducido en lo más profundo de su alma. En sus brazos, la pequeña Antonia efectuaba mil acciones incontroladas en las que creyó ver gestos de rechazo. La devolvió a una de las mujeres, mientras otra le arreglaba el lecho. Pero Octavia pidió que la dejaran sentada en él, y así permaneció largo rato con la mirada fija en la tempestad que proyectaba sombras monstruosas sobre los tejados de Atenas.

Pero las tormentas, aquélla o cualquier otra, tenían que vérselas con toda la integridad que a lo largo del tiempo había convertido a la matrona romana en una institución. La mejor para mantener las formas hasta en el descalabro de la muerte. Para mostrar serenidad ante cualquier tormento.

Serena se mostró en la escuela, en los juegos con las muchachas de su edad, en las labores del hogar y en los primeros pasos de aquella experiencia única, adorada todavía en la distancia, que los poetas dieron en llamar primer amor. Con una serenidad teñida de radiante dicha, aceptó la proposición de Cayo Claudio Marcelo, el agradable cónsul que supo conducirla por los cansinos de una felicidad cómoda, sin sobresaltos, tenue y sutil como la virginidad que ella depositaba en sus manos, a guisa de dote más preciada aún que la material. Y toda su

serenidad arropó el nacimiento del pequeño Marco Claudio y la ayudó a dirigir sus primeros pasos por los senderos de la dignidad y la entereza que corresponde al heredero de dos nobles familias.

Serena supo estar en todo y para todos. Y llevó su serenidad hasta los límites de sus propias fuerzas cuando compareció ante la pira funeraria de su esposo y asistió sin una sola lágrima a la rápida ascensión de las llamas que devoraban el cuerpo amado, la mente respetada, el rostro que nunca la miró sin una sonrisa, los miembros que jamás se dirigieron a ella sin un gesto de deferencia.

Pero aquella noche en que dio a luz a la hija de Antonio toda la serenidad de Octavia se convirtió en resignación. Consiguió dominar, los dolores del parto, pero no la apatía que la encarcelaba. Y sus ojos, completamente inexpresivos, recorrían la estancia, asimilando todos los objetos sin posarse en ninguno. Se encontraba sola en medio de un museo de fantasmas convertido en cárcel de oro y belleza. Esculturas griegas, de distintas épocas, que Antonio había ido expropiando de los palacios de Atenas, de los templos de Delfos y Olimpia, y de los cementerios de las islas.

¡Aquel coleccionista exagerado convertía una alcoba en un muestrario de la cultura que le fascinaba, la de los grandes mitos de quienes decía descender! Y Octavia, acostumbrada a la austeridad doméstica que presidió su primer matrimonio, sentía que todas aquellas esculturas la miraban con ironía, burlándose de su alumbramiento. El Olimpo, trasladado a los más exquisitos materiales, le arrojaba una risotada unánime, como si se tomara venganza de cuantas injurias le había infligido el dominio de Roma. Venus, Baco, Juno, Júpiter, acompañados por bulliciosos cortejos de faunos, ninfas, sátiros y amorcillos le escupían el nombre del burdel donde se regocijaba su esposo. Y desde su poderío olímpico, llegaban a despreciar a la recién nacida, pues no había tenido la

fuerza de arrancar a su padre de los brazos de sus meretrices, del delirio de sus fuentes de vino.

Pero ella resistió la afrenta de sus dioses y, lentamente, fue adoptando una postura más cómoda, como si la obligación de reincorporarse a la vida fuese más importante que su dependencia de Antonio, que su dependencia de cualquier hombre. Al fin y al cabo, la noche había sido suya. Durante nueve meses, cada palpitación, cada íntima vibración de aquella criatura le había pertenecido por entero. Sólo ella la oía moverse en su interior. Sólo ella sentía el infierno en sus entrañas cuando aquella cosa aún increada decidía erguirse en guerrera precoz. Y sólo ella abrió sus carnes para dejar camino a la vida, expulsándola de sí para que fuese propiedad del mundo.

Pero no de Antonio, decidió. ¡No de Antonio y sus meretrices! No de ese padre que se conformó con depositar un día la semilla y abandonarla después a su suerte, sin acudir siquiera a la gentil cosecha.

Se hallaba ya sentada cuando los esclavos le anunciaron una visita que no era Marco Antonio. Y sonrió ella con desprecio al pensar que cualquier visitante, por ajeno que fuese, podía llegar antes que su esposo: el hombre que al desposarla la había convertido en la mujer más envidiada de Roma, cuando ya era la más respetada. Y resultaba por demás irónico que en el trance de dar a luz a una hija de ambos —«pero sólo la he sufrido yo», repetía en su interior—, que en aquel momento solemne, le hubiese inspirado grandes fuerzas el respeto que el pueblo le otorgaba y ninguna aquel amor que los demás imaginaran poderoso.

Una singular combinación de resplandores iluminó la entrada de su visitante. Y diríase que los rayos caían tan cerca sólo para realzar aquel privilegio. Pues al levantar el manto que la protegía de los elementos, apareció, debidamente realzado, el rostro todavía hermoso de la viuda de Calpurnia Pisón.

—¡Pude ser rey de Oriente! —aullaba el general borracho, en el interior del burdel.

Bajo la tormenta, la casa parecía más decrepita aún que en otras noches. Un edificio de una sola planta, con una portezuela de madera podrida. Muros gastados a lo largo de los años a causa del salitre del mar y los orines de mil perros vagabundos. Olor a pescado podrido. Acumulación de desperdicios en la esquina. Y toda la miseria del puerto en su interior.

Cuando Adonis entró en el vestíbulo a toda prisa, sacudiéndose la lluvia que le había dejado empapado, oyó la voz inconfundible de su señor que seguía gritando en una de las salas interiores:

—¡Estuve a punto de ser rey de Oriente! ¡Creedme, cerdas! ¡Tuve Oriente en mis manos!

Su voz se interrumpía con los eructos provocados por el vino. Su angustia traspasaba los muros. Y Adonis, que había temblado de miedo al cabalgar hasta el Pireo entre los rayos, tembló ahora de indignación. Pensaba en la soledad de su señora Octavia y en las bondades que siempre tuvo para con él y su amigo. De modo que la ostentación de Marco Antonio le pareció una solemne bofetada, no ya contra el honor sino contra la ternura.

En el vestíbulo reposaban tres soldados de edad avanzada: tres veteranos que habían acompañado a Antonio en todas sus campañas y, antes que a él, al propio César. Aquella noche se limitaban a esperarle en bancos de piedra, con la espalda contra la pared y las manos reposando sobre los senos de algunas prostitutas orondas, veteranas también de otras batallas en cuyas victorias no se obtienen más laureles que los del hastío.

Así, las profesionales del amor y los profesionales de la guerra componían una imagen de cansancio y fracaso que a Adonis, en la flor de su apostura, se le antojó patética.

No bien intentó pasar más allá del vestíbulo, uno de los soldados se incorporó cansinamente y le agarró por el cuello, sin demasiadas contemplaciones.

—¡Largo de aquí, mocito! —exclamó el soldado—. Hoy no se aceptan clientes. ¡Vete! Esta casa ha sido declarada fuera de límites.

El escándalo se dibujó en el rostro querubinesco del esclavo:

—¿Cliente yo, el lindo Adonis, siervo preferido de mi elegante señora y mi poderoso dueño? Has de saber, basto servidor de Marte, que me ultrajas por dos razones. Primero: porque al suponerme cliente me supones dinero y, como no lo tengo, empezaré a avergonzarme de mí mismo. Segundo: porque al suponerme dinero deduces que me lo gastaría aquí, con lo cual me tomas por imbécil, que otra cosa no sería si, dejando las monedas en el deshonesto regazo de estas hembras, tuviera que renunciar a comprar cuerdas nuevas para mi cítara o el rastrillo que precisa con urgencia mi noble amigo, el jardinero, para efectuar su plantación de bulbos, que ya corresponde...

Una de las prostitutas se levantó alarmada:

—Pero ¿qué dice esta criatura? ¿Le ha dado el mal sagrado de repente?

—¡Qué tanto hablar de bulbos! —gritó el soldado—. Los de aquí están tomados por la milicia romana...

—¡Y bien se duele mi bulbo, que no estuvo tan aburrido desde el último luto oficial, cuando nos cerraron la casa! ¿Así las gasta la ponderada milicia romana? Un solo cliente y todo el puterío del Pireo a seguirle los caprichos. O a escucharle la tabarra, que para el caso es lo mismo.

Y volvió a sonar la voz de Antonio, arrojando su grito de guerra:

—¡Os digo que pude ser rey de Oriente! ¡Desde Egipto a Siria, desde Petra a Catay, todo pudo ser mío!

Al levantarse una raída cortina gris que separaba el vestíbulo de la sala principal, apareció una muchacha más joven que las demás que se sostenía los senos, pues estaba desnuda de cintura para arriba. Tenía el pelo muy revuelto y en el cuello la señal inconfundible de unos labios que habían mordido con excesiva pasión.

—¡Me tiene harta tu general con sus bravatas! —exclamó, dejándose caer en los bancos de piedra, junto a las otras—. Cada noche la misma canción. ¡Y para acabar vomitándonos encima!

—¡Qué han de ser bravatas! —protestó el soldado, de nombre Sixto—. Como la luz del día es lo que dice. Si hace años sus manos ofrecieron a César una corona, en plenas carreras de las Lupercales, él llegó a más, pues se le abrieron cien reinos mismamente, cada uno de los días que estuvimos en Alejandría —y dirigiéndose al otro soldado, añadió—: Tú servías en la misma legión, Glauco. No me vas a dejar por fantasioso ni a nuestro general por embustero.

El otro bostezó. Sin afeitarse, con el pelo mugriento y una enorme pústula en la frente, parecía haber alcanzado el dulce grado de la indiferencia ante todas las cosas. Señal de que había visto demasiadas.

—Déjalo —dijo, titubeando—. Los asuntos de la realeza no son para la cholla de una ramera de cuatro chavos.

Permanecía Adonis junto a la puerta, con la cortina a medio correr y el brazo sujeto todavía por las garras peludas del llamado Sixto. Y percibía en el interior un jolgorio tan intenso que llegaba a ahogar los propios fragores de la tempestad.

Se encontraba en una situación extraña, por no decir ridícula. No se ocupaban de él, pero tampoco le permitían entrar. La discusión que se

había organizado parecía mucho más importante que su intrusión. Era como si, al tomar como centro al cliente de honor, se decidiese el prestigio de Roma.

Terció una prostituta, Circena, que hasta entonces permanecía tendida en un rincón, junto a un soldado más joven pero en modo alguno más aseado que los otros.

—Es cierto lo que dice este viejo —dijo Circena—. Yo trabajaba en Alejandría por aquellos tiempos, en una casa del muelle antiguo. Y vi a ese general desfilando en un carro de oro, al lado de la mismísima Cleopatra. Y diríais que eran dos dioses, de tanto relucir al sol y tanto arrojar resplandores.

Acorazados en oro iban los dos. Y eso lo juro por mis difuntos. Que ese Antonio que aquí veis borracho y tambaleándose, ese Antonio que grita como un orate fue sostén de la reina más divina. Y divino era él mismo para los alejandrinos, aunque hoy pueda aburrir a un pendón como éste, que ni para fregona la querrían en aquella corte dorada.

La aludida cubría su desnudez con un chal muy basto, que un día tuvo flecos, pero que había perdido más de la mitad por los caminos del mundo.

—¡Mucho oro y mucha reina y mucha labia! —gritaba—. Pero a fe que se dejó los esplendores en Egipto y a Atenas sólo trajo los excrementos. Si a la egipcia le soltaba los mismos paliques que a nosotras, se le dormiría en plena cópula de tanto hastío.

—¿Y qué sabrás tú de reinas, pendonazo?

—Por ser reina lo sé. Reina de la entrepierna, cabruno. Y en este título no difiero de la egipcia. Ni en el uniforme de nuestras batallas. Que no es otro que éste —y emitiendo una risotada grosera, mostró toda su desnudez, para desagrado de Adonis y de todas las escuelas del buen gusto—. Así trabaja, la zorrana. Pero ella obtiene reinos por abrirse y yo

cuatro sestercios miserables. Y aún si la gorrina de la Escancia, a quien los dioses maldigan, no me cobra el sucio fardo de paja al cual tiene el valor de llamar catre. Sólo en esto somos distintas de la egipcia: ella, cama de oro. Nosotras, de oro, sólo el pico.

De repente, Adonis se vio apartado de la puerta por el manotazo de una soberbia mujerona que salía de la sala central, consumiéndose en la agitación propia de la perfecta organizadora.

—¿Qué tienes tú que decir de esta mi casa, malnacida?

Y aunque vestía de festejo y en su vulgaridad pretendía demostrar cierta importancia, aquella gran mujer se puso en jarras como una verdulera y contrajo las facciones de tal modo que todas sus pinturas se corrieron hasta formar un emplasto.

—¿Desde cuándo en Atenas llaman casas a las pocilgas? —exclamó la prostituta beligerante.

—Pocilgas, no. Hospitales, las llamamos. Desde que aquí se acogen mujerzuelas que están podridas y tienen el monte de Venus hecho una leprosería. ¡Y no me busques batalla, mal bicho, que te mando a la tormenta!

Continuaron peleándose la dueña y su empleada. Y Adonis, acostumbrado ya a la escena y al olvido a que le tenían sometido, se quedó en un rincón, cruzado de brazos, descuidando por un instante su comisión. ¡Tanto se estaba animando el ambiente! En un momento determinado, la dueña empezó a gritar una sarta de nombres y fueron apareciendo otras mujeres y algunos muchachos, a medio vestir o vestidos con ropas grasientas y malolientes. Y al compararse con ellos, Adonis, siendo esclavo, se sintió príncipe.

La dueña seguía batiendo palmas:

—¡Vamos, vamos! Preparad la comparsa y componed los disfraces, que el general ya está encalambrinado. Vestíos al modo que le gusta. O

desnudaos, al llegar el momento de costumbre —iba de un lado para otro, a toda velocidad. Y gritaba—: ¡Los putos! ¡Que vengan los putitos! Harán de fauno.

—¡Para fauno el general! —exclamó uno de los muchachos—. Tiene su aquel que cada noche tengamos que montarle toda una dramaturgia. ¿No se ha enterado que aquí se viene a darle al mango? Cuando piensas que le estás dando gusto, vamos, que cumples, se suelta a lanzar peroratas de tal calibre que convierte el salón en un foro. Y cuando ya te has acostumbrado a tragarte sus historias sobre Oriente, que serán ciertas o no, pero tienen su miga, entonces te toca convertirte en histrión y hacerle teatro.

—Ponte tranquilo —dijo Glauco—. Por fino que te salga el arte, no superará tu representación a las que le organizaba Cleopatra. ¿Te acuerdas, Sixto, qué de esplendores?

—No se han visto otros. Cuando ese general, a quien hoy veis borracho, llevaba de cabeza a la reina Cleopatra, ésta le organizaba representaciones dramáticas que tenían el sexo por motivo. Buscaba para él a las mujeres más bellas, a los hombres más hermosos, de mediana edad, adolescentes y hasta niños. Y ella misma escribía los textos, que siempre tendían a mostrar los mil modos y maneras de que se sirve Eros para entretener a los mortales. Y se sumía Antonio enteramente en aquellos ensueños escenificados. Y se le vio caer desnudo entre varias náyades. Y, presidiéndolo todo desde un lecho en forma de cisne, la soberbia majestad de Cleopatra. Así le tenía de consentido. Así de regalado.

Suspiraron con envidia mujeres y efebos, soldados y hasta la exuberante mandamás. Y Adonis pensó para sus adentros: «¡Mi pobre señora Octavia! ¡Qué batalla perdida de antemano!».

—¿Pues qué tendrá la reina de Egipto que no tengan mis posaderas?

—exclamó uno de los efebos, al tiempo que se ponía su disfraz de fauno.

—Mucho truco dicen que tiene —comentó Chloé, la más joven de todas aquellas ramera—. Sin el truco, no se entiende.

—Alguno tendrá para que fuese capaz de enloquecer a todo un Julio César y después al general. Quien será todo un mamarracho cuando se pone en jumera, pero nadie me lo va a dejar por malplantado. Bien apuesto es. Y bien solicitado cuando está sereno, de modo que algo tendrá la reina de Egipto, como decíamos, para que fuese ella la elegida y no otra.

—Dicen que cuando está en plena cópula se les desmaya.

—¿Y esto excita a los hombres? Menuda lagarta esta soberana. O menudos botarates estos machos, que van conquistando tierras y después se rinden como palomas ante la primera aficionada que les pone hierbajos en el vino.

—También dicen que tiene la trampa que llevan entre piernas todas las orientales. Que eso lo sé por una compañera que trabajó en Esmirna y dice que las chinas de ojos almendrados saben contraer sus partes en el momento justo en que al hombre le da el éxtasis. Y que el macho, si sabe ser macho, encuentra en esa contracción un regodeo que no es para decirlo.

Las pieles raídas de los faunos, las falsas flores de las guirnaldas para las ninfas, las pezuñas rugosas de los sátiros... todo parecía sacado de un almacén donde permaneciese desde la más remota antigüedad, pasto de polillas y piojos, chinches y hasta cucarachas.

Y al otro lado de la cortina, volvía a sonar la voz de Antonio:

—¡Que vengan mis faunos! ¡Que venga de una vez la corte del rey de Oriente!

Una náusea profunda dominaba ya la conciencia de Adonis. Los muros mal encalados, el suelo húmedo, el vino derramado y los últimos

restos de comida arrinconados junto a la cisterna le produjeron una sensación de decrepitud que no pudo soportar. Frente a ella, imaginó la serena estampa de su señora Octavia. Y tomó la decisión de marcharse sin dar su recado. Sabía que nadie iba a recogerlo en toda su grandeza.

Se apartó discretamente de sus ruidosos acompañantes y, con todo sigilo, buscó la puerta de salida. Pero antes de alcanzarla, sonó la autoritaria voz de la dueña de la casa:

—Muchachito, lindo muchachito, ¿estás buscando a alguien o formas parte de la comparsa?

Adonis se detuvo instantáneamente. Improvisó una sonrisa deliciosa:

—Buscaba una farmacia, mi señora.

—¿Una farmacia a estas horas? —exclamó la espectacular Escancia—. ¿Quieres burlarte de mí, mamoncio del arroyo?

Pero Adonis había saltado a lomos de su caballo. Y lo encaminó a todo galope hacia el corazón de la tormenta.

La alcurnia de la viuda de César se presentaba como un desplante del poder de Roma contra el prestigio de las divinidades de mármol que acechaban el reposo de su amiga.

Vestía con el rigor propio de una gran dama, pero con el último, ligero atrevimiento que se desea en una dama del gran mundo. Tanto la túnica como la toga eran de un discreto azul cobalto, aunque ribeteados por un capricho de orfebrería. Y al quitarse el manto, con el que había protegido su cabeza de la lluvia, apareció una soberbia masa de cabello plateado, con alguna hebra teñida de rubio como exigía la moda romana en los últimos tiempos. Por toda joya, un camafeo con la imagen de Juno, la diosa que es maestra en señorío.

La viudedad había convertido a Calpurnia Pisón en una viajera

infatigable; su prestigio, en una invitada codiciadísima. Realizaba el periplo ideal de todo romano ilustrado o, cuanto menos, distinguido. Algunos puntos del cercano Oriente donde el dominio de las legiones romanas garantizase cierta seguridad. Pero, ante todo, el peregrinaje sentimental entre las antigüedades de Grecia. Y aunque algunos patricios opinaban que el viaje era superfluo, pues todas las riquezas de Grecia acabarían en los palacios de Roma, otros preferían desplazarse a los lugares que las habían producido y embeberse en la totalidad de su espíritu. Y así embebida, Calpurnia Pisón dejaba transcurrir en Atenas todo un invierno. O acaso es necesario para la presente narración que así ocurriera.

—Al venir hacia aquí, acechada por esta cruel hecatombe de rayos, me decía: «Las cosas que hemos visto esta niña y yo. Las cosas que liemos visto...» —y suspiró con nostalgia casi patética.

Pero se le pasó al mirar una a una las nuevas esculturas de la alcoba. E iba repitiendo:

—Hermoso. Elegante. Muy propio.

—¡Venir a una hora tan avanzada!... En verdad que tu consideración es excesiva.

La prosapia de Calpurnia la llevó a restarse mérito, aunque no cariño. Al fin y al cabo el sueño no suele ser el visitante más asiduo de las damas de cierta edad, mientras que una visita a tiempo —«un detalle», dijo— representa la cortesía cuya asiduidad es más agradecida.

Tomó asiento junto al brasero que consolaba la convalecencia de Octavia. Y el fragor de un nuevo trueno le devolvió la nostalgia por otro momento de su vida. Otro cielo oscurecido en el fragor de la amenaza.

—Así era la noche que precedió al asesinato de César —murmuró Calpurnia, acercándose aún más al brasero—. Roma fue asolada por una tormenta como no se habla visto desde hacía muchos años. Un infierno en

los cielos. En la tierra, los más raros prodigios. Surgieron por las esquinas hombres con dos cabezas, se escaparon dos leonas del circo y una de ellas parió a los pies de la estatua de Pompeyo. Y ante la misma estatua, en el interior del Capitolio, cayó apuñalado mi marido al día siguiente. ¡Como si los muertos se hubiesen tomado una venganza tardía!

—Gran Calpurnia, tu buen discernimiento es más famoso que el mío y más antiguo. ¿No te dice ahora que no es de sabios hurgar en los recuerdos dolorosos?

—Los recuerdos ya no duelen cuando pasan a inspirar a los cronistas. Ni siquiera sé si son míos. Mi esposo fue asesinado por el bien de Roma, dijeron los conspiradores. Después tu hermano, tu esposo y el justo Lépido exterminaron a los conspiradores por el mismo bien común. En el fondo todos tendrían razón, pues todo bien y todo error se hace por Roma, y así queda escrito en las actas y anales del Capitolio. En ellos queda el dolor, no en mi espíritu. Y yo puedo recordarlo como un testigo cuya voz fue sustituida por otras más sabias en el arte de narrar los acontecimientos. —Sin darle importancia, añadió—: No quiero amargarte. Si me he referido a aquella noche funesta es porque ciertos presagios tienen significados distintos según qué adivino los lee. Y si una noche como la de hoy puede significar la muerte de una diosa en Cartago, lo mismo puede significar el nacimiento de un príncipe para los fenicios. Por lo cual te digo que tanto trueno, tanto rayo y tanta ventolera anuncian grandes cosas para el porvenir de tu niña. Que, además, no es una niña vulgar.

Pronunció aquel elogio como un consuelo de urgencia contra algún pesar que intuía. El que se reflejaba en la expresión ausente de Octavia. El que hacía más quedo el tono de su voz cuando contestó:

—¿No es una niña vulgar, me dices?

—¡Hija de Antonio y sobrina de Octavio! No puede pedirse una

alianza mejor para los tiempos que vivimos. Esta criatura enlaza dos familias de abolengo, pero además une a dos rivales. —Adoptó una actitud de extrema discreción al añadir—: Porque a pesar de todas sus componendas, tu hermano y tu marido... en fin, ya me entiendes.

—Demasiado bien. Hace ya tres años que me situaron en el centro de la componenda, como tú la llamas. ¿No voy a conocerla, cuando la tengo en casa? Se diría que toda mi vida queda reducida a un intento permanente de evitar discordias entre Octavio y Antonio. —Guardó silencio. No podía soportar la mirada escrutadora de Calpurnia. Al fin, añadió—: Descuida, sé que es mi deber hacerlo. Pero si mi hija ha nacido con este único fin, preferiría...

Calló de nuevo. Y había tal severidad en sus silencios que asustaban a Calpurnia.

—Vamos, vamos. ¿A qué viene esta tristeza? Tiene que ser una noche de alegría. Deberías estar rodeada de músicos. —Improvisó un gesto alegre—. ¡Cítaras y caramillos para saludar a la alegría que bendice a esta casa!

La mirada fija de Octavia dejó bien sentado que no admitía mentiras. Ni piadosas ni lisonjeras. Ni mucho menos alegres.

—Cuando hablas de esta casa te estás refiriendo al palacio más triste de Atenas. Un palacio expropiado, Calpurnia. Nada que me pertenezca. Cientos de obras de arte, también expropiadas. Y, después, un enorme vacío.

—Ya que hablas de vacío, es justo que te pregunte por Antonio. Debería estar a tu lado.

Una vez más, la mirada de Octavia tuvo una excepcional locuacidad. Y expresó sin palabras lo que sólo el habla del vulgo está autorizada a expresar.

—Comprendo —dijo Calpurnia sin más.

—No puedo decir que me llevasen al matrimonio bajo engaño. Antonio, sus meretrices, sus compañeros de borrachera... todo esto lo sabía desde antes de casarnos. No esperé curarle. Sí, cuanto menos, retenerle alguna noche. ¡Alguna habrá en que esas mujerzuelas descansen! Un consuelo mediocre y, aun así, imposible. De poco me serviría el asueto de todas las rameras de Grecia. Si no está con ellas, Antonio se emborracha con sus soldados. Con razón le adoran: es el marido de todos ellos antes que el esposo de su mujer.

De repente, Octavia recordó las chanzas que durante un tiempo sonaron en los mejores salones de Roma, referidas a los usos eróticos del gran César. Cuando se dijo que era el marido de todas las esposas y la esposa de todos los maridos.

—Perdona, Calpurnia. ¿Necesito decirte que no pretendí hacer alusión alguna que pudiera herirte?

Calpurnia se limitó a arreglarse la estola, en un gesto de suprema condescendencia.

—Tienes hoy una obsesión especial con mis heridas. Si no las tengo por la muerte de César, ¿iba a tenerlas por sus devaneos en vida? En confianza, hija mía, a estas alturas de la comedia (ya ves que no llamo tragedia a la vida, sería darle demasiada importancia), a estas alturas, digo, los devaneos de Julio César me producen cierta risa. Seamos sinceras. Tu hermano podrá divinizarle, Antonio sueña despierto con ser su sombra; pero yo le tuve en un lecho como éste y puedo decirte que en los últimos tiempos se estaba volviendo un poco ridículo.

—Calpurnia, Calpurnia, no deberías contarme esas cosas.

—Al contrario, estoy obligada a contártelas. Si nuestros destinos hubiesen sido más cómodos... qué sé yo, esposas de vulgares senadores, o a lo sumo de algún abogado... Pero hemos sido condenadas a compartir la vida de dueños del mundo. ¡Hombres cuyas esculturas adornan todos

los foros del Imperio! Y las estatuas mienten en muchos casos. César, sin ir más lejos, se hizo esculpir en cierta ocasión más alto de lo que en realidad era y con una musculatura ficticia. Iba completamente desnudo, a excepción de una hoja de parra que cubría pudibundamente sus partes. Pues bien, tengo que decirte que nunca vi hoja más excesiva para los atributos que intentaba cubrir.

Aun en lo incómodo de su postura, Octavia pudo echarse a reír sin ningún disimulo.

—Has conseguido divertirme, Calpurnia. No sé si darte las gracias o censurarte por hablar así del divino César.

—Te remito a los años, Octavia. Cuando tengas los míos contemplarás a Antonio desde tan lejos que te parecerá diminuto. No más pequeño que los demás hombres, no creas, pero si en relación a la magnitud que hoy le otorgas. Es como yo veo a César, desde esta altura de los años, que es la única altura realmente soberana. ¿Qué quieres que te diga del divino? Pues que no trasladó a la alcoba ninguna de sus heroicidades. Si acaso, introdujo sus manías... Por cierto, ¿esas mujerucas tuyas entienden cuanto decimos o son tan griegas que sólo hablan griego? —Octavia le indicó que podía continuar sin temor a que aquellas mujeres la entendiesen—. ¿De qué hablaba yo? No de la divinidad de César, por supuesto. De sus manías, eso es. ¿Sabes que se depilaba todo el cuerpo y que cuando volvía a salirle el vello se ponía como una vieja lunática? —rió con la malignidad de una arpía—. ¡Si llega a saberse en el Senado! Y esto no era nada comparado con su obsesión por la calvicie. ¡Qué raros son los hombres, por más que se llamen César y se las den de dueños del mundo! Tanta aversión por el vello del cuerpo y, después, se obsesionaba porque perdía el de la cabeza.

—¡Calpurnia, Calpurnia! Los años te han vuelto irreverente.

—A mi edad, te lo repito, una piensa: ni más respeto ni más nada. Así

te digo que dos cosas obsesionaban a mi esposo: que le coronasen rey de Roma, y por ello recibió la muerte de manos de los conspiradores, y curarse la caída del cabello, con lo cual hizo ricos a no sé cuántos curanderos y charlatanes. ¡Todos los jóvenes sofisticados de Roma imitando su peinado y no sabían que el gran César se peinaba hacia delante para disimular su calvicie! Y si te dicen que tenía horror al viento porque veía en él presagios funestos, no lo creas. Calpurnia y todos sus íntimos saben que si evitaba el viento era porque le dejaba la calvicie al descubierto.

Octavia comprendió que las enseñanzas de la gran Calpurnia encerraban un porfiado intento por distraerla de sus cuitas. Y tomando entre las suyas aquella noble mano, le sonrió con extrema dulzura:

—Adivino que tu visita no ha sido únicamente para interesarte por mi hija. Ni siquiera por mi salud. Y ya que lo sé, te agradezco el motivo.

—Querida, la indiscreción, una vez disparada, es como las flechas de Cupido: sólo puede detenerlas el pecho que las recibe. Por haber sido mujer de César, adivino lo que es ser esposa de Antonio, pero lo mismo sería serlo de Octavio, de Lépido o de Agripa. ¿Qué más voy a decirte? Tu Antonio es el marido de todos los soldados y el amante de todas las meretrices. En peores trances no tenga que verse tu orgullo. No tengas que sufrir la humillación de la pobre Pompeya, cuando escuchaba las coplillas que corrían respecto a los amoríos de César con aquel rey bárbaro, Nicomedes creo que se llamaba. Y es que a cada una de sus esposas nos reservó César alguna sorpresa... No diré que la que me correspondió fuese minúscula... pero puedo asegurar con orgullo que, mientras fue mi esposo, no agachó su divino cuerpo para que un oriental le diese placer por la espalda. Respondió como un hombre con una ramera egipcia. Y como un dios le hizo un hijo. Sólo una queja, Octavia, sólo una queja. Ya que fui incapaz de darle hijos, y no dar hijos a César

es no dárselos a Roma, pudo haberme herido menos engendrando a su príncipe en una romana...

—Entonces no habría sido un príncipe... —musitó Octavia con sumo tacto, pues entendía que estaban rozando alguna herida que ni siquiera el tiempo había conseguido cicatrizar.

—Cierto. Tenía que ser en una reina. Y esta clase de arbitrariedades ya sólo se dan en Oriente, donde los pueblos están tan atrasados que aceptan hasta el yugo de una ramera.

¡Oriente! Otra vez aquella palabra que llenaba las conversaciones, proponiendo singulares visiones de esplendor, barbarie y decadencia. Tierras ignotas cuyos orígenes se perdían en el principio mismo del tiempo. Ceremonias extrañas, hechicerías fascinantes, arcanos indescifrables. ¡Oriente! Telas suntuosas, perfumes embriagadores, metales preciosos. Todo cuanto una romana podía considerar exótico pero también prohibido. Excesos de grandes reyes que edificaban sus lujosas cortes sobre la superstición de su pueblo. Sexualidades pervertidas, sexualidades incestuosas, sexualidades criminales. Oriente. Siempre Oriente.

Pero dijo Octavia:

—No es justo que hables así de Cleopatra. —Así habla Roma.

—Roma desprecia cuanto no conoce. Y cuanto más conquista más desprecia. Y cuanto más desprecia más aniquila. Mira esta habitación llena de obras maestras del pasado. Recorre después todo el palacio y verás cómo forja sus conocimientos uno de los más nobles hijos de Roma. ¡Robando lo mejor de los pueblos que sus tropas conquistan! Y, sin embargo, él ama a Oriente con todas sus fuerzas...

—Tiene sus motivos —y añadió, incisiva—: Le trataron muy bien en Egipto.

—Has sido mala, Calpurnia.

—He sido precisa. Todos te adoran por tu bondad, Octavia, pero debieras ser menos adorada y un poco más maligna. Me mortifica que puedas elogiar a esa serpiente del Nilo. En cualquier momento, ¿comprendes?, en cualquier momento puede atacar de nuevo. Y su picadura es mortal.

Tocó madera la gran Calpurnia. Era riquísima. Cedro del Líbano.

—Cleopatra es la madre de los hijos de mi esposo —dijo Octavia—. Esto bastaría para que su nombre merezca un respeto en cualquiera de mis casas. Pero además se sabe que es una mujer sumamente inteligente, mucho más culta de lo que pueden presumir algunos de nuestros intelectuales. Y si todo esto no bastase, es la soberana de un país cuyos conocimientos milenarios han sustentado gran parte de nuestra ciencia y de nuestra cultura.

—Este país no tardará en pertenecer a Roma. Deja hacer a tu hermano.

—Lo sentiré por Egipto. Si ya es triste ser el granero de Roma, ha de ser trágico convertirse en su cloaca.

Calpurnia pareció escandalizarse. Abrió desmesuradamente los ojos al exclamar:

—O todos los dioses que nos rodean se están burlando de mí o los años me llevan a inventar significados locos a las palabras. ¿Estoy escuchando a Octavia? ¿Estoy escuchando a una romana?

—Porque me llamo Octavia y soy romana busco los defectos de mi patria para que me ayuden a echar en falta su grandeza. Y tanto la deseo que recuerdo las glorias de César, no su calvicie, y prefiero pensar que cuando Bruto y sus compañeros le asesinaron actuaban guiados por la nobleza de espíritu, no por la ambición. Y porque me llamo Octavia y soy romana estimo también lo mejor de Egipto y respeto lo mejor que hay en su reina. Si es mi enemiga, me corresponde congratularme por luchar

contra alguien de tanta altura. Cuanto más alto es el enemigo mayor mérito es el de la victoria. O simplemente el del combate.

Calpurnia se entristeció. La tormenta se había alejado, pero el reflejo de los rayos aún ponía leves destellos en sus arrugas.

—Olvidas que yo también tuve que luchar contra ella, buena Octavia. Y olvidas que me tocó estar en desventaja. Han pasado los años y es posible que ésta sea la única herida que la distancia no ha disminuido. Yo era estéril y ella llegó a la vida de César con toda la fecundidad de la juventud. Ella le dio un príncipe y él, en recompensa, la hizo entrar en Roma con una majestad desproporcionada...

—En absoluto desproporcionada. La que le correspondía. ¿De qué otro modo se presenta una reina? —la otra reconoció su error con un gesto airado—. Recuerdo perfectamente aquella jornada, Calpurnia. Yo estaba con mi madre en uno de los estrados del foro. La aparición de la reina de Egipto, en lo alto de aquella inmensa esfinge, rodeada de esclavos y damas de honor, todos vestidos con tanta suntuosidad como no se ha visto en nuestras calles ni siquiera en los disfraces de las Saturnales...

—Un magnífico espectáculo para el público, sí. Pero yo estaba entre los intérpretes. ¿O no lo recuerdas? Yo tuve que sufrir la humillación de levantarme en señal de homenaje al paso de su majestad... ¡la amante de mi esposo! Y fue mayor oprobio tolerar que él la hospedase en una de sus fincas mientras duró su estancia en Roma. Debió de darle mucha complacencia para que él le diese tanto a cambio. Me pregunto si encontraría entre sus drogas algún remedio para la calvicie.

Octavia dejó caer la cabeza entre los almohadones, riendo de nuevo de buen grado.

—Los recuerdos te ciegan, Calpurnia. Ciegan a todos cuantos piensan que Cleopatra ofrece algo especial a los hombres. ¿Será una maga? ¿Será

una diosa? ¿Les da filtros de amor? ¿Los envenena? No, Calpurnia. Es algo que no podemos comprender. Fuimos educadas para personificar el orgullo de Roma, pero son los hombres quienes lo construyen. Si nuestro sexo nos dio algún arma, la reservamos para los combates del hogar. Envidio a Cleopatra si ha descubierto que pueden servir para empresas más altas.

—Las de una meretriz, no lo olvides.

—Tal vez. Pero no es culpa de Cleopatra si los hombres prefieren la compañía de las meretrices. O por lo menos esos hombres que se llaman a sí mismos «pilares del mundo». —Y el optimismo que Calpurnia había logrado inspirarle desapareció por completo. Ya hablaba de sí misma cuando añadió—: ¡Feliz Cleopatra si ha conseguido herirlos con las armas que ellos mismos pusieron en sus manos!

Las de Calpurnia, al buscar el rescoldo del brasero, revelaron un desasosiego ajeno a su compostura habitual.

—Si yo conseguí distraerte, me pagas con mala moneda, pues tú has logrado escandalizarme. ¿Serías amiga de una mujer como Cleopatra?

—Sería su discípula.

—¡Octavia!

—Lo sería de buen grado a cambio de no volver a vivir nunca una noche como la de hoy —razonó con decisión—. Pero no debes asustarte, gran Calpurnia; llego tarde a la cita con la corrupción porque fui educada para pensar en ella a distancia y con una sonrisa de frialdad. Porque sólo soy un nombre en un tratado político. Y, en definitiva, porque cada uno no puede ser más de lo que es al margen del sueño imposible que lo guía. Y yo soy Octavia. Y soy romana.

Así quedó aliviada la inquietud de Calpurnia Pisón, notoria viuda de julio César.

El soldado joven decidió sin esfuerzo que Marco Antonio no sería su modelo, mucho menos su inspiración, jamás el ejemplo que guiase su conducta.

—¡Bufón de mierda! —exclamó—. ¡Desprestigio de Roma! ¡Escarnio de nuestro ejército!

—¡Si le hubieses conocido! —sollozaba el soldado Sixto, borracho ya.

Y allí estaba Marco Antonio, convertido en rey de los faunos. Allí estaba, dominando a una comparsa miserable, gobernando el imperio de la podredumbre, la suciedad y la miseria.

—¡Evoé! —gritaba—. ¡Evoé! ¡Soy Dionisos, soy Hércules, soy divino!

Exhibía su agresiva desnudez desde una postura que pretendía ser épica. Pues dominaba el mundo haciendo prodigiosos equilibrios desde lo alto de dos barriles de cerveza separados entre sí. Lo cual le obligaba a mantener las piernas abiertas en forma de arco, para que pasasen, por debajo, los bacantes.

Con las piernas abiertas, los brazos en jarras y la cabeza erguida, pretendió representar por un instante al mítico coloso que, en postura parecida, dominaba la entrada al puerto de Rodas. Pero fue una ilusión efímera. El vino pudo más que la mitología. Antonio perdió el equilibrio y fue a caer entre la masa de cuerpos que se retorcían a sus pies.

Le acogieron con risotadas burlescas. Le cubrían de besos grotescos. Llegaron a escupirle. Y él se arrastraba entre los cuerpos, aferrándose a uno cualquiera, agradeciendo los silbidos y abucheos, vomitando sobre las roñosas guirnaldas y los laureles de pacotilla.

—Ven aquí, fauno. Vomitaré vino de Marsala sobre tus orejas peludas.

—Se guardará muy mucho su excelencia. Tómeme por fauno, conforme al precio, y guarde para letrina la boca de su noble madre.

Arrojó lejos de sí al chiquillo. Fue a caer en el montón de carne arrugada y alientos fétidos.

—¿Y este bufón pretende derrotar a Octavio? —chillaba el soldado joven.

Antonio se tambaleaba de un lado para otro. Sus brazos rompían el aire con la ineptitud de un palo de ciego. Y sólo cuando se cerraban sobre los senos de las rameras sentía que estaban vivos:

—¿Eres virgen, oh Dafne? ¡Dime que eres virgen!

—De la oreja, mi señor Dionisos —gritaba la aludida, soltando risotadas vulgares y empujando a Antonio contra otro grupo.

—¿Dónde están las vírgenes? —gritaba él, palpando cuantas pieles se le acercaban—. ¡Ya nadie interpreta los deseos de Dionisos! Sólo ella sabía hacerlo... ¡Ella!

Caía de rodillas, invocando con gemidos entrecortados el nombre de Cleopatra. Rebuscaba entre las flores de papel barato, como sí esperase hallar el máspreciado de los tesoros. Y los muchachos-fauno le azotaban el rostro con sus colas, y una de las náyades desnudas se le subía a la espalda y le rodeaba el cuello con la guirnalda a guisa de brida.

—¡Camina, macho cabrio! ¡Dame unos trotes por tus bosques encantados!

—Esto dicen que hacía la reina Cleopatra. Lo montaba como si fuese un jamelgo.

—¡Un asno! —exclamaba el joven soldado—. ¡Un asno viejo!

—¡Cállate! —gritaba Sixto—. ¡La reina Cleopatra le tuvo por un dios! ¡La reina Cleopatra le amaba!

—¡Más cierto que la luz de la luna en los oasis! —aullaba Antonio. Y se incorporaba vacilante, y golpeaba hacia atrás con los codos en un

intento de desprenderse de la meretriz—. ¡Fuera de aquí, sucia perra! Sólo ella tenía derecho a cabalgarme... Sólo ella podía ser mi jinete... ¿Dónde estás ahora, reina amada? ¡Quiero que os sintáis honradas! ¡Es el propio dios quien os busca! Ella se sentía honrada... ¡y era toda una reina! Pero hasta una soberana se rebaja ante la grandeza de Marco Antonio cuando hace de Dionisos. Ella se rebajaba y sabía gozar rebajándose. ¡Perra genial! ¡Egipcia única!

Se aferraba desesperadamente a las copas, a las tinajas, a cualquier pellejo. Hundía el rostro en el vino de las cubas y, al sacarlo, el vino resbalaba por su cuerpo, contribuía a formar una capa cada vez más mugrienta en la pelambrera que lo envolvía.

—¡Sabed de una vez cómo se rebajaba ante mí Cleopatra! ¡Toda su distinción a mis pies! ¡Todos sus lujos convertidos en estiércol!

La concurrencia, hasta ahora agitada por la burla y el desenfreno, guardó silencio ante los excesos que brotaban de labios de aquel hombre enloquecido. Era como si, de repente, la pasión de la carne cediese ante una arrolladora pasión por el suicidio; como si necesitase asesinar, una a una, todas las glorias del amor y todos los esplendores del deseo.

Sus labios arrojaron una sarta de explicaciones del peor gusto, sus gritos se complacían en el detalle más abyecto, en la descripción más repugnante. El cuerpo de Cleopatra quedó ridiculizado de tal modo que hasta las prostitutas se sintieron ridículas.

Las costumbres amatorias de Cleopatra fueron expuestas con tal brutalidad que hasta las prostitutas se sintieron avergonzadas por haberlas practicado algún día. De modo que la última bravata del borracho tuvo un resultado singular: despertó el respeto hacia la figura de la amante lejana, y no lo contrario.

—No sé qué diría la reina de Egipto oyéndole presumir a su costa ante todo el puterío del Pireo.

—No le gustaría. Una reina es una reina, aunque se quite la corona para darse al placer.

—Y los secretos de una mujer en la cama son tan sagrados como el oráculo de un dios antiguo.

¡Noche de pasiones encontradas! Cuando una pasión aparecía era para contradecir a la anterior. ¡Noche de vinos opuestos! Bebido uno, provocaba una fiebre distinta al que acababa de ser vomitado. Así Antonio. Así su locura. Pues de repente rompía en llanto, invocando el recuerdo de la amada con una ternura arrolladora.

—¡Maravillosa egipcia! Si os dijera que podía ser la más tierna de las madres... ¡Ningún regalo le pareció demasiado valioso para el hijo de Dionisos! ¿Oísteis hablar alguna vez de las perlas que duermen en los mares de la India? Son más puras que las nieves de la montaña de la luna. Son más valiosas que el trono de la reina de Saba. No hay perlas de tal belleza en los viveros del mundo, y las pocas que existen sólo las tienen los sátrapas de Oriente... ¡Pues no habiendo regalo mayor, éste es el regalo que hizo la gran madre Cleopatra al humilde Marco Antonio!

—No le caerá tal breva en esta casa, general —dijo una de las prostitutas.

Pero las demás la hicieron callar, porque Antonio se había emocionado hasta las lágrimas. Y acaso por contagio, ésta era la predisposición de toda la concurrencia.

—Continuad, mi señor Antonio —dijo el soldado llamado Glauco—. Pero dejadme decir que vuestro historial no merecía esta perla solamente, sino un collar de la misma prosapia...

—¡Aunque lo mereciera! Ella excedió cualquier merecimiento, porque excedía también en el arte del regalo... ¡Ay, Cleopatra! ¿Quién podría imitarla?... Pues ansiosa de concederme un capricho que yo no hubiera tenido antes, alcanzó los límites mismos del absurdo y ordenó

que le sirviesen una copa de vinagre. Y en él se deshizo aquella joya, allí murió su belleza como termina la de las nieves que sólo son bellas en los picos de las montañas, y se convierten en fango virulento no bien las pisan los transeúntes de las grandes urbes...

—Esto es amor. Y lo demás es copia dijo admirada la dueña del burdel.

—Setecientos mil sestercios valía aquella perla —dijo el soldado Sixto—. Al día siguiente lo comentaba todo Alejandría.

Y de pronto el general se irguió con majestad inesperada y todos le vieron cimbrarse y mover la cintura con delicuescencia y buscar una finura extremada en el vaivén constante de las manos.

—Soy Cleopatra —murmuró, en un dengue cuya fragilidad no hubiera sabido imitar ninguna de las jóvenes del burdel—. ¡Soy la reina de Egipto, y sólo quiero a mi señor Antonio!

—¡Qué peluda es la reina de Egipto! —exclamó uno de los muchachos faunos.

—Callaos todos —gritó el soldado Glauco—. ¿No veis que su mente está en Alejandría?

—¡Alejandría! —gimió Antonio, contoneándose como una mujer—. ¿No está allí mi reino? ¿No soy Cleopatra Séptima, la más amada entre las mujeres de Antonio?

—¡Cuán traidora es la memoria, que sabe presentarse en momentos tan alevosos! —exclamó el soldado Sixto—. Así jugaban los dos amantes en Alejandría. La divina le vestía de dama de la corte, os lo aseguro. Y le pintaba los labios y los ojos con la ciencia del maquillaje, que sólo ella posee. Y así, como una ninfa, sólo que barbuda, salía mi general a mezclarse con la multitud, sin escolta, ni protección ni espada que le defendiese. Sólo Cleopatra, vestida a su vez de soldado. Así se divertían. Así de locos son los amantes en Alejandría.

—Alejandría —exclamó Antonio, de súbito—. ¿No es allí donde tuve mi imperio?

—Menudo imperio, que tiene los límites de un burdel —exclamó el soldado joven—. Y vaya reina con sexo de macho y vaya macho con melindres de doncella.

Al cerrar los ojos, al apretarlos con todas las fuerzas de un recuerdo incomparable, Antonio pareció presentir la dirección del mar. ¡De los mares más allá de los muros! Pues levantó el brazo con la segura autoridad de un argonauta y señaló hacia la cortina raída, hacia el vestíbulo, hacia el exterior de la casa, donde rugían las olas grasientas del puerto.

—¡Alejandría! —exclamó—. Ella fue mi ciudad. Ella fue mi sueño.

No consiguieron detenerle. Con los brazos abiertos en forma de cruz, Antonio corrió hacia el exterior. Ni siquiera se detuvo al dar con la cabeza contra el dintel de la puerta. Gritaba el nombre mágico de aquel sueño que el delirio del vino le restituía.

—¡Ciudad divina! —exclamó—. ¡Capital del Oriente que casi fue mío!

Los soldados corrieron tras él, pero sin alcanzarle. Su carrera desafiaba a los elementos. Contra su cuerpo desnudo, contra su sucia piel, contra su pringosa pelambrera batía el granizo, golpeaban las gotas, contemplábase la luz de los relámpagos. ¡El divino Dionisos tomaba prestadas las sandalias aladas de Mercurio para atravesar la tempestad, para cruzar los océanos, para instalarse como divinidad tutelar de Alejandría, la ciudad soñada!

Saltó por encima de las rocas, hundió sus pies desnudos en la arena, sintió por fin que las olas batían contra su pecho y entonces, sólo entonces, la memoria triunfó sobre el presente.

¡La incalculable memoria de Alejandría!

La ciudad, Cleopatra, el Tiempo...

... retazos de amor disperso, de amor repartido entre elementos que, por fin, se unían en la configuración única de su sueño. ¡Cleopatra, el Tiempo, Alejandría! Todo cuanto soñó entre los brazos de la reina dorada, todo cuanto pensaba entregar a la ciudad divina, todo cuanto el Tiempo arrastró sin remedio hacia los yermos no del olvido sino de la resignación. La piel ardiente de Cleopatra, el fastuoso armiño que forraba su sexo, la sublime armonía de su voz al despertarle a media noche, buscando el abrazo, solicitando su cuerpo como una gata amorosa. Las calles variopintas de la ciudad, el abigarrado tropel de sus perfumes, la embriagadora voluptuosidad que anunciaba los crímenes de Oriente. ¡La ciudad y Cleopatra! El amor y su cúspide en la tierra, el amor y los secretos infranqueables de su culto, el amor y sus delirios inimitables. «¡Cleopatra! —gritó—. ¡El amor organizado contra el tiempo! ¡El placer acorazado contra los años! ¡La eterna juventud de los sentidos!»

Los sentidos regresaban. Habían permanecido aletargados bajo estímulos ajenos, habían permanecido ocultos bajo el vino, bajo el reposo que abotarga, bajo el letargo de una felicidad cotidiana. Y todo era mentira. Los sentidos despertaban ahora: se agitaban con sólo oír una invocación a Alejandría.

—¡Allí está Alejandría! —gritaba, señalando con brazo de titán los confines de aquel mar de Grecia.

Ya no hubo dudas entre las prostitutas: ¡aquel general descendía de Hércules y estaba apadrinado por Dionisos! Y hasta el propio Neptuno, desde su hogar marítimo, le daba licencia para tomar prestado su tridente.

No atendió a los soldados que le acercaban la capa para cubrirse. Se lanzó a una carrera fenomenal, que recordaba a aquel Marco Antonio de

unas Lupercales ya lejanas, cuando en su esplendorosa juventud fue el antojo preferido del gran César. ¡Su carrera contra la tempestad derrotaba al tiempo! Se habían detenido los relojes de arena. Acababan de secarse las clepsidras. Era aquel Antonio que, quince años antes, corría en los juegos del circo, aventajaba a los demás atletas y, al pasar por la tribuna de César, acariciaba el vientre de la gran Calpurnia, pues toda mujer estéril dejará de serlo si la toca la mano sudorosa de un vencedor de los juegos.

Siguió estéril, la gran Calpurnia, pero Marco Antonio no volvería a ser el mismo desde que la tormenta le devolvió el anhelo de Alejandría. Sus pies cayeron sobre el pescante de la cuádriga, impulsados por un salto fenomenal. Gritaron con entusiasmo las ramera y los prostitutas que antes hiciesen escarnio de sus flaquezas. Saltaron sobre los caballos los soldados de su escolta. Atrás quedaba la suciedad de la arena, atrás toda la porquería del puerto. Se abrían ante él horizontes resplandecientes que el fulgor de los rayos ni siquiera llegaba a intuir. ¡Se abría la epopeya!

Y épica fue su carrera a lo largo de la costa, más épica aún su entrada por la muralla centenaria que separaba Atenas del Pireo; completamente épico su trote destructor sobre las losas de las vías principales. Los rayos alumbraban a un gigante. No sólo era Dionisos. Era un cíclope. Era un centauro. Era Marte redivivo.

Así llegó al campamento. Como un héroe antiguo que viniese a proponer la gesta más titánica de los tiempos modernos. Y al verle, todos sus hombres gritaron: «Ha vuelto Marco Antonio, rey de Oriente».

Se abría la epopeya.

Al despertar en el campamento, entre sus soldados, Marco Antonio

comprendió que era un prisionero del ayer. Entre las nebulosas que el vino mantenía en su cerebro, veíase a sí mismo repartido entre dos cárceles. Por un lado, el recuerdo que le inspiraba Cleopatra. Por el otro, la tendencia a reunirse con sus hombres alrededor de las fogatas, rememorando hazañas pasadas, glorias perdidas, proyectos que no llegaron a realizarse.

Aquella mañana, la regresión continuaba su curso, potenciada por los inconfundibles sonidos de la vida militar. La efervescencia del campamento —una efervescencia cotidiana— le remitía a una existencia anterior que resultaba tan insistente en sus hechos como en sus símbolos. Trote de caballos, rechinar de las máquinas de guerra, estrépito de las espadas al chocar contra los escudos, imprecaciones de los oficiales, quejas de los reclutas... Orquestación de sonidos conocidos, destinados a convencerle de que había vuelto al hogar.

Y al incorporarse en el lecho de su tienda, no encontró nada que le resultase extraño. Como si no se hubiera movido de allí desde aquel lejano día de su ingreso en la milicia, cuando estaba tan lleno de fe, tan fortalecido por toda su esperanza juvenil que no podía pensar en el futuro, ni mucho menos imaginar que llegaría a contar cuarenta años. La edad en que el alma se vacía de ideales. La edad del vacío provisional.

Acogió su despertar el risueño Enobarbo. Dijérase que era un adivino demasiado impertinente, ya que pudo espiar su sueño durante toda la noche y, lo que es peor, sacar conclusiones comprometedoras.

Por suerte para su intimidad era el Enobarbo de siempre: su lugarteniente, pero también su mejor amigo. Su compañero en muchas batallas, pero también el confidente de numerosas derrotas del amor. Sólo acogiéndose a aquellas dos categorías se atrevió a preguntar, sin preámbulo ni vacilación:

—En tu borrachera, chillabas el nombre de Cleopatra. Esto significa

que sigues pensando en ella... ¿Tanto pueden aún sus fantasías?

—¿Cómo quieres que no piense en ella? —suspiró Antonio—. Por ella me he convertido en una ciudad asediada. ¡Toda la estrategia de Cleopatra está destinada a tomarme de nuevo! Me asalta. Me acorrala. Arremete contra mí con mayor fuerza que todos los elefantes de Aníbal.

—Esto no es una amante. Es una catapulta.

—Cierto. Y llena de aceite hirviendo —rieron los dos—. ¡Así bulle mi sangre cuando recuerdo aquellas noches de Alejandría!

—¿Sabes que eres uno de los hombres más envidiados de Roma?

—¿Porque me amó Cleopatra?

—Porque te casaste con Octavia.

Antonio refunfuñaba. Golpeó con puño bromista la cabeza de su compañero. Como en los primeros tiempos de su aprendizaje.

—¡Octavia, dices! La perfección despierta las envidias ajenas... pero no resulta nada envidiable para quien la disfruta. ¡Octavia! Ella es lo mejor que podría suceder en la vida de cualquier hombre sensato.

—Para mucha gente, Octavia es más bella que la propia Cleopatra.

—Sin duda lo es..., si nos atenemos a los cánones generales de la belleza. Y no sólo Octavia. En la corte de Cleopatra hay jóvenes mucho más hermosas que ella. Pero no les teme siquiera. Su poder reside más allá de la belleza... —calló un instante. Pero no para resistirse al recuerdo. Todo lo más, para acogerse al presente—. ¿Qué aspecto tendrá ahora?

—Las últimas monedas que han llegado de Egipto no la favorecen demasiado...

Una mano de Antonio se extendió con avaricia. Enobarbo depositó en ella una moneda de oro, que puso un relumbrón de refinamiento egipcio en la palma demasiado tosca del soldado. Y el perfil de Cleopatra, con los cabellos recogidos en tirabuzones a lo largo de la nuca, parecía sonreír

con una oculta e imperceptible ironía. Parecía decirle: «El dinero viaja más de prisa que los amantes».

—Ha adoptado el tocado griego —murmuró Antonio, cerrando la mano—. No la reconozco en este perfil. Es como una referencia lejana. No sé si miente el corazón o miente el arte.

—El arte sin duda. Porque a estas alturas un corazón tan asediado como el tuyo ha de conocer el rostro del enemigo.

—Tal vez conozca el suyo. El mío no, en cualquier caso.

—¿Qué buscas, Antonio?

—No lo sé. Pero lo que sea lo he buscado hasta ahora en lugares equivocados. Sólo esta madrugada, en el ambiente más contrario a la sensatez, en el domicilio de la sinrazón, se me apareció un camino que me ha conducido hasta aquí. ¿Y si éste fuese el nido que nunca debí abandonar? El campamento, con sus incomodidades y sus alegrías. Mis hombres, con sus optimismos y sus angustias. Sólo aquí me siento seguro.

—Siempre que pediste mi franqueza te la di. Hoy te la brindo sin que la pidas... Antonio: estás perdiendo el tiempo en Atenas.

—Más que el tiempo. Estoy perdiendo la vida.

—Octavio se está haciendo fuerte en Roma. En cambio, tu situación en Oriente no ha evolucionado.

Antonio suspiró profundamente. Se llevó las manos a la cabeza. Sus sienes continuaban palpitando, como mensajeras de un poderoso conflicto interior.

—En un principio, la oferta de Octavio me pareció atractiva. Regresar a Atenas equivalía a recobrar los años más felices de mi juventud. Es probable que no calculase bien la jugada. Después de todo, mi nostalgia pudo más que el cargo.

—Es extraño cómo pueden influirte las ciudades...

—Sólo dos. Atenas y Alejandría. En una, los sueños perdidos de la juventud. En la otra, la locura que necesita mi madurez para sentirse viva.

—Con una mujer en cada ciudad. Octavia en Atenas. Cleopatra en Alejandría.

—Dos mujeres tan iguales y, a la vez, tan distintas. Octavia es como Atenas: el rigor clásico, la superioridad del espíritu, la perfección. En otro tiempo, estas ideas moldearon mi personalidad. Pero hoy mi mente vuelve a Cleopatra y a Alejandría: la seducción, la suntuosidad, el misterio de no saber qué va a ocurrir después del instante preciso...

Enobarbo le miró directamente a los ojos. Conocía una cuerda de su ambición que, bien pulsada, podía hacerle reaccionar.

—¡Dos ciudades! ¡Sólo dos! Antes no era tan limitada tu idea de Oriente.

—Eres astuto, Enobarbo. Buscas la palabra que mejor puede excitar mi interés político.

—La palabra que podría levantarte.

—Vuelvo a estar de pie, Enobarbo. Estoy pisando tierra firme. Así debes estar para acordarte del gran César.

Cada palabra iba adquiriendo mayor sonoridad que la anterior. Cada frase estaba destinada a estimular al contertulio. Enobarbo sonreía a Antonio con una mueca que torcía sus labios. Él le correspondía dejando asomar, entre la barba y el bigote, unos dientes poderosos, dispuestos a hincarse sobre los riquísimos bocados que hasta entonces dejó pasar inútilmente.

Acuérdate de César.

—¿Cuando recité su oración fúnebre?

—Cuando le acompañabas en sus triunfos.

—Todos lo fueron.

—Omities el que no llegó a producirse. ¿Te da miedo recordarlo? —

La guerra contra los partos.

—Exactamente. Es una espina que quedó clavada en el orgullo de Roma... y en el tuyo propio.

—Craso perdió aquella guerra hace años. César no llegó a tiempo de emprenderla. Yo acaricié el proyecto durante mucho tiempo. Incluso Cleopatra me animaba.

—Cleopatra conocía a Antonio.

Atenas me disuadió. Y nadie puede culparme por haber cedido. Me abandoné a la dulzura de estos cielos y a la comodidad del amor de Octavia. ¿Quién no hubiera hecho lo mismo?

—El Antonio que yo conocí. El amigo de César. El vencedor de Filipos. Éste hubiera comprendido que la victoria sobre los partos era su baza definitiva contra la insolencia de Octavio. ¡Te estoy hablando en serio y con urgencia! No habría romano que no aprobase una intervención en Partia. Ni tus más acérrimos enemigos en el Senado dejarían de aclamarte. Venciendo a los partos les harías pagar la ofensa que infligieron a Roma cuando derrotaron a Craso.

—Estás hablando de política. Déjalo para Octavio. Devuélveme la acción, Enobarbo. Dame un mapa y volveré a soñar con Oriente...

Volvió a él la excitación del estratega, regresó la pasión de la consulta con sus oficiales alrededor de los mapas, abiertos como pieles de animales que, a su conjuro, mostrasen los secretos de cualquier país, de cualquier ruta. Y allí, en uno de los mapas de su propio campamento, estaba el reino de los arsácidas, la codiciada Partia. Allí, entre el Indo y el mar Caspio, se extendía la tierra cuya conquista, cuya posesión se había convertido en una leyenda para los romanos.

—Es el camino que intuí esta madrugada. Mi brazo apuntaba hacia Alejandría, pero el camino tiene que desviarse antes de alcanzarla. ¡Éste es el camino, Enobarbo!

Por un breve momento, se imaginó a sí mismo ante el Capitolio, esgrimiendo la sagrada lanza de la guerra, apuntando en dirección al enemigo como es costumbre.

Pero la audacia del guerrero fue sustituida de repente por las preocupaciones del administrador. Y Enobarbo rió al ver que todo su ímpetu se desplomaba, como hacía el cuerpo al caer sobre sus puños, apoyados en la mesa.

—Falta saber si encontraría subvención para mis tropas. Las arcas están vacías. Y tú lo sabes.

—Todavía eres muy popular en Roma. No sé si tan respetado como Octavio, pero sí más querido.

—Necesitaríamos armar un ejército...

—El mejor de todos.

—Y recurrir a los mercaderes, a los políticos... ¡Largos debates en el Senado! Me aburre el solo hecho de pensarlo.

—¡Es el enojo de un poeta de la lucha! Tal vez podría calmarlo una poetisa del amor...

—Sé lo que insinúas. Para un empeño tan gigantesco como el que pienso emprender necesito el apoyo de algún país rico...

—Pensaba concretamente en las riquezas de Egipto.

—Pensabas en Cleopatra. Ella tiene barcos, soldados, carros y, lo que es más importante, oro en abundancia. Pero tiene otra cosa: odio hacia Antonio.

—El odio puede volver al amor, si éste fue tan profundo como dicen.

Antonio dio un soberbio puñetazo sobre los mapas. ¿Fue sólo una coincidencia que el puño cayese sobre Alejandría?

—Un sueño tan magno como el mío no puede decidirse con el estómago vacío y en un campamento lleno de soldados vociferantes. Tampoco discutiendo a diario con una esposa que mide la perfección de

los demás bajo el rasero de la suya. Necesito pensar, Enobarbo. Volveré a mis raíces. Tal vez pueda desenterrarlas sin necesidad de hurgar en la yerba. ¡Mejor lo haré si me disparo hacia el cielo! ¡Hacia Delfos!

—El último rincón del mundo.

—El techo del mundo. Fue un excelente lugar de meditación en los tiempos clásicos. Volvió a serlo para mí cuando era joven. Fui a consultar al oráculo de Apolo, pero había enmudecido. No me importó. Su silencio favorecía mis meditaciones. Hoy volverá a impulsarlas. Está decidido. Mañana partiré para Delfos y no regresaré hasta tener decidida la estrategia contra Octavio y la guerra con Partia.

Salieron al exterior. Aunque el sol otoñal no tenía fuerza para herir los ojos, el lejano sol de Siria había conseguido hincharlos con la fuerza de la decisión.

Entusiasmado por la corriente de vitalidad que de nuevo le arrastraba, Antonio tomó la lanza de uno de los reclutas y la arrojó en dirección a Oriente. Fue un tiro memorable que mereció la admiración de los jóvenes y le ayudó a sentirse uno de ellos.

—¿En cuanto a Cleopatra...? —preguntó Enobarbo, con cautela.

—¡Cleopatra! —susurró Antonio—. Mi sueño nunca la excluyó, Enobarbo. A pesar de que la moneda no la favorezca, sigue siendo divina.

Antes de partir hacia Delfos, Marco Antonio reconoció a la pequeña Antonia, cogiéndola en brazos y levantándola hacia el cielo como es costumbre dentro de la legalidad. Y citando el cuerpo de Octavia estuvo recuperado y el color volvía a poner salud en sus mejillas, la tomó de nuevo y ella aceptó el regalo de su potencia, de manera que quedó encinta otra vez.

¡Gran tema de conversación para el viaje! Pues Antonio disfrutaba

vanagloriándose ante sus soldados de las hazañas que su miembro viril podía realizar cuando recibía la inspiración de Hércules, su otra divinidad tutelar y, además, su antepasado directo. De modo que los soldados disfrutaron más que nunca conociendo los detalles íntimos de la vida sexual de los patricios. Y todos estuvieron de acuerdo en admitir que no había otro general como Marco Antonio, tan sencillo y humano que era capaz de compartir a su esposa con la soldadesca. Lógicamente, le adoraron.

En el palacio expropiado, Octavia dejaba pasar las semanas sin prestar atención a los dones que los días pudieran ofrecerle. El anuncio de otro hijo no llevó a su corazón ninguna de las distintas variaciones con que suele manifestarse la alegría. Por el contrario, su semblante se ensombreció, su mirada se fue a vagar por la Nada y las manos adquirieron una extraña palidez que atribuyeron a los primeros fríos.

Pero fue inútil que arrimasen los braseros a su silla preferida. O que alimentasen con más leña la caldera del sótano. Ningún rescoldo era capaz de calmar el frío del alma. Ningún paisaje servía para avivar la mirada. Ésta se limitaba a errar por el jardín, desnudo ya en las postrimerías de aquel otoño. A falta de otro aliciente la mirada deambulaba por la espesa alfombra de hojarasca que cada día intentaba limpiar en vano el jardinero Fedro, joven amigo del esclavo Adonis.

Y cuando los dos iban a saludarla con un ramo de crisantemos, último homenaje floral del año, Octavia se esforzaba para sonreírles. Su sonrisa era sincera, pero conseguirla exigía un esfuerzo demasiado arduo: se había olvidado de sonreír.

A veces recibía cartas de Roma. Entonces su imaginación volaba hacia los rincones de la infancia, hacia los edenes de la primera juventud o a las fiestas que solía frecuentar después cuando, esposa ya de Cayo Marcelo, se debía a una intensa vida social.

Su amiga Clodia solucionó las parcelas menos favorables de su otoño ateniense gracias a una correspondencia habitual y de carácter ameno. Pero la última misiva acababa de trascender la simple amenidad, el vulgar juego de indiscreciones. Llegaba para recordarle un suceso del que fue protagonista Marco Antonio. Un suceso que a ella no le gustaba guardar en la memoria. Y mucho menos, resucitarlo.

Clodia empezaba su carta refiriéndose, como de costumbre, a la vida ciudadana. Algún banquete organizado por personajes de cierto crédito, los juegos de circo, el encuentro con alguna amiga común en el templo de las vestales y lo lucido que había resultado el cortejo nupcial de otra amiga o, simplemente, de cualquier conocida. Las acostumbradas habladurías de la buena sociedad, en resumen.

Pero aquel día, la carta de Clodia fue más lejos en sus intenciones. Y, después de los preámbulos citados, entraba abiertamente en el tema.

Si Clodia fuese la esposa de Marco Antonio en lugar de serlo Octavia, Clodia no dudaría en decirle: «Borracho, parlanchín, engreído, holgazán, inútil Tienes el amor de Roma a tus pies y en lugar de tomarlo lo pisoteas. Pues por mucho que haga Octavio para ser amado por el pueblo, tú eres el preferido. De modo que si te dignases sentar la cabeza, tendrías a todo el mundo de tu lado». Así le diría, amiga mía, y aquí tengo que pedirte disculpas por desmerecer la fama de tu hermano. Considero innecesario decirte que no era mi intención. Pero tú conoces mejor que yo sus defectos y sus virtudes. Y también las conoce el pueblo. Le consideran excesivamente severo, riguroso y duro. Algunos piensan que podría ser implacable si se presentase la ocasión. En cuanto a Agripa, que al parecer se irá muy pronto a gobernar las

Galias; no es un enemigo a quien tu esposo deba temer. Es demasiado feo, y esto es importante para las almas sencillas, aunque pueda parecerte increíble porque nosotras fuimos educadas en esferas más elevadas, gracias a la diosa Vesta. Pero en estas esferas, paradójicamente, es donde Octavio tiene sus adeptos. Es respetado y se le escucha. Y aunque Antonio es amado, yo me pregunto si en la batalla por el poder es más importante el amor que uno despierta o el respeto y el temor que sabe inspirar.

¿Qué le ha pasado a tu marido? Todos le recuerdan como el más valeroso de los guerreros. Aunque dicho sea de paso, hay algunos que guardan de él peor recuerdo. Y aquí me veo obligada a hablar de la muerte de Cicerón, que fue un golpe muy duro para todos y muy especialmente para los que queremos a Antonio. Sin duda, cuando mandó asesinarle tendría motivos que los demás desconocemos, pero aun así aquella muerte no se ha borrado de la mente de los intelectuales. Y, huelga decirlo, de la viuda de Cicerón, la pulquérrima Terencia, a quien vi anteayer. (Algunas mujeres, dicho sea de paso, no escarmientan. Cicerón la repudió después de treinta y cinco años de matrimonio. Ella, en cambio, le guarda la viudedad. Con lo cual pienso que o bien Terencia es muy grande o muy tonta.)

Me dirigía yo a los mercados nuevos, pues supe por Pomponia que acababan de llegar unas deliciosas sedas de las que confeccionan los nómadas de Mauritania, cuando al pasar por el foro descubrí a la noble Terencia, envuelta en un luto que algunos consideran excesivo, pero que yo, al venerar el recuerdo de Cicerón, encuentro oportuno.

Me contaron que acude cada día a hacer sus oraciones ante la

tribuna de la vergüenza pública, porque fue allí donde Marco Antonio mandó exponer la cabeza del gran filósofo. Y siempre que alguien me cuenta este hecho luctuoso, otro añade que tu esposo se excedió. Ciertamente que Cicerón le criticaba abiertamente en sus textos ¡y todos nos divertimos al leerlos! pero ordenar que le matasen a causa de una crítica, por dura que fuese, sigue resultando excesivo para muchos. Sobre todo cuando entre los romanos inteligentes prospera el respeto a las ideas ajenas y la necesidad de imponer las propias mediante la polémica, nunca con la espada. (Aunque todavía fue peor cuando la odiosa Fulvia traspasó la lengua de Cicerón con su aguja, tanto la odiaba a causa de las críticas contra el marido.)

Como te decía encontré a la pulquérrima Terencia. El respeto que aún me inspiran los escritos de Cicerón —aunque él, reconozcámoslo, fuese tan pedante y engreído— me llevó a rendirle un homenaje en la persona de su viuda. Y me acerqué a ella, cubriéndome la cabeza con la estola, pues la sabiduría constituye para mí un bien sagrado. Y después de cumplimentar a la noble Terencia e invitarla a cenar para cualquier día de la próxima semana —la cual habrá transcurrido con creces cuando esta carta llegue a tus manos—, después de tantos cumplidos, como te he dicho, me preguntó por ti. Y le hablé yo de tus últimas cartas sin hacer mención a la tristeza que noto en ellas (no soy de esa clase de amigas).

La viuda de Cicerón tenía noticia de algunos corresponsales griegos, amigos del difunto. Y mucho le agradó saber por ellos que te has ganado el respeto y el corazón de los atenienses y que eres tan admirada en Grecia como lo eras en Roma.

Pero el rostro de la pulquérrima Terencia se ensombreció al

referirse a tu marido, pues por los mismos corresponsales sabía que se ha convertido en el hazmerreír de Atenas y que sus borracheras y bacanales ensucian el nombre de Roma en el extranjero.

Al llegar a este punto se puso hecha una furia. Dijo que sus corresponsales mentían, o que por lo menos se equivocaban de fecha porque el nombre de Marco Antonio ya era maldito desde mucho antes de sus excesos áticos; es decir, es execrable desde que ordenó asesinar a Cicerón. Y que esto es algo que ella no olvidaría nunca y que, además, no debían olvidar Roma ni Atenas ni el mundo. Y deseaba que tú te dices cuenta lo antes posible, pues eres merecedora de un destino mucho más elevado.

Añadió también que mientras Cicerón será siempre venerado por sus escritos, a él sólo se le recordará por sus amores con una puta oriental.

Yo sigo condenando a Marco Antonio por aquella acción, pero no llego tan lejos como la pulquérrima Terencia, quien por ser viuda de quien es tiene parte más activa en el asunto. Yo sigo pensando que a Marco Antonio le aguarda un lugar privilegiado en los destinos de Roma, y que sólo falta que se decida a tomarlo de una vez. Como te dije al principio, si Clodia fuese Octavia en lugar de ser Clodia le diría que aún está a tiempo de vencer a Octavio. Y perdona que vuelva a mostrarme severa con tu hermano, pero me siento protegida de tu ira al saber que tú misma conoces sus defectos, como lo pruebas intercediendo constantemente para tenerlos a los dos reconciliados. Espero que algún día lo consigas, pues un choque entre estos dos hombres podría significar el fin del mundo.

Tras las cartas, llegó la soledad. A fuerza de temerla, Octavia la había imaginado mucho más espectacular y su irrupción más vistosa. Una soledad hecha a la medida de la mujer que compartía el destino de uno de los pilares del mundo.

Olvidaba que la soledad, cuando es cotidiana y, por tanto, inseparable, se escribe con minúsculas y es humilde y casi vergonzante. No se presta a las grandes apoteosis, ni siquiera celebra su triunfo. Su color es gris; su aspecto, cetrino; su mirada, vacía. Es una compañera resignada, pues lo perdió todo por los caminos del mundo. Ni siquiera tiene amigas: todas murieron de tanto estar solas.

Tan discreta, callada y mediocre era la soledad de Octavia que llegó a la chita callando, por la puerta de las cocinas y sin hacerse anunciar por los esclavos. Octavia la descubrió una noche, súbitamente, sentada junto al brasero y muda como la muerte. No era atractiva y, por supuesto, en absoluto exuberante. Era señorial, pero sin la menor concesión a la fantasía. Era la más severa de todas las matronas romanas. La más adusta y acaso criticona.

Al verla con su toga gris, Octavia la creyó una premonición de la muerte. Y no andaba muy equivocada. Desde que se instaló en el palacio expropiado empezaron a morir todas las plantas del jardín. Cesaron las risas de Adonis. Cesaron los balbuceos de la pequeña Antonia.

La dama gris se presentó a Octavia como corresponde a la estricta urbanidad de las patricias. «Soy tu soledad», le dijo. Y, después, el silencio. Una invitada de piedra que ni siquiera tuviese el empeño de una venganza por cumplir, ni acusaciones que formular, ni culpas que reprocharle. Sus obligaciones eran asépticas: se limitó a ser la sombra de Octavia, pero sin la gracia y la belleza que aquella sombra tenía por ser

suya.

Sentábanse las dos frente a frente y así transcurrían las horas. Ni siquiera le daba conversación. Ni siquiera le hacía compañía.

No comía, no bebía, no tenía la menor necesidad. Era tan austera que llevó a Octavia a la mortificación más absoluta. Se complacía en las cosas que Octavia negaba, nunca en las que hacía. Era una alcahueta de las negaciones. Al igual que la muerte, se deleitaba en los días negros de su anfitriona. Y éstos eran casi todos.

Obligó a Octavia a detestar la música, la lectura, las flores e incluso su propia hija. Sólo aspiraba a tenerla sentada delante de ella, las dos calladas, mirando únicamente al techo porque mirarse una a otra ya hubiera implicado una elección, un acto, un juicio. Le gustaba verla así, hora tras hora, de manera que cuando Octavia cerraba los ojos ya ni siquiera tenía el consuelo de ver ante sí el negro abismo de la nada absoluta, sino todavía el color cremoso de aquel techo que, a fuerza de mirarlo, se le quedó clavado en la retina.

Y para no ofender a su invitada, Octavia convirtió sus días en aquella cabalgara de negaciones que tanto complacía a sus sentidos atrofiados. Libros que no leda, melodías que se negaba a escuchar, paisajes que se resistía a vivir, amigos desatendidos, mares cuyo color iba olvidando...

Era cierto. La dama gris llevaba directamente al reino de los muertos. Y al saberlo, Octavia se echó a llorar amargamente. Pues no era difícil intuir que incluso allí se encontraría sola.

Las primeras nieves coronaron el Parnaso. A los pocos días, deslizábanse ya por las laderas. Un viento helado azotó persistentemente los santuarios de Apolo. Entonces Marco Antonio decidió que sus meditaciones habían concluido y regresó a Atenas.

Octavia se encontraba impartiendo instrucciones a sus siervas cuando entró el efébico Adonis, presa de excitación, jadeante, con los brazos en alto y toda su exuberancia natural puesta al servicio de la noticia. Que la cuádriga de Marco Antonio acababa de llegar a los establos. Acto seguido, se apresuró a buscar la estola de lana de Octavia y ella agradeció su anticipación con una sonrisa.

Salieron ambos al pórtico principal. Marco Antonio despedía a su escolta cerca de la rosaleda. Desde la posición de Octavia todavía era un hermoso guerrero que paseaba sobre la desolación sembrada por un ejército descontrolado. El jardín lloraba los rigores del invierno. Los rosales habían quedado reducidos a sus espinas. Las viñas a sus nervios. Las yedras a troncos escuetos, semejantes a sierpes que se enroscaban por las columnas del Belvedere.

Sólo los cipreses triunfaban por encima de la muerte. Probablemente porque la cantaban.

Y el gentil Adonis, que comprendía la congoja de Octavia y percibía violencia en el recién llegado, señaló a uno de aquellos árboles y dijo:

—¿Sabes, mi señora, que en Grecia debemos los cipreses a un devaneo amoroso del dios Apolo?

—Será una de tus mentiras... —musitó la dama, sin dejar de vigilar, a lo lejos, la llegada de Antonio.

—No lo es, mi señora, no lo es. Que esta divinidad sublime era muy dada al pendoneo con los efebos, si me permites la expresión. Y tuvo tal sofoco de amor al ver un día al gentil Kipresos, que le tomó voluntad y quiso ser correspondido. Y al darle él desplantes, le convirtió en este árbol que aquí ves.

Octavia seguía distraída. Y en el rostro de Antonio supo leer, sin que mediasen traductores, la incertidumbre de su futuro.

—Y Apolo también se prendó del niño jacinto. Y éste no le

correspondía. Le daba penares, pues era coqueto como él solo, y alternaba demasiado con hombretones que no debiera, por lo cual el divino Apolo se sintió coronado con algo peor que su habitual corona de laurel. ¿Sabes qué hizo entonces? —Octavia negó con la cabeza, tristemente—. Le disparó una de sus flechas, y de aquella sangre tan coqueta nació la flor que alegrará estos parterres de la izquierda no bien se retiren las heladas de marzo. Y así podrán solazarse tus ojos gracias al sufrimiento del más bello de los dioses.

—En marzo —murmuró Octavia—. Si estoy aquí, Adonis. Si estoy aquí...

—Estarás —murmuró él, emocionado—. ¿Iba a quedarse Atenas sin su primavera? Yo no sé si es tan hermosa como la romana, a la cual ponderan tanto los poetas, pero sí te digo que trae vientos muy propicios, que hacen buena a la gente.

—¿Qué sabrá de la gente un buen muchacho como tú? ¿Cómo vas a intuir que la bondad puede ser tan criminal como la maldad y acaso más, porque es criminal aun sin saberlo?

—Señora, mi señora, que nací esclavo. Doméstico y de lujo, si tú quieres, pero esclavo al fin. Y desde niño aprendí a reconocer la bondad donde se encuentra. Y si me consideran, considero. Y si me otorgan, agradezco. Y pago en moneda más alta si conviene. Pues si el que me dio bondades sufre, yo me pongo a sufrir; y todavía voy más lejos: incordio a mi amigo, el jardinero, que sufre mucho y se venga haciendo sufrir a las flores. Por lo cual llega el invierno.

—La imagen te ha salido muy rebuscada —sonrió Octavia—. Medítala mejor y me la cuentas luego. Es justo que quede a solas con mi señor Antonio, después de tantos días.

Adonis se atrevió a besarle la mano. Y la sintió fría como las de las estatuas. Pero no altiva como ellas.

—Me voy porque me echas, mi señora Octavia. Que ya conoces mi curiosidad y no quisiera perderme este encuentro por todos los atletas de Esparta. Pero antes de irme, como cumple al esclavo, quisiera decirte una sentencia, como cumple al agradecido. Y es la siguiente: que si el dios Apolo, siendo tan dios y tan hermoso, no consiguió ser amado por niños coquetuelos y tontitos que ni a la altura del talón le llegarían, ¿cómo vamos a pretender mayor fortuna los mortales? —y al ver que su dueña sonreía con mayor tristeza, añadió—: Por si no me has comprendido, quería decir...

—Te he comprendido a la perfección —atajó Octavia—. Pero vete de una vez o incurrirás en las iras de tu amo, que te tiene por holgazán y correveidile...

«Pues si contara lo que sé —pensó Adonis— no tendría bastante ira para aborrecerme...»

Y así se alejó Adonis, silbando una melodía pastoril. Y tan rojizo aparecía el optimismo en sus mejillas que era un insulto contra la fría mortalidad de los jardines.

Se inclinó al paso de Antonio, quien apenas le dedicó una mirada inexpresiva. Fue un milagro que el efebo no exclamase en son de burla: «Salve, rey de Oriente». Pero lo proclamó para sus adentros, con gran celebración.

A pesar de la antipatía instintiva que el dueño le inspiraba se vio obligado a reconocer que había recobrado parte de su antigua prestancia. Tal vez se la procuraba el uniforme, que no usaba desde hacia largo tiempo. Verle con su esplendorosa coraza de oro equivalía a reconocerle en todo su poder, tan perjudicado por las situaciones ridículas en que a menudo le hacía incurrir la bebida. Además se había acostumbrado a deambular por la casa ataviado con el sencillo quitón griego y, las más veces, con las pesadas túnicas orientales, o, en verano, con livianas

túnicas de algodón egipcio. En las grandes ocasiones, propias de su cargo y condición, la toga de los magistrados romanos.

Pero aquel Antonio que regresaba de la sagrada Delfos lo hacia convertido en la encarnación de la marcialidad romana. Y sólo cuando se quitó el yelmo para saludar a su esposa, descubrió Adonis que llevaba los cabellos recogidos con una venda, a la manera de los atletas de Grecia, patria de adopción.

No oía sus palabras ni las de Octavia. Barruntó que eran pocas y aun pronunciadas entre sonrisas ficticias. También algún beso apasionado, propio del amante que regresa de una larga ausencia. Irregular, decidió. ¡Aquél amante optaba por acortar el encuentro con un simple beso en la frente de la mujer que tanto le había esperado!

Adonis supo entonces lo que ya sabía desde aquella noche en un burdel del Pireo. La suerte de Octavia estaba decidida. Y ella no lo ignoraba.

Aquella noche, Adonis advertía que su canción no iba dirigida a nadie. Octavia descansaba en uno de los reclinatorios, mientras las mujeres griegas recogían lo que, pretendiendo ser las sobras de la comida, era la comida en su totalidad. Sólo el vino había disminuido, y continuaba disminuyendo en la copa de Antonio. Los demás platos —entre ellos un gamo asado al gusto griego y unos erizos bañados en miel— no habían recibido siquiera una mirada de beneplácito de sus amos.

Y Adonis continuaba su canción, dirigida a un público indiferente. Ninguna música especial, ninguna letra audaz por lo desconocida; todo lo contrario: sentimientos de siempre, tópicos agradables de tan habituales en el repertorio del efebo:

*Si has visto a Amor errando
por los altos caminos, detenle:
es el esclavo que se me escapó...*

El conocido poema no afectaba a la sensibilidad de Octavia como en otras ocasiones. Al igual que Amor, su mirada erraba, vagabunda, por la geografía de un mural que reproducía las aventuras de Ulises en la isla de los lotófagos. Una pálida coloración, digna de algún artista de exquisita sensibilidad, daba reposo a la mirada. No a la conciencia. En ella latían las cuitas que amenazaban con estallar desde horas antes.

Antonio soportaba la espera en una actitud que el refinado Adonis consideró vulgar: un codo sobre la rodilla, una mano sosteniéndole la cabeza y, con la otra, la copa de vino fuertemente aferrada. Para mayor grosería, eructaba de vez en cuando. ¡Costumbre inesperada en tan célebre patricio!

La pausa se hacía insoportable. La canción, repetitiva. Por lo cual Antonio decidió atacar:

—He regresado de Delfos con una decisión. Sólo entonces habló Octavia. Su tono fue severo.

—Con el permiso de mi señor Antonio, espero que será una decisión más juiciosa que de costumbre.

—Cuando menos es cauta. He decidido emprender una campaña contra los partos.

La cítara de Adonis emitió una nota falsa. Sus labios, una expresión de espanto.

—¿Tendremos, pues, la guerra? —dijo Octavia.

—Lejos de nuestras fronteras, en cualquier caso.

—Como siempre, tratándose de Roma. Las madres romanas deberían estar sumamente agradecidas a sus generales. Mandan la guerra a países

lejanos. Me pregunto qué sería de nuestro sentimiento de seguridad si algún díauviésemos la guerra dentro de las murallas de Roma.

Adonis consideró el razonamiento adecuadísimo. ¡No en vano era hijo de un pueblo conquistado! Antonio lo consideró propio de un espíritu ácido y hasta desagradable. No en vano era un conquistador.

—Podemos pasar sin tu música, muchacho —gritó.

Adonis recogió su citara, dispuesto a marcharse de buen grado.

—Has tocado muy bien —dijo Octavia con dulzura provisional—. Y cada día cantas mejor.

Al quedarse a solas con su esposo, volvió el silencio. Volvía la soledad de dos. El vacío de ambos. Las palabras que se niegan a salir, temerosas acaso del daño que pueden causar. Ofensas no pronunciadas, acusaciones por nacer los estaban acechando. Y las respiraciones se aceleraban como los gladiadores que tantean al enemigo hasta encontrar el momento adecuado para atacarlo.

Entonces Antonio intentó adoptar un tono festivo.

—Sé lo que te preocupa de las guerras —exclamó, riendo—. ¡Las sobremesas! No encontró la complicidad de Octavia. Sólo su estupor.

—Reconozco que los maridos podemos ser muy pesados cuando, al regresar de las batallas, nos ponemos a contarlas. Si por las esposas fuese, ten por cierto que siempre habría paz.

—¿Esto piensas de tu esposa? Es triste que sólo una guerra pueda darte motivos para considerarla un poco.

—No quería herir tu dignidad. De hecho, quiero manifestarte mi admiración. Pero diga lo que diga sobre cualquier tema, quedo zafio ante tus razonamientos. Lo mismo me sucedió con...

El nombre quedó en el aire, amenazando con una aureola de fatalidad. Y Octavia supo ennoblecer su propia aureola al pronunciarlo sin que se alterase su voz o sus facciones.

—Con Cleopatra, sería...

Él asintió con la cabeza, rehuendo la mirada, sin atreverse a buscar la de ella, que presentía penetrante.

—Es muy afortunada esta soberana al disponer de los medios para organizar sus propias batallas. De este modo no ha de esperar a que vengan a contárselas en las sobremesas.

—Sabes que reconozco el valor de tus virtudes.

—Mayor ofensa me haces; pues, reconociéndolas, no me permites aplicarlas.

—Aplicálas en buena hora, Octavia; pero no me tortures buscando en mis palabras sentidos que no tienen.

—Las palabras tal vez no, pero si las acciones. De tus tres mujeres oficiales (las demás no cabrían en este palacio) yo soy la única que me contento esperando a enterarme de tus cosas en la sobremesa. En especial si vienen amigos a cenar. Cuando estamos solos, ni siquiera batallas. Sólo estos silencios que aplastan el alma. Es lógico que envidie a Cleopatra. Te diré más: incluso envidia a la infausta Fulvia. Cuando se alió con su hermano, y entre los dos se lanzaron a intrigar, debió de encontrar un poco de distracción. Sin duda, la necesitaba.

—¿Quieres decir que la culpas por haber conspirado contra Octavio en mi favor?

—A veces eres muy banal, Antonio. Si esto es lo único que deduces de mis quejas es que ni siquiera mereces conocerlas.

—¡Octavia, Octavia! De nuevo estoy desarmado ante ti. De cuantas perfecciones atesoras, la de la sinceridad es la que más me asusta. Nada puedo decir sin encontrar un reproche en tu mirada. Nada puedo hacer sin desvelar una reprimenda en tu sonrisa.

—La reina Cleopatra era sin duda más tolerante. Siempre me cuentas que no te negaba el menor capricho.

—Ninguno.

—Era más lista que yo. Será que podía permitírselo. Yo nunca. Ni por educación ni por carácter. Tal vez porque me llamo Octavia y soy romana. Lo cual podrá ser importante, pero en modo alguno cómodo.

—Eres la esposa más respetada que jamás pudo soñar un romano. Además, el respeto que se te otorga es merecido. No sé yo de nadie tan perfecto, sea macho o hembra. Hasta tal punto eres admirable, que si no estuviésemos casados y un día te encontrara en tu paseo, y estuviese alborotando yo con mis amigos, como solía en mis años mozos, al verte pasar me inclinaría y éste sería mi requiebro: «¡Qué gran mujer! ¡Dama perfecta!».

—Más que un requiebro es una condena. Por él conozco que piensas devolverme a Roma.

Regresó el silencio. Otra pausa interminable, aplastada por la losa cruel de la evidencia.

—¿Piensas devolverme a Roma, Marco Antonio?

—Lo siento —dijo por fin el general.

—Luego piensas repudiarme.

—No.

—¿Quieres el divorcio?

—No.

—Comprendo. La comodidad sigue siendo el refugio de Antonio. Ni me repudias ni te divorcias. Simplemente, me echas.

—Octavia, encontrarás a alguien que te merezca más que yo. Alguien mejor. Que esté a tu altura.

—Marco Antonio, me hablas con frases tópicas. Asisto demasiado a menudo al teatro para no conocer el repertorio. Dices que encontraré a alguien que me merezca; y en cambio, seguiré siendo tu esposa. ¡Ni casada ni repudiada! Por lo cual te digo que el hombre que me tomase no

me merecería en absoluto.

—No sé qué contestarte. Intento facilitar la situación...

—¿Cómo vas a facilitar una situación difícil?

—¡Té estás burlando de mí!

—No, Marco Antonio. Te sigo. De hecho, te he seguido durante tres años... sin moverme de sitio. Pero el que ocupé hasta ahora ya no me corresponde. Así, pues, soy yo misma quien te pide que me devuelvas a Roma. Ni repudiada ni divorciada, pero libre. Y no te permitas adjudicarme sucesores hipotéticos. ¡No te permitas desear siquiera que encuentre a un hombre mejor que tú! Porque Antonio es bueno, honesto, valiente y apuesto. Pero si el precio de ser tan virtuoso Antonio y tan perfecta Octavia se paga con situaciones como ésta, prefiero contentarme con menos perfección y conservar mi dignidad, que es muy alta.

—¿Cómo voy a dudarlo? —exclamó.

Inesperadamente, se echó a llorar. Lágrimas espectaculares, que no lastimaban su dignidad ni su prestigio.

Octavia asoció el llanto con el vino. Pero se equivocaba. En cualquier caso, se levantó de la mesa y, disponiéndose a abandonar la estancia, le espetó:

—Antonio, que es el verdugo de Octavia, llora. Y Octavia, que es la víctima de Antonio, sale dando un portazo. Francamente, si un autor satírico no encuentra inspiración en una escena así, dudo que consiga abrirse paso en el teatro.

El general echó todo su cuerpo sobre la mesa. Y disparó sus derechos de esposo con un solo grito:

—¿Cómo puedes hablar de teatro cuando se está decidiendo tu destino?

—Si yo hablo de teatro es porque tú lo haces constantemente. En tus silencios y en tus bravatas, en tus rechazos y en tus opciones. ¡Qué gran

histrión habrías sido si Roma no te hubiese puesto una espada en la mano!

—Con una espada en la mano sabría defenderme contra ti. Con las palabras ni siquiera vale la pena que lo intente.

—¿Defenderte de mí has dicho?

—Contra ti, Octavia.

—Estás llegando a extremos. Pero no será éste mi caso. Fui educada para conservar la compostura. Cuando el cuerpo de Cayo ardía en la pira funeraria, sentí que el mundo había terminado y quise morir con él, arrojarme a las llamas a fin de acompañarle. Pero los ojos de Roma estaban fijos en mí. Así, pues, me contuve y, conteniéndome, soporté todo el trayecto de regreso con la cabeza erguida y la mirada fija en el vacío. Al llegar a casa, pude desmayarme. ¡Y era un desmayo que guardé durante varias horas! Por lo tanto, no debe preocuparte mi destino. La reacción ante el daño que me infliges puedo guardarla hasta mi llegada a Roma. Entonces tú ya no estarás a mi lado. Y mi dolor no podrá incomodarte.

Él sintióse asaltado por la insatisfacción del asesino, que mata sin placer y teme por la culpa.

—Yo no deseo tu dolor, Octavia. Sólo busco mi paz.

Los pies de barro del titán no soportaron el excesivo peso de la perplejidad. Surgía del descubrimiento de sus propios abismos. Nacía al descubrir que su paz dependía del sufrimiento de un ser a quien estimaba, aun sin amarle. Que una risa del Hércules Antonio estaba estrechamente ligada a las lágrimas de algún otro ser en el mundo. Así, la perplejidad y los pies de barro le dejaron caer como si fuese un muñeco. Y en estas condiciones su estatura se volvió más humana. Y de esta manera supo percibirlo la noble Octavia.

—Sé que no deseas mi dolor, Antonio. Pero también esto es una frase

hecha. En cambio yo no hago ninguna si te aseguro que soy tu mejor amiga. No necesitas defenderte de mí porque siempre me encontrarás a tu lado. Pase lo que pase y del modo que suceda. Y no me contestes con alguna estupidez, porque verdaderamente no lo merezco.

Sus dedos se perdían entre los negros rizos del esposo. Y sonrió con alivio porque la situación, por cruel que llegase a ser en el recuerdo, ya estaba superada.

—Y ahora atiende: si me devuelves a Roma como deseas ten presente que lo haces a todo riesgo. Pues infliges a Octavio un ultraje que no ha de perdonarte nunca.

—También en esto eres perfecta, Octavia. También en tu afán por reconciliar.

—He sido útil y esto me basta. Pero comprendo que no pueda bastarte a ti, si acabas de recuperar tus ansias de grandeza. Sé que necesitarás espacios tan vastos que no caben en tu actual alianza con Octavio. Pero cuídate de él, anego mío. Conoce la realidad mejor que tú. Ni siquiera cuando era niño se permitía soñar.

—¡Siempre este Octavio! Desde que murió César se interpone constantemente en mi camino. ¿Y con qué derechos? Sólo los que le concedió un capricho de César. Yo tenía más derechos que tu hermano. No te hablo simplemente de los que adquirí estando siempre a su lado. Éstos los conoce todo el mundo. Es que, además, mi madre pertenecía a la estirpe Julia. ¿No era esto derecho suficiente? Puedo invocarte los que adquirí en los campos de batalla. Cuando nos enfrentamos a los conspiradores en Filipos, Octavio cayó enfermo: fui yo quien condujo a los soldados a la victoria, lo cual es como decir que vengué la muerte de César. ¡Y cuando se abrió su testamento, este oscuro sobrino, este jovenzuelo endeble resultó ser su heredero universal! ¡Sólo él tiene derecho a llevar el nombre de César, mientras Antonio se alimenta con

las migajas de su gloria! ¡Siempre Octavio interponiéndose entre Antonio y sus sueños!

Seguía llorando, pero ahora como un niño avergonzado. Y al reconocerle como suyo, la noble Octavia optó por la dulzura:

—¿Cuál es el sueño que se lleva a Antonio tan lejos de Octavia? ¿Es la reina de Egipto?

—Aunque estuviese en él, no lo colma, ¡tan inmenso es mi sueño! No se queda en Egipto, abarca hasta los confines más remotos de Oriente. Es más grande que la vida. Con sólo invocarlo, se ensanchan los caminos, se abren los océanos, se mueven los bosques y las selvas, felices porque han hallado mayor espacio para desarrollarse. Ciudades fabulosas, tesoros inimaginables, dioses cuyo nombre ni siquiera conocemos. ¡Es imposible medir los espacios de mi sueño! Es el mismo que tuvo Julio César y, antes que él, Alejandro. Pero sin duda, sus dioses los abandonaron. En cambio, Antonio está bajo la protección de Dionisos, que no ha de abandonarle mientras viva. Él hará que el sueño se convierta en un imperio.

—¿Y este imperio podrá gobernarse desde Roma?

—Desde Alejandría. ¡La nueva Roma de Oriente!

—Esto es lo que Octavio no tolerará jamás. Vuelvo a prevenirte, Antonio: procura que tu sueño no moleste a Octavio. Tú puedes hacerlo realidad en el campo de batalla, pero él hará que se desvanezca en el Senado.

—¡Alejandro se reiría de todos los senadores de Roma!

—Alejandro tal vez. Pero la voz de Roma ya no es la de los héroes sino la de los políticos. Y para ellos, los sueños de gloria constituyen una pérdida de tiempo... Ahora, permite que me retire. La jornada, aunque no especialmente larga, ha sido singular. Necesito meditar sobre ella.

Antonio, sobreexcitado aún por el ímpetu de sus visiones, se acercó a

ella para besarla. Pero Octavia apartó la mejilla sin vacilar.

—¿Un beso después de tanto tiempo? No te molestes siquiera en intentarlo. Soy tu amiga, acaso tu hermana; nunca tu amante. Cuidaré de tu hijo. Le educaré junto a los míos como he hecho hasta ahora. Seguiré defendiendo tu causa cerca de mi hermano. Pero no quieras que mi utilidad comprenda más parcelas de las que Roma le ha adjudicado.

—¿Por qué haces esto por mí? ¿Cómo puedes devolverme el bien por el mal?

Ella sonrió, triste pero irónica.

—Porque me llamo Octavia. Y soy romana.

Porque era Octavia y era romana no lloró cuando los esclavos embalaron las últimas antigüedades griegas, las esculturas y cerámicas que, durante tres años, constituyeron su única compañía en el palacio confiscado. No lloró por sus recuerdos ni porque en el jardín empezasen ya a brotar las plantas cuya floración no llegaría a conocer. Contempló por última vez los tejados de Atenas, los frontones de sus templos prestigiosos, las columnas de sus ágoras profanadas. Y decidió que, al fin y al cabo, el tiempo sólo se llevaba lo que ya era suyo.

Las antigüedades de Antonio no viajaron hacia Roma, sino que fueron a Alejandría. Y Octavia imaginó por un instante el placer de la culta Cleopatra cuando le mostrasen, una a una, las obras maestras que rodearon la soledad de la esposa de su amante. No dudó que algún día acabarían rodeando los espectaculares fastos de las noches de Antonio. Pero no permitió que su dignidad se rebajara hasta envidiarle. Antes bien, puso cierto humor al pensar que en aquellas estatuas de divinidades griegas encontraría Antonio modelos adecuados para los disfraces que tanto necesitaría en las interminables bacanales de su amada ciudad.

Y sonreía ante esta idea, cuando llegó el hermoso Adonis acompañado de su amigo Fedro. Y aunque la intimidad del primero le autorizaba a mostrarse espontáneo con su señora, el pobre jardinero parecía más intimidado y no se atrevía a levantar los ojos del suelo. Tenía, además, el aspecto de un pastor y su túnica gris contrastaba con el abigarrado atuendo de su amigo.

—¡Qué felicidad ver sonreír de nuevo a la bienquista Octavia, a quien todos los dioses...!

Octavia se apresuró a interrumpir lo que presumiblemente iba a ser un extenso ditirambo en honor de sus virtudes. Al mismo tiempo, tomó de la mesa un pergamino enrollado con una cinta escarlata y lo colocó en manos de Adonis.

—No me regales con tu retórica, pues te conozco. Sólo me queda una noche en esta casa y no quiero pasarla oyendo tus majaderías. —Señaló el pergamino con gesto enérgico—. Lee esto y habla después.

Adonis la miró con expresión traviesa.

—No hace falta que lo lea, pues conocemos el contenido.

Octavia quedó perpleja.

—¿Eres capaz de conocer de antemano una sorpresa tan importante..., algo que no sucede todos los días?

—Cierto es que no sucede todos los días que una dama romana conceda la libertad a dos pobres esclavos; pero sí sucede todos los días que esta dama sea maravillosa porque se llama Octavia y sucede además todas las horas que yo sea muy cotilla, como tú sabes y me has censurado a menudo. Pero también es cierto que en compensación de este defectillo, soy limpio como los chorros del oro y sé expresarme y toco la cítara divinamente y leo en voz alta, con buen acento en latín y formidable en griego. Soy diestro, además en...

—Ya basta. ¿Vas a pasarte lo que queda de tarde recitando tus

virtudes?

—No voy a estar siempre cantando las tuyas. Alguna vez tenía que tocarme a mí.

—Se nota que ya eres libre, pues te has vuelto deslenguado. Dime de una vez cómo supiste que os hacía libemos. Y hazlo breve, que serás dos veces excelente.

—Más corto imposible: el escribano a quien dictaste el documento se lo dijo al mayordomo de servicio, el mayordomo de servicio se lo dijo a la cocinera, la cocinera es más cotilla que yo mismo y se lo dijo al mulero, quien encontró a mi amigo trabajando en el jardín y se lo contó. Y Fedro, aquí presente, corrió en mi busca, llorando como una Níobe al perder a sus hijos y me lo dijo; y entonces yo también me puse a llorar (pero más bien cual Fedra cuando muere Hipólito) y entre los dos derramamos tantas lágrimas que hasta los peces del estanque se han muerto por exceso de bebida.

Y así continuó hablando hasta que la noble Octavia no pudo reprimir la risa y fue a ingresar en la alegría de sus amigos.

—Veo que he obrado bien, pues la alegría te ha vuelto loco.

—Y yo veo que la alegría ha regresado a esta casa desde que mi señor Marco Antonio se fue a la guerra en buena hora. Y como intuimos que la alegría viajará contigo a Roma queremos hacerte una proposición. ¿Por qué te ríes, noble Octavia?

—Porque sólo ayer hubiera sido una súplica. Pero si te sientes con autoridad para proponerme un negocio, bienvenido sea.

Adonis intercambió una mirada de inteligencia con el rústico Fedro.

—Mi amigo aquí presente no hablará, porque es tímido como un camello huérfano y además no acaba de acostumbrarse a su nueva situación. Pero hablo yo en nombre de los dos y otros mil que hubiera; y como sé que te hemos arruinado el placer de la sorpresa vamos a darte

nosotros otra mayor aún: no queremos separarnos de ti. Para ser más exactos, yo no quiero separarme de ti y Fedro no quiere apartarse de mi lado, lo cual significa, por extensión, que no quiere irse del tuyo ya que estoy yo metido. ¿Me explico?

—No, pero da igual. Prosigue.

—Queremos la libertad, sí, porque yo seré cotilla y un poco retórico y aquí mi amigo, según cómo, es algo tartamudo, pero tontos no somos. Por lo cual, una vez libres, puesto que te queremos y no podríamos vivir separados de ti, como ya te dije antes y si quieres te lo repito —Octavia se apresuró a negar con la cabeza—, pues en verbigracia de lo expresado nos ofrecemos para que nos llesves contigo a Roma en calidad de obreros remunerados, es decir, con un jornal que sin ser opíparo sea espléndido y nos permita vivir, si no con lujo, sí por lo menos con holgura. Y que al llegar los días faustos podamos vestir nuestros mejores atavíos y exclamar con alegría: «Vamos cogidos de la mano a cobrar el jornal que nos paga la noble Octavia».

La dama conoció un momento de ternura, al tiempo que se avergonzaba por no haber pensado también en aquella solución.

—Eres atrevido en verdad. ¿Cómo vais a cobrar por vuestros servicios si tú eres un manazas y tu amigo tartamudea?

—Tu razonamiento es corto de alas —dijo Adonis—. Primero porque has ofendido al pobre Fedro, a quien querías más si conocieras la dulzura que emana de su trato. Segundo, porque confundes oficios de una manera que, admirándote como te admiro, nunca hubiera sospechado. ¿Qué tendrán que ver las témporas con los pechos de una verdulera del Pireo?, me pregunto. Mi amigo tartamudea, pero como no le tomas para que te recite los versos del inmortal Hornero, sino para que tenga tu jardín hecho un primor, ya me dirás qué puede importarte su tartamudeo. Y yo seré un manazas, pero como no vas a tomarme para que te cuide el

jardín sino para que te lea los versos del inmortal Homero, ya me contarás en qué te molesta mi torpeza. Si bien se mira somos Fedro y yo dos joyas, por lo cual si nos tomas a los dos, constituimos una ganga. Y te diré más: los efebos griegos son de una utilidad inapreciable para cualquier dama distinguida. Aunque Fedro es un poco burdo y prefiere los juegos de la palestra, yo siempre he sido muy mirado en las cosas de la moda y puedo aconsejarte qué túnica combinará con tu velo de fiesta o qué peineta irá bien con los pendientes o si esta pintura o aquel grosor de las cejas... Ya ves cuánto ganas perdiendo a dos esclavos. He dicho.

—Y has dicho demasiado. Porque eres capaz de aburrir a las piedras. Tomad vuestra libertad de una vez y dejadme. Me quedan muchas órdenes que dar antes de la partida.

Recogió los pliegues de su túnica y disponíase a salir en dirección a las dependencias interiores, cuando una acción inesperada del joven jardinero la retuvo de pie, inmóvil junto a la mesa. Y es que Fedro, silencioso hasta aquel momento, Fedro, que no se había atrevido siquiera a mirarla, se arrojó a sus pies y tomándole una mano la besó varias veces, con el rostro conmovido por un arrebato de ternura.

—Te queremos —decía—. Te queremos.

Y Adonis avanzó unos pasos y apoyó una mano en el hombro del amigo, cual si quisiera protegerle de todos los males.

—Perdónale, noble Octavia. Es su forma de expresar lo que yo intentaba decirte con más adornos. Que nadie se ha portado con nosotros como tú lo has hecho durante los últimos años.

—¿Nadie, Adonis?

—Fedro sólo tiene a sus útiles de jardinería y a mí. Yo sólo tengo a mi pobre cítara y a Fedro. En cierta ocasión tuvimos un perro blanco con manchas negras, pero murió de viejo y volvimos a quedarnos solos.

Lo que no logró el cuerpo de su amado esposo ardiendo en la pira

funeraria, lo que no consiguieron sus hijos al nacer, lo obtuvieron dos muchachos griegos, arrodillados a sus pies. Lloró, sí, la noble Octavia. Su reconocida autoridad, su fama y su prestigio se derrumbaron ante una pareja dispar y acaso extraordinaria. Un efebo rubio y hermoso, de modales refinados, y un joven rústico, igualmente hermoso, pero con una belleza que recordaba la tosquedad de las montañas.

Y cuando la emoción hubo pasado, Octavia decidió que se los llevaba a Roma, y los dos jóvenes se abrazaron y, sin el menor recato, se pusieron a saltar, enloquecidos, sobre el mármol exquisito de aquel palacio que pronto quedaría lejos.

Tal vez avergonzada de sus propias emociones, tal vez intentando recuperar su prestigio, bromeó Octavia:

—No os faltará trabajo, con seis niños en mi casa. Esto si no se sirve hacerme otros seis mi señor, cuando vuelva de sus conquistas...

—No ha de haber niños mejor cuidados. En cuanto a vuestro jardín de Roma, Fedro hará que sea tan hermoso como el mismísimo hogar de la diosa Flora.

Así transcurrieron las últimas horas de Octavia en el palacio que había confiscado Marco Antonio, procónsul de Roma en Atenas. Transcurrieron, sí, repartidas en lentas miradas sobre los rincones que podían avivar algún sentimiento; la hornacina de las diosas tutelares, las elegantes columnas del atrio, los triclinios, siempre vacíos, de la sala de los banquetes. Y las criadas empezaron a apagar las lámparas de aceite y pronto se hizo la oscuridad en los vastos salones.

Cuando ya terminaba la noche, cuando empezaban a cantar los gallos de la madrugada, se dispuso la salida.

Mientras Octavia y las mujeres preparaban a los niños para el largo viaje, Fedro y Adonis se ocuparon de empaquetar cuidadosamente sus pertenencias: unos cuantos útiles de jardinería y una cítara envejecida. Y

también un hueso de madera que había tallado con seis propias manos el hábil Fedro para que jugase el perro blanco con manchas negras.

Cuando ya en el viaje Adonis mostró el hueso a su señora, ésta se extrañó.

—Conviene guardar siempre algún recuerdo de lo que hemos amado, noble Octavia. Pues dicen que la memoria es traicionera y; si se hace cómplice del tiempo, todo lo borra.

Fueron a buscar a Fedro al jardín. El joven había manifestado su deseo de llevarse ciertas semillas griegas para que floreciesen en el jardín de los Octavios, bajo el benigno cielo de Roma. Y le vieron cabizbajo, sosteniendo un pequeño saco y llorando de nuevo, porque ya no vería florecer aquella primavera las flores que él mismo había plantado.

También se emocionó Adonis al despedirse de la cabaña miserable que habían compartido con el perro. Y así supo por primera vez que el hombre va dejando fragmentos dispersos de su existencia a lo largo de caminos inesperados. Y que sólo la memoria es capaz de restituirlos al final, en el supremo balance de los amores.

Pero Octavia no miró atrás. Para ella el jardín estaba lleno de muerte, el palacio plagado de vacíos, Atenas inmersa en la nada. Sólo quedaban con vida sus tres hijos, sus dos amigos, las mujeres y los soldados que Marco Antonio le dejaba como escolta. Sólo quedaba con vida ella misma y los seres que se llevaba a Roma.

Cuando todavía estaban en el pórtico, esperando la llegada de los carros y las literas, Adonis descubrió que su señora miraba a Fedro con una extraña luz en la mirada. Al interesarse el efebo por sus pensamientos, contestó ella:

—Fui educada en el culto a la perfección y hay ciertas cosas que no alcanzo a entender...

—¿Cuáles son esas cosas, noble Octavia?

—No sé expresarlo. Además no quisiera parecer brusca... ¿tú amas realmente a Fedro?

—Más que a mi propia vida.

—Pero él es tartamudo.

—Si no fuese tartamudo no sería Fedro.

—Entonces el secreto del amor consistiría en amar a un ser a pesar de su defecto...

—En cualquier caso, el mérito de Fedro no reside en su tartamudez. ¿Comprendes, noble Octavia?

Los carros partieron de Atenas y el sol suave del invierno griego los sorprendió en las agrestes montañas que conducen a Corinto. Faltaban muchas jornadas, muchas piedras, muchos cambios de la luna allá en la noche para llegar a casa. Y los caminos pusieron polvo en sus rostros y las posadas piojos en sus ropas. Sin embargo, nunca se vio sonreír con tanta frecuencia a la noble Octavia ni hablar con mayor fluidez al rústico Fedro ni sonar más afinada la cítara de Adonis. Y fluyeron a lo largo del viaje sus palabras, recuperando las que, en otros tiempos, habían forjado la grandeza de aquella tierra y ennoblecido los insignes caminos de su arte...

*Si has visto a Amor errando
por los altos caminos, deténle:
es el esclavo que se me escapó...*

*¡Palabras inmortales de Grecia!
Las resucitaba Adonis para solaz y
ensoñación de la más noble entre todas las
señoras.*

Se llamaba Octavia. Y era romana.

LIBRO TERCERO.

CESARIÓN

... Llegaste con tu encanto indefinido. Pocas líneas solamente se encuentran en la historia sobre ti... [...] te he modelado bello y sensual. Mi arte confiere a tu rostro la belleza atractiva de un sueño.

C. P. CAVAFIS, CESARIÓN

Cuando todos creían que el tiempo del olvido ya estaba consumado, llegó a Alejandría un mensajero que solicitaba ser recibido por la reina con la mayor brevedad posible. Y al comprobar el chambelán que era un soldado de Roma, supuso que la reina Cleopatra podía considerar urgente cualquier noticia que llegase de Octavio. («¿Con quién si no podría tratar?», había dicho ella misma tres años antes.)

Pero el mensaje era de Marco Antonio y no procedía de Roma, ni siquiera de Atenas. Llegaba de Antioquía, en la lejana Siria, donde según las últimas noticias el procónsul preparaba una campaña contra los partos.

—Cualquier mensaje de Antonio puede esperar por toda la eternidad—dijo la reina, intentando parecer implacable—. Necesitará cerveza, como siempre. Y en verdad no estaría bien visto que la reina de Egipto acudiese a proveerle después de tres años y medio de desprecios y rechazos.

La reina pintaba colores atrevidos en las mejillas de un maniquí de

cera que reproducía sus facciones. No era una actividad completamente nueva entre las que la ocupaban a diario. Conocedora de la importancia de la belleza en sus relaciones con los enviados del gran mundo, había aprendido a crearla donde no existía. Y educada además en doscientos años de pensamiento alejandrino, sabía valorar la teoría tanto como la práctica. De manera que un joven escribano iba anotando sus impresiones mientras el arpa de Ramose sonaba como una deliciosa melodía de fondo que al unirse a las palabras de la reina generaba una canción referida a la belleza.

El taller de Cleopatra contenía lo más secreto de su intimidad y su acceso estaba reservado a los muy iniciados en sus intereses. De hecho, sólo la acompañaban sus doncellas y un reducido grupo de artesanos especializados en perfumes y cosméticos. Con ellos experimentaba en todo tipo de ungüentos, cremas y maquillajes: delicadas unturas, exóticos potingues, tenues polvillos, rarísimas pinturas que aplicaba sobre mascarillas y maniqués de cera, buscando nuevos resultados, anotando los aciertos o desaconsejando los más banales. Con la precisión del científico y el genio repentino del artista, iban apareciendo sobre la cera los artificios destinados a proyectar su mensaje de fascinación una vez aplicados al rostro de Cleopatra.

Y no era extraño que trasladase algunos de estos experimentos a los libros de cosméticos que tanto éxito han alcanzado entre las damas de Roma, ansiosas por conocer los secretos de la egipcia aunque en público se permitan vituperarla como a la más execrable de las meretrices. ¡Así pagan las hipócritas matronas que Cleopatra comunique en sus escritos mil años de experiencia en la belleza, inapreciable herencia de cuantas reinas tuvo el Nilo!

Aquella tarde en que llegó el mensajero de Antonio —una tarde que remitía a otra, tan distante en el tiempo—, Cleopatra abandonó sus

distracciones habituales y se encerró en sus dependencias privadas. Temía que el recuerdo del que fue su amante inolvidable tuviese todavía el poder de hierirla.

Pero después comentaron sus damas que ni siquiera llegó a inmutarse. Por el contrario: parecía dominada por una intensa sensación de orgullo. Y en su fuero interno celebró que entre las maravillas del ser humano existiese aquella de poder reaccionar con indiferencia ante las cosas que antaño ocuparon las parcelas más importantes del sentimiento.

Se elogió a sí misma. Acto seguido decidió que la prueba de la impaciencia estaba superada; así, pues, no era necesario infligir ofensas gratuitas al mensajero. De manera que le concedió una audiencia, aplazada sólo por las horas que había decidido dedicar al ocio.

Un ocio que, en cualquier caso, volvía a estar lleno de intensidad. Pues se consagraba a vigilar los progresos del ser que había ocupado en su alma el lugar de Antonio: los progresos, cada día más espectaculares, del príncipe Cesarión.

—¡Once años ya! —exclamó mientras examinaba los informes de los distintos maestros de su hijo. Y volviéndose a Sosígenes, añadió con una triste sonrisa—: Los tres últimos han transcurrido como tú pronosticaste. Un vuelo apenas. Un suspiro.

—El tiempo, que es implacable, también tiene piedad. Y para ofrecer alguna compensación a sus desaires hace que lo malo se marche algún día, como se fue lo bueno.

—Accede a invertir tus conceptos y no resultarán tan consoladores. Plantéalos así: «Si el dolor se olvida, siendo como es tan fuerte, ¿qué no ha de pasar con la pobre alegría, que es tan frágil?».

Se entregaron a juegos de palabras que colocaban a la brillantez como compañera imprescindible de la inteligencia. Cambiaron silogismos, jugaron al circunloquio, desentrañaron el fondo de una metáfora... Y los

blancos muros de la ciudad sonrieron al comprobar que su espíritu no se perdía.

Pero en medio de aquella retórica, Cleopatra dejó escapar un suspiro de tristeza.

—Cuando me comunicaron la llegada de este mensajero temblé por un instante, pues temí que fuese de Octavio.

—¿No era más lógico temblar al saber que era de Antonio?

—¡Pobre Antonio! Él es sólo un recuerdo contra el cual he aprendido a combatir. Pero Octavio es una amenaza que continúa combatiendo contra mí... —se mesó fuertemente los cabellos, como si un temor contenido durante largo tiempo saliese de una vez a la superficie—: ¡Oh, Sosígenes! Mientras Octavio viva, sé que mi hijo corre peligro.

—¿Quién en toda Alejandría se atrevería a hacerle daño?

—Cualquier enviado de Octavio. ¡Es una pesadilla que me ha amenazado durante muchas noches! Veo a Cesarión orando ante la gigantesca estatua de Serapis. De repente una mano misteriosa la empuja, ella se desploma con todo su peso y aplasta a mi hijo. He consultado con mis adivinos y todos coinciden en que es la mano de Octavio.

—No es necesario que sigas con tus supercherías para llegar a esta conclusión. Ni que te extrañes ante la furia de Octavio. Él se considera el hijo de César. Y tú, como es lógico, continúas afirmando ante el mundo que el verdadero heredero de César es tu hijo.

—Y continuaré repitiéndolo. Tú conociste la voluntad de César. Albergaba el proyecto que, más tarde, estuvo a punto de reanudar Marco Antonio. Quería que Roma se extendiese por todo Oriente y que nuestro hijo, el verdadero, el legal ante los dioses, gobernase este inmenso imperio desde el trono de Egipto, desde Alejandría. ¡Nunca habló de ese sobrino que ahora se hace llamar César Octavio!

—Es lógico. César sólo hablaba de sí mismo. Yo no creo que pensase

en nadie más cuando se refería a su proyecto. ¿Acaso no fue la ambición lo que provocó su muerte? Quería ser rey de Roma. Quería, más tarde, fundar una dinastía nacida de los Julios y los Tolomeos. ¡Él, siempre él en primer lugar! Y a continuación la parte que tú pudieses aportar. En ningún momento hablaba de Roma. En ningún momento se refería a Egipto.

—Es posible que tus palabras no carezcan de verdad. Pero ésta no debe excluir mis ambiciones para Cesarión. Si ni siquiera el miedo consigue vencerlas, ¿cómo iba a hacerlo un error de César? Cuando Octavio se atreva a perjudicar a mi hijo, daré la razón a sus conciudadanos, pues te digo que puedo ser la serpiente del Nilo, si me atacan... ¡Que se haga llamar César Augusto, si esto ha de darle más ínfulas para dirigirse a un Senado de patricios corrompidos! Pero mi hijo es grande por dos nombres: grande de Roma porque es el Pequeño César, grande de Egipto porque es Tolomeo.

Un súbito estremecimiento contradijo su apasionada declaración.

—Y, sin embargo, tengo miedo, Sosígenes. Nunca lo tuve por mí, y ahora me consume por mi hijo.

Intentó disimular aquel arrebató cuando entraron en tropel algunas de sus doncellas. Fue un alegre vaivén el que invadió la estancia. Las risas se entremezclaban con el suave murmullo de las túnicas de lino, el tintineo de los collares y todas las cadencias de un vestuario nítido, armonioso, que dijérase destinado a convertir cada movimiento de las damas en un instante musical.

Para completarlo entró Ramose, que fue a instalarse al otro extremo de la estancia, con la reserva de quien procura que su música constituya una amorosa compañía y nunca una insistencia no deseada, por lo cercana.

Carmiana pudo intuir el pesar que abrumaba a la reina de Egipto, pues

corrió hacia una de las terrazas que daban a la parte trasera del palacio y, desde allí, exclamó:

—¡Señora! ¡Venid a ver al príncipe! Está en el patio de armas.

Cleopatra ayudó a Sosígenes a levantarse. Una vez en la terraza, se apoyaron en la robusta barandilla, presas del temor por un instante.

Cesarión montaba un potro negro, cuyas bridas sujetaba el capitán de la guardia, quien procuraba explicarle las diferencias entre el ritmo preciso del trote y el ímpetu del galope.

Pero el interés, la diversión del príncipe se centraba en los saltos de obstáculos. Y sus ojos se desviaban hacia el palo que estaban colocando los esclavos, a dos tercios por encima del suelo. Y en su rostro resplandecía la tentación del peligro, igual que el sol bañaba sus desnudas espaldas. Pues vestía según la moda tradicional: el faldón plisado como única pieza, y también como alivio de los rigores del verano alejandrino.

—¡Este pobre niño es el enemigo mortal de Octavio, no yo!

Y al descubrir que el miedo adquiriría cotas desproporcionadas en sus palabras, Sosígenes le acarició los cabellos, como solía hacer cuando era todavía una niña y temblaba antes de adoptar cualquier decisión que sus altas responsabilidades le exigiesen.

—Este pobre niño será un gran príncipe —musitó el anciano con infinita ternura.

—Cierto. No lo hay más hermoso en todo Egipto. Para su edad es ya un consumado atleta. ¿Has visto con qué furia arroja la jabalina? ¡Y si le vieses dirigiendo el carro de guerra! Te desafío a que me encuentres a un auriga más veloz y más apuesto...

—Y yo te desafío a que me encuentres un amor más inconsciente que el amor de madre...

—En esto demuestras que eres hombre. Os empeñáis en asociar el amor de una madre con la estupidez. Pero yo he conocido a padres tan

estúpidos que, a su lado, el amor de una madre es logística pura.

—La reina de Egipto no es precisamente la sensatez en la maternidad. Acaba de decirme que, por las noches, se despierta sobresaltada por los temores que le inspira su hijo. Lo cual no evita que le deje realizar los ejercicios más peligrosos.

—No creo que montar a caballo o luchar con un muchacho de su misma edad en la palestra sea mucho más peligroso que los entrenamientos a que se entregaban en el pasado los príncipes de su edad. Hasta hoy no ha manifestado su deseo de ir a cazar leones o hipopótamos.

Cleopatra reparó en una de las terrazas superiores. Apoyado en la balaustrada, un joven vigilaba también las evoluciones del príncipe. Era una figura conocida por su habitualidad y amada por su dedicación absoluta. Era la sombra de Cesarión, la que sabía colocarse siempre detrás de su persona, en un segundo lugar humilde y pudoroso. Pero era también el genio bueno que sabía preceder sus pasos para guiarle y, si llegase el momento, cubrir con su propio pecho cualquier ataque que le enviase la vida.

Su aspecto seguía siendo invariable: la cabeza afeitada, los rasgos serenos, la mirada dulce y la sonrisa de comprensión colocada al alcance de todos los humanos. Pero ante todo, a disposición del príncipe.

Sosígenes continuaba insistiendo en sus quejas. Demasiado repetidas ya, en opinión de muchos. Persistente insistencia de la vejez, según los demás. Y, para Cleopatra, otro aspecto entrañable del hombre que en mayor grado había contribuido a hacerla como era.

—A veces pienso si el príncipe no dedica demasiado tiempo al ejercicio, descuidando las disciplinas de la mente —dijo el anciano, iniciando al mismo tiempo una de sus tempestades de tos.

Cleopatra señaló hacia la terraza donde se encontraba Totmés.

—No eres el único que piensa así. Nuestro bendito sacerdote de Isis

presenta hoy un aspecto terrible. Sin duda preferiría tener a Cesarión sentado ya frente a su mesa, y haciendo cálculos.

Al solo nombre de Totmés, las damas de la reina se echaron a reír con picardía. Intercambiaron opiniones al oído; y Cleopatra estuvo a punto de reprender a una de ellas, pues había dejado caer su mejor vestido de plumas de avestruz.

—¡Qué aburrido es el sacerdote! —comentaba Iris, mientras ordenaba la colección de peines, labor que formaba parte de su cargo palatino.

—Aburrido será —rió Carmiana—. Pero también es muy apuesto.

—No hables así delante de Balkis. Dicen que las mujeres de su tierra son feroces como las panteras.

La aludida Balkis les dirigió una mirada de insolencia. Ningún rubor en sus mejillas, maquilladas con colores tan espectaculares como los de la propia Cleopatra. Y era tan hermosa que su belleza excedía a su propio marco y surgía por los ojos en forma de violencia semejante a un río desbordado.

Sus aguas se dirigían a Totmés. Sus aguas fluían hacia la terraza con la sola intención de envolverle. Pero la actitud del joven sacerdote, absorto sólo en la contemplación de su príncipe, las convertía en aguas estancadas.

—¿Qué le ocurre a Balkis? —se interesó Cleopatra, dando el brazo a Sosígenes para regresar a sus dependencias—. La veo muy agitada últimamente.

—Amoríos —respondió Iris sin dejar de reír.

—Estoy segura de que es a causa de Apolodoro —dijo la reina—. Y él le corresponde. Suspira cada vez que la ve.

Las doncellas continuaron cambiando balbuceos, risitas y confidencias. Pero ninguna se atrevió a desengañar a la reina. Y hasta alguna decidió que, de ser cierta la suposición, de aceptarla, Cleopatra se

mostraba magnánima. Al fin y al cabo nadie ignoraba que el hermoso capitán consoló su lecho en más de una ocasión.

—¡Amoríos! —exclamó Sosígenes, tomando asiento junto a la biblioteca privada de Cleopatra—. ¿Desde cuándo la reina de Egipto se interesa más por las frivolidades de una doncella fenicia que por la educación de su propio hijo?

—Desde que los consejeros, que antes eran útiles y eficaces, han pasado a convertirse en tina pesadilla que, al igual que Octavio, asaltan los sueños de Cleopatra sólo para llenarla de reprocha. Decías ahora mismo que Cesarión dedica demasiado tiempo al ejercicio...

—Afirmo que al hacerlo está robando horas al estudio. Y te recuerdo que el símbolo de la madurez de nuestro pueblo estuvo representado por la sabia reflexión de los escribas, no por la brutal exuberancia de los gladiadores...

—¿He de ser yo, humilde discípula, quien te recuerde la Historia, buen Sosígenes? Si los libros de la Gran Biblioteca no mienten (y sí lo hacen es que obraron bien los bárbaros de César, al quemar algunos), si las esculturas de nuestros ancestros expresan verdades y no simples vanaglorias, hubo en el pasado un faraón que fue muy admirado por ser, precisamente, un atleta ideal. Fuerte de brazos, ancho de pecho, jinete formidable, auriga excelso. Tus escribas cantaron su fama a través de los milenios, pero lo que despertó la admiración del pueblo, en la lejana Tebas de aquel siglo, fue la gallardía de un cuerpo y el vigor de sus proezas. Por lo cual te digo, consejero, que el convertir a nuestro Cesarión en un dechado de fuerza y apostura es una maniobra política tan necesaria como dotarle de cultura e inteligencia.

—¡Cuánto aliento extranjero hay en tus ideas!

—Y aunque así fuese... ¿qué otra cosa es Cesarión? ¿qué otra cosa soy yo? Sangre griega hasta la última gota, sangre extranjera. Es la

misma que palpita en las arterias de Alejandría. Pedazos de Egipto... inesperados para el propio Egipto. ¿Cómo podía soñarlos siquiera, este país, durante los milenios del aislamiento que le dio toda su fuerza, que le imprimió todo su carácter? El nuestro es otro, Sosígenes: es el del hibridismo, el de la bastardía, el de los eternos desplazados. Y en el caso de Cesarión la sangre se enturbia más todavía, pues lleva la de César. No lo olvides.

—Todos, maestros, consejeros, sacerdotes y hasta artistas, todos estamos luchando para que desaparezca este componente extranjero de la sangre del príncipe...

—Luchan los libros, sí, batallan las ideas que intentamos imponerle, pero hay algo que no debe confundirnos: la sangre sirve para alimentar al corazón que la recibe, no para ofuscar el cerebro, que ha de saber utilizarla en su provecho. Y el cerebro de Cesarión irá encaminado hacia los tiempos nuevos que se avecinan. Tiempos que ya no se circunscriben a una pequeña aldea del Nilo, por arraigadas que vivan allí las tradiciones. Tiempos que decretan la expansión hacia el mundo...

—¿Qué pretendes, Cleopatra? Los detractores de tu familia han dicho a menudo que su error consistió en gobernar Egipto comportándose como griegos en Alejandría, y como faraones en el Alto Nilo...

—El centro del mundo puede ser Egipto, pero Egipto ya no podrá vivir aislado. Al aferrarnos a la gloria del pasado olvidamos el presente; al cantar las glorias de Egipto, sus victorias sobre otras naciones, olvidamos que muchas de ellas ya no existen siquiera en nuestros mapas. ¡No quiero que ningún fantasma, por prestigioso que sea, dirija los pasos de mi príncipe!

—Alejandría vive sumida en la intensidad de lo moderno, en lo que puede ofrecerle cada instante. El resto de Egipto vive anclado en tradiciones que ya eran viejas cuando fueron construidas las pirámides.

Son mundos muy opuestos. Si llegan a colisionar, el desenlace podría resultar fatal.

—Por el contrario sería una colisión saludable. ¡Un Egipto adscrito a los tiempos nuevos, pero conservando lo mejor de los antiguos! ¡Sangre nueva inspirada por la que viene sustentándonos desde hace siglos! ¿Qué mejor empeño podría desear un gran príncipe o, simplemente, un hombre joven?

La proclama de una juventud agresiva cayó sobre Sosígenes con intención de vencerle. El anciano dejó asomar una lágrima por tantas horas perdidas, por tantos momentos irrecuperables. Y al contemplar, uno a uno, los objetos artísticos que la reina había reunido para su placer en aquella estancia, sintió que le arrastraban definitivamente hacia aquel lugar del Tiempo que no tiene regreso.

—No sé si darte la razón, Cleopatra, porque el dilema que está planteado es el mío propio. Soy viejo y he visto muchas cosas, pero ninguna me ha ayudado a comprender el mundo como esperé hacerlo en los verdes días de mi juventud. También yo podría decirte que soy un ente ambiguo. Hablo del pasado de mi pueblo, pero soy tan alejandrino que, al hablar, lo hago en griego. Y mis ropajes no indican otra cosa que un falso cosmopolitismo...

Cleopatra se vio entonces a sí misma, medio griega, medio egipcia, cara y envés de una moneda de oro destinada a circular por el mundo sin introducirse en su espíritu. Y emitió un suspiro de nostalgia por una totalidad que nunca llegaría a alcanzar...

—No quise lastimar tus sentimientos, fiel Sosígenes. Ni hacerte pensar en cosas que pudieran causarte daño. Pero al trazar tu retrato has dibujado el mío, y entre los dos hemos llorado por Alejandría creyendo que la estábamos alabando. Pertenece a una raza en curso de extinción. Nuestra alma quiere quedarse en los viejos santuarios del Nilo,

pero el cerebro se complace polemizando en las ágoras de Atenas. Y amenazándolo todo, el águila de Roma...

Quedó en silencio. Éste transcurrió hacia una pausa impregnada de melancolía. Y sólo Sosígenes se atrevió a interrumpirla, invocando a la tiranía de las obligaciones.

—En la sala del trono te espera el mundo que está forjando un viejo amigo de este palacio...

Cleopatra tuvo el impacto de una revelación, no el de un recuerdo.

—¡El mensajero de Antonio! ¿Habrá llegado ya?

—Ésta era la hora convenida. ¿Le recibirás en audiencia oficial?

—Siendo romano no podría ser de otro modo. Antonio fue el último de esta raza que entró en mis dependencias privadas. El último que me vio relajada, como si fuese una mujer y no una diosa. Después de su abandono, ningún romano ha de verme sin la coraza de mi gran madre Isis.

Ordenó a sus damas que preparasen el vestido ceremonial. Y antes de ausentarse, Sosígenes encontró valor para preguntarle:

—¿Piensas todavía en Antonio?

Ella se encogió de hombros y quiso afectar indiferencia. Mas no había perdido su nostalgia.

—No pienso en él, pero le recuerdo.

Y al decirlo conoció un instante de poesía. Pues dicen los líricos alejandrinos que el recuerdo es como un ladrón que, agazapado entre los matorrales, espera el paso del caminante indefenso para sorprenderle.

El talante juguetón de Amor se empeñó en una travesura excesivamente osada: obligar al Tiempo a volver sobre sus pasos y encender uno a uno todos los fuegos del recuerdo. Todo ello comprendido en un rostro. Todo

ello recobrado en una barba del color del trigo.

Pues cuando el romano arrodillado a sus pies levantó la vista para dirigirse a ella, la reina reconoció instantáneamente a Enobarbo. Y una vez más, el encuentro con una persona —cualquier persona— que compartiese antaño las horas de su amor junto a Antonio le devolvía la condena fatal de la memoria.

Las personas, como los lugares, tenían esa virtud... o esa desgracia. Guardaban el eco de una voz que no por escondida estaba muerta. Y era esta voz una amenaza. Podía sonar de un momento a otro, sin advertir, atacando por sorpresa e hiriendo más si cabe porque la cogía desprevenida.

Así es la memoria del amor perdido. Parece que se fue, pero regresa. Parece que perdonó, pero condena.

El fiel Enobarbo, el gran amigo, le recordaba lo mejor de Marco Antonio. Pero ella había conseguido olvidarle a fuerza de recordar sus abominaciones. Así, pues, se obligó a pensar: «Que no regrese a mí la dulzura del amante. Que no vuelva su encanto prodigioso. ¡Fuera la ternura! ¡Lejos de mí el cariño! Sólo he de recordar a un borracho infiel, a un déspota, a un hombre convertido en una vieja acobardada».

Después de cumplimentar a Enobarbo con una gesticulación ausente que la convertía en una máscara, quedó erguida delante del trono. Y, en tono sarcástico, dijo:

—El honor que nos dispensa Antonio enviando a su mejor amigo será sin duda para conmemorar el magno aniversario...

—¿De qué aniversario hablas?

—Del que conmemora su abandono. Siguiendo el calendario juliano (ya ves que incluso en esto soy adicta a César) compruebo que han pasado tres años y siete meses desde que Antonio se marchó a Roma, prometiendo regresar a toda prisa. Desde aquella fecha, no se ha dignado

siquiera a recordar que en algún lugar del mundo existe una ciudad llamada Alejandría. Donde no se le trató tan mal, según me dicen.

—Añora desesperadamente la ciudad.

—Señal de que la recuerda. Me complace equivocarme en este punto. Pero cuentan las crónicas malévolas que en esta ciudad dejó Antonio dos hijos... por quienes ha manifestado nulo interés.

—Mi reina...

—Tengo tratamiento de rey. No lo olvides.

El enviado empezaba a azorarse. Sabía que una Cleopatra juguetona era tan temible como una Cleopatra furiosa.

—¡No puedo hablar, si os trato en masculino!

—Será entonces que mi latín, que es aprendido, es mejor que el tuyo, que es de raza. En fin, no voy a obligarte a hacer prácticas ante el trono de Egipto. Trátame como deseas. Mi pleito es con Antonio, no contigo.

Antonio, mi amigo y señor, no quiere pleitos. Se limita a llamarte. ¿Entiendes, Cleopatra? ¡Él te llama!

—Entonces es que quiere convertirse en mi señor, además del tuyo. Debería ordenar que te flagelasen por haberlo insinuado.

—No puedes. Soy ciudadano romano. No un esclavo de tu corte.

—Los esclavos de la corte de Cleopatra son más libres que cualquier ciudadano de la Roma de Octavio... Por cierto, ¿qué dirá este colérico joven si sabe que el aguerrido Antonio ha vuelto a caer en manos de la ramera egipcia?

La ambigüedad de sus respuestas aturdía al sensato romano. ¡Siempre le ocurría igual, en Alejandría! Aquella gente era incapaz de formular una pregunta directa o de contestar con una clara negativa. Especulaban constantemente con las palabras, retorcían las ideas, ponían tantos adornos en los conceptos que los hacían incomprensibles.

—No sé a qué viene hablar de Octavio —dijo Enobarbo—. Antonio es

dueño de decidir su destino.

Antonio es el perro de Octavio. Siempre hace lo que él le dicta. Sólo espera una orden suya para ir tras él moviendo la cola de satisfacción.

—En cualquier caso, sus ladridos se han vuelto quejas.

—¿Y no tiene a la noble Octavia para consolarle?

—La devolvió a Roma hace tiempo.

Un sobresalto inesperado asaltó la impertérrita expresión de la reina. Sosígenes, que se preciaba de conocerla, pudo captarlo al instante. Pero el romano, poco dado a las astucias, lo dejó escapar. Y Cleopatra supo recobrar su autoridad sin que se viese desmentida. Ni siquiera por aquel arrebató tan fugaz como intenso.

—Dices que la devolvió a Roma y es cierto que Roma está muy lejos de Siria. Pero tu señor Antonio conoce el modo de encontrar provisiones en cualquier momento.

—Para esto es militar —dijo el otro, con expresión tosca.

—Veo que no entiendes mi sutileza, y en esto eres más militar que el propio Antonio. Quise decir que tu señor puede cansarse otra vez de Cleopatra y encontrar alguna Octavia siria. A tu dueño le gusta dejar las cosas a medio hacer. Al igual que con los placeres de la buena mesa. Le gustaba comer a manos llenas, pero nunca del mismo plato. Necesitaba disponer de varios a la vez.

—¿Tu grandeza se equipara a un manjar?

—Podría equipararme al más exquisito, pero no es esto lo que esperaba de tu comprensión. Quise decir que la grandeza de Cleopatra se vio obligada a pasar una vez por la humillación de ser plato de tercer uso. Ni Cleopatra ni Egipto pueden tolerar que esto suceda de nuevo.

El rostro del soldado se ensombreció. Quiso expresar el desesperado mensaje del que era portavoz, pero la reina dorada representaba un muro demasiado resistente. No sólo le miraba desde lo alto de una situación

privilegiada; es que, además, le hablaba desde un sentido del humor excepcional.

—Mi señor Antonio se expresó así: «Di a Cleopatra que la necesito desesperadamente».

—Necesita mis barcos, mi oro y mi ejército.

—Dijo: «Hazle saber que mis noches sin ella no son nada...».

La entereza de la esfinge vaciló por un instante.

—¿Añadió algo más?

—Añadió: «Mis días sin ella están vacíos».

—¿En qué tono lo dijo? —preguntó la reina, ya interesada.

—Si ladrase, como vos decíais, le saldrían los gemidos de un perro que perdió a su amo.

—Entonces me necesita...

Se volvió rápidamente para evitar que el soldado comprobase en su rostro el alcance de sus propias palabras. Se resistía con todas sus fuerzas a que nadie, ni siquiera Sosígenes, asistiera al nacimiento de una dimensión inesperada de sí misma. Y todo su cuerpo tembló al revivir por un instante el calor del de Antonio en otros tiempos.

Era imposible que regresase aquel calor de un deseo perdido en el tiempo. En los casi cuatro años que separaban a Cleopatra de sus últimas noches de placer, el cuerpo de Antonio había perdido todos sus privilegios, y acaso su beligerancia. Cuerpo hermoso, sí; masculinidad arrolladora, sí, pero de ningún modo un caso único. Cualquier oficial de la guardia palatina podría ofrecerle hoy el mismo ímpetu, la misma apostura con que la deslumbrase Antonio en aquellos días ya lejanos.

—Cleopatra, si puedo invocar la amistad que me demostraste en otro tiempo, atiende a mi ruego: ¡vuelve con Antonio!

—¿Pretendes conmover a una roca?

Sosígenes la miraba de soslayo, sin creerla.

—¡Fuisteis los dos tan felices! ¿O ya no lo recuerdas?

—Tanto lo recuerdo que merecería ser azotada por ello. Tanto lo olvidé, que ahora siento añoranza de cuando aún lo recordaba con más fuerza. Tanto le quise que es imposible volver a quererle como antes...

Sentóse en el trono y ante los escandalizados ojos de Sosígenes dejó de lado las insignias de la realeza. Acto seguido se quitó la doble corona con sus propias manos, sin esperar la ayuda de sus damas.

Su cabellera se desplomó sobre el vestido de oro. Sus brazos descansaron en los del trono, también de oro. Y sobre su cabeza se desplegaban las alas del halcón divino, de Horus, desparramando más oro sobre su majestad.

—El recuerdo fatiga más que la política —murmuró, dulcemente—. Si estuviésemos discutiendo un asunto de estado me verías erguida, autoritaria, dominante. ¡Reina de oro y a la vez diosa! Pero el recuerdo me sume en un dolor muy vago y demasiado dulce. Y no sé qué decirte que no hayas dicho tú en tu mensaje. «Antonio te llama, Antonio te necesita.» Yo sólo puedo responder: ¿Qué quiere hoy Marco Antonio que su reina no le hubiese dado ya con creces?

—Te pide, te suplica, que te reúnas con él en Antioquía.

—¿He de correr tras él? —rió la reina—. En verdad que resulta cómico.

—No corras, mi reina, Navega, simplemente.

Cleopatra y el soldado cambiaron una mirada de inteligencia. Y Sosígenes celebró que el sentido del humor de romanos y alejandrinos coincidiese, por fin, en algún punto.

—¡Navegar hasta Siria! ¿Qué tendría de extraño? Otros lo hacen por placer...

—El placer no debes descartarlo... tratándose de Antonio...

Enobarbo lanzó una risa tan grosera que Sosígenes se vio obligado a

intervenir.

—Te recuerdo que estás ante el trono de Egipto y no en una taberna romana.

—Déjale, Sosígenes. Y dejadme a mí también. —Se disponía a salir, dejando a Enobarbo sin respuesta. Pero antes de alcanzar la escalinata, añadió—: ¿Otra vez el placer que sólo puede proporcionar la puta de Egipto? ¡Ay, Enobarbo! Creí que al ganar en arios Antonio aprendería a ser más exigente con la vida. Por mi parte, no me quejo. Voy aprendiendo a no esperar de los humanos el comportamiento que exigimos a los dioses. Todo lo más, el de los dioses que protegen a Antonio: el de la bebida y el de la fuerza... ¿Querrá que yo llegue bajo el auspicio exclusivo de la diosa de la hermosura?

—Quiere que llegue Cleopatra —exclamó el romano, ya impaciente.

—Cleopatra llegará, te lo aseguro. Pero dile a Antonio que, durante la espera, se aprenda de memoria este mensaje: «La pasión es irrepetible, el deseo pasajero. También lo es la juventud. Antonio y Cleopatra ya no son jóvenes. ¿Qué podrán darse mutuamente en esta larga hora del crepúsculo?».

—Se lo repetiré así, con la misma tristeza que emana de tus palabras. Pero en mis ojos brillará la alegría, porque son desobedientes y, además, estarán anunciando tu llegada.

Cuando la audiencia hubo concluido, Cleopatra pidió a Sosígenes que le acompañase a la Gran Biblioteca. Y mientras se despojaba de sus galas, para mejor darse a la comodidad de la consulta, transmitió a Apolodoro, su capitán, el más extravagante de los mensajes.

—Buscarás a una tal Trifena, llamada la Bitinia, y la traerás ante mí con urgencia...

—Mi reina —exclamó Apolodoro, sin evitar un rubor—, esta mujer es...

—Sé perfectamente quién es. Una ramera con un historial que la convierte en reina de su arte. Tráela como te pido...

Descubrió la presencia del escándalo en el rostro siempre sereno de Sosígenes. Y en sus manos, una torpeza que le impedía manejar los documentos con la habilidad habitual.

—Apolodoro, evitaremos que el buen Sosígenes tenga que avergonzarse en nombre del trono. Di a la ramera que se vista de penitente. Lo cual acallará cualquier habladuría.

Cuando quedaron a solas, el buen consejero adoptó un tono decididamente patético.

—Sin duda te ha mordido un mono loco, o te ha dado tanto el sol que tu cerebro se ha secado como esos higos que venden los judíos...

—Detesto a los monos. En cuanto a mi cerebro está perfectamente. Pero no sé cómo estará el de Antonio. Así, pues, necesito tomar mis defensas.

—¿Y han de ser las de una ramera?

—Las únicas de que puedo disponer, si mi enemigo se ha convertido en un vulgar sátiro.

Aunque habló con tristeza, puso gran decisión en sus palabras. Al fin y al cabo, la mismísima Onfalia tuvo que colocar el sexo en el sitio del cerebro para retener al poderoso Hércules.

—Acompáñame, Sosígenes. Necesito conocer el estado actual de Antonio y el lugar que ocupa en el mundo.

Mientras Cleopatra caminaba en pos de su pasado, sus doncellas consolaban a la hermosa Balkis, cuyo corazón lloraba por una pasión funesta. Y el gineceo real se llenaba de gemidos prolongados que no eran patéticos como los del amor, sino espantosos, horriblos como los del

odio.

Y en vano reflexionaba el ciego Ramose, a los sones de su arpa dorada:

—Loca es en verdad la pasión que desvía de esta manera los caminos de las hembras-en celo y así las aturde. Pues mucha y muy insana confusión cubre los ojos de quien convierte al deseo en divinidad tutelar de sus caminos.

—Hablas así porque los tuyos no pueden ver —dijo Carmiana—. Hablas así porque nunca supiste lo que es el amor.

—Quizá lo vea mejor un ciego que vosotras mismas, pues a menudo los ojos abiertos no alcanzan a ver claro por lo mucho que miran. Y así os digo que aunque nací ciego me han contado la belleza de las cosas muchos ilustres hombres, que son aquellos que, en el pasado, escribieron los poemas que arrullo con mi arpa. Y vive también mi deseo a través de los aromas de Alejandría. Y por estos aromas sé que Balkis es más bella y deseable que todas las diosas de su tierra. Y sé que sus cabellos rojos como el fuego podrían anular la voluntad de los más apuestos capitanes de esta corte. Aunque bastaría con citar el nombre de uno solo, de Apolodoro, sí. Pues él sería feliz si pudiera llamarla «hermana de mi corazón» como hacen los amantes en las antiguas canciones que no os cansáis de pedirme.

—Cántanos la de aquella dama cuyos senos se convirtieron en loto para complacer mejor a las manos de su galán —pidió la más joven de las damas.

—En verdad que sería inoportuno —dijo Ramose—. En el estado en que se halla sumida la ardorosa Balkis, la poesía es como esos aceites olorosos cuyas virtudes, lejos de ayudar, perjudican. Pues alimentan el fuego, agigantan las llamas sin desprender otro perfume que el de las cenizas. No le deis calor de amores, ya que su mal precisa la nieve de las

montañas de su tierra.

Pero Balkis no bebió agua de nieve, sino que recibió lluvia de llamas. Y tanto se encendió su corazón que fue en busca de Totmés y aprovechando la ausencia del príncipe, le abordó sin ambages.

—Ministro de Isis —dijo ella—. ¿Tendrás consuelo para una mujer afligida?

—Lo tiene Isis —contestó él, desviando la mirada ante el azote de aquellos ojos verdes que atravesaban su cuerpo como saetas—. A ella corresponde consolar al afligido y castigar a quien lo aflige.

—Tengo entendido que los dioses andan demasiado atareados en estos tiempos, por lo cual delegan su trabajo en algunos servidores. Y sé también que si éstos son agradecidos se esmeran por agradar a las mujeres desesperadas, porque de este modo son más gratos a los ojos de los dioses.

—Está en la inteligencia de los servidores discernir entre la aflicción que azota a los humanos y los innobles antojos de las cortesanas.

—¿Has llorado de amor por alguna mujer, Totmés?

—He llorado, sí, por un amor mucho más grande.

—¿Has besado las lágrimas de una mujer que llorase de amor por ti?

—He besado las lágrimas que derramó la gran madre Isis cuando halló el cuerpo desmembrado de Osiris en la isla sagrada de File. Y las he besado porque gracias a ellas crece el Nilo y son por tanto lágrimas de vida y no de muerte como las de esas mujeres que lloran de deseo y llevan la desgracia en sus entrañas.

Balkis sintióse despreciada otras dos veces y regresó a sus estancias. Pero el desprecio no hizo sino encender todavía más su fervor. Y por la noche abrió su sexo a las caricias de la luna y al recibirlas sintió que todo su vigor se renovaba como las flores de los jardines reales, como la hierba que crece entre el fango de los caminos.

Así supo que era víctima de la más nefasta de las pasiones. Y que por ella era capaz de llegar al crimen.

Dejando atrás un largo corredor de blancos muros que comunicaba las dependencias privadas del palacio con la Gran Biblioteca, la reina accedió a una de sus salas secundarias y, a través de nuevos pasillos cuya intensa blancura llegaba a confundir la vista cual un laberinto, pasó a los archivos del Estado.

Sosígenes, en actitud dubitativa y acaso enojada, intentaba seguir su rápido avance. De vez en cuando veíase obligado a detenerse —tanto puede el azote divino llamado gota— y ella le imitaba, en signo de gentileza, pese a que no podía evitar un gesto de excitación. Pero un diálogo mudo se estaba desarrollando entre ambos; y el inevitable motivo del mismo era Marco Antonio. Su nombre sonaba de nuevo en aquel palacio que había conseguido excluirle por completo. Su nombre volvía a amenazar. De hecho, cualquier adivino de los que Cleopatra consultaba diariamente podría pronosticar funestos augurios a partir de aquella reaparición. Y aunque las palabras de la superchería eran las últimas que Sosígenes estaría dispuesto a escuchar —y mucho menos a atender— deseó ardientemente que cualquiera de aquellos insensatos acudiese con sus magias a exorcizar los posibles excesos de la reina.

¡Extraña es la sabiduría alejandrina! Educada en la razón, cimentada en el justo criterio, no se impide a sí misma dejar paso libre a cualquier elemento que la razón olvidó catalogar.

Sólo así era posible que en aquel gran recinto del saber, en la biblioteca que catalogaba los momentos más preciosos del pensamiento humano, un sabio consejero educado en la lectura de Aristóteles pudiese esperar con vehemencia los conjuros de unos hechiceros negros que

tenían fama de atravesar con cuchillos maléficos el corazón de los enemigos del amor.

Y cuando en una de las detenciones a que el apurado paso de la vejez le obligaba intentó Sosígenes abordar abiertamente el tema de Marco Antonio, la reina se revistió con su máscara de esfinge, sonrió como ella —es decir, no sonrió— y dijo escuetamente:

—Es una suerte que los cronistas no sigan los dictados del corazón. Si se hubieran acogido al olvido como hizo la reina de Egipto, hoy careceríamos de la información que precisamos.

Sosígenes se limitó a asistir con profundo asombro a los altibajos de aquel corazón que, a fin de cuentas, ya no era tan joven como para permitírselos.

Antes de penetrar en la gran sala de lectura, Sosígenes se inclinó con extremo respeto —y no menos extrema dificultad— ante una hornacina en forma de concha que contenía el busto de un anciano que sonreía discretamente y lanzaba destellos de sabiduría a través de unos ojos vacíos. Era Zenódoto, el primer bibliotecario de aquella magna institución. El hombre a quien Alejandría debía la gloria de haber sistematizado los dos grandes poemas de Homero, haciéndolos más asequibles al lector moderno.

«Los dioses de la sabiduría están ebrios como el Dionisos que protege a Marco Antonio —pensó Sosígenes, con la debida nostalgia por un tiempo mejor—. Si de estas salas salió un día la primera gramática griega, hoy sólo sirven para que las mujeres vengan a dilucidar sus asuntos sentimentales. La razón de la sinrazón, en resumen.»

Pero no eran éstas las intenciones de Cleopatra Séptima. O no lo eran exclusivamente. Y a buen seguro que el discreto Sosígenes lo sabía también.

Algunos jóvenes que se encontraban clasificando los volúmenes de

geografía (una de las grandes especialidades de la institución) se inclinaron respetuosamente al paso de la reina y su consejero. Y en pleno aturdimiento, uno de ellos llegó al extremo de colocar los brazos a la altura de las rodillas, como se hacía en tiempos pasados.

Pero Cleopatra distaba mucho de apreciar las fruslerías del protocolo. Con firme decisión dirigía sus pasos a las salas donde se conservaban los anales y cronologías de la historia contemporánea.

Deseaba una relación exacta de los acontecimientos acaecidos en la vida de Marco Antonio durante los últimos cuatro años. Y el archivero fue a buscar entre los numerosos nichos de alabastro donde se almacenaban los estuches de piel que, a su vez, contenían la documentación deseada.

Una vez a solas con Cleopatra, Sosígenes comentó:

—Se anuncian malos tiempos si la reina pierde el control de sí misma ante la sola mención del romano.

—Por el contrario, se anuncian tiempos prósperos —dijo ella secamente.

—No puede molestarme que me mientas a mí... pero es lamentable que aceptes mentirte a ti misma.

—Me necesita. Y ésta es una palabra nueva en Antonio.

—Cuando tú le necesitaste no acudió en tu ayuda. Y también era una palabra nueva en Cleopatra.

—Todo cuanto concierne al amor es nuevo y viejo al mismo tiempo, mi buen Sosígenes. Siempre aprenderemos del amor, porque el amor no se presenta nunca bajo el mismo rostro. Sus enseñanzas son inagotables. Yo creía que las dominaba cuando era amada por Antonio. ¡Qué gran error el mío! No empecé a conocer el verdadero sentido del amor hasta que Antonio me abandonó. Y resulta extremadamente curioso que lo conociese gracias al dolor, no a los goces.

—Recuerda las horas injustas de la aflicción, Cleopatra.

—Cierto es que lo viví, pero acaso no llegué a apurarlo. Fue una sensación tan lacerante, un tormento tan intenso que pensé haber colmado la medida. Pero mi convencimiento no era sino un empeño desesperado por salir de aquel pozo inconmensurable. Ahora sé que el pozo tiene un fondo mucho más profundo del que yo creí tocar. Y que la copa del dolor no llega a colmarse nunca, por más que la llenemos.

Regresó el archivero, presa de cómica agitación. Sus pasos resultaban torpes —mucho más al avanzar aprisa— y era tan bajo de estatura que estaba a punto de desaparecer bajo los enormes estuches de cuero. Respiró aliviado cuando ya hubo sacado los pergaminos que la reina solicitaba, extendiéndolos ante ella sobre una gran mesa de mármol cuadrado.

Pero su alivio desapareció bajo una nueva urgencia que le obligó a perderse de nuevo entre los archivos.

—Tráeme ahora los documentos más recientes sobre el que se hace llamar César Octavio Augusto.

A solas con Sosígenes, la reina recobró su expresión severa. Su mirada dejó de expresar sentimientos y se convirtió en un archivo más.

—Olvida cuanto hemos hablado, buen Sosígenes. Porque a partir de estos momentos mi interés por Antonio se limita a los datos que exponen estas crónicas —y, mientras dejaba pasar las páginas con cierta negligencia, añadió—: ¡Un hombre encerrado en un estuche de cuero! ¿Es posible que, a largo plazo, el resumen de nuestra vida se limite a ser un dato mejor o peor archivado?

—En el mejor de los casos. En la mayoría, ni siquiera un número. — Con sólo volver la página aparece la grandeza y la miseria del hombre por quien tanto llegué a sufrir. Aquí, cuando era tribuno. Aquí, cuando persiguió a los asesinos de César. Aquí, cuando se unió a Octavio y

Lépido para formar el triunvirato.

—Todavía no ha expirado, reina mía.

—Lo sé. Omito intencionadamente estos fragmentos porque en ellos está mi propia crónica: ¡el día en que Antonio conoció a Cleopatra!

Dejó pasar las páginas con elegante negligencia. En un solo instante transcurrió la totalidad de aquel tiempo feliz que pudo parecer eterno. Y al llegar a la fecha en que Antonio se casó con Octavia, la reina tomó asiento y leyó cuidadosamente todos los datos. Meditó, después, sobre ellos y pidió a Sosígenes que los leyese a fin de que pudiera emitir una opinión. Pero la vista del anciano estaba excesivamente fatigada y las condiciones de luz no eran las más favorables a aquella hora de la tarde.

Se limitó a exclamar:

—¡Zorra romana!

—Los hombres, ya seáis niños, jóvenes o viejos, tenéis la fea costumbre de despreciar al enemigo sin duros cuenta de que, al hacerlo, rebajáis vuestra propia estatura. Pero yo te digo que es más digno de la reina de Egipto tener a una contrincante de su altura que a una vulgar zorra. Dejemos las cacerías para Antonio. Por fortuna, sus mujeres tenemos miras más elevadas. En cuanto a Octavia, no envidio su suerte. Es hermosa, cultivada e inteligente; pero Roma, en lugar de utilizarla para algo positivo, se limita a tenerla como pacificadora en las guerras familiares. ¿Guerras, he dicho? Simples pendencias. Carecen de grandeza.

El nombre de Octavia iba apareciendo constantemente en los documentos referidos a Antonio. Pero la reina de Egipto no sintió celos como hubiera hecho años atrás.

—¡Pobre mujer! —exclamó—. Antonio le hizo otro hijo antes de mandarla a Roma. Tres veces preñada en nombre de una alianza política. Si su dignidad no fuese tan conveniente a la mía de enemiga, pensaría

que es estúpida.

Allí estaba Octavia, inscrita en unos textos que pretendían ser objetivos... si alguna vez lo fueran los textos de la historia. Aparecía como una estatua lejana, petrificada en su condena a la dignidad, inexpresiva en la obligación de mostrarse admirable a todas horas.

Sin embargo, el férreo molde que contenía su humanidad rompíase en ocasiones y su intervención en algún asunto, en cualquier negocio, producía un desgarró y le otorgaba la grandeza de las grandes lecciones morales.

En su última intervención se mostró sublime.

Sucedió que estando a punto de iniciar un nuevo ataque contra los partos, Antonio sintióse molesto por ciertas calumnias que había vertido Octavio. Dispuesto a defenderse mediante la acción, ordenó aparejar trescientos navíos y se dirigió a Italia. Octavia, todavía encinta, suplicó a su esposo que le permitiese mediar en el conflicto. Se entrevistó con su hermano en ruta hacia Tarento, donde esperaba el ejército de Antonio. Roma tenía los ojos puestos en aquel encuentro. Y dicen que Octavia, al suplicar por la paz, lloró amargamente, pues la adversidad había hecho que de los dos imperátores que se repartían el mundo, el uno fuese su hermano y el otro su esposo. Y añadió:

—Si triunfan los peores consejos y estalla la guerra, es incierto quién de vosotros será el vencedor y quién el vencido. Pero en ambos casos, mi suerte será miserable.

Tales palabras, tuvieron el poder de conmover a Octavio y aplacar las iras de Antonio. Y en las playas de Tarento los barcos equipados para la guerra ofrecieron el hermoso aspecto de la reconciliación en nombre de la paz. Los generales y sus respectivos aliados intercambiaron muestras de amistad y, lo que a efectos prácticos era más importante, se cedieron importantes cantidades de material bélico.

Así se separaron. Octavio fue a preparar sus campañas contra Pompeyo, que continuaba amenazándole desde Sicilia, y Antonio pasó de nuevo a las costas asiáticas, no sin antes dejar en manos de Octavia a sus tres hijos y a los que tuviese de Fulvia.

Al conocer estos sucesos, Cleopatra dedicó encendidos elogios a Octavia. Y comprendió lo merecido de su reputación, si bien era incapaz de compartir sus sentimientos. ¿De qué temple estaban hechas las romanas, que eran capaces de llevar las nociones del deber hasta aquellos extremos?

—Debe de ser algo más profundo que el amor, pues el amor no ayuda a la entereza, antes bien pone obstáculos a su desarrollo. Yo no sabría obrar de este modo. Cuando Antonio me abandonó para casarse con Octavia, yo pedía su muerte. ¿Lo recuerdas, buen Sosígenes? Y por mucho que volviera a amarle, estoy segura de que la pediría de nuevo.

Presintiendo en el fondo de su alma cierta envidia por el buen hacer de su enemiga romana, Cleopatra decidió que no podía permitirse un sentimiento de aquella índole y dejó de lado con fingida naturalidad los primeros documentos. Pero la envidia continuaba prosperando, y ya nunca la abandonaría.

—Habíamos dejado a Antonio en Asia —comentó con falsa indiferencia—. Antes de que Octavio le irritase con sus calumnias, estaba recuperando la fama que malgastó en Atenas... —continuó leyendo con atención—. Veo aquí la primera victoria sobre los partos. Antonio tuvo el buen criterio de confiar el mando a Ventidio Baso, que es un estratega excepcional... Esto confirmaría lo que los propios romanos dicen sobre Antonio, e incluso acerca de Octavio. Que son más afortunados cuando confían sus campañas a otros que cuando las dirigen ellos mismos...

Se permitió un mohín de malignidad. Y Sosígenes una mueca de aburrimiento.

—Todo esto lo sabíamos ya —murmuró el anciano.

—Hay algo que ignoraba. O tal vez ni siquiera reparé en ello, llevada por mi deseo de olvidara Antonio. Se reunió en Misenum con Octavio y Pompeyo Sexto, y firmaron cierto tratado otorgando a este último pequeños poderes en la costa mediterránea a condición de que proteja a Roma de los piratas. Ya conoces las estrechas relaciones que unen a este airado joven con la chusma de los mares.

—No veo en qué podrían afectar estos sucesos a Egipto.

—Cualquier cosa que ocurra en Roma afecta al mundo, ya que Roma aspira a dominarlo. Sin embargo, en este caso concreto nos afecta mucho más porque la situación de Antonio está fortalecida por la victoria sobre los partos, que ha de hacerle muy popular en Roma. Y si es tu deseo encontrarle mayor importancia para así justificar mi decisión de reunirme con él, atiende a este detalle: Octavio se ha reservado para sí el control sobre Italia, la Galia e Hispania y ha cedido a Antonio, Oriente. Ciertamente que por el momento sólo tiene seis provincias. Pero su cargo le autoriza a disponer de muchas más...

En la mirada de Cleopatra, hasta entonces equívoca, apareció un intenso brillo que Sosígenes no tuvo dificultad en asociar con la ambición. La había conocido en otras ocasiones. Pero nunca la recibió con tanto júbilo como aquella en que venía a sustituir a la expresión, mucho más vulnerable, de un amor vuelto a nacer. Un amor por demás funesto.

Acababa de llegar el archivero con los documentos referentes a Octavio. Y aunque los distribuyó con extrema eficacia junto a los anteriores, la mirada de Cleopatra no reparó en ellos. Vagaba por un espacio inmenso donde renacía una antigua quimera.

—Ese Antonio, a quien tanto amé en otros tiempos, no es más que la bola de sebo arrastrada por el escarabajo sagrado de Ra. Quienquiera que

la empuje tiene el camino trazado de antemano.

—¿Y este camino es Cleopatra? —preguntó, con temor, el consejero.

—Es Oriente. Un camino inevitable para los sueños de Antonio, pero también necesario para la expansión de Egipto. Nosotros necesitamos de él tanto como él de nosotros. Por otra parte, conviene aprovechar las lecciones que nos dicta la propia Roma. «Divide y vencerás», buen Sosígenes. Así, pues, es vital para nuestra seguridad que Antonio y Octavio se peleen a muerte. Si llegaran a ponerse de acuerdo, Egipto se convertiría en provincia romana.

Dio un brusco manotazo que rechazaba la vida entera de Octavio. Su mirada, después de recorrer espacios inciertos, se posaba ya en las costas de Siria.

—¡Que se quede Octavio con Roma! —exclamó—. ¡Que extienda sus tentáculos sobre todo Occidente! Cuanto más lejos, mejor. Mientras, yo viajaré a Siria para trabajar por los intereses de Egipto y dirigiré los deseos de Antonio hacia las rutas que todavía no han sido holladas por las botas de Roma.

—Algún día lo harán. ¿Quién podría detenerlas?

—Un guerrero y una reina —dijo ella con decisión.

—Es decir, dos amantes.

Ella se incorporó. En su decisión no había límites. Para su empuje no había descanso.

—Una espada y un cerebro. La ambición y la mano que la ejecuta. Serán inseparables. Y algún día podrá decir la Historia que Roma sólo llegó a temblar ante los ejércitos de Aníbal... y ante una serpiente del Nilo.

«Ciudad odiosa —solía exclamar Totmés para sus adentros—.

Alejandro, cuna de todas las abominaciones. Alejandro, revoltijo de razas impúdicas. Quien te fundó no podía ser egipcio. Quien logre amarte siempre será un extranjero sobre la tierra.»

Alejandro cerca de Egipto. No de Egipto. Ni siquiera en él. Solamente «cerca», en opinión de los contemporáneos. Ciudad en todo extraña al país cuyos límites cerraba. Invención demasiado moderna, transmitida en herencia a una familia singular. Legado de ambigüedad para una dinastía de sangre macedónica que al prendarse de las peculiaridades de Oriente las convirtió en corrupción.

Y Totmés, que regresaba a palacio atravesando los jardines de Serapis, tuvo miedo una vez más. Porque le angustiaba aquel dios inventado por los Tolomeos a base de mezclar tendencias aisladas de divinidades griegas con rasgos originales de las divinidades egipcias.

Porque, además, todo en Alejandro vacilaba entre mundos opuestos y, a menudo, litigantes. Porque su alma sentíase rechazada por las calles abocadas al mar, los palacios blancos como espectros, las avenidas impolutas, inmensas, infinitamente más anchas que las mejores de sus ciudades del Alto Nilo.

Pero sobre cualquier otra consideración latía el pavor que le inspiraba el mar. Y le dominaba la indignación al pensar que un mozuelo, por muy Magno que fuese, pudiera inventarse una ciudad condenada a ser acariciada constantemente por las olas encubridoras de los abismos tenebrosos en cuyas simas ningún dios egipcio se atrevió a habitar.

A fin de exorcizar sus miedos, aquel Totmés que no era sino un trasplantado en Alejandro, continuaba invocando al genio del Nilo; al bondadoso Hapi, el dios hermafrodita que, en los relieves antiguos, ofrecía a los grandes faraones los maravillosos dones vegetales que sólo el gran río puede deparar.

En su aversión hacia el mar Totmés demostraba que era un egipcio de

corazón. Y en su vehemente desprecio hacia el cosmopolitismo de Alejandría ratificaba lo obstinado de sus raíces nilóticas. Muy especialmente aquella mañana en que se había visto envuelto en el intenso tráfico del mercado de los ídolos, conjunto adyacente al barrio de los templos, donde se venden todo tipo de imágenes de los dioses principales e incluso de los secundarios (pues el pueblo es imprevisible en su piedad).

Y al mezclarse con la multitud que iba y venía de acá para allá, formando una marea tumultuosa muy capaz de devorarse a sí misma, comprendió Totmés por qué no se había acostumbrado a la vida urbana, su vida podía llamarse a la insana encrucijada donde confluían sirios y armenios, judíos y árabes, griegos y romanos, nómadas del desierto y negros de Nubia, libios y damascenos, galos y somalíes. La pavorosa encrucijada donde se mezclaban sacerdotes y marinos, encantadores de serpientes y traficantes de alfombras, granjeros y prestamistas, mercaderes de camellos y vendedores de especias, estudiantes de filosofía y damas en busca de devaneos...

Totmés detestaba Alejandría, pero no sólo a causa del mar, como todo egipcio que se estime, ni porque el Nilo quedase tan lejos, como todo egipcio que se precie. Era porque aquella ciudad le producía la sensación de no estar en ningún lugar, aun estando en muchos a la vez. De no adorar a ningún dios, aun teniendo a su alcance a todos los dioses inventados por el hombre. De no pertenecer a nadie aun cuando la ciudad le pedía a voz en grito que accediese a pertenecerle... como ella pertenecía a todos.

«Menos a Egipto —decidió el sacerdote—. Cerca de él, al borde de él, pero completamente alejada de su corazón.»

Y suspiró pensando que algún día volvería a sentir sobre su rostro la brisa del Nilo y el aroma penetrante del fango que dejan sus aguas al retirarse.

Aquella mañana, después de efectuar sus libaciones diarias en el templo de Isis y tras afeitarse el vello del cuerpo en las dependencias contiguas al altar, Totmés se había arriesgado a introducirse entre la ingente multitud que suele llenar el mercado de los ídolos. Y después de mucho buscar regresó a palacio cargado con una estela de basalto lo suficientemente pesada como para hacerle maldecir el momento en que decidió despedir a su litera oficial y entregarse al placer del paseo.

Pero se sacrificaba gustoso pues la estela era un obsequio para su príncipe. Y más que un obsequio era una protección. O acaso la posibilidad de salvarle la vida.

Las doncellas de la reina consideraron que se excedía en su celo e incluso se burlaron de él por lo bajo. Pero ninguna pudo negarle una evidencia: el día anterior había aparecido un escorpión junto a la cama del príncipe. Y aunque su picadura no fuese mortal bastaba para producir fiebres espantosas y aquella horrible hinchazón parecida a la que produce la peste en el vientre de los malditos de los dioses.

De modo que Totmés decidió recurrir urgentemente a la sabiduría secular de las madres del Nilo y buscó el amuleto infalible, el que constituye la única protección contra el ataque de escorpiones, áspides, ratas e incluso cocodrilos. Pues eran éstos los animales maléficos que aparecían vencidos por el poder del divino Horus en la piedra negra que Totmés cargaba con extrema dificultad por las calles más selectas de Alejandría.

Cuando se encontraba colocándola bajo los almohadones del lecho de Cesarión, oyó a sus espaldas la voz del muchacho.

—¡Perverso Totmés! Estás rabioso porque dedico más tiempo a los caballos que a ti, y te vengas colocando en mi lecho algún artefacto

mortífero. ¿Cómo has conseguido burlar a los guardias de seguridad de mi madre?

—Porque yo soy uno de ellos, mi príncipe. El que asegura tu sueño y tu vida a partir de este momento.

Cesarión retiró los almohadones. Debajo apareció la estela mágica.

—Pero, Totmés, ¿cómo esperas que pueda dormir con este pedrusco bajo mi cabeza?

—Eres irreverente y mereces que el divino Horus abandone este amuleto y te deje a merced de los cocodrilos que aplasta con sus pies.

En efecto, el halcón milenario aparecía convertido en el niño Harpócrates, que aplasta a los cocodrilos de los pantanos y estrangula con sus manos a las serpientes que se introducen por las rendijas en las casas y mata a los escorpiones que anidan en sus muros.

—Poca importancia tendría —dijo Cesarión—. Al fin y al cabo el cocodrilo es un animal sagrado y como yo soy divino, si me devorase iría a crear en su barriga el colmo de los prodigios.

—Si hablas así tendré que reprenderte. Y cada vez que lo hago me siento una vieja cascarrabias.

—No eres otra cosa, buen Totmés. Y, además, un empecinado en cosas vanas. Pues ¿cómo quieres que este niño de la estela me proteja de picaduras si soy yo mismo? Me tomaron el retrato hace pocas semanas.

—Verdaderamente nadie gana a mi príncipe en lo presuntuoso y en lo falso. Pues este niño es hermoso como un dios y tú eres feo y horrible como un lagarto ennegrecido por el sol.

Pero Totmés era consciente de su mentira. Porque el niño que una noche le entregaron en cierta tumba de Tebas se había convertido en un adolescente prematuro cuyas prendas naturales aparecían realzadas por el ejercicio y un sorprendente equilibrio interior cuyos orígenes no podía precisar siquiera el propio Totmés. Si hasta hacía sólo un año era un niño

moquetado y con tendencia a la obesidad, un inesperado cambio sometía a cada una de sus facciones a un proceso de refinamiento que auguraba un equilibrio perfecto. Y sus cabellos eran negros y rizados y poseían la intensidad de los de la reina Cleopatra, por más que en la estela de Horus apareciese reproducido con la cabeza afeitada y la trenza de la infancia, como exigen los cánones.

—¿Sabes qué dicen mis preceptores cuando los dejo para venir a tu encuentro?

—Dirán atrocidades. Porque es de humanos envidiar la fortuna ajena y yo soy más afortunado que todos los demás porque estoy más cerca de mi príncipe.

—Dicen que eres un cuervo blanco.

—No existe tal especie.

—Ya lo sé. Esto sería una paloma. Pero cuando interrogué a Euclinio, el filósofo, sonrió con cierta malignidad y me dijo que la especie se encarnaba por primera vez en ti, porque tu posición en palacio te hace ser blanco por fuera y negro por dentro.

Ante aquella alusión a su sagrado hábito, Totmés sonrió amargamente, pues sabía que su privilegiada situación junto al futuro rey de Egipto le había creado enemigos.

—¿Y tú crees lo que dicen? —preguntó tímidamente.

—Jamás lo creería de mi mejor amigo —contestó Cesarión con gran energía—. Lo peor que podría pensar de ti, y aun si me lo permites, es que eres más aburrido que un rastrojo del desierto.

—Lo dices porque te obligo a estudiar.

—Lo digo porque en otro tiempo pensé que, ya que estabas loco sin remedio, por lo menos serías un loco divertido.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos en aquella tumba de la Sede de la Belleza?

—¿Cómo no iba a acordarme? ¡Te portaste de un modo tan ridículo! Me besaste los pies. ¡A mí, a tu amigo!

—Entonces no era tu amigo. Sólo era tu vasallo, como tantos miles de egipcios.

—¿Qué eres ahora, Totmés?

—Sigo siendo el elegido, como llamaban al que estaba destinado a ser tu mentor —sonrió con nostalgia, al tiempo que acariciaba la estela de Horus-Harpócrates—. Pero al pasar los años he comprendido que deberían llamarme el afortunado.

—Nunca hablas de tu vida anterior a aquella noche.

—No sé si fue vida en realidad.

—De tu infancia, entonces.

Totmés permaneció callado unos instantes. Regresaba el gran vacío, la ausencia de recuerdos, la memoria carente de raíces.

—Yo no tuve infancia, pero no me daba cuenta hasta que vi cómo se desarrollaba la tuya. Sólo fui niño cuando lo fuiste tú. Y pienso que ni siquiera ahora soy joven y que empezaré a serlo cuando tú lo seas.

Cesarión también se dejó llevar por aquel flujo de la memoria. Era algo reciente, inesperado, que le hacía acariciar con mayor dulzura instantes que ya habían pasado, paisajes que habían transcurrido, juguetes que ya no volvería a utilizar. Y experimentaba un dolor pequeño y dulce, pero al mismo tiempo profundo. Como si fuese un juego nuevo, de los que le enseñaban los niños de otros países, y que estaba dispuesto a quedarse para siempre en sus hábitos. Como si fuese el único juguete que nunca podría desechar después de usarlo.

—¿Recuerdas, mi príncipe, cómo disfrutaba yo al verte jugar con aquellos animales de madera? Pues era envidia. Una envidia atroz.

—En cierta ocasión te descubrí acariciando uno de mis carros.

—Lo recuerdo perfectamente. Imitaba una cuádriga romana y tú

solías decir que había sido la de tu padre, el gran Julio. Y yo necesité sentir su contacto porque era una de las muchas cosas que nunca tuve: un recuerdo que me había sido negado. Y te digo que aquella noche lloré mucho porque supe que en la vida existen cosas que es imposible recuperar...

—Yo también lloro algunas noches, Totmés, porque siento que, al hacerme mayor, no volveré a tener las cosas que tuve. Y que nada volverá a ser igual, aunque todo sea mejor.

Así comprendió Totmés que el tiempo también había transcurrido para aquel niño que un día ya lejano surgió de las pinturas de una tumba de Tebas para revelarles toda la dulzura de la infancia. Comprendió que había ido creciendo ante sus propios ojos, y que se había alimentado de su espíritu y por lo tanto llevaba algo de él mismo, como Epistemo le pronosticó otra noche no menos lejana, en la gran terraza del templo de Hator.

No podía dejar de maravillarse. Él, que siempre permaneció tan alejado de los vaivenes del corazón humano, había estado practicando, había estado aprendiendo a partir del más tierno de todos los corazones. Tan tierno, que debería perder su ternura en las primeras vueltas de la rueda del tiempo.

El corazón de un niño.

¿Era sólo un corazón o acaso una trampa destinada a aprisionar su afecto para siempre? Cuando quiso averiguarlo ya era demasiado tarde. Ya no podía volver atrás. Pues al girar la rueda de los días el corazón de Cesarión giró también y fue como las norias de las que se sirven los campesinos del Nilo. Tenía varios cubos que se iban llenando de agua para dejarla inmediatamente en las acequias, convertida en alimento de los campos. Y cuanto más recogía el niño en su experiencia cotidiana, más dejaba en manos de Totmés, como si le hubiese nombrado celador de

un tesoro inigualable.

Pero hoy las perlas del adolescente se desparramaban en una evolución que ni siquiera su mentor había podido prever.

—Dime, Totmés, ¿has gozado con muchas doncellas desde que llegaste a Alejandría?

Y en este punto el celador del tesoro casi sufrió un desmayo. De manera que Cesarión se vio obligado a insistir:

—Callas como un hipócrita. Y sé que algo podrías contarme, pues algo sé yo de lo que opinan sobre ti las damas de mi madre.

—Nada tengo que ocultarte, mi príncipe. Y nada hay en mí que pudiese despertar el interés de doncellas tan hermosas.

—Eres demasiado modesto, buen Totmés. O acaso no aciertas a ver más allá de lo que puede el pobre Ramose. Has de saber que antes de venir a tu encuentro pasé por el gineceo, pues me divierte ver cómo las mujeres bañan a mis hermanos. Y hete aquí que todas me hacían preguntas sobre Totmés. Y cuchicheaban entre sí y no te dejaban por menos de apuesto y seductor.

—Príncipe, príncipe, ¿no es ésta la hora en que nos toca hablar de números? Los que hoy te ha puesto tu matemático exigen mucha más concentración.

—Haremos el cálculo un poco ameno. Calcularemos con cuántas mujeres ha gozado el buen Totmés.

—Nunca he conocido mujer.

—Totmés, continúas tratándome como a un niño.

—Eres, en efecto, un niño, pero nunca te trato como tal.

—Son las doncellas de mi madre las que no lo hacen, pues no esconden sus opiniones aunque ande yo merodeando. Lo cual me gusta hacer porque son más ardientes de lo que solemos imaginar. Por tanto, puedo decirte con toda seguridad que por lo menos cinco de ellas

compartirían tu lecho y te llamarían hermano, como en los poemas antiguos que canta Ramose.

—Si fuese en noche de tormenta no podrían. Te encontrarían a ti, acurrucado a mi lado porque a pesar de tus caballos y tus gimnasias eres en extremo asustadizo y te espanta el fulgor del rayo y te mueres al oír el trueno.

—Yo me marcharía para que pudiese entrar la hermana de tu corazón.

—Y harías bien. Así no hablarías después de estas cosas. Y no te aprovecharías de tu rango para poner en aprietos a un amigo.

—Te digo, Totmés, que el niño eres tú, no yo. ¿Olvidas que si tuviese una hermana de mi edad ya me habrían casado con ella?

—Esto son imperativos religiosos.

—Religiosos serán, pero si tengo que hacer un hijo a mi esposa no vendrá el divino Horus a ocupar mi lugar...

Había crecido, sí. Acaso con excesiva rapidez. Quizá a una velocidad demasiado cruel. Porque el encanto inigualable del niño dejaba paso a una suerte de autoridad tan precoz, tan prematura que pudiera parecer artificial. Y Totmés pensó en los odiosos niños de algunos miembros de la nobleza, que suelen imitar el comportamiento y maneras de sus mayores sin haber dejado la infancia. Y, por recordarlos, temió que la autoridad de Cesarión desembocase en algo monstruoso, en una madurez que desafiaba a todas las leyes de la naturaleza.

Sin embargo, el encanto, la dulzura, la ingenuidad continuaban manando de su sonrisa como un manantial que ni siquiera hubiera sido profanado por los rayos del sol. Le habían llenado de sabiduría, habían formado su cuerpo con las proporciones exactas de la fuerza y la belleza y, no obstante, todo en su trato continuaba irradiando la atractiva belleza de un sueño que todavía estaba por nacer.

¡Tesoros del niño Cesarión conservados para siempre en la memoria

del sacerdote que no tuvo niñez! Lo que era y dejaba de ser al instante. Lo que aprendía para dejarlo de lado en un nuevo y constante aprendizaje. Lo que le maravillaba siendo una nadería, lo que le hacía llorar por ser inmenso. Misterios infinitos de aquel fondo insondable sobre el cual se podían edificar tantas y tantas cosas. Proyectos, obligaciones, sueños, quimeras, dolores y alegrías que llegaban hasta Totmés gracias a una mente tan limpia como la suya propia, y que a cada momento se regocijaba ante la infinita variedad del mundo.

Totmés en Cesarión y Cesarión en Totmés. Una unidad indestructible. Una bofetada constante contra las leyes del olvido. Un proyecto que ni siquiera Alejandría se hubiese atrevido a suponer.

«¡Ay, Trifena, Trifena, quién te ha visto en el fango y quién te viese ahora, rodeada de boato y opulencia!»

Así pensaba la ramera más famosa de Alejandría mientras Iris y Carmiana la introducían en lo más privado de las dependencias de Cleopatra. Tan privadas eran, que almacenaban cuantos lujos puede desear la comodidad, cuantos placeres reclama la licencia y cuantos excesos precisa un alma sensible para sentirse más allá del mundo y más cerca de los paraísos prometidos.

En un momento determinado, Trifena sintióse cohibida ante el lujo que la rodeaba. Y su belleza exuberante, pero en modo alguno cuidada, fue como un emplasto de primitivismo emplazado en el centro de la falsedad más exquisita, de la sofisticación preparada por siglos de cultura.

—¿Nunca estuviste antes en un palacio? —preguntó Iris.

—En muchos, pero esto es igual que nada. Ya se sabe: la mujer que se alquila conoce todos los ambientes, y no se la quedan en ninguno.

Aunque te digo que un palacio así no me hubiera atrevido a soñarlo siquiera. ¿No se siente sola la reina de Egipto entre cosas tan grandes?

Las doncellas rieron y algunas llegaron a la burla. Pero la mujer se consideraba dignificada por los colores rigurosos del vestido que le había mandado la camarera real. Tan recatado era, que la hacía sentirse sacerdotisa.

Se detuvo ante la enorme bañera de Cleopatra. Dijérase una bahía colocada en el punto exacto donde fuesen a confluir todas las luces del mundo. Pues así se mostraba la claridad, llegando desde inmensas claraboyas y a través de enormes ventanales. Todo lo cual daba a las aguas las preciosas tonalidades del marfil.

Pero no era agua sino leche. Leche tan blanca como el líquido de la nieve que se deshace si la toca un adolescente enervado por su primer deseo. Y sobre aquella superficie diáfana navegaban los juguetes aptos para dar amenidad a cualquier baño, a menudo de larga duración. Bogaban galeras diminutas, imitaciones de las canoas populares, cocodrilos e hipopótamos que, al tocarlos el dedo de la reina, se tambaleaban y volvían a erguirse para continuar el juego...

La leche despedía un aroma especial, una fragancia tranquilizante que tuvo el poder de sumir a la prostituta en una especie de letargo. Y sin prestarle excesiva atención, Iris le contó que la reina añadía a la leche infusiones de flores de saúco, manzanilla, ortiga y un extracto de determinada tila. Pero la prostituta obedeció a su sentido práctico:

—¿Cuántas burras se necesitan para llenar una bañera tan grande?

—Como comprenderás, la reina no mide la belleza por las burras que se la proporcionan —contestó Iris, con un cierto acento de menosprecio.

Trifena continuó vagando entre los suntuosos objetos hasta llegar a una enorme plataforma de mármol rosado. Había allí toda clase de espejos que adoptaban las formas más refinadas. Y cada soporte tenía

representaciones que eran, en sí mismas, una obra de arte.

Pero su codicia no se vio tentada por los espejos helenísticos, ni por los tarros de lapislázuli, ni siquiera por los bellísimos peines labrados en maderas aromáticas. No. Su mirada fue directamente a un canastillo de fresas que diríanse una tentación a la gula y una provocación a los golosos.

Se disponía a tomar una fresa, cuando los gritos de Carmiana la detuvieron al instante:

—¡No lo toques! ¡Son para la mascarilla de su majestad!

—¿Me tomas por estúpida?

—Te mandará flagelar si te descubre. Las fresas no son fáciles de encontrar en esta época del año. Se las procuran a Cleopatra los mercaderes que llegan de Biblos.

—¿Y voy a creerme que se las pone en la cara en lugar de comérselas?

—Al igual que hacían otras reinas del pasado. Los dones de Flora ponen su vigor al servicio de la exquisita piel de Cleopatra. Y ahí tienes el extracto de trigo, el aceite de sésamo, el vinagre de hammamelis y hasta un tarro de semillas de alcaravea.

Se oyó una voz autoritaria que, sin embargo, intentaba abrirse a la amabilidad. Era Cleopatra.

—Todos los huertos de Egipto no bastarían para dar belleza a quien no la tiene. Pero muchos son necesarios para que la belleza existente no se marchite antes de tiempo.

—Todos se inclinaron, aunque algunas esclavas siguieron riendo en tono bajo.

—Cómete la fresa, mujer —dijo la reina—. Pero recuerda que por tu culpa un pequeño rincón del rostro de Cleopatra quedará sin nutrición en este día.

Trifena la rechazó, con expresión de desagrado.

—Me sentaría mal, después de oír lo que habéis dicho.

La condujeron a la estancia contigua. Estaba llena de amplios divanes y la mujer se dejó caer en uno de ellos sin esperar a que lo hiciese la reina. Su falta fue perdonada o, acaso, omitida.

—Te preguntarás para qué te he mandado llamar.

—Cuando lo he preguntado me han dicho airadamente que no era cosa mía. Lo cual me ha extrañado, pues estando yo aquí no veo de quién más podría ser la cosa.

—De Cleopatra —dijo la reina amablemente.

—¡Por los dioses! Tenga piedad la reina si he cometido alguna falta.

—No te preocupes. Las faltas que se cometen en los prostíbulos no llegan hasta el trono... Verás, lo que voy a pedirte es un poco comprometido para la reina de Egipto o, mejor, para la pobre mujer que hay detrás de ella.

—¿Teméis que me vaya de la lengua?

—En absoluto. Podría cortarte la cabeza sí el secreto fuese importante. Pero de hecho no podrías contar más cosas que las que ya están en boca del pueblo... Y ahora mírame directamente a los ojos y no intentes mentirme: ¿dice el pueblo que su reina es una hembra ardiente?

—¡Mi señora! ¿Cómo va a decir el pueblo una cosa así?

—Porque lo sé. Y si continuas mintiéndome con lisonjas ordenaré que te corten la cabeza como si hubieses robado todas mis fresas.

La mujer reflexionó un instante. Tuvo que hacer acopio de todo su valor para contestar:

—El pueblo dice que sois lo que acabáis de decir.

—¿Sólo esto?

—Bueno, dicen que sois muy, muy ardiente.

—¿Y nada más? ¡No me mientas!

—Ya que os empeñáis... En fin, se asegura que sois una ramera.

—¡No te excedas, mujer! —jugaba con un exquisito cuchillo de obsidiana. Lo cual le daba un aspecto amenazador. Añadió quedamente —: Si dicen que soy una ramera, me atribuirán amantes...

La mujer había tomado sus defensas:

—Nunca lo he oído decir.

—¡La verdad, perra!

—La verdad, señora, es que me tenéis entre la espada y la pared. Si os miento me cortáis la cabeza y si os digo la verdad sólo me flageláis. Así, pues, os digo que se os atribuyen más amantes que estrellas tienen las constelaciones. Y que hagáis de mí lo que queráis, pues en verdad que no tengo salida.

Cleopatra se echó a reír. Ofreció la fruta a su compañera y, con mirada aguda, la conminó a aceptarla.

—Tienes una salida que contiene, además, una recompensa. Hazme experta, mujer. —¿En qué podría haceros experta la pobre Trifena?

—En las artes que practicas. Y no me mientas. Me he informado a fondo y sé que ninguna otra prostituta de Alejandría conoce como tú las artes del placer.

—¿Y esto me lo pedís vos, de quien tantas maravillas se cuentan en este aspecto?

—Mis maravillas están pasadas de moda, dulce Trifena. Quien las conoció en su momento podría encontrarlas aburridas tres años después. Y yo necesito sorprenderle a cada instante. Que salte, que brinque, que alcance el vértigo de los sentidos.

—Sin duda vuestro amante confunde el amor con los juegos del circo.

—Y los mezcla, si se tercia. Por lo cual te digo: cuéntame todas las novedades que hayan ido apareciendo por los burdeles de Alejandría. Adiéstrame en ellas. Y entrarás a formar parte de los grandes maestros

que han tenido el honor de instruir al trono de Egipto.

Aún sin salir de su asombro, la prostituta expuso a la reina algunas anécdotas frívolas que, lentamente, fueron derivando hacia lo obsceno. Y donde esperaba encontrar a una hembra experimentada, descubrió a una mujer completamente fría que escuchaba con atención sus palabras. De haber frecuentado las conferencias y lecturas de la Academia, la prostituta hubiera comprendido que la reina la escuchaba con la atención y el respeto que es propio de los estudiantes de ciencias naturales.

Y su expresión final fue la del matemático que encierra todas sus experiencias en un análisis riguroso.

—Bien, bien, bien —dijo la reina, pensativa aún—. De modo que éste es el logotipo del placer.

—Yo no he dicho una cosa tan rara —protestó Trifena asustada—. Yo dije que cuando el hombre se pone de pie y la mujer debajo...

—No es menester que me hagas el compendio, pues ya he leído los capítulos...

Se levantó sin que la otra la imitase. Pero las doncellas acudieron al punto con intención de vestir a su ama para una audiencia de carácter privado.

—Te quedarás en palacio —dijo Cleopatra, escuetamente, y entregó su cabellera al finísimo peine de Carmiana.

Súbitamente, Trifena se levantó, como impulsada por un resorte.

—¿Estoy prisionera? —preguntó a voz en grito.

—Si acaso de ti misma —respondió Cleopatra, riendo.

Y todas las damas imitaron su júbilo, al tiempo que la envolvían con una liviana túnica de lino azul.

—Dadle fresas... aunque acabe comiéndoselas. Después, bañadla en mi piscina... y procurad que no se beba la leche —y dirigiéndose a Trifena, añadió—: Mañana empezaremos las clases. Y espero que seas

tan diestra en las prácticas del placer como demuestras serlo en la teoría.

—Será un placer enseñar a tan noble señora...

—Yo espero que será un placer aplicarlas, en Antioquía, para deleite de un caballero no tan noble...

Mientras Carmiana adornaba sus brazos con ajorcas de oro y turquesas, Cleopatra lanzó una queja hacia lo más profundo de su corazón: «Maldito seas, Marco Antonio. Y sea también maldita tu estupidez. Pues Amor vendría a ti envuelto en sedas, y en cambio prefieres que llegue vestido con los más viles harapos...».

Pero si Amor sólo podía ir andrajoso a despertar las apetencias del romano, el sexo se vistió con sus mejores galas para que Cleopatra recibiese sobre su piel los cobrizos muslos de su capitán egipcio. Y se entregó a él sin mediaciones del cerebro, sin astucias ni juegos ni disfraces. Enteramente desnuda como el mundo en su primer amanecer, abierta como los primeros manantiales, sorprendida como una virgen que recobraba su virginidad a cada momento que la perdía.

Gozó de su capitán y él de su reina sin una esperanza de prolongación, sin obligarse a un mañana. De modo que el deseo, transfigurado en su propia inmediatez, se convirtió en una singular variante de la castidad. Los remitía a las voces que la naturaleza hacía sonar en sus pechos; voces que llegaban con la simpleza de lo estrictamente necesario. Y así había sido desde su primer encuentro en el lecho, dos años antes.

¡Algo tan simple como la necesidad urgente de los animales! El cuerpo deseado para calmar un deseo, los labios buscados para consolar una boca, el delirio invocado para ser compañero del éxtasis. Preciosos utensilios, herramientas prácticas, valores que rendían un buen crédito gracias sólo a su valor intrínseco. Todo esto fue el capitán en brazos de la

reina. Y esto es lo que dieron, sin ofrecer más, sus propios brazos.

Pero aquella noche, como en las más recientes, el capitán suspiraba profundamente y su atención parecía buscar otros destinatarios. Tan lejos estaban que se perdió en el camino. Y en lugar de clavar las uñas en sus músculos, presa de la culminación del placer, la reina de Egipto se echó a reír, aunque con simpatía.

—¿De qué ríes, mi reina? ¿Tan inepto me muestro esta noche?

Ella le acarició el cabello con extrema dulzura.

—No podría reírme porque conozco las causas de tus desvaríos y son las mismas que yo conocí en otro tiempo. Y aunque no los hubiera conocido y aun cuando no existiesen, jamás osaría oponer mis burlas a tus gallardías, pues bien sé que saldría perdiendo. Que es propio de insensatos reírse de la belleza, olvidando que posee sus propios derechos. Y es de natural bastardo pagar con desaires a quien sólo nos dio atenciones. Con lo cual te digo que mi risa, lejos de ultrajarte, te bendice.

—Ante tu risa cae en ridículo tu capitán. Pues querría llorar y quedaría doncellil por hacerlo. Y ya casi lo soy por pretenderlo siquiera.

—Quedarías humano, mi Apolodoro. Y más hermoso todavía por revelarte humano sin rubor dentro de tu virilidad. Lloro, pues, si es tu gusto.

—¿Mi gusto, dices? Es mi desgracia.

No lloró el capitán en brazos de su amante pasajera. Pero en aquel rostro viril cuyas facciones parecían trazadas por el más perfeccionista de los escultores, el dolor dibujó una gravedad que le hacía aún más patético que en el escape del llanto.

—Debería llorar yo en tu lugar —dijo Cleopatra, cambiando su risa por una mueca de ternura—. Pues sé bien que tus lágrimas no salen por mi causa. ¿No debería ofenderme con tanta violencia como tú te afliges? Después de tantas noches de amor en tus brazos, después de compartir

tantas navegaciones por los mares del éxtasis, te digo yo que voy a reunirme con mi antiguo amante, y tú sólo sabes llorar por unos ojos verdes, que no son los míos. Y prefieres una cabellera de rojo encendido a los cabellos de tu soberana de los cuales solfas decir antes que no tenían igual en toda la ruta de la seda.

—En verdad soy un desagradecido, porque he sido obsequiado con tus mercedes y, sin embargo, te pago llorando porque otra mujer no me concede las tuyas.

—Eres demasiado severo contigo mismo, Apolodoro. Si yo te he concedido algún favor, tú me lo has devuelto con creces. Que esto es el placer cuando está bien repartido, y si los dioses no llegaron a conocerlo siempre es porque distaban mucho de estar civilizados. De modo que si tú te has sentido recompensado, yo me he sentido bien servida —suspiró añadiendo una nota de humor a la dramática situación de su amante—. Y tienes mérito, porque en los lechos de las reinas los hombres no suelen triunfar por aquello de lo que, después, presumen en los cuarteles.

Apolodoro titubeó. Pero animado por la confianza de la reina dijo al fin:

—Esta confianza que me otorgas me obliga a confesarte quién es la que provoca mi dolor.

—Por la misma confianza te digo que lo sé. Y al agradecértelo me obligo a mí misma a interceder para que todo llegue a buen puerto.

—Un puerto muy triste, pues ya lo tomaron otras naves.

—Sin duda estás confundido. Yo misma he visto cómo se deshacía en suspiros la doncella que provoca los tuyos...

—Ella es Balkis, la fenicia. Y no es libre.

—Libre será en cuanto yo lo disponga. En primer lugar porque es una de mis doncellas, no una esclava. En segundo, porque la dejó en mi corte su padre, el noble guerrero Thirkos, autorizándome a entregarla al

hombre que decidiese mi criterio. Y en último lugar, pero primero a mis ojos, porque la adoras y ella te ama.

La oscura mirada del capitán expresó desconcierto ante la seguridad de la reina.

—Sin duda no me has comprendido cuando me refería a su libertad. Que aunque fuese esclava, bastaría con pedírtela para tenerla. Pero su condición es peor porque todo tu poder no podría liberarla. Está prisionera de una pasión impía.

—¿Cómo es esto posible?

—Está enamorada del sabio preceptor de tu divino hijo. Y por él pena tanto como yo por ella, que es como no vivir o vivir maldiciendo la vida. Ésta es la verdad y no otra.

Lo inesperado de la noticia haría recapacitar a cualquier monarca sobre la eficacia de sus métodos de espionaje.

—¿De Totmés has dicho? —exclamó Cleopatra, sorprendida y a la vez ultrajada por aquel mentís a su reconocida suspicacia. Y, tras un instante de meditación, añadió—: Verdaderamente la hermosa Balkis es estúpida, además de atrevida. Porque puso los ojos en la santidad, que es la única barrera contra la que nada puede el deseo de los hombres. Y porque se ha atrevido a desearla.

—Y es asesina y suicida a la vez. Porque con sus desaires me mata. Y con los que el sacerdote le dedica, se apuñala a sí misma. Y sufrimos dos por culpa de uno que, para colmo de males, ha jurado ser casto más allá de los siglos.

Volvieron a desplegarse ante Cleopatra todas las disidencias del amor. Y de nuevo la dominó un vértigo insólito y terrible.

—¡Vil sentimiento ese que llamamos amor, a falta de otro insulto! Hace años supe que era traicionero y conocí sus estragos de tal forma que me hizo ver la muerte como un bálsamo. Busqué en los demás, esperando

encontrar una verdad más profunda, esperando que aprendería dónde reside el consuelo que buscamos todos. Y por doquier vi amores desengañados, y por doquier vi ansias no correspondidas. Pero un día escuché tus suspiros y al compararlos con los de la fenicia os tomé a los dos por modelo. ¡Amores que por fin coincidían! Fue tal la novedad, que decidí ayudarlos. —Acarició el pecho del capitán, en señal de apreciación. Y añadió—: Y nadie mejor que yo podría interceder cerca de Balkis, pues he conocido tu destreza y he tenido ocasión de apreciar los infinitos alcances de tu ternura. Ciertamente que te mandaba a ella usado, pero ¿qué hombre no lo está antes de usar a la mujer que ama? Ésta es la sorpresa que esperaba brindarte esta noche: que la reina de Egipto, puesta en alcahueta, confundía en uno solo a dos amantes que no se atrevían a confesarse sus suspiros. ¡Pero incluso a esta satisfacción ponen veto los dioses!

—¡Uno de sus enviados lo impide! —exclamó Apolodoro, con rabia que no se esforzó en disimular—. ¡Un maldito hipócrita que esconde su lascivia tras el manto de la castidad!

—No sigas por este camino, Apolodoro, o conocerás la furia de Cleopatra. ¿Acaso tienes pruebas de que aquel manto se haya levantado para acoger los apetitos de Balkis?

—Ninguna. Y me siento avergonzado por mi acusación. Haz de mí lo que quieras.

—Besarte, hermoso amigo. Sentir que depositas en mis labios el palpito que nunca recogerá tu amada. Y al recogerlo yo la llamo estúpida de nuevo porque te miró y no supo verte. Pero al mismo tiempo la compadezco, pues fijó sus rayos en un rayo que puede cegarla.

Intentó devolver la pasión a aquel cuerpo tan deseado, quiso que el suyo propio también lo fuese. Y nunca se sintió tan satisfecha de no estar enamorada.

—La Fortuna quiso recompensar a los humanos deparándoles momentos como éste. Cuando sólo el deseo llena los espacios que separan a los cuerpos. Deseo que no compromete. Deseo que une y no esclaviza. ¡Ojalá puedan dártelo mil mujeres cuando hayas olvidado a esa loca de los rojos cabellos! —y exhaló un suspiro de bien buscada frivolidad al exclamar—: Que además son teñidos, por si esto te sirve para empezar a aborrecerla...

Se aferró al cuerpo del capitán, se fue acurrucando contra sus músculos como una gata coqueta. Pero sus pensamientos ya estaban en Antioquía.

«¿Y quién hará que yo aborrezca a Antonio, si no lo consigue ni el más gallardo capitán de todos los ejércitos? Cuando tu fogosa juventud no sirve para imponerse a esa imperiosa voluntad de ir a su encuentro, ¿quién en todo el mundo podrá anularle? ¡Dichoso tú, fugaz amante mío; dichoso, sí, pues amas a una mujer que nunca podrá amarte! ¡Infortunada yo, provisional amante tuya; infortunada, si, que ya no sé si amo todavía al hombre que de repente vuelve a amarme! Y maldito sea Amor, en ambos casos, pues se interpone entre mi voluntad y mi deseo. Y así me abrazas sin sentir mi cuerpo, y así te abrazo sin sentir tu furia. ¡Maldito sea Amor! Él hace que este instante prodigioso se convierta en un lamentable desperdicio. Pues ya van quedando pocas hembras como yo. Y andan escasos los hombres de tu temple...»

Y se entregó a la virilidad de Apolodoro, una, dos, tres veces últimas, antes de hacerse a los mares en busca de las costas sirias.

Los heraldos que cabalgaban a toda brida por la fértil vega de Antioquía parecían enloquecidos. Sus gritos traspasaron las murallas, se apoderaron de los guardianes y llegaron hasta la gente sencilla, que fue transmitiendo

el mensaje por todos los puestos del mercado. Y aunque Antioquía distaba algunas millas del mar, nadie quedó sin conocer el prodigio.

—¡Oro sobre las aguas! ¡El mar se ha vuelto loco!

—¡Un cofre de tesoros cabalga sobre las olas!

No tardó en saber la ciudad que una galera de porte excepcional bordeaba sus costas. Los vigías acababan de atisbarla allá a lo lejos, destacando sobre el horizonte siempre igual, siempre impertérrito. Y pese a la indiferencia habitual de los antioquenses, habituados a cuantos esplendores podía proponer el intenso trueco cosmopolita de su ciudad, la noticia convirtiéndose en un acontecimiento que aportaba infiltraciones de pasión a un verano demasiado parecido a todos los demás.

Nobles y plebeyos, sirios y extranjeros, hombres y mujeres pusieron penachos a sus corceles; otros prepararon las sillas de manos; los más llenaron carros con parientes y amigos; pero al cabo, todos salieron de las murallas en dirección a la costa. La noticia se había esparcido de tal modo que la ciudad quedó vacía. Y, algunos desde el puerto, otros desde las rocas, contemplaron con ojos asombrados el lento bogar de la nave egipcia que iba en busca del procónsul de Roma en Oriente.

Desde su palacio junto al mar, Marco Antonio gritaba el nombre de Cleopatra. Su invocación había dado resultado. Cierta diosa egipcia en quien le enseñaron a creer, pese a que no recordaba su nombre, demostraba más poderío que todas las divinidades del Panteón romano. Y bajo el cielo más puro que se había visto en mucho tiempo, sobre las aguas más diáfanas que Antioquía conociese en muchas lunas, la galera dorada de Cleopatra triunfaba con un arrebató de belleza y un manifiesto afán de espectacularidad.

¡El gran espectáculo de Oriente volvía a causar el asombro en los mares!

Antonio lo expresaba desde su mirador privilegiado. Junto a él,

aferrados al vino, sus oficiales lanzaban llamas por los ojos.

—Es muy astuta —murmuró Fonteyo Cápito—. Conoce el mejor modo de despertar el asombro de un procónsul que se aburre.

—¿Asombro, dices? —y Marco Antonio suspiró profundamente—. Con sólo saber que llega se despierta mi pasión, se inflama mi deseo, alientan mis ímpetus como si volviese a ser el primer día.

—Nunca oí hablar de modo tan rendido al semental más insaciable de Occidente.

Marco Antonio se echó a reír con ansiedad, mientras apuraba de un solo trago una copa de falerno.

—Porque nunca conociste a nadie como la jaca egipcia. He tardado mucho tiempo en comprenderlo. Pero ahora sé que está mucho más allá de mi razón. Y al mismo tiempo excede mi locura.

La galera parecía arder sobre las aguas. La popa era de oro, las velas de púrpura, los mástiles de marfil. Y tanto perfume esparcían los esclavos que el propio viento languideció al llevarse a la ciudad un mensaje de rosas.

Los remos, que eran de plata, recordaban con sus golpes el sonido de mil flautas, divinamente melodiosas. Forzaban al agua a seguir más aprisa, como si se hubiese enamorado de ellos.

En cuanto a Cleopatra, su aparición empobreció a todas las bellezas que la custodiaban y volvió a ser Venus rediviva. Bajo su baldaquino, hecho de brocado de oro, había sido colocado un lecho de piedra calcárea que al recibir las insinuaciones del sol, se tornaba rosada como las montañas de Tebas. Recostada sobre pieles de pantera, rodeada por niños vestidos de amorcillos y abanicada por esclavos hercúleos, se recostaba la hermosa con su desnudez apenas aliviada por el tenue capricho de la seda.

Sus damas se presentaban unas como nereidas, otras como sirenas.

Encendían con sus encantos los deseos de los marineros y añadían a la suntuosidad de la escena la gracia de sus evoluciones. Una de ellas, completamente desnuda y coronada con algas de bronce, afectaba dirigir el avance de la nave, encaramada al timón y con los brazos en alto. Todo el velamen se inflaba bajo la maniobra de aquel cuerpo tan suave. Y desde el malecón se lanzaban al agua los efebos más apuestos de Antioquía, deseosos de recoger entre sus labios las flores que arrojaban otras esclavas, encaramadas a su vez a los mástiles cuya altitud rodeaban por entero guirnalda de flores salvajes, desconocidas en aquellas latitudes. Y la costa se llenó con los perfumes que esparcían cien esclavos etíopes, envueltos en terciopelos de rojo encendido. Pero en esta ocasión no teñían el aire con el negro toldo del luto, sino con las rosadas tonalidades del deseo.

—Si esto es el esplendor de Oriente, comprendo que Antonio ponga tanto empeño en conquistarlo —exclamó el rústico Fonteyo Cápito, bebiendo ávidamente.

—¿Viaja siempre tan ligera de ropa o sólo se debe al calor de Siria?

—El calor de Siria está, haciendo estragos en el ánimo de Antonio. Pues ¿no diríais que parece presa de una fiebre tumultuosa?

No supo precisar si se mofaban de él o si manifestaban su envidia en forma de chanza. En cualquier caso, le correspondía aceptar la ley no escrita de la camaradería y soportar dobles entendidos, golpes en la espalda y libidinosos pronósticos a cuenta de la reina de Egipto en su primera noche siria junto al procónsul de Roma. Después de lo cual se colmó la paciencia de Antonio, y por primera vez en su vida decidió que sus esperanzas amorosas le pertenecían sólo a él y no estaba dispuesto a compartirlas.

—¡Basta ya! —exclamó a voz en grito—. Enviadle rápidamente un emisario. Que le transmita mi invitación para cenar esta noche. Y que

acuda también mi esclavo Eros. Conviene arreglar este palacio hasta que quede a la altura de una soberana.

Enobarbo tomó la mano de su compañero. Y dijérase que la diversión contribuía a tostar más aún el trigo de su barba.

—Permite que continúe riendo al comprobar que la historia se repite todas las veces que se le antoja.

—Se repite el amor, que es muy distinto.

—La historia, Antonio. Podría apostarte mi mejor caballo, que además es digno de los de Aquiles, a que la reina de Egipto trastocará tu invitación. No aceptará venir a tu palacio. Te exigirá que vayas a su terreno.

—¿En qué te basas para aventurar tal cosa?

—En que tu dama practica un arte que tú ignoras. Tú crees que el amor se da en el lecho. Cleopatra, antes de llegar a él, ya ha triunfado sobre los sentidos... Ya antes asistimos a su capacidad para organizar suntuosos espectáculos a costa de los mares. ¿O has olvidado la ocasión de vuestro primer encuentro?

—¡Cuando vino a conocerme a Tarso! Es cierto. Llegó envuelta en el mismo esplendor, como tú dices. Y también en una galera de oro.

—Cleopatra reproduce los sueños del pasado para dormir a su amante. En aquella ocasión la invitaste a cenar en tu palacio y ella te pidió que la cena tuviese lugar a bordo de su galera.

—¡Divina noche, preludio de días más divinos! Después de una fiesta como jamás se diera a un general romano, desperté entre sus brazos y vi en sus ojos tanto amor que decidí partir con ella a Alejandría. ¡Nunca sentí un arrebató semejante! Nunca he vuelto a sentirlo. Era la primera vez que una mujer se negaba a aceptar mi invitación. Su obstinación encendía mis deseos, que ya estaban de por sí encendidos. Al conocer su negativa, decidí que tenía el deber de domarla.

—Y casi te domó ella, general. Pero en fin, ya que la reina de Egipto sabe distribuir sus golpes de efecto con tanta astucia, me pregunto qué ocurriría si esta noche contestase a tu invitación con la misma maniobra de otro tiempo.

—No iría. Antonio no volverá a ser el perro de una hembra caprichosa.

Extraviado en el sinfín de idas y venidas que exigía la preparación de un banquete que estuviese a la altura de Cleopatra, el general no se dio cuenta de que las horas iban transcurriendo, hasta que empezó a caer la tarde sobre las blancas cúpulas de la ciudad. Y mientras Eros zarandeaba el aire transmitiendo sus órdenes a los demás esclavos, y le interrumpía a cada instante para decir palabras que contradecían a las anteriores —pues no son eficaces organizadores del hogar los grandes señores de la milicia—, llegó por fin el mensajero con la respuesta de la reina de Egipto.

—¿Qué te ha dicho Cleopatra?

—Me ha dejado perplejo, mi señor.

—¿Acaso no viene? —preguntó Antonio, nervioso.

—Más todavía. Es que habla como un hombre. «Dile a tu señor Antonio que el rey de Egipto esto y el rey de Egipto lo otro...» Tú que la conoces, ¿es un hombre disfrazado de señora?

A punto estuvo Antonio de golpear al energúmeno con uno de los escudos que colgaban de la pared, pero Enobarbo le detuvo a tiempo. Conocía aquel nerviosismo, había vivido antes aquella agitación y sabía cómo atajarla. En cuanto al mensajero, bastó con que Eros le diese un puntapié en las posaderas.

—Venir, venir... no viene —se apresuró a decir el hombre—. Pero esto no quiere decir que la cena no se celebre. Sólo que el rey o la reina de Egipto, o lo que sea, exige que seas tú el huésped de su nave.

Antonio no le dejó terminar. Lanzó un puñetazo tan poderoso contra

el escudo que algunos esclavos acudieron corriendo, pues nunca habían sido llamados con tanta urgencia.

Sonrió entonces Enobarbo:

—¿Y bien, mi señor Antonio? ¿Qué respuesta debe transmitir el mensajero?

La mirada encendida de Antonio buscó más allá del mirador, más allá de la costa, hasta que llegó al puerto y se posó en la dorada galera de Cleopatra. Apretó sus puños con todas sus fuerzas cuando dijo:

—Iré. ¡Tengo el deber de domar a la jaca egipcia!

Pero el guerrero habituado a los más exquisitos licores volvió a enloquecer con el fastuoso veneno de su áspid egipcio.

—¡Reina dorada! Estás aquí, mi amor, mi dicha, mi condena y mi afrenta todo a un tiempo.

—Estoy aquí, mi señor, mi dueño, mi tirano, mi verdugo amado y a la vez mi esclavo aborrecido.

Nunca hubo lecho más suntuoso para acoger el lujo de dos cuerpos enardecidos. Pielles lustrosas resbalaban al unirse, se fundían desliziéndose en la voluptuosidad suprema de un sudor perfumado por jazmines. Se abrazaban sobre telas teñidas de púrpura. Se frotaban con sexos de plata. Se perdían bajo una nevada formada por plumas de ibis del Nilo.

La hembra limpiaba el sudor del cuerpo del amado con su cabellera ungida con aceites de Arabia. El macho recibía la caricia de sus senos como si fuesen granadas de los huertos de Tiro... y Amor los reprodujo en un despliegue de espejos dorados y arrojó sobre ellos un rocío de piedras preciosas.

Llovían esmeraldas sobre sus ojos a fin de que pudiesen contemplar

el cuerpo deseado a través de un verde parecido al de los valles del Líbano. Llovían ópalos, perlas, ónices, rubíes, zafiros, turquesas y aguamarinas. El éxtasis se convertía en un juego de lunas ensartadas en el blanco marfil que llega de la India. El éxtasis era un cofre repleto de aromas compuestos por dieciséis especies de sustancias como el perfume aletargador llamado kyphi, que sólo conocen los sacerdotes egipcios. El éxtasis semejaba el estallido de todos los planetas, encastrado para siempre en una tela primorosa, de la que llega por la ruta de la seda.

El éxtasis dejó al guerrero extenuado sobre un océano surcado por galeras de locura.

Y viéndole jadear sobre el lecho de piedras preciosas, mientras su piel recibía las caricias de los perfumes, la amante supo que ya no era el mismo. Y suspiró profundamente, colocando un tiempo de nostalgia entre aquel cuerpo demasiado maduro y el fogoso galán que la tomase en brazos, hace años, convirtiendo el instante en un prodigioso anuncio de la eternidad.

—Los años han pasado, Marco Antonio. Es cierto que el tiempo no perdona. Es cierto que es un asesino.

Él trató de incorporarse sobre sus codos, mientras mantenía los pechos de su amante contra el suyo. Y a sus ojos volvió el ingenuo asombro de la juventud, pero agraviados por una mirada de insolencia y un aroma de brutalidad.

Sólo se le ocurrió preguntar si la reina no había gozado lo bastante. Y se apresuró a añadir que, en todo caso, no sería culpa suya.

—¡Marco Antonio! —exclamó ella, riendo—. Tus ardides continúan siendo bastos. Tus preguntas, estúpidas.

Y quiso sentir los ardores de ayer y quiso quemarse en un fuego idéntico y morir en el éxtasis de un instante único. Pero las groseras imprecaciones del amante se lo impedían. ¡Tan lejos quedaban de sus

sueños de amor!

—Eres más bella que todas las furcias de Siria. Más ardiente que todas las cortesanas de Armenia. Más diestra que cualquier zorra de Cartago.

¡Exhaustiva geografía del placer para un instante en que el placer ya no existía! ¡Títulos de honor basados solamente en lo efímero de un beso que ya no obedece al cerebro!

Así quedó Cleopatra, arrodillada junto al cuerpo rendido de su amante. Él todavía buscaba la actitud del titán que reposa después de la batalla: el cuerpo tendido boca arriba, los brazos abandonados como las piernas, en forma de cruz de aspa. Y la reina paseando por sus músculos un dedo tan suave como las palomas que anidan en los templos.

—Mi amante... —murmuraba ella, con dulzura que viajaba hacia el recuerdo—. ¡Te he esperado tanto, Antonio! Y al verte llegar esta noche, con tus vestidos griegos, tu barba tan arrogante y el andar decidido de un atleta, pensé que el tiempo se había detenido como yo solía rogar hace ya años. Que lo habíamos detenido nosotros, Antonio, que volveríamos a compendiar en un abrazo todos los días de la vida...

—¿Qué ha cambiado?

—No sé si Amor, no sé si Cleopatra. O acaso tú mismo, pese a que estás demasiado embebido en el espíritu de tus dioses protectores para pensarlo siquiera.

El lento recorrido de sus dedos por el cuerpo de Antonio tropezó a cada paso con la invasión de un otoño prematuro. Y ella le hubiera amado entrañablemente, le habría dedicado toda su ternura, si él hubiese cedido un solo palmo en su orgulloso avance hacia el dominio.

«Fue tan amado este cuerpo... —pensaba ella—. No hubo en el mundo piel más deseada, no conocerá el imperio músculos más codiciados ni vello que al rozar mi piel le comunicase tanto vigor, le

inspirase tantas ansias. Pero tu cuerpo se deshace, Antonio. Lo que tú llamas músculos es grasa. A lo que dices nervios deberías llamar varices. Y hay canas en el bosque de tu pecho. Y al abrazarme a tu cintura encuentro bolsas de carne que dan risa. ¡Prisionero del tiempo, también tú! ¿Qué será entonces de Cleopatra?»

Pero algo había sucedido en los vaivenes inconstantes que propone Amor cuando se alía con los ejércitos del tiempo. Aquel guerrero fofo, con tendencia a la obesidad, aquel Hércules deformado por los excesos del vino y los estragos de la gula, aquel guerrero tenía que enfrentarse con una mujer a quien el tiempo había recompensado haciéndola más entera, más soberbia, levantada sobre una gravedad que sólo tienen ciertas frutas cuando antes de madurar completamente se permiten adquirir un exquisito tono dorado y revestirse con una suave capa parecida al terciopelo.

Pero el guerrero quería demostrar a la dulce enemiga el alcance de todos sus poderes, como el orador que lanza su discurso más brillante antes de caer en la mudez. Y así volvió a aferrarla entre sus brazos con una furia repentina y agobiante:

—Entre todas, sólo tú sabes darme placer. ¡Mi serpiente del Nilo! Haz que relumbre el sol entre mis muslos.

Ella se deshizo violentamente de su abrazo.

—¡Cerdo estúpido! —exclamó—. ¿Crees realmente que la reina de Egipto puede ser la puta de Antonio?

Y entonces el macho se arrodilló ante ella y se abrazó a sus piernas, gimoteando como un niño inexperto. No por aquella actitud de fiereza, aquel orgullo violento que ya conocía, y además le agradaba, sino porque percibía que la pasión ya no estaba en el rostro de su amante; que sus besos, sus caricias, todo el ritual de una sexualidad subyugadora, se limitaba a una actuación perfectamente aprendida y aplicada con rigor y

exactitud. De manera que intentó recurrir a los mismos métodos que la habían excitado en otro tiempo, y besó su cuello lentamente, buscó con su lengua las partes más excitables de su cuerpo, intentó poseerlo como si, con ello, volviese a poseer su espíritu.

Pero ella se echó a reír y aquel Hércules sintió que todo su universo se derrumbaba. Y fue como si el éxtasis de sólo una hora antes se revelase un gigantesco espejismo, pese a que había sido tan intenso.

—Verdaderamente me doy cuenta de que el tiempo ha pasado —dijo Antonio—. Porque hoy te rebelas contra mis deseos. En cambio antes eras capaz de deshacer una perla en vinagre sólo para divertirme.

—¡Pobre Antonio! —exclamó ella, un tanto despreciativa—. Eres como un niño que sólo se divierte si le conceden lo que no tienen los demás niños. Pero yo no soy la misma y estoy muy lejos de la infancia. ¡Antonio pide perlas para jugar mientras Cleopatra sólo esperaba un gesto de Antonio para convertirse en una mujer madura!

—Tu cuerpo está maduro como el de la mejor cortesana de...

—¡Del mejor lugar del mundo me dirías y yo te escupiría por decirlo! Porque no entiendes nada, Marco Antonio. Y es inútil que intente contártelo pues será en vano. Es inútil que intente mostrarte uno a uno los días de mi dolor, inútil que te enseñe las heridas de mi corazón porque tú sólo aciertas a ver el seno que lo cubre.

—Tu cuerpo ha poblado mis sueños durante mucho tiempo. Y cuando hace unas horas temblabas entre mis brazos, he comprendido que tampoco tú pudiste olvidar a Antonio.

—Pasó para siempre aquel Antonio de mi primer amor y llega otro Antonio a quien no conozco. ¿Cómo sabré que soy capaz de amarlo?

—Me aturdes, reina mía. O acaso llevaba ya el estupor dentro de mí. Pues descubro que ya no soy joven. Y nunca pensé que viviría para descubrirlo.

Intentó incorporarse con un gesto que quiso ser de desdén, pero en el que supo descubrir Cleopatra un gran dolor.

—En bien poco valoras a tu amante, si piensas que sólo se enamora de los años... ¡Es todo lo contrario, Marco Antonio! Quisiera haber llegado a la vejez y mirar hacia atrás con ironía. ¡Antonio y Cleopatra habrían culminado ya el amor, se habrían peleado muchas veces y conocido mil reconciliaciones! Pero con los sentidos ya calmados, con los ojos fijos en la muerte, sabríamos que ni siquiera el tiempo podría derrotar nuestra alianza...

—«Que la eternidad sea de los dos o no sea de ninguno», te dije hace años.

—Y yo te tomé la palabra, Marco Antonio. Y esta noche aquí, mientras me poseías, sentí por un instante que navegábamos hacia este tiempo eterno. ¡Fue algo tan corto, tan alejado de lo que tú esperabas...!

—Te esperaba a ti, Cleopatra; es decir, todo.

—Yo creía que iba en busca de Antonio, seguía aferrada a la idea de que Amor tiene un único rostro. No encontré al Antonio de ayer, pero por un instante me sentí transportada hacia un universo de esferas superiores. He sabido que no te amo, Marco Antonio. Pero también sé que puedo llegar a amarte con un amor todavía más profundo que aquel que un día conocimos.

La reina de Egipto apartó con su delicada mano las esmeraldas, los rubíes, las turquesas y los zafiros. Cerró los ojos y al apretarlos con todas sus fuerzas pronunció por tres veces el nombre del amante. Y depositó en sus labios un beso que casi fue un suspiro.

—¡Reina camorrista! —murmuró él con amargura—. ¿Cómo puedes esperar que me complazca ser amado en la derrota?

—En ti disputan el general y el amante... ¡Que no salga Amor perjudicado en el litigio!

Y volvió a ser suya con una intensidad muy ensayada.

Llegó otra noche de amor, antes de otras muchas. Pero la excitación de la carne cedió ante el ímpetu de otros coloquios no menos excitados:

—Te dije ayer que, en ti, lucha el general contra el amante. Hoy te digo: cuidado, que no salga perjudicado el político.

Estaban abrazados todavía. Vibraban sus cuerpos desnudos.

Súbitamente, Cleopatra retrocedía ante el éxtasis que ella misma había creado y, arrodillándose como solía junto al cuerpo tendido de su amante, adoptaba una actitud grave, como si todo su ser acabase de entrar en guerra.

—Marco Antonio, cuídate de Octavio. Todavía estás a tiempo.

—¡Cállate ya, mujer! ¿La más adorable de las concubinas ha de acabar convertida en la más aburrida de las esposas? He tenido ya dos hembras de este estilo; las dos romanas, es decir, aburridas. No caigas tú en la misma trampa.

—¡La razón de Cleopatra aburre a Antonio! Veo que es cierto lo que dicen mis esclavas: cada hombre es un mundo distinto a los demás, pero cada mundo es una forma distinta del disparate. Porque era sensata e inteligente, porque sabía estar a su altura, conseguí el amor de Cesar. ¡Pero así no se consigue el de Antonio, según veo! Antonio quiere ser igual que César sin aprender nada de su grandeza...

Él la asía por la muñeca y, recurriendo a su fuerza de otro tiempo, la atraía contra su pecho, intentando hundir los labios en los suyos. Pero ella se zafaba hábilmente del zarpazo y recobraba su postura erecta, severa, convertida en juez.

Viéndola huir con tanta astucia él gemía con mayor ahínco:

—¡Inventa el amor para mí a cada instante!

—Te inventaría algo mejor si tú quisieras. ¡Un trono cuya sombra se proyectase sobre treinta países!

—¿Trono, dices? ¡Mil lechos para gozar de ti es lo que quiero!

—Un trono, Marco Antonio. Tan grande es que tiene cabida para muchos. No sólo nosotros. También nuestros hijos y los hijos de sus hijos. Un trono tan sólido que resistirá el poder de Roma y vencerá el paso de las edades...

—¡Dame el olvido a través del amor!

—Puedo darte el amor. Pero mátame si te doy el olvido. Y si Antonio es tan olvidadizo que puede convertirse en un petimetre, la reina de Egipto lo empleará como bufón, pero nunca como amante...

El amante desconcertado mira al que no puede dominar. ¿Cómo exigirle el imperio de la razón cuando sólo aspira a caer en los reinos del vértigo?

—¡Antonio odiado! —gritaba la reina—. ¡No dejaré que el amor vuelva a atraparme en sus redes! Tendrás cuanto desees de mi cuerpo. En el lecho no habrá meretriz más experta, en los bailes no habrá danzarina más voluptuosa, en los banquetes no encontrarás cortesana con mejor disposición para emborracharse contigo. ¡Pero en el trono de Egipto seré la reina y en mis mandatos jamás se inmiscuirá el amor!

—Antonio se ríe de las reinas. ¿Qué respeto podrían inspirarle si a todas las he tenido boca arriba, suplicando que les diese placer?

—Tu grosería me indica claramente cuál es mi lugar. Pero te equivocas conmigo, Antonio. Yo no necesito estar sentada en la sala del trono para hacerme obedecer. Porque llevo la sangre de muy nobles soberanos. Porque soy mujer que sabe cuánto cuesta serlo en un mundo dominado por hombres que sólo lo son de palabra.

—¡Por los dioses que tu belleza crece más cuanto más se excita!

—Por estos mismos dioses, por los tuyos y los míos, te digo que ni

soy diosa ni estoy excitada. Y atenderás a mis razones mal que te pese, romano estúpido. Porque sé cuál es mi lugar. Y no es el mismo que el de esas reinas hambrientas que suplican tus favores.

Se incorporó sin darle tiempo a reaccionar. Tomó al vuelo su capa roja y por este simple conjuro, el amante pasó de la fantasía a la realidad. Y sintió que ésta le sacudía con la furia de un rayo.

—¡La reina de Egipto te ordena que la sigas!

Le obligó a cubrirse con una de sus túnicas exóticas. Al poco, habían dejado atrás el lecho y todos sus recuerdos. Se hallaban en un camarote habilitado como despacho provisional de la reina. Y si la alcoba era la culminación del lujo y la suntuosidad, el estudio era austero como un santuario de la razón pura.

—¿Estás sereno? —preguntó Cleopatra colocándose detrás de una gran mesa de hierro, llena de documentos.

—¿Cómo podría estarlo, si te amo?

—Del mismo modo que sabré estarlo yo por mucho que te ame. Hablaremos de hombre a hombre.

El amante no pudo reprimir una expresión de asombro.

—¿Cómo se entiende esta metáfora?

—Como el único modo de que Antonio me respete. Té dije que regresaba a mi lugar. Y no es necesario ser muy inteligente para comprender que Antonio sólo se mostrará serio ante un hombre. Porque Antonio dejó a Fulvia, que era sensata, valerosa y lúcida. Porque Antonio abandonó después a Octavia, que duplicaba a la otra en belleza, juventud, inteligencia y valentía. Y pese a que Cleopatra reúne todos estos dones y hasta los aumenta, tiene que presentarse como varón y como rey para que Antonio no la trate como a una de sus meretrices.

—¿Qué condición pone el rey de Egipto para ser de nuevo mujer en brazos de Antonio?

—Que esta mujer se vea legitimada a ojos del mundo.

—El mundo entero tiene celos de Antonio porque es amante de Cleopatra.

—Esto no sirve en Roma. Y ya que Roma es el mundo, Antonio se divorciará de Octavia y tomará a Cleopatra por esposa legítima.

—¡Hete aquí a todo un rey razonando como la esposa de un vulgar mercader de tejidos! ¿Temes no cobrar mi herencia si no estás legitimada?

—El general continúa siendo basto. Estoy legitimada ante mí misma. Esto me bastaría. Pero es preciso que lo esté a ojos de mi pueblo. Y especialmente a ojos de Octavio.

—Si tengo tu amor no me importa Octavio, ni Roma, ni el mundo.

Antonio bostezaba. Ella sentíase más exaltada aún ante tanta indiferencia.

—Incluso nuestro amor depende de Octavio. ¿Tan ciego eres que no sabes verlo? ¿Crees que un político tan ambicioso permitirá que sus dos enemigos se amen en paz y que recorran los mares en una galera de oro? Al unirnos por medio del amor, le amenazamos desde dos frentes a la vez. Nos perseguirá hasta que consiga acabar con nosotros.

Miró al amante y, una vez más, las arrugas de la madurez y el adusto entrecejo de la virilidad se fueron suavizando para dar paso a la suave incongruencia del niño que perdió el camino de regreso al hogar. Y sintió Cleopatra que la ternura regresaba a su corazón, como vuelve siempre al de la gran madre Isis cuando acaricia al Niño Divino.

—¡Antonio! —exclamó, apasionada—. No te lo pido por Egipto, ni por Roma, ni siquiera por mi hijo... ¡te lo pido por nuestro amor! ¡Por el derecho a amarnos en libertad, sin que nos amenace la sombra de Octavio!...

Súbitamente detuvo su arrebato. Había sido un fulgor instantáneo,

imprudente, suicida. Recobró su majestad y, sin apartar la mirada de la mesa, añadió:

—Olvida cuanto acabo de decir. Sólo te lo pido por ti mismo. Porque antes de amarte de nuevo necesito respetarte. Y tu respeto pasa por mis exigencias.

Antonio dejó caer los brazos a cada lado del cuerpo, en actitud de rendición total. Si en el amor se dejó dominar por las gracias de Cleopatra, en el juego de la política intuyó que debía dejarse conducir por su cerebro. Acababa de reconocer las funciones específicas de su extraña asociación. Si él era el guerrero invencible, Cleopatra era el estadista a quien nadie osaría contradecir. De manera que dijo:

—Olvidaré el amor como me pides, rey de Egipto. De hombre a hombre te pido que transmitas a Cleopatra mi voluntad de convertirla en mi esposa legítima ante el mundo, previo divorcio de la noble Octavia.

Cleopatra se echó a reír.

—¡Qué magnífico comediante hubieras sido, de no ser un soldado tan excelso, mi buen Antonio!

—Es curioso. Algo parecido me dijo Octavia hace tiempo.

—No tan curioso. Octavia es, sin duda, una gran mujer. Lástima que sea necesario sacrificarla... pero a fin de cuentas esto es el poder. Sacrificios que pasan por bondades en nombre del bien común. Sea, pues. ¡Y a por Octavio!

—¿Con qué armas?

—Con las que me dispongo a poner en tus manos. Y son éstas: que pongas en las mías los territorios que pertenecían a Egipto cuando Roma tuvo la mala idea de acudir en nuestra ayuda. ¡Una ayuda que se ha convertido en un yugo!

—Ni siquiera el amor me otorga poderes para darte lo que no es mío.

—Tú acabas de decirlo: no es tuyo... porque es mío. Y vas a

devolvérmelo haciendo uso de las facultades que te concede tu cargo de procónsul de Oriente... —Le tendió un documento que desde hacía rato observaba con gran atención. Y añadió—: Sólo tienes que firmarlo. Con esta rúbrica, Octavio conocerá su primera derrota.

A medida que Antonio leía el pergamino su desconcierto iba en aumento. No por la perfección de estilo que Cleopatra imprimía a su latín, pues no era aquel soldado hombre capaz de admirarse ante tales finuras, sino porque se le solicitaba una cantidad de territorios que ponían al Cercano Oriente en manos del trono egipcio.

La petición implicaba un desafío directo al Senado romano. Incluía la entrega a Egipto de los territorios ribereños del Jordán, Armenia, Fenicia, la Arabia Nabatea, la península del Sinaí y las islas de Chipre y Creta.

Después de leerlo varias veces, sacudiendo la cabeza como un muñeco, terminó recitándolo en alta voz. Lejos de inmutarse ante su azoramiento, Cleopatra añadió con absoluto dominio de sí misma:

—Y una parte de Judea. ¿O es que no sabes leer tu propio idioma?

—El territorio de Jericó. ¡El más rico en bosques! Lo he omitido intencionadamente... —A medida que hablaba, su voz iba subiendo de tono hasta que llegó a colmar la medida de la exaltación—: ¡Y continuaré omitiéndolo porque esta donación me coloca contra el rey Herodes, mi amigo y aliado!

—Pero no el mío, Antonio. Para mi fortuna o mi desgracia descubrí hace ya mucho tiempo que sólo tengo un aliado. Se llama Egipto. Y puede ser también el tuyo si alcanzas a entender el verdadero significado de mi petición.

—¿Eres una reina o una vulgar camorrista? ¡No frunzas el ceño! Sé perfectamente que soy basto. Puedo serlo mucho más si me provocan. Y tú lo estás haciendo. Me obligas a ponerme contra el mundo.

—¡Pobre estúpido! Lo que estoy haciendo es acercarte más y más a tu

antiguo sueño. ¿O acaso lo has olvidado? Lo soñamos juntos, Antonio, como antes lo soñé con César. ¡Y es la herencia que me dejó Alejandro y todos los monarcas de mi familia!

—Mi sueño. El camino de Oriente. ¿O era sólo el amor que hace poco te pedía en vano?

—En ambos casos caminará a tu lado la reina de Egipto.

Y entonces la mujer salió del cuerpo de la reina, la mujer salió incluso de sí misma y, empujada por el brío de su quimera, se arrojó en brazos del hombre y deseó sentirse protegida.

—Marco Antonio, toda mi fuerza se inclina ante ti para pedirte que la tomes. ¡Libérame de ella, pues en verdad me hastía! No es cómodo ser fuerte, porque el valor agobia igual que las piedras que arrastran los esclavos en las canteras de Elefantina. Toma mi fuerza por un tiempo, y haz que la reina de Egipto pueda amar de nuevo y sin avergonzarse a aquel gallardo capitán que parecía dispuesto a devorar el mundo con sus hermosos dientes blancos.

Él la cubrió de besos. Y mientras lo hacía sintió que el sueño se acercaba. Y que desde un cómodo trono junto al mar, su amor se convertía en un cetro que gobernaría sobre todos los tronos de la tierra.

—¡Reina pendenciera! ¿Qué más pide nuestro sueño?

—Debes coronar a Cesarión como rey de Egipto.

—¡Sangre romana en el trono de los faraones! No deja de ser divertido. Y ya que empiezo a conocer tu ambición, imagino que, después, la parte egipcia de Cesarión aspirará al trono de Roma.

—Eso nunca. Los derechos de Cesarión han de ser otros. Los romanos nunca aceptarán a un rey. Fue esta pretensión la que le costó la vida a César. No debes olvidarlo, incluso cuando acaricies tus propias pretensiones. Pongámonos contra quienes gobiernan Roma, pero sin que el pueblo nos odie por ello.

Lentamente, los brazos que rodeaban el grácil cuerpo de Cleopatra recobraron la fuerza que ella creía perdida. Un corazón indómito reanudaba sus latidos bajo el pecho que recibía su cabeza. Del poderoso cuello volvía a brotar una risotada enérgica llena de orgullo, en modo alguno quebrada por las indecisiones del vino. Y ella sintió que el amado la liberaba finalmente de su fuerza.

—¡Apostaré mi vida entera por una sola carta! —exclamó Antonio—. ¡Que nuestro sueño la lleve a la victoria!

Transcurrieron los meses sobre las cúpulas doradas de Antioquía. Y los soldados romanos acampados extramuros supieron que su general los mantendría inactivos durante algún tiempo. La conquista de Partia debería esperar porque había regresado la Serpiente del Nilo.

Mientras la naturaleza teñía con colores oscuros los bosques de encinas, mientras los cielos se empapaban de negro anunciando la estación de las grandes lluvias, el palacio de Marco Antonio se fue llenando con los abigarrados tonos propios de un zoco abierto a todas las aportaciones. Y Cleopatra se ocupaba personalmente de que éstas respondiesen a la necesidad de mantener continuamente avivados los sentidos. Pues del mismo modo que conocía los imperativos de renovación constante que exige la belleza, no ignoraba que los sentidos se avivan mejor cuanto más apropiados son los objetos que los rodean.

Así devolvió a su amante el gusto por el refinamiento y la obsesión por el lujo. ¡Voluptuosos incentivos del deseo! Ninguno hubo que no entrase por los ojos antes de llegar al sexo. Se presentó la reina sobre alfombras de vistosos colores, pobladas por bestias quiméricas —grifos, dragones, aves fénix— o bien resaltadas por ornamentaciones geométricas cuya exquisitez rayaba con la filigrana pura. Se apoyó la

reina en muebles de formas fantasiosas, contruidos con los metales y maderas más preciados de Asia. Planeó que ningún objeto que llegase a tocar el romano fuese vulgar o ni siquiera conocido. Hizo que le sirviesen los mejores vinos en airosos vasos de vidrio esmaltado que reproducían las esfinges alíferas que fueron adoradas por culturas ya extinguidas. Buscó los más suntuosos recipientes de porcelana azul a fin de recoger suntuosamente sus vómitos en los excesos de la borrachera (por demás continua). Puso incrustaciones de nácar en las puertas de su estudio, carbunclos en su silla de lectura, oro en el fondo de su bañera y plata del Sinaí en los bordes de su calzado. Asimismo en la gran mesa de los mapas, destinada a absorberle durante muchas horas de meditación, no faltaron escribanías de cobre repujado, vasos de exquisito damasquinado y hasta lámparas de marfil.

Todo ello en medio de una intensa exhalación de perfumes y esencias que contribuían a encender el ánimo del amante al tiempo que llenaban de indignación a sus oficiales.

Cuanto rodeaba a Marco Antonio —mobiliario, objetos, tapices o cortinajes— estaba destinado a recordarle en todo momento la llamada de Oriente. Y pese a que era Antioquía uno de los centros más animados del helenismo, la sagacidad de Cleopatra supo invertir la situación en provecho de sus ambiciones. Así, Antioquía pasó de ser la última ciudad que recordaba a Grecia a la primera que hablaba de la India.

Oriente se convirtió en una llamada continua, un estímulo obsesivo, que trascendía la mesa de trabajo, iba más allá de las maniobras de los ejércitos y se introducía en los edenes más privados del placer. Y cualquier delicia que llegaba hasta Antonio se convertía en el anticipo de otros mil deleites, teñidos siempre con los colores de un exotismo arrebatador.

Y Cleopatra se convirtió a sí misma en el reclamo viviente —el más

deseable— de aquella meta que era necesario alcanzar.

Decidida a sorprender continuamente a su amante, cambiaba de aspecto varias veces al día, recordándole ora a la mujer que había amado, ora a mil mujeres desconocidas. Alternó la moda griega con la del Egipto clásico, como siempre fue su costumbre; pero de pronto aparecía ante Antonio y sus oficiales bajo los rasgos de una mujer del desierto o, cuando convenía dar mayor azogue a los sentidos, con la inquietante semidesnudez de una odalisca. De su cabellera, suelta y despeinada al modo de las bárbaras, colgaban flecos de los más encendidos colores, pañuelos animados con bordados variopintos, turbantes recamados en hebras de oro finísimo y bonetes cuajados de piedras preciosas.

Y ya que Corinto se encontraba en un punto privilegiado de la ruta de la seda, este material fue a convertirse en alas que naciendo en el cuerpo de la reina batían al ritmo primoroso de sus andares. Velos, túnicas, pañuelos, estolas, corpiños y toda la muy diversa arquitectura de la coquetería femenina se vistió de seda —azul, verde, roja, amarilla— para emitir constantemente el runruneo de la seducción.

Seda fue, en última instancia, la piel de la reina, colocada entre los dedos de su hombre como un anticipo de las delicias impensadas que se hallaban escondidas tras cada manifestación de su sexualidad.

Pues a los pocos días de su llegada a Antioquía, y a pesar de la igualdad que su amante había reclamado para ambos, Cleopatra tuvo que recurrir a las lecciones de Trifena. Y mientras él se esforzaba preparando la mejor estrategia en la guerra contra los partos, ella se encerró en su condición de estrategia del sexo, procurando coger siempre por sorpresa a su amante, demasiado propenso al aburrimiento.

Así transcurrió todo el otoño y así recuperó Cleopatra para Antonio los fastos, las algazaras, las locuras de un ya lejano invierno en Alejandría.

Fue todas las mujeres que el romano necesitaba conocer para colmar su fantasía. Fue la melindrosa y la airada, la alegre y la lagrimosa, la ardiente y la tímida, la recatada y la dadivosa, la reina y la esclava, todo a un tiempo. Pero en el fondo no era más que la gran madre velando por un hijo que salió excesivamente caprichoso.

Y el niño cayó en el engaño creyendo que era él quien engañaba. Se dejó atrapar por las trampas del placer de Cleopatra, pensando que era él quien las tendía. Y supuso que era el dominador cuando era, en realidad, el dominado.

De entre todas las mujeres sólo Cleopatra se había hecho digna de compartir el áureo carro que Dionisos puso a su disposición para recorrer los verdes campos del placer, los excitantes edenes del éxtasis. Sólo ella se había ganado el derecho de convertirse en su sacerdotisa. De gritar, a su lado, el aullido ritual reservado a los más acreditados banquetes: «¡Evoé! ¡Evoé!». La culminación de la quimera en las entrañas mismas del mito.

Del mismo modo que ella le había tendido una pasarela de diamantes para que subiese a bordo de su barca dorada, él le tendió la mano para que, aferrada a su vigor, montase de un salto en su carro dionisiaco, convertida así en la única compañera del dios sobre la tierra. Y se los vio recorrer las calles de Antioquía presidiendo los más hermosos cortejos mitológicos que sus habitantes habían visto en muchos años.

Precedía su paso una cabalgata de faunos suntuosamente ataviados, hermosas criaturas que avanzaban bajo una lluvia de flores doradas, ejecutando melodías enloquecedoras, por medio de cuernos de la abundancia que, al apartarse de sus labios, dejaban caer un riquísimo alud de regalos que la población se apresuraba a recoger, apartándose unos a otros a empujones, rodando por el suelo. En su carro, Antonio se envolvía con las más suntuosas pieles de tigre y guepardo, coronaba sus sienes

nevadas con racimos de uva plateada, y su barba, primorosamente cortada al estilo griego, estaba espolvoreada con oro, lo que la hacía semejante a un frondoso bosque cuyos árboles, en lugar de nieve, hubiesen recibido un baño formado por los sudores del sol de Asia.

Al lado de Dionisos iba Cleopatra vestida de amazona, con la coraza de escamas doradas y la cabellera ondeando al viento a guisa de furia enloquecida. Y levantaba la lanza saludando a aquel pueblo que no era el suyo, pero cuya voluntad había sabido ganarse iniciando así una fama de prodigiosidad que íbase extendiendo por Oriente como una nube milagrera. Pues en todas las provincias se sabía que el Dionisos romano tenía a su lado a una reina que superaba en grandeza a todas las conocidas; una diosa que conseguía crear en la tierra muchos más portentos que todas las diosas celestes en sus santuarios.

El renombre de Cleopatra fue creciendo a medida que aumentaban en Antioquía los fastos que preparaba para Antonio. Cacerías en florestas intrincadas, concursos de pesca en ríos tumultuosos, combates de lucha que enfrentaban a los atletas más fornidos de doce reinos, bailes ejecutados por danzarinas cuya belleza escapaba a toda ponderación y regatas a cargo de canoas disfrazadas de peces exóticos. Todos los deportes, todas las representaciones se dieron cita en aquel otoño que llegó a superar, en la memoria de los amantes, el recuerdo de aquel invierno, ya lejano, en la siempre añorada Alejandría.

Las magias de Cleopatra también recuperaron para Antonio los más deslumbrantes galardones de la gastronomía. Reorganizó la Sociedad de la Vida Inimitable que Antonio inventó años atrás, en el curso de cierto invierno famoso; la sociedad que atrajo a los festines del gran palacio de Alejandría a los comensales más exquisitos, cuando no los más desaforados. Y al renacer aquella sociedad en el palacio de Antioquía, muy selectos huéspedes asistieron a las más extraordinarias proezas: se

vio a un venado de cuyo vientre surgía una gacela de cuyo pecho aparecía a su vez un faisán que al abrirse dejaba salir una paloma con los pulmones rellenos de ostras rebañadas en jugosas mixturas de hígado de oca. Se vieron corzas gigantescas devoradas en un instante, salsas exóticas surgiendo a borbotones de las bocas de los comensales, crustáceos del tamaño de los hipocentauros y pulpos cuyos tentáculos abarcaban toda la extensión de una enorme mesa de hierro forjado.

Años antes, en Alejandría, los excesos gastronómicos de la Sociedad de la Vida Inimitable habían dado lugar a las más pintorescas conjeturas. Un testigo excepcional, el médico Filotas de Amfisa,^[3] tuvo ocasión de comprobar la veracidad de las mismas. Pues habiendo trabado amistad con un oficial de las cocinas reales, éste le deparó la oportunidad de visitarlas. Y allí, entre otros muchos manjares, el médico descubrió cinco enormes jabalíes que los esclavos estaban asando en broquetas no menos gigantescas. Entonces el médico expresó su admiración por el número de comensales que llenarían de boato los salones de Cleopatra. El oficial se echó a reír y contestó: «No es un festín tan espléndido, pues se limita a una docena de invitados. Pero cada plato ha de tener tal pucho de perfección que al instante de servirlo podría marchitarse. Y si Antonio pide su cena en este mismo momento, pero de repente tiene algún antojo o desea entregarse a la bebida y, por tanto, deja de lado el plato, es preciso tener preparado otro para servírselo no bien se le antoje. Por lo cual entenderás que es necesario tener preparadas varias cenas a la vez, ya que resulta imposible adivinar la hora exacta en que puede producirse el capricho...».

Mayores fueron aún los caprichos de Antonio en Antioquía, y mayor el empeño de Cleopatra en conducirlos a todos a buen puerto. Por sus fastos, sus excesos, sus extravagancias, aquella capital pasó a ser la Ciudad Inimitable, pues ninguna pudo ofrecer un género de vida que la

superase en esplendor, o tan siquiera que se le aproximase.

Cada madrugada, la reina desnudaba a su amante con sus propias manos y yacía sobre su cuerpo, recostando la mejilla en el pecho encanecido. Escuchaba, sin atenderlos, los murmullos que llegaban desde más allá de la embriaguez. Dejaba volar sus propios pensamientos hacia los rocosos acantilados, los agrestes rompientes que los separaban de la tierra que Antonio debía conquistar como inicio de su prodigioso dominio sobre Oriente. Pensaba en Partia, sí, y se preguntaba con cierta inquietud si el renacimiento de su antiguo amor por Antonio llegaría por los caminos de aquel placer convertido en cotidiano o bien cuando depositase a sus pies el territorio vencido y los laureles del vencedor.

Ninguno de sus adivinos consiguió sacarla de dudas. Pero un ligero estremecimiento recorría su cuerpo no bien pensaba en la posibilidad del amor, no bien se imaginaba a sí misma recorriendo de nuevo aquellos edenes cuyos preciosos y perfumados árboles escondían tantas espinas.

Cuando supo que volvía a estar embarazada de Antonio, ya no pensó en el amor ni en los edenes. Comprendió que daría a luz a un hijo de la estrategia.

Antonio estaba discutiendo con sus oficiales cuando le anunciaron que el rey de Egipto solicitaba ser recibido en audiencia protocolaria. Y Enobarbo se echó a reír, recordando su apuro cuando Cleopatra le recibió en Alejandría, acogíéndose a aquel tratamiento.

—Serán sin duda negocios de gobierno —murmuró Antonio.

Y dejó de lado un puntal de plata que hasta aquel momento había utilizado para señalar los territorios de los partos en un mapa colgado entre dos columnas.

—Los negocios de estado del rey egipcio retrasan, una vez más, los

asuntos de guerra del general romano —refunfuñó un viejo oficial llamado Demetrio—. Los partos pueden esperar tranquilos a las puertas de sus casas, pues la guerra pasa de largo ante sus narices para ir a languidecer en el lecho del amor.

Antonio soltó una sonora carcajada, mientras el esclavo Ionides le ayudaba a ponerse la más costosa de sus túnicas orientales.

—En el lecho del amor nunca ha entrado el rey de Egipto. Está permanentemente reservado a la adorable sirena de Alejandría. Por esto te digo, Demetrio, que si Cleopatra recurre a su título de coronación para visitarme debe ser porque su embajada concierne a la política, no al amor. Y en esta campaña la política es tan importante como la guerra misma.

—Lo sería si Antonio fuese un político —insistió Demetrio, bajo la mirada desconfiada de los demás oficiales—. Pero Antonio es un guerrero, y además el mejor de su oficio. Un oficio que, a pesar de reiterados anuncios, se resiste a practicar. Hace ya meses que sus soldados se aburren en el campamento. Están hartos de repetir continuamente una instrucción que no necesitan. Se preguntan a qué vienen tantas marchas, tanto cavar trincheras que no sirven para nada, tanto quitar el polvo a catapultas y arietes cuyos goznes casi se han oxidado...

El tono jovial de Antonio no parecía el más adecuado para contraatacar a la gravedad impuesta por Demetrio y compartida por los otros miembros de su estado mayor. De modo que se limitó a continuar riendo y a acudir en busca de Cleopatra.

El rey de Egipto le esperaba en la gran sala del palacio. Todas sus investiduras le otorgaban un aspecto de gravedad más molesto aún que los reproches de los oficiales romanos.

Pero Antonio tenía a favor de su buen talante el plácido sol de la

mañana y las huellas que el vino de la noche anterior había dejado en su cerebro. De manera que corrió hacia la amada con los brazos abiertos y un brillo juguetón en los ojos.

—¡El rey de Egipto está, más hermoso que nunca! —exclamó, bajando al trote la escalinata.

Pero Cleopatra permanecía imperturbable, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza sosteniendo una imitación más o menos valiosa de su corona oficial. La de viaje, como decían frívolamente sus doncellas cuando les correspondía depositarla en una caja de ébano adornada con el nombre de coronación de Cleopatra.

El ceremonial no se limitaba al vestuario. Rodeaba a su majestad un nutrido grupo de cortesanos y doncellas que la acompañaban en aquel viaje. Y a juzgar por la severidad de sus expresiones, oficiaban como testigos de algún suceso de gran relevancia.

Cleopatra se dirigió a Antonio hablando en tono quedo y pausado, como si recitase una lección largamente ensayada.

—El rey de Egipto a Marco Antonio, procónsul de Roma en Oriente. El rey de Egipto ante toda su corte. El rey de Egipto ante el mundo... anuncia oficialmente que sus médicos le han anunciado la llegada de un hijo.

Marco Antonio no se inmutó ante lo que era a todas luces una costumbre nacida de una obligación divina. Prosiguió con su tono jovial, al decir:

—Antonio, descendiente del dios Hércules, Antonio, protegido de Dionisos, acepta oficialmente la noticia. Y al mismo tiempo se enorgullece de ella, ya que confirma su carácter divino. Pues hacerle un hijo a todo un rey es algo que no consiguió ni el propio Júpiter.

Los cortesanos no se inmutaron. Una vez más, el sentido del humor egipcio y el romano no coincidían. Pero el de Cleopatra parecía adaptarse

a cualquier situación. Pues, sonriendo con notable encanto, contestó:

—En cualquier caso, es mérito del rey de Egipto más que del procónsul de Roma.

—¿No es adjudicarse demasiadas virtudes? —preguntó Antonio, divertido.

—Que pruebe el procónsul de hacerle un hijo al rey Herodes. Será curioso ver si triunfa en el empeño.

Antonio descubría una insólita complicidad en la sonrisa de su amante, un ritmo agradable que fluctuaba por encima y más allá de la insólita ceremonia que había organizado.

—Antes de enviarme a un empeño tan poco grato, porque Herodes nunca fue precisamente una réplica viviente de Apolo, el rey de Egipto dará al procónsul ocasión de comprobar la veracidad de su embarazo.

Dichas estas palabras, la tomó en volandas ante el estupor de su corte. La corona en forma de mitra cayó al suelo y entonces surgió como una cascada la negra cabellera que se agitaba tumultuosamente mientras Cleopatra reía en brazos de Antonio.

Una vez en sus habitaciones, la depositó sobre las pieles que cubrían el lecho y, acto seguido, saltó a su lado. La besó con un delirio al que ella se resistía entre risas y balbuceos. Pero al reír, echando toda la cabeza hacia atrás, no hacia sino ofrecerle el cuello, que él recorría con sus labios.

—Nunca dejas de sorprenderme. Para llegar hasta aquí has montado esta ridícula ceremonia.

—Para conseguir que reconozcas oficialmente al que será tu tercer hijo. —Y añadió, coqueta—: Conmigo, quiero decir. Los demás no tengo paciencia para contarlos.

—¡Cleopatra y la oficialidad! ¿No tienes algo mejor en que ocupar tus días?

—Es el único modo de que nuestros amores, y cuanto de ellos se deriva, no sea un simple motivo de conversación entre comadres ociosas. O algo peor: el punto débil que puede servir al Senado romano para atacarnos. La falta de oficialidad es nuestro talón de Aquiles.

—¡Reina aburrida! Aquiles tenía otros atributos, además del talón. Y voy a demostrarte que también yo puedo tenerlos.

—Por demasiado vistos, los atributos de Antonio pueden llegar a aburrir.

Pero hicieron el amor y Cleopatra sintió de nuevo el mismo vacío y tuvo que gritar sin ganas para esconder que su placer era ficticio.

Cuando sus cuerpos se recuperaban, tendidos sobre pieles y repartiéndose frutas de otoño, el cerebro de la reina volvió a poner en marcha su engranaje.

Antonio, te recuerdo la necesidad de reforzar de una vez tu situación en Oriente.

—No lo he olvidado —dijo él pensativo.

Y dijérase que, por primera vez en muchos meses, pensaba seriamente sobre algo.

—Es necesario que me entregues las tierras que te pedí y reconozcas a Cesarión como rey de Egipto.

—Esto me pondrá contra Roma.

—Sólo contra Octavio. Si entras en Roma ostentando como un triunfo la victoria sobre los partos, el pueblo se dejará deslumbrar por tu aureola. Y aunque te acusen de entregar unos territorios que fueron conquistados, tú podrás defenderte alegando que, a cambio, les regalas otros.

—¡Siempre viene la política a invadir los terrenos del amor! —exclamó Antonio.

E intentó abrazarla de nuevo, porque el fuego renacía en sus venas.

—La habilidad del político es la única que puede ayudarnos a

preservar nuestra independencia.

La insistencia de Cleopatra le apartaba del deseo. Y sus temas, acaso por repetidos, empezaron a convencerle. Al final de la tarde, se daba por vencido.

—Activaré mi campaña contra los partos. Me concentraré en ella como jamás hice antes con ninguna batalla. Pero será necesario que tú regreses a Alejandría.

—No pienso hacerlo. Me necesitas a tu lado.

—Aun necesitándote tanto, hasta extremos que no puedes suponer siquiera, prescindiré de ti en nombre de los dos, de Egipto, de los hijos que ya tenemos y del que está por llegar.

Él acarició con extrema dulzura el vientre de Cleopatra.

—Espérame en Alejandría como madre y yo sabré conseguir que te enorgullezca recibirme como reina. Antonio no ha librado aún su última batalla. Su vida empieza ahora. Todo cuanto hubo antes fueron simples escaramuzas. Si quemé mi juventud en fuegos fatuos, quizá la madurez me dé la sabiduría que preciso. Y presiento que mi madurez está en tus manos, reina mía, como la senectud de Egipto está en manos del dios del Nilo.

Poco a poco, Antonio recuperó la gravedad que, sin saberlo él mismo, era su baza más segura para acceder a la admiración de Cleopatra. Y a partir de aquel día disminuyó el número de fiestas, el vino escaseó en su mesa de trabajo y su puntal de plata se posó tantas veces en el mapa de Partía que abrió un boquete en la piel, de manera que fue necesario reemplazarlo. A los pocos días, Antonio conocía de memoria los angostos desfiladeros, aptos para cualquier emboscada del enemigo, las ciudades fortificadas que podían exigir el uso de las máquinas de guerra, los llanos

donde resultaría cómodo acampar a los soldados al abrigo de los fuertes vientos.

Todos sus oficiales coincidieron en un idéntico entusiasmo avalado por el que se adueñaba de su jefe. Se consideró prudente atacar a mediados de primavera, cuando los elementos no amenazasen con una derrota más inevitable aún que cuantas pudiesen infligir las armas. Y los soldados, cansados de tantos meses de ocio, vitorearon aquella decisión.

Mientras el gran sueño de Oriente empezaba a tomar forma práctica en las actividades diarias del general, Cleopatra preparaba su regreso a Alejandría. Y aunque el recuerdo de su ciudad la arrastraba con un ímpetu que no conseguía inspirarle ningún paisaje de la tierra, ella experimentaba de repente una dulce melancolía, una vaga tristeza por tener que dejar a su amante. Si no era amor, era algo muy parecido a la ternura, sustituto ideal, delicioso, cuando el amor no existe.

Imágenes de melancolía. Instantes breves, carentes de importancia, insustanciales y hasta mediocres. Todo cuanto la memoria no espera retener, la asaltaba ahora con una insistencia casi feroz y siempre traicionera. Pues la memoria no advertía: plantaba sus tiendas como una imposición, sin importarle en absoluto el albedrío del alma.

«Quizá sea la esencia del amor esa provisionalidad de los instantes —pensaba Cleopatra, intentando analizar las sombras que se resisten a todo análisis—. Quizá la plenitud del amor estuvo en aquel fugaz encuentro de nuestras miradas, en algún lugar que no recordaré hasta dentro de unos años. Pero ¡qué dulce será entonces, y qué dispares sus delicias!»

Sonrió al darse cuenta de que se estaba convirtiendo en una teórica de los sentimientos mientras Antonio recuperaba, paso a paso, su papel de teórico de la guerra. Y al verle pasear meditabundo o dibujando en la arena de la playa los itinerarios que antes señalase en el mapa; al verle caminar, nervioso, de un lado a otro de la terraza, sentíase confundida por

sentimientos tan encontrados, por impulsos tan opuestos, que se maravillaba de su propia complejidad al sentirlos.

En honor a su amada, Antonio recuperó su gallardía de ayer, entregándose a los más duros ejercicios, devolviendo a su cuerpo la agilidad que necesitaría en la guerra, donde la grasa y el entumecimiento no se limitaban a ser un problema de estética meditado por una sofisticada princesa alejandrina.

Cleopatra gustaba desplazarse al gimnasio, acompañada por sus damas y una vez allí asistir como espectadora a los ejercicios y juegos del general. Éste y sus compañeros se extenuaban al gusto griego; es decir, completamente desnudos, de modo que las doncellas de la reina agradecieron no encontrarse en la antigua Olimpia, en cuyos sagrados recintos tenían prohibido entrar las mujeres. En el gimnasio de Antioquía, por el contrario, su presencia era bien recibida y algún oficial de Antonio, habiéndose mostrado deseable a ojos de la menos cauta de las doncellas de Cleopatra, se convirtió en su asiduo complacedor, durante las semanas que quedaban para la partida.

En aquella atmósfera recargada, Hércules y Eros se daban la mano con una complacencia que, a fin de cuentas, no era tan singular como hubiera podido parecerle a cualquier visitante pudibundo. Y Eros visitó de nuevo la mente de Cleopatra ofreciéndole imágenes de Antonio que excedían a los disfraces de sus francachelas para introducirse en los dominios del arte. De modo que Eros se hacía alejandrino.

Y el otoño de Antioquía establecía un adecuado contrapunto con la vida que se renueva constantemente, con la naturaleza revestida de suntuosidad. Se complacía entonces la reina contemplando cómo se desnudaban progresivamente los árboles, al estilo de una odalisca demasiado tentadora. Y sobre la vega de Antioquía, la caída de las hojas mostró una procesión de esqueletos que, por lo desconocido, tenían que

resultar fascinantes a una hija del Nilo. Robles de cuerpo robusto, lleno de accidentadas protuberancias, esbeltos abedules cuyas ramas sólo parecían crecer para ensortijarse en lo más alto, castaños cuyos troncos formaban cavernas pavorosas que parecían adentrarse en lo más profundo de la tierra... todo, en fin, hablaba a Cleopatra de la infinita variedad de la existencia no bien los ojos se apartaban del cuerpo deseado, no bien se apartaban de Alejandría.

Pero su memoria no se había exiliado de la ciudad. El supremo artificio de sus calles la asaltaba, en el recuerdo, y se confirmaba como una parte de sí misma a la que era imposible renunciar. Porque además de las características que la convertían en la ciudad única, Alejandría guardaba a Cesación. El objeto más adorado en la singular tesorería de su alma.

Cesarión, el niño de ayer, convertido ahora en un proyecto tan magno que excedía a sus pobres fuerzas. Cesarión soportando la pesada corona de los dos países, la diadema imperial, como gustaban decir los poetas. Dos tierras, sí, el Alto y el Bajo Egipto, pero una sola voz que se haría escuchar en todo Oriente. Y si las fuerzas de Cesación no bastaban, ella estaría detrás del trono, insuflándole las suyas como hacen las divinidades del viento. Y junto a ella, Antonio, supremo conquistador de un imperio como ninguno de sus antepasados llegó a conocer.

Pero una vez más el amor no la tranquilizaba. El amor le traía el anuncio de las mil amenazas que podían acechar a Cesarión. El amor se convertía en otra carga.

En una de aquellas tardes de Antioquía, mientras el pálido sol acariciaba sus mejillas, Cleopatra cayó dormida. Y de nuevo soñó que Cesación estaba en peligro. Y de nuevo lo sintió en su carne cual la herida que nunca puede cicatrizar.

Pero la habitualidad de la pesadilla había multiplicado el número de

atacantes. Ya no era sólo Octavio quien se cebaba en el hijo adorado. De cualquier rincón del universo surgía a traición una cohorte de demonios maléficos armados de tal modo que sus cuerpos deformes estaban mejor pertrechados que cualquier armería, que cualquier arsenal. ¡Genios del mal prestos a atravesar el corazón del Niño Divino con lanzas de punta envenenada, flechas de guerra y arpones capaces de acabar con los enormes hipopótamos del Nilo!

Pero incluso en sus descensos al mundo de los mitos, conservaba Cleopatra su civilizado sentido del humor. Y se le oía repetir en sueños:

—¡Hijo mío! Si tú fueses realmente Horus y tu madre la gran Isis, ¡qué tranquilidad para los dos!

Pero aquella tarde, una cualquiera de su última semana en Antioquía, su pesadilla habitual a cuenta de Cesarión se vio interrumpida por una de sus damas que le anunciaba la llegada de uno de los oficiales de su guardia de Alejandría. Era portador de unas cartas urgentes de Sosígenes.

—¿De Alejandría llega? ¡Que pase al instante si trae consigo los vientos del crepúsculo! ¡Que pase si trae el aroma de las flores en los oasis! ¡Más aún si trae a toda Alejandría en su mirada! En fin, que pase de todos modos.

Prescindiendo de la urgencia de las cartas, Cleopatra reparó en la apostura del galán. Era un típico espécimen de la nueva sociedad alejandrina: el cuerpo oscuro, las facciones aguileñas de los egipcios del Alto Nilo, desmentidos por un uniforme de estilo griego. Y al sonreírle, tan sólo para recompensarle por su belleza, la reina pensó en Apolodoro. Y añoró un instante su ternura.

—¿Cómo está tu capitán? —preguntó, con mirada cariñosa.

—Mi capitán está desolado. Ya no por amor, como solía, sino por los tristes sucesos que relatan estos pliegos.

Cleopatra tuvo un sobresalto, como si temiese que la parte más

terrorífica de sus sueños se hubiese desarrollado en algún lugar lejano.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hijo? —preguntó rápidamente—. Si es así te ordeno que no me ocultes nada. Más aún, te lo suplico.

—El príncipe está divinamente... cual corresponde a su doble naturaleza. Los tristes, fatídicos, sucesos que están ya en boca de toda Alejandría se refieren a tu doncella fenicia, la de los cabellos como el fuego y los ojos extraños como las estatuas de los gatos sagrados.

—¿Te refieres a Balkis? No lo entiendo. ¿Merece esa loca unas cartas de urgencia?

Pero a medida que leía la narración de Sosígenes su rostro empalidecía. Y descubrió que Amor disponía de disfraces y máscaras que incluso a ella le eran desconocidos.

Un calor intenso se desplomaba sobre Alejandría, y los vapores de los lagos cercanos se mezclaban con el soplo agobiante que llegaba del desierto, de manera que una muralla de fuego atravesaba la ciudad desde su espalda y ni siquiera el mar la detenía. Pues el propio mar se encendía, enviando a los hombres un eco del infierno.

Y entre los muros de su estancia, muros que el calor revestía con pavesas, la bella Balkis quemaba incienso ante la imagen de la diosa de los innumerables pechos, que todavía hoy protege a los fenicios.

Eran en vano sus oraciones. Eran en vano las miradas suplicantes que dirigía a Totmés cuando se cruzaban en los aposentos reales. Y en medio de tanta esterilidad, en la negación de todo resultado, la hermosa decidió recurrir a los hechiceros.

Dejó atrás las blancas edificaciones de la ciudad nueva: los marmóreos templos, las delicadas mansiones de los ricos, las equilibradas columnatas de las academias. Superó después los barrios

populares, los callejones de las posadas, las tabernas y los mercados. Cruzó entre griegos, judíos, armenios, árabes, negros y todo tipo de gentes vomitadas de todas las costas de aquel mar que se encendía más allá del faro. Y cuando, después de cruzar la muralla, llegó a los límites del desierto, se dirigió a una choza edificada con sacos y cañizares entre las columnas de un antiguo santuario faraónico.

De aquella oscuridad emergió la maga llamada Fruna. Su piel, igualmente oscura, aparecía surcada por símbolos extraños, pintarrajeados con colores terrosos. Y la cantidad de amuletos variados y de muy abigarrados metales que colgaban de su cuerpo enjuto indicaba que procedía de la lejana Nubia, país que siempre dio a Egipto sus mejores hechiceros.

—La luna llena insufla vida a los metales en el vientre de la tierra. La luna llena fecunda las plantas y las abre a la vida. La luna llena es igual que la cabeza de tu amado: blanca y lisa como los huevos de las palomas de los templos.

—Ésta es, en efecto, la cabeza de mi verdugo.

—La luna se mostrará propicia, si le place. Pero ten cuidado, pues es una luna perversa. ¿No ves que engorda como una vaca a costa de la sangre de los enamorados?

La hechicera le entregó un muñeco de cera que reproducía los rasgos principales de Totmés: su cabeza afeitada, la blancura de sus vestidos pintada en la piel y una aguja de oro en el lugar exacto que debería ocupar el falo.

—Que la luna lo bañe dos noches y otras dos noches tu orina. Y en el punto exacto donde tu verdugo tiene el miembro viril aparecerá una flor. Pero ten cuidado, Balkis, pues la luna puede decretar maldades. Si la flor que sale es negra, desiste de tus propósitos, pues el crimen caerá sobre Alejandría. Enciérrate en la contención y deja en paz al sacerdote, porque

la luna pedirá muertos en lugar de ofrecer amantes.

Regresó Balkis a palacio y realizó con toda diligencia los ejercicios que la hechicera le había ordenado. Y la figurilla de cera recibió los rayos de la luna, se fue alimentando con su avance, y por fin apareció el miembro secreto de Totmés, anunciando la proximidad del plenilunio.

Balkis retrocedió, horrorizada, pues el supuesto miembro del amado era una pequeña flor tan negra como la sangre de los demonios. Y por un momento supo lo que era el miedo, pero en modo alguno la derrota.

Tomó aquella monstruosidad recién creada y la estrechó contra su pecho.

—La luna es ahora una sultana que quiere esclavizar. ¡Muertos quiere la luna, cuando hace poco se contentaba con esclavos! ¡La sangre la ha hecho crecer más! ¿Por qué ha de nutrirse de la sangre esa diosa glacial? Fingiré que mis libaciones son en tu honor, dama siniestra... pero sólo han de ser para Totmés. ¡Oh diosa! Envía un rayo de luz sobre esas tinieblas para que él pueda verme. Te invoco, princesa de la muerte, para que aumentes la agonía del que ha herido mi corazón... ¡Ah Totmés! ¡Mírame desde la cárcel de tu castidad! ¡Levanta los ojos hacia Balkis! A ti no puedo mentirte. No es la luna quien enciende mi furia. Mil veces recibí sobre mi carne la caricia de sus rayos, y sólo fueron dardos de nieve sobre mi hastío. ¡Totmés, Totmés! Sólo esta noche obra la luna el prodigio de darme lava en lugar de agua de nieve. ¡Ah, la luna acariciará mi carne como antes acarició tu cuerpo casto! ¿Por qué es tu castidad la causa de mi deseo? Tu castidad enciende en mi carne un dolor más atroz que todas las hecatombes que los sacerdotes ofrecen a los dioses de mármol. Mis senos laten en tu honor. Diríase un brindis de amatistas. Todo mi cuerpo brinda por tus miembros y jamás brindó así por otro hombre. ¿Por qué no cedió ante hombre alguno la madurez de mi deseo? He sido fría como la luna, Totmés; y como ella, capaz de asesinar. ¡Ah!

Recorrí las tierras negras del infinito Nilo, y a la sombra de las esfinges ignotas conocí los hermosos miembros del beduino tostado por el sol que es dios de aquellos mundos; pero ninguno despertó mi sed, pero ninguno me causó heridas. Sólo fui nieve que navegó, errante, por las aguas donde flotan las lágrimas de tu gran madre Isis. Recorrí los anfiteatros de la opulenta Creta, los anfiteatros donde atletas desnudos danzan sobre los cuerpos de minotauros feroces, pero sus músculos, untados con aceites divinos, sólo me produjeron el hastío de lo que todo el mundo puede poseer. Y conocí el encanto de los efebos de Siria, que se abren al amor de cualquier sexo; pero en su goce sólo hallé el sabor del vino que no tuvo tiempo de madurar. Busqué el deseo de los gallardos centuriones de Roma, deseé el placer entre los mancebos que nadan en las aguas verdes de los oasis de Arabia, quise que me estrechasen los brazos de acero de los gigantes pescadores del Éufrates, aspiré a sentir mis senos aplastados por la coraza de oro de los potentes capitanes de Judea. No hubo guerrero feroz ni efebo teñido de púrpura que pudiese romper mi hielo, Totmés. Ni guerrero, ni efebo, ni pastor, ni levita. Y he buscado en Babilonia y en Menfis, en Cartago y en Bitinia. Pero la luna me negó su influjo. Hasta hoy, Totmés, hasta esta noche, porque la luna convierte a la pasión en crimen. Nunca me enfrenté a la barrera de lo sagrado. Me enciende ese cuerpo encendido por tus dioses; quiero besar ese sexo donde acaso la divinidad depositase sus besos. Quiero profanar ese sagrario. Quiero poseer tu santidad más allá de la muerte, ¡Totmés! Tu santidad es la barrera que se levanta entre mi pasión y los edenes del amor. Y tú eres tan criminal como la luna, Totmés; tú eres mi verdugo, porque las barreras contra la pasión constituyen el mayor de los crímenes. Tu santidad insulta a la naturaleza. Tu santidad merece ser castigada... Ya estoy dispuesta para atacarte. La luna ya acarició todas mis prendas. La luna se posó en mis joyas. La luna acaba de firmar su

último decreto... ¡Por ti, Totmés! ¡Por ti mi hechizo y mi agonía!

Y negándose a escuchar la justa voz de los arcanos, clavó tres agujas de oro en el corazón de Totmés. Y esperó que transcurriese la noche para ir a su encuentro.

A la mañana siguiente, muy temprano, Balkis siguió a Totmés hasta el templo de Isis y se mezcló entre los fieles, esperando a que las ceremonias hubieran concluido para quedarse a solas con él. Y los fieles se apartaron respetuosamente al verla pasar, pues sus vestidos eran de lino real y sus joyas denotaban lo elevado de su rango en palacio.

Cuando ya todos se hubieron marchado, Totmés continuaba aún con sus libaciones. Una vez concluidas, se dirigió hacia una de las dependencias destinadas a almacén de ofrendas. Tomó la navaja y la jofaina que necesitaba para afeitarse las partes impuras de su cuerpo, como ordena el ritual desde hace tantos siglos. Y ya se había desnudado completamente e invocado la bendición de Isis cuando se vio sorprendido por el brillo de unos ojos verdes como la esmeralda, pero ardientes como la llama que resplandece en el fondo de los rubíes.

Entonces apareció la hermosa Balkis, con su larga cabellera revuelta y los labios mordidos con furia, en la espera de la noche anterior.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamó Totmés, escandalizado—. ¿Cómo te atreves a penetrar en este recinto reservado a los sacerdotes?

En vano intentó cubrir su desnudez. Balkis se había apoderado de sus dos manos y las estrechaba con ardiente vehemencia.

—También yo soy sacerdotisa, Totmés. Y mi culto es el amor. Y mi dios un joven demasiado avaro de sus gracias. Pero he venido a pesar de ello porque ardía en deseos de ver tu cuerpo. Porque desde hace tiempo mis ojos van más allá de tus blancos vestidos, los traspasan y se posan en

tu piel a fin de poseerla por entero... —Se echó a reír con un nerviosismo que, lejos de saciarse, iba en aumento—. Ahora que siento tu desnudez tan cerca, puedo decirte que su belleza supera cuanto esperaba.

Abrió su túnica y apareció su cuerpo, también desnudo a excepción del pubis, que se cubría con un diminuto ceñidor de diamantes. Y en la penumbra vio Totmés que sus senos eran cálidos como el mediodía sobre los barrios de la playa y su piel tostada como la madera de los árboles exóticos.

Tuvo miedo. Más que el ardor prometido, más que todos los paraísos anunciados, la desnudez de Balkis le llenaba de un sudor frío, parecido al que empapa a las víctimas del mal de invierno. Y sus dientes rechinaban y se apretaban con tal violencia unos contra otros que toda su boca pareció a punto de estallar como un volcán.

Balkis condujo la mano del sacerdote hacia su propio sexo. Y sonrió con malignidad al decir:

—No llores, hermano mío, antes bien regocíjate porque tu cuerpo estaba dormido y ha despertado a la vida.

—Ni el cerdo que tenemos prohibido comer, ni el estiércol que nos han prohibido pisar es tan impuro a los ojos de la diosa como lo son tus actos. ¡Vete ya con tu cohorte de demonios!

—Me iré pese a que tu deseo es muy otro en realidad. Los demonios quedan contigo y esta noche abriré mi cuerpo para que me penetren, porque ni siquiera tu castidad es tan fuerte como para resistirse a los filtros con que la luna emborracha el sexo de los mortales cuando está hinchada.

Así conoció Totmés los primeros ataques del deseo y así permanecieron en su interior, acuciándole durante todo aquel día, desviando de su cerebro cuantos pensamientos no se refiriesen al cuerpo delicioso de Balkis y a la ondulación de sus rojos cabellos y al verde

resplandor de sus ojos hirientes.

Pero al llegar la noche se cumplió el vaticinio de Balkis: la luna se hinchó completamente y envió sobre los humanos filtros de amor y cuchilladas de deseo. El aire se llenó de gritos de placer, las plantas se vigorizaron, los animales sagrados buscaron su pareja entre las columnas de los grandes templos. Y Totmés, encerrado en su habitación, se abrazaba a su propio cuerpo y lo estrechaba con tal fuerza que apenas podía respirar.

—¡Balkis, hermana mía! —gemía el sacerdote, apretando el vientre contra los mármoles del suelo—. ¡Mi adorada! ¡Ven a mí de una vez! ¡Ven, porque estoy hinchado como la luna!

De repente, sintió horror de su debilidad y echó a correr por los pasillos que le alejaban de las habitaciones de las mujeres. Necesitaba a un amigo que le ayudase a superar aquel trance. Necesitaba que alguien le distrajese de sus pensamientos, de su cuerpo y de la luna.

Así llegó hasta las dependencias de Cesarión. Se acercó al lecho y apartó de un manotazo las cortinas que hacían las veces de mosquitera.

Sollozaba desesperadamente mientras intentaba despertar al príncipe, zarandeándole y soplándole a los ojos.

—Protégeme, mi príncipe. Protégeme porque he sentido la tentación en mi cuerpo y todavía continúa latiendo pese a que he intentado desterrarla.

Sacudía el cuerpo del muchacho, clavaba sus uñas en sus hombros desnudos, le imprecaba a viva voz en los oídos, hasta que Cesarión despertó a la realidad y le miró con ojos atónitos.

—Pregúntame algo, mi príncipe. No. Pregúntame mil cosas, una detrás de otra y que sean dos mil hasta que llegue la mañana. Que tu conversación me ayude a olvidar los hechizos de la luna. Pregúntame sobre la conformación del cuerpo de las abejas. Pregúntame sobre la

respiración de las langostas. Hace sólo dos días deseabas saberlo. ¡Pregúntamelo ahora, te lo imploro!

—¿Para hablar de insectos vienes a despertarme? ¡Maldita la gracia!

E intentó apartarle de un empujón. Pero Totmés insistía en sus sollozos.

—Pídeme que te cuente alguna historia. ¿Conoces la de los dos hermanos? No, no: ésta te la he contado varias veces. La que no conoces es el cuento del naufrago. ¡Pídemelo ahora! ¿No ves que necesito ayuda? ¿No ves que eres mi único amigo?

Pero Cesarión se arrodilló sobre el lecho. Sus ojos echaban chispas. Los brazos se doblaron sobre su pecho en inequívoca actitud de mando.

—¡Acaba de una vez, bastardo de un buitre! Quiero dormir y no escuchar tus idioteces. ¿Que tienes fiebre? ¡Pues consulta con los médicos de palacio! —y en tono más imperativo aún añadió—: Si no cumples mis órdenes, serás apaleado.

Totmés retrocedió ante aquella primera manifestación de la majestad y comprendió que estaba completamente solo contra la luna.

—No voy a quejarme, príncipe mío. Ti: he educado para que reaccionases así, de acuerdo con tu grandeza, pero nunca supuse que yo sería el primero en sentir su peso. Y por esta reacción que te coloca tan por encima de mí comprendo que mi destino es el del verdugo que ha de elegir entre matar a los demás o matarse a sí mismo.

Al salir de nuevo a la terraza observó que la noche era ardiente, como si los rayos de la luna alimentasen mil fogatas en la tierra. Y allá al fondo, los mármoles de Alejandría despedían su habitual blancura de sepulcro.

Desde las profundidades de la ciudad una voz más fuerte que todas las demás le lanzó un mensaje consolador. No era la voz atronadora que surgía de las tabernas. No eran las agitadas melodías de las casas de

placer. Era un salmo delicioso que surgía del templo de Isis y le alcanzaba para llenarle de dicha o para reclamar su presencia.

Salió de palacio y echó a correr por los barrios elegantes, hasta dejar atrás el Gimnasio y el Museion. Cruzó el jardín de las palmeras, dejó atrás los parques de mimosas y acacias y, finalmente, llegó a las puertas del santuario.

Tardaron en abrirle, pese a que sus golpes contra la puerta de hierro forjado debían de resonar en el interior con el estruendo de mil tambores de guerra. Pero al fin apareció un novicio que le miraba con expresión de asombro, tan extraña debió de parecerle la visita y, especialmente, el aspecto que ofrecía. Pues en todo semejaba a un evadido de las cavernas de Abukir, que es donde viven encerradas las víctimas de la demencia.

El novicio le permitió entrar y le rogó que esperase mientras avisaba al gran sacerdote Pentauer. Y mientras se alejaba, vio Totmés que su andar era tambaleante y sus palabras excesivamente animadas para aquella hora de la noche.

Pero ni siquiera el comprobar aquella irregularidad en el comportamiento del mancebo podía prepararle para la impresión que le produjo la entrada del gran sacerdote. Pues estaba tan ebrio que debía apoyarse en el hombro de sus acólitos, borrachos a su vez. Y todos habían arrinconado los sagrados vestidos de Isis, y apenas cubrían su desnudez con taparrabos blancos que habían ido cambiando de color a causa de las numerosas manchas de vino, grasa y aceites de cocina.

Aun en su descomunal borrachera, el gran sacerdote reparó en las lágrimas de Totmés y se apiadó de él y manifestó el deseo de ayudarle si el príncipe le había retirado sus favores o, caso más probable, si algún marinero de Esmirna le había atacado en los muelles donde acuden los sacerdotes jóvenes en busca de placeres prohibidos.

Escuchado que hubo la historia de Totmés, quedó perplejo y,

mirándole fijamente, preguntó si era tan ingenuo como indicaban sus palabras o acaso lo fingía. Y cuando Totmés se remitió a sus votos de castidad, poniendo en cada palabra acentos beatíficos, todos los presentes se echaron a reír y el más joven de todos vomitó sobre una estatuilla de Horus niño.

—En verdad eres exagerado —dijo el sacerdote, sin dejar de reír—. Pues una cosa es ir bendito de los dioses y otra muy distinta es ir a la corte y no ver al rey. Con lo cual pretendo significarte que buena y noble es la santidad, pero torpe y hasta malsana cuando te aparta de la vida como te ha apartado a ti. ¡Hijo mío, hijo mío! Bastante tiene el clero con difundir el mensaje de los dioses, sólo faltaría que, además, le tocara predicar con el ejemplo. Pues el clero tiene ya garantizada su santidad desde el principio de los tiempos, y si pretende seguirla después de aplicada caería en redundancia. Lo cual no sé si es pecado a los ojos de los dioses, pero cuanto menos es tontería a ojos de los gramáticos.

Totmés dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Sentía que el templo se hundía bajo sus pies y que en lo más profundo de los infiernos mil criaturas maléficas se disputaban su alma.

Aunque sus compañeros de culto le invitaron a acompañarlos en el festín que estaban celebrando, aunque a fin de animarle le anunciaron la inminente llegada de algunas sacerdotisas de la diosa de Arabia, Totmés huyó hacia la salida y, una vez más, se perdió por las callejas de Alejandría y corrió por ellas con expresión aterrada, de manera que la gente se apartaba a su paso porque le creían rabioso.

Y en verdad se diría que había sido mordido por una rata de la Cloaca Magna.

De nuevo en sus aposentos cayó de rodillas, llevó sus manos al interior de su túnica y hundió sus uñas en la carne hasta que empezó a sangrar.

—¡Balkis, perra maldita! ¿De qué ralea es tu belleza, que así me precipita en la agonía?

En su locura reparó en una pequeña escultura de Isis que parecía observarle burlonamente desde una pequeña hornacina abierta en la pared, junto a su cama. Levantó la mano hacia la estatua y, cuando la hubo aferrado con todas sus fuerzas, la arrojó contra el suelo, de manera que la divinidad quedó rota en numerosos pedazos. El mayor de ellos formaba una piedra puntiaguda parecida a los cuchillos que utilizan los sacerdotes de Menfis cuando abren las entrañas de los bueyes sagrados en las ceremonias del embalsamamiento.

Hundió la afilada piedra de Isis contra su pecho e, inmediatamente, la empujó hacia abajo, de manera que abrió una herida tan profunda como su deseo. Y luego se clavó la piedra en el costado, en los muslos, en el brazo y a cada herida que se infligía aullaba como un coyote herido. Hasta que no pudo más y cayó rendido sobre su propia sangre.

Súbitamente se abrió la puerta y la luna bañó sus heridas con tal cantidad de luz que su profundidad aumentó para bebérsela.

En el centro de aquella cegadora claridad apareció Balkis, la fenicia. Y él vio que estaba completamente desnuda y los rojos cabellos se pegaban a su piel, revestida a su vez por un sudor sutil, distinto, semejante al bálsamo de las magnolias.

—Estoy enferma de ti —gemía Balkis—. Y por estarlo tanto percibo tu fiebre y maldigo la obcecación que te lleva a resistirte contra el remedio.

—Mi fiebre es funesta. Que los dioses me castiguen con una muerte sin sepultura, pues he caído en la abominación...

La mujer se arrodilló junto a aquel cuerpo maltrecho y fue acariciando sus heridas, una a una, sin encontrar resistencia. Y luego las besó y bebió su sangre bajo los rayos de la luna hinchada.

—Tómame ya —dijo Totmés—. Destruyeme con tu saña, pues está escrito que toda resistencia es inútil cuando los cielos se han vuelto sordos a los desesperados ruegos de los santos.

Por tres veces gozó Balkis de su víctima y por tres veces se llenó el palacio de aullidos que parecían de placer y, sin embargo, eran de desesperanza. Pues nunca hubo éxtasis que pudiese compararse tanto a la agonía como aquel que conoció Totmés sobre su propia sangre.

Y cuando volvió en sí, la hermosa Balkis yacía a su lado y le acariciaba el pecho con una ternura que él jamás le hubiese supuesto. Y su voz era dulce y sus palabras estaban llenas de amor.

Cuando la luna empezaba a retirarse de su campo estrellado, cuando su luz empezaba a empalidecer y la fuerza de sus rayos menguaba, Balkis dijo a Totmés:

—Mi corazón estaba en lo cierto cuando me indicó que tú eras mi hermano. Y mi cuerpo entero resplandece porque sabe que a partir de esta noche ya no volverá a estar solo.

—No lo estará, mujer, porque mi odio ha de acompañarte durante todos los días de tu vida. En tales noches como hoy, los campesinos celebran la llegada de la luna sacrificando un cerdo a Osiris. Tú me has sacrificado a mí, y verdaderamente has acertado en la víctima, porque ante mis dioses yo debo de ser hoy mucho más repulsivo que todos los cerdos de Egipto. Pero has sido tú quien me ha reducido a tal condición. Y por hacerlo buscaré tu mal y haré que cada uno de tus días sólo sirva para maldecir al que ha de seguirlo.

—Calla, Totmés, pues me hieres profundamente. Calla, porque al negarte al amor me haces más daño que cuando me negabas tu deseo.

—Sobre mi sangre lo has tomado. Pues bien, mucha más brotará de tus ojos porque lo que has colmado no es nada si se compara a lo que nunca tendrás. Has puesto en mis manos el arma con la que puedo

matarte lentamente. Me has dado el amor, para que pueda ir cortando tu alma a pedazos, para que pueda sangrarte hasta que tu corazón quede completamente seco. Sólo entonces habrá cumplido la luna su venganza.

La hermosa Balkis se incorporó con el horror pintado en su rostro. Y echó toda la cabellera hacia atrás para apartarla del pecho del amado.

—Eres perverso, Totmés —gimió en su tortura—. Lo fuiste cuando me negabas tu cuerpo, porque estabas negando a la naturaleza. Lo eres ahora, cuando pretendes estrangularme con el más precioso pañuelo que pudo tejer mi alma.

—Si este pañuelo es el amor que sientes por mí, utilízalo para colgarte. Hay en el jardín de la reina árboles dignos de tu belleza y de tu noble linaje. Consuma en ellos tu acción, porque cuanto has hecho era contra ti misma. Y cuantos suplicios te infligiré a partir de ahora me han sido enseñados por tus artes.

Balkis exhaló un aullido pavoroso y salió corriendo en dirección al gineceo. Pero al día siguiente declararon las mujeres que nadie la vio entrar ni nadie la vio salir. Y por todos los rincones del palacio se buscó su presencia o el recuerdo de la misma o la prueba de que estuvo allí o dejó de estar.

Dijeron después que si resbaló, opinaron si tendría vértigo, hablaron de algún ladrón. Pero cualesquiera que fuesen las opiniones, todos lloraron por su suerte y el estado en que quedó su cuerpo, tan maravilloso horas antes. Pues apareció estrellado contra las rocas que servían de base a la muralla exterior del palacio de Cleopatra. Y las olas lamían aquella espléndida desnudez que todavía admiró a quienes la encontraron.

Pero los cangrejos habían devorado su rostro, y cuando el capitán Apolodoro buscó los labios que no había llegado a besar sólo encontró un pozo informe, monstruoso, que recordaba al de los cadáveres que no han sido embalsamados y se pudren en las arenas del desierto. Y lloró el

capitán con lágrimas de sangre, como si fuese él, y no Balkis, quien hubiera poseído el cuerpo martirizado de Totmés.

Cuando éste conoció la noticia se encontraba junto a su único amigo, el príncipe Cesarión, que había acudido rápidamente a su lecho al informarle los médicos del lamentable estado en que se encontraba.

Y lloró también el muchacho porque pensó que sus habituales bromas sobre la virginidad del mentor habían sido las causantes de aquellos tristes sucesos. Pero pronto comprendió que eran los demás quienes deben hacerse cargo de sus propias acciones y que no es culpable el hombre que siembra la semilla sino aquel que, cuando la ve crecer en planta, sabe enderezarla o torcerla según su voluntad. Y con esta lección convertida en sabiduría, el príncipe Cesarión dejó atrás la infancia para siempre.

Con su madurez recién inaugurada intentaba consolar a su amigo, el sacerdote loco...

—Verdaderamente eres afortunado porque has conocido de una vez los goces del amor...

—Tengo miedo, mi príncipe, mucho miedo.

—¿De quién, Totmés? Díselo a tu amigo para que pueda defenderte.

—De mí mismo, porque ahora sé que puedo asesinar, aun sin ser un asesino. Y veo también que ésta es la maldición que pesa sobre todos los humanos. Porque quise defenderme, hice daño. Porque supliqué tu ayuda y preferiste el sueño, me lo hiciste tú a mí. Me asesinaron, después, los sacerdotes de mi culto, los mismos que me hicieron lo que soy. Y yo asesiné a Balkis y la muerte de ésta destroza la vida del capitán Apolodoro. Por todo lo cual me desespero y rindo mis armas ante los dioses de la destrucción. Pues todo acto de los humanos para con los humanos es una cadena que nos lleva indefectiblemente hacia la muerte...

—Pero, Totmés, tú y todos tus sacerdotes me habéis repetido hasta la saciedad que la muerte no existe.

—No existe en la eternidad. Pero existe la muerte en vida.

Así supo el príncipe Cesarión que en el alma del ser más bueno que había conocido acababan de instalar su domicilio las negras diosas de la desesperación y el odio.

Cuando hubo conocido todos los pormenores de aquel drama alejandrino, la reina exclamó:

—¡Los dioses ya no tienen continencia si permiten que el deseo se ponga en ridículo hasta estos extremos! Y todo por una extranjera demasiado ardiente. Y todo por un pobre iluso que prefiere la esterilidad a los goces de la vida.

Se dirigía a Marco Antonio, quien acababa de llegar con otro pliego de cartas.

—Las noticias de Alejandría te han puesto de mal talante...

—Siempre dije que esa desventurada Balkis era una insensata. Pues esto son, y no otra cosa, todos aquellos que teniendo la felicidad al alcance de la mano no saben sentir su contacto. Tan cara es la felicidad, Antonio mío, que es un crimen desperdiciarla.

Recordó las perfecciones que atesoraba Apolodoro, así como sus prolongados suspiros ante los desaires de la hermosa. Y decidió con extrema ligereza que su apuesto compañero de tantas noches era la felicidad y Balkis la pródiga que no supo aprovecharla. Pero su razonamiento quedó flotando en el aire, más como un capricho que como una regla certera. Si la felicidad fuese un asunto tan sencillo, ella misma no encontraría necesario teorizarla.

—Verdaderamente no debo llorar por su destino. Corrió hacia él de

una manera demasiado egoísta, sin reparar en el daño que hacía a dos de mis servidores más amados. Y tomó lo que no le correspondía. Y violó lo inviolable.

—Mi reina exagera el tono —dijo Antonio con acento jocoso.

—Violó a mi pobre sacerdote de una manera que, además, es anticuada. Historias como la de Balkis me las leían de niña en las habitaciones de mi madre. Puedes oírlas de labios de los mendigos en las esquinas de cualquier aldea del Nilo. Siempre aparecen mujeres perversas cuyos senos de fuego desvían del recto camino a los adolescentes castos. Para desgracia de Balkis, mi sacerdote es mucho más obstinado que todas las fenicias con ínfulas de ramera.

Antonio decidió para sus adentros que el verdadero estúpido era el sacerdote. Así es la pasión de amor según el sexo que la contempla: viola la mujer, según el macho; viola éste, según la hembra. En cualquier caso la tragedia permanece; pues, al decir de los sabios, el amor que precisa de ataques siempre es un amor abortado.

Cleopatra cortó la conversación como si el tema del amor, tratado con Antonio, la molestara. Y él se puso triste al percibirlo.

—Sé que has recibido a los emisarios de Herodes...

—Tu red de espionaje es tan eficaz en Siria como en Egipto —rió él—. En cualquier caso, siempre tienes razón. Herodes está preocupado por tu decisión de visitarle en tu viaje de regreso a Alejandría.

—Tiene motivos para estarlo. Sabe que siempre apoyaré a sus contrincantes aunque le finja amistad a él.

—Tus maniobras contienen astucias que escapan a mi comprensión...

—Y sin embargo es una astucia prístina. Herodes tiene el poder, pero no el corazón de sus súbditos, que le saben vendido al oro de Roma.

—¡Vaya novedad la tuya! —exclamó Antonio—. Yo mismo convencí al Senado de Roma para que pusiesen a Herodes en el trono de Judea.

—Tampoco esto es nuevo tratándose de Roma. Cuando no podéis conquistar a un pueblo; colocáis en el trono a un títere que sirva a vuestros intereses. Herodes los sirve a la perfección y sin demasiados obstáculos desde que tú mandaste que cortasen la cabeza al valeroso Antígono. No fue una acción digna, Antonio, aunque fuese en interés de Roma. Entre otras cosas porque la familia de Antígono continuará la lucha. Y aunque yo finja amistad a Herodes (mucho más, estando tú entre los dos) lo cierto es que cualquier intervención de Egipto en judea será en favor del príncipe Aristóbulo.

Antonio la observaba con expresión meditabunda. Se encontraba ante los misteriosos telones de la intriga. Y deseó tener una espada para rasgarlos uno a uno.

—Herodes está completamente romanizado —siguió la reina—. No puedo oponerme a que se convierta en una vulgar parodia de quienes le pagan. Pero sí puedo decirte que al trono de Egipto no le interesa tener a los romanos al otro lado del Sinaí.

—Tus relaciones con Roma siempre constituirán un misterio para mí —exclamó—. Por tan lado la cortejas. Por el otro favoreces bajo mano a todo aquel que pueda minar su poder.

—Los pueblos débiles no podemos permitirnos el juego limpio. Especialmente cuando los fuertes sois tan sucios. Por otra parte, la obligación del político es conocer el terreno que pisa. Y yo sé que el de Egipto no es tan seguro como parece... —sonrió amargamente—. Ninguno de los reinos que Alejandro dejó a sus herederos lo ha sido en realidad. Ya ves en qué han ido a parar muchos imperios... ¡Cualquiera de nuestras iniciativas tiene que emprenderse partiendo de la fragilidad! Por esto no se me ocurriría atacar de frente a Roma ni en el más loco de los sueños. Pero no en vano me llaman ellos mismos la serpiente del Nilo. Conozco a la perfección el alcance de una acción serpenteante.

Antonio contemplaba algunos de los objetos artísticos que amenizaban la galera de la reina. Vetustos recuerdos de civilizaciones cuyo esplendor se había perdido en las perversas lagunas del Tiempo. Y sintió un extraño vértigo al pensar que sus restos —si alguno quedaba— yacían bajo los lujosos edificios, las potentes fortalezas, los robustos santuarios del Oriente moderno.

Se vio impulsado a preguntarse qué restaría de cuanto le rodeaba en el presente. En manos de qué reina, qué sacerdote, qué gran capitán estarían los objetos de su mundo dentro de mil años. O acaso menos, porque a veces la destrucción del tiempo no acepta esperas ni tolera dilaciones.

—¡Imperios perdidos! —murmuró Cleopatra—. Ya ves qué viejos somos, Antonio, que nos alimentamos de la muerte de otros.

—Roma ni siquiera esperará a que se cumpla el ciclo natural.

—Lo sé. Roma es un niño demasiado impaciente. Cuando se le antoje extender sus dominios, ninguno de nuestros reinos, tan antiguos y soberbios, podrá atacarla cara a cara. Es posible que ni siquiera podamos defendernos. Pero si establecemos entre nosotros lazos lo suficientemente fuertes, a Roma le será difícil cortarlos de golpe...

Cada palabra de Cleopatra era un reto, y Antonio así lo comprendió, pese a que no podía acogerlo con el mismo entusiasmo.

—Si tus proyectos llegan a ser los míos, me veré obligado a enfrentarme a Roma.

Cleopatra suspiró profundamente. Acababa de leer el futuro en los tristes ojos de su amante.

—Todavía no ha llegado ese momento —decidió él con fingido desenfado—. Pensemos en el amor. ¡Que por unos días destierre a la política!

Ella reprimió un bostezo.

—Sea como tú quieras. Pero amor y política no podrán ir separados si

te decides a compartir mi suerte... y la de Egipto.

—De momento, lo que no puedo separar son los celos...

—¿Celos dices?

—Terribles. Espantosos. Nunca creí llegar a conocerlos. Y duelen mucho.

—¿De quién podría tener celos el acaparador Antonio?

—De Herodes.

Ella estalló en una carcajada violenta. No escondía el desprecio.

—Por los dioses que es como si tuvieses celos de las nubes.

—Él ha sabido cambiar en su propio interés el motivo de tu próxima visita. En más de un festín ha cantado tu belleza a viva voz. Y se ha jactado de que conseguirá tus favores.

—Es doblemente estúpido. Primero por suponer que los conseguirá. Segundo, porque presume por lo que ha perdido de antemano. Tranquilízate, pues. Que Herodes presuma según su gusto. Yo te digo en favor de tu tranquilidad, que si existen hierbas para despertar el deseo de los reyes, también las hay que lo aplacan por completo.

—¡Qué mérito el de tu virtud, reina divina!

Ella le rodeó el cuello en un abrazo. Y utilizó toda su astucia para que el amor consiguiese aflorar en su mirada.

—No es mérito de mi virtud. Es de mis herbolarios.

Y mientras se entregaba a la fogosidad del macho, pensó en los estúpidos caminos que pueden seguir los celos. ¡Cuán errados! Pues mientras ninguna mujer podía pensar con deseo en Herodes, había en Judea aquel joven príncipe, Aristóbulo, más hermoso y deseable que todos los tesoros encerrados en los templos.

Tan hermoso era Aristóbulo que incluso lo han cantado los poetas.

LIBRO CUARTO.

EL DIOS ABANDONA A ANTONIO

*NO DIGAS QUE FUE UN
SUEÑO*

*No aceptes tan vanas
esperanzas.*

*Como hombre preparado
desde tiempo atrás,
como un valiente,
como corresponde a quien de
tal ciudad fue digno*

[...]

*di tu adiós a esa Alejandría
que pierdes para siempre*

CAVAFIS

La noble Octavia se despertó muy temprano, aunque no a causa de un sueño deficiente; ni siquiera por culpa de preocupaciones más serias de las acostumbradas. La despertó el vocerío de los criados en el atrio y el ruido impertinente de un carro que se alejaba.

Por el chirriar de aquellas ruedas, mucho más próximas que el trueco que tanto molestaba a los romanos en aquellos días, intuyó la noble Octavia que alguien acababa de traer alguna noticia importante o, cuanto menos, singular. ¡Supremo aliciente en aquellas semanas de absoluto tedio apenas amenizado por las disputas con su augusto hermano y los

juegos de los niños!

No tardó en aparecer en el comedor, debidamente vestida —es decir, con rigor y elegancia— y rodeada por todos sus criados. Como suele suceder en las relaciones entre la autoridad y el servicio, los que antes proclamaban la noticia a voz en grito no se atrevían ahora a proferir palabra. Y Octavia tuvo que recurrir a su hombre de confianza —como a él mismo le gustaba llamarse— para que la informase debidamente sobre la causa de tanta confusión.

De manera que el lindo Adonis, pregonero de la alegría matinal, con su liviano quitón azul celeste, se adelantó a la fila de los demás servidores y dijo:

—Hazte fuerte, mi señora Octavia. Pues mi señor Marco Antonio ha sido derrotado en tierras de Asia.

Octavia clavó las uñas en sus caderas para reprimir cualquier emoción. Pero Adonis, que las presentía todas, añadió:

—Observa que te lo digo sin retórica alguna. Ni falta hace, dada la magnitud de la catástrofe.

—Ésta es la noticia que trajo ahora mismo el soldado procedente de Partía —dijo la nodriza de sus hijos.

—¿Sabéis adónde se dirigía? —preguntó Octavia.

—A casa de tu hermano, por supuesto. Y hasta se sentía culpable, pues entendía que era su obligación informarle a él antes que a nadie. Pero su esposa le dijo que las mujeres son las primeras que deben dolerse en estos casos. Pues son quienes corren a quemar incienso a la casa de las Vírgenes Vestales.

Octavia tomó una decisión repentina y más necesaria que meditada. Apoyándose en el hombro de su servidor preferido, dijo:

—Dulce Adonis, dispón que preparen inmediatamente mi litera. Voy a desplazarme a la ciudad. Es preciso que llegue a casa de mi hermano al

mismo tiempo que el mensajero.

Mientras los esclavos corrían a disponer su litera, mientras Adonis se apresuraba a encontrar su estola más elegante —por tanto, la menos vistosa—, Octavia reaccionó con cierta nostalgia, pues era la estola que llevó en su último encuentro con Antonio en Roma. Un día particularmente cruel y, por lo tanto, una memoria desgraciada cuyas consecuencias arrastraba todavía en sus constantes disputas con su hermano.

Como ella misma, su recuerdo seguía dividido, su memoria navegaba bajo dos estandartes. Mientras Octavio intentaba convencerla de que debía abandonar la casa de Antonio donde su presencia era vana y acaso ridícula, el recuerdo de éste navegaba libremente, como un corsario loco que quisiera imponer su voluntad contra todas las leyes de la razón.

No había vuelto a verle desde el nacimiento de su tercer hijo (un niño que, en opinión del indiscreto Adonis, «llegaba tarde a todo»). Y recordaba aquella ocasión con especial ternura —o cuanto menos simpatía— porque en ella se mostró lo mejor del Antonio que ella había amado. Y recordó la ingenuidad de su orgullo cuando le inscribió a la criatura en el registro civil, jactándose de su nacimiento como otra gesta heroica, propia del mortal que supera a los dioses en lo de dar a la república más vástagos que granos tiene la arena del desierto.

Arena del desierto era ya el recuerdo de su última presencia. Un recuerdo más, un viento ni bueno ni malo; algo que soplabá, simplemente. Un amuleto que quedó colgando del cuello del niño, para que le protegiese de los azares del mundo. Un cumplir con los deberes de todo padre romano para luego marcharse a esparcir, por algún lugar de Oriente, sus cariños de esposo.

Con ser una evidencia, la situación no influyó en las decisiones de Octavia, aquella mañana en que conoció la derrota del Antonio guerrero.

Una vez más, se dirigía a defender al esposo contra las iras del hermano. Y aunque intentaba acorazarse contra la severidad implacable de este último, reconoció que en el fondo no la amedrentaba en absoluto. Al fin y al cabo contaba, con una ventaja que los demás desconocían: era la única persona capaz de arrancar la máscara de severidad que cubría el rostro de Octavio y descubrir que, en él, había amor. Y mucho.

Por extraño que pudiese parecer a su carácter glacial, enemigo de toda extroversión, Octavio la amaba entrañablemente. Sus virtudes iban más allá del prestigio y despertaban el único afecto verdadero que había sentido en toda su vida. O acaso no fuese el único. Pues en algún espacio de su corazón, en el más singular sin duda, guardaba otro pedazo de sentimiento para su enemigo más odiado. Para Marco Antonio, precisamente.

Las almas heladas reservan a menudo esta suerte de sorpresas que un espíritu ardiente y abierto sería incapaz de comprender. Así, el odio entre los dos hombres que se disputaban el dominio del mundo podía transfigurarse en amor sincero que no nacía de los triunfos repartidos, sino de los momentos de ocio que llegaron a compartir. De una camaradería capaz incluso de desencadenar celos mucho más furiosos que los de los célebres amantes de la lírica antigua. Y si Octavio recurría a su espíritu analítico, generalmente implacable, para descubrir las raíces de aquel amor entre camaradas, aquel sentimiento que su razón no sabría disculpar, entonces veíase obligado a reconocer el encanto de su amigo de otros tiempos. Y al recordar las muchas cosas que aprendió de él, le pintaba bajo los rasgos del héroe al que se acostumbró a admirar, olvidando por unos momentos al fante que le irritaba.

Por todo lo dicho, Octavia dedujo que si un Antonio borracho era capaz de despertar las iras de Octavio y un Antonio victorioso podía inspirarle recelos, un Marco Antonio derrotado bien podía llamar con

éxito a las puertas de aquel afecto, aquella ternura, que sólo ella conocía.

Pero cuando Octavio la recibió en su estudio, sintió que su presencia no era deseada. Lo era la de Agripa, guerrero valeroso, ciudadano siempre certero en su criterio, y lo era más aún la del soldado que acababa de llegar de Asia. Pero Octavia constituía un estorbo. Y esto fue precisamente lo que la animó a combatir para dejar de serlo. ¡Así y no de otro modo actúan en política las mujeres extraordinarias!

—Tratándose de una derrota de tal magnitud, podría considerarse un secreto para Roma—dijo Octavio.

—Entonces mayor afrenta contra mi reputación sería el irme sin oírlo, pues mi hermano me tendría por una ciudadana indigna de escuchar un desastre que, infligido a Roma, se le inflige a ella. Por dos motivos sería, pues, oprobiosa mi ausencia. Porque se me niega el derecho a ser esposa y al mismo tiempo el de ser romana.

Las facciones del hermano no se inmutaron. Sólo se permitió un gesto de parca gentileza, que invitaba a Octavia a tomar asiento.

Y cuando ya el soldado Lucio estaba recuperado de la fatiga y el vino ponía un brillo de viveza en sus ojillos rodeados de arrugas, empezó su narración.

—¡Triste jornada! —exclamó, imitando los lamentos de un histrión—. ¡Luctuoso día en que el mayor ejército del mundo cayó víctima de las asechanzas del enemigo más cruel, del enemigo más bárbaro...!

—Contén tu tendencia al exceso verbal —ordenó Octavio secamente, y posó en los ojos del hombre aquella mirada que intimidaba a cuantos la recibían—. Quiero datos exactos y cifras precisas. ¿Cuántos hombres ha perdido Antonio?

—Unos veinticinco mil, entre legionarios y jinetes...

—Por los dioses que no es una cifra baja —murmuró Octavio, cerrando el puño contra el brazo de la silla.

—Esto sólo en la batalla... —murmuró el soldado. Y, tímidamente, añadió—: Después, llegó el invierno... el invierno que, como sabes, traga todo cuanto le echen. Otros ocho mil hombres quedaron sepultados bajo las nieves de Armenia...

Se produjo un silencio tan denso que el mensajero pudo palparlo. Los rostros de los dos hermanos seguían sin expresar sus verdaderas emociones, pero en el de Agripa, quebrado ya por los años y la experiencia, hizo mella el alcance de la catástrofe.

—¡Sin duda se volvió loco! —exclamó—. ¿No tenía previsto aplazar la campaña hasta la primavera? —el soldado asintió con la cabeza—. ¿Cómo pudo ocurrírsele adelantarla?

—Cierto —dijo Octavio—. Ni el peor estratega atacaría cuando todos los elementos están en su contra. ¿Qué motivos le impulsaron a hacerlo? —y, suspirando irónicamente, añadió—: A veces, amada Octavia, tu esposo obra muy a la ligera.

Octavia no contestó. Conservaba su actitud rígida y mantenía la mirada perdida en la distancia.

—Llevaba encima el mal agüero a causa de la reina Cleopatra de Egipto —exclamó el soldado, titubeando. Y añadió—: Conste que, al hablar así, pido perdón a la noble Octavia...

El gélido Octavio demostró uno de sus escasos gestos de ternura al estrechar la mano de su hermana con algo que, por lo menos, pareció afecto. Y el soldado le admiró por un instante y decidió que no era tan frío como aseguraban sus enemigos.

—En su afán por pasar el invierno en Alejandría, junto a aquella reina tan perversa, Antonio abrió la campaña antes de tiempo. Después de la catástrofe, los que estuvieron más cerca de él dijeron que actuó en todo momento de una manera muy confusa. Dicen que no era dueño de su razón. Y esto sí pudimos notarlo todos los soldados, cada vez que nos

engaba, ya para animarnos, ya para consolarnos... era como si estuviese bajo la influencia de no sé qué drogas o sortilegios extraños...

—Ningún sortilegio —murmuró Octavia, en tono tan bajo y melodioso que era como si lanzase su voz a la lejanía—: Ningún sortilegio... ninguna droga extraña.

—Dicen que sólo pensaba en la reina. Lo pregonaba a todas horas. Y tenía tanta prisa por reunirse con ella en Alejandría, que lo antepuso todo a este propósito. Necesitaba vencer a sus enemigos cuanto antes y correr a gozarla con Cleopatra.

Al conjuro de aquel nombre, Octavio ya no pudo contener su ira. Y fue ésta como un resorte que le impulsó a levantarse.

—¡Pobre estúpido! —exclamó—. Con todas las cartas en su mano y fue a jugarlas precipitadamente en el lecho de una puta. Perdona mi furia, dulce Octavia, pero tú sabes que a pesar de nuestras desavenencias siento afecto por tu esposo. Y no soy jugador a quien le guste que le regalen las partidas sin ganarlas.

—¡Nunca volverá a disponer de un ejército semejante! —se quejaba Agripa, dando vueltas por la estancia—. ¡Asia entera temblaba bajo el galope de tantos caballos! Sesenta mil hombres de infantería, otros diez mil entre íberos y celtas, seis mil jinetes del rey de Persia y treinta mil más de otros aliados... ¡Tiemblo al pensar dónde ha ido a parar esta tremenda reunión de fuerzas! Tiemblo al pensar cómo terminará Antonio...

—Quedó con los restos de nuestro diezmado ejército. En Antioquía, según creo. Desesperado... y solo.

—¿Solo dices? —exclamó Octavio, en tono sarcástico—. Confías demasiado en tu general. Vivirá rodeado de sus danzarinas, sus saltimbanquis y sus faunos... Nunca estará solo.

—Por cierto que no —intervino Octavia, incorporándose. Y quedó

entonces a la altura de su hermano. Y toda su resignación se trocó en autoridad al decir—: Octavia y todo cuanto representa estará a su lado.

—¡Tu orgullo, Octavia! ¿Es posible que pueda doblegarse tan fácilmente?

—Mi orgullo es ser esposa de Antonio como lo es ser hermana de Octavio. Y no sería orgullo, sino simple vanidad adolescente, si la desgracia de cualquiera de los dos pudiese doblegarla.

Agripa se le acercó. Y al hablar fue el amigo prudente y sincero de siempre.

—Tu hermano tiene razón, noble Octavia. La situación de Antonio es penosa, y esto le hace acceder con mayor facilidad al corazón de las mujeres. ¿Cuál no se conmovería ante la imagen de su desamparo en un país remoto? Pero tú posees un temple y un orgullo que han sido probados, demostrados y; además, aplaudidos. Apelando a tu condición, apelando a tu nombre, yo te digo que no puedes pasar por alto las vejaciones de que te hizo objeto Antonio.

—Noble Agripa, todo este temple, todo este orgullo no evitan que, entre todos los que estáis luchando por el dominio del mundo, mi situación sea la más comprometida. Repito ahora lo que ya dije en cierta ocasión y no he dejado de repetirme a mí misma desde entonces: «Si prevalecen los peores consejos y tiene lugar una guerra, es incierto, cuál de los dos está destinado a vencer o ser vencido. Pero en cualquiera de los dos casos, mi suerte es miserable...».

Si no conmovido, Octavio sintióse impresionado por aquellas palabras y una vez más admiró en su hermana lo mejor de aquella tradición romana que él mismo intentaba imponer... aunque fuese a sangre y fuego.

Pero tras su arrebató de indudable admiración, más allá de un cariño fraternal sobradamente demostrado, latía una razón última, que colocaba

el interés en primer término y su voluntad cesárea en la avanzadilla más destacada. Todo lo cual no pasó desapercibido a Agripa, quien conocía la capacidad de aquel extraño joven para adaptar sus sentimientos a las necesidades variopintas del camaleón.

—Pido tu permiso para acudir en su ayuda —dijo Octavia—. En cuanto a Roma, exijo que me lo conceda, porque es por el bien de la propia Roma.

—Que sea por el de todos —dijo Octavio, sonriente ya—. Este soldado precederá tus pasos, llevando a Antonio la noticia de que piensas reunirte con él.

—Le esperaré en Atenas, porque no sería digno de la esposa de Antonio que fuese a buscarle entre sus tropas, como una vulgar soldadera. Ya ves, hermano, que Octavia sabe guardar su dignidad. Y de tal modo la guardo que te pido no sea un vulgar soldado quien lleve las noticias, sino un amigo de Antonio, alguien merecedor de toda su confianza...

Preguntó al soldado qué efectivos podía necesitar el ejército de Antonio, en su derrota. Y cuando Lucio hubo enumerado los auxilios más urgentes, añadió ella:

—Para demostrar a mi señor Antonio el amor que le tiene Roma, me darás dos mil soldados equipados como cohortes pretorianas, con armamento completo y de la mejor calidad...

Octavio continuaba sonriendo:

—Concedido. Pues es Roma quien se lo da a uno de sus hijos más preclaros.

—También una gran cantidad de ropa para los soldados, haberío suficiente para compensar las pérdidas, dinero y regalos para los oficiales y amigos de Antonio.

¡Y Octavio no dejaba de sonreír!

—Todo se hará como tú dices. Y el maltrecho ejército de Antonio

brillará en la derrota como si hubiese obtenido la más sonada de las victorias. Y sus oficiales ensalzarán tu categoría, pues es bien cierto que ninguna dama que se estime acude a un funeral o a un casamiento sin llevar algún obsequio para los invitados... Aunque mucho me temo que, a la larga, el invitado principal de este gran festín será la Muerte.

Agripa ofreció su brazo a Octavia y ambos abandonaron la habitación, dejando al joven César a solas, no con sus sueños sino contra los sueños de los demás. Y todavía tuvo tiempo de preguntar al soldado:

—¿Conoce la reina de Egipto estos tristes sucesos?

—Es de suponer. En estos tiempos, las noticias vuelan. ¡Lo que sucede en Roma ya se sabe al cabo de quince días en Alejandría! Además, noble señor, es lógico que la reina de Egipto reciba noticias de Antonio antes que nadie...

—¿Por ser su amante?

—Porque le ha dado otro hijo.

Ante el asombro del soldado, Octavio soltó una risotada clamorosa.

—¿Luego Hércules continúa empeñado en poblar el universo con su prole privilegiada? No dudo de que ahora dispondrá de más tiempo. Si ya lo tuvo para engendrar tantos vástagos entre victoria y victoria, el tiempo entre dos derrotas es largo y aburrido...

—Perdóname, César, pero Antonio sólo ha tenido una derrota hasta ahora.

—Cierto. Sólo una... ¡hasta ahora! Toma tu recompensa por habérmelo recordado...

Le entregó una bolsa llena de monedas, que el soldado supo agradecer con mirada bovina...

—Gracias, César...

—¿Por qué me llamas de este modo?

—Todo el mundo sabe que eres el heredero del gran Julio.

—¿Está esto en boca del ejército?

—Y hasta del pueblo.

Octavio fingió cierto dolor al exclamar:

—Hay quien dice que el verdadero heredero de César es el hijo que éste tuvo con Cleopatra.

—Ningún romano de corazón osaría decirlo, señor. Ése es un bastardo. Es un monstruo que salió de una mala cópula entre la loba del Capitolio y un basilisco del Nilo...

—Justa definición, soldado. Tan justa que, en adelante, tu César piensa adoptarla para divertir a sus amigos...

Pero fue él quien se divirtió cuando, ya a solas consigo mismo, reveló a su propia alma todas las cartas de su juego. Y aunque eran oscuras, no eran atípicas.

«Sin tú saberlo, noble Octavia, juegas a mi favor y en contra de tu marido. Tú corres a ayudarle, sin presentir que te rechazará una vez más. Tus virtudes le aguardarán en Atenas, pero su nave se desviará hacia Alejandría... o no conozco el mundo. Pero esto no debe preocuparte. Ye tras él, humíllate y, mientras tanto, el tiempo trabajará en mi favor. Cuando todos te sepan hundida, cuando vean la más noble de todas las romanas desplazada por la más viciosa de todas las egipcias, te compadecerán y exigirán venganza. Al ceder en tu orgullo, no harás otra cosa que fomentar el amor propio de Roma. El pueblo dirá entonces la última palabra, como debe ser en una República que aspira a tan altos destinos. El pueblo hará oír su voz soberana. Y será una voz muy sabia, porque antes habrá escuchado la de Octavio César Augusto.»

Y cerró los ojos con extrema condolencia. Al fin y al cabo, consideraba que su voz era muy humilde, aunque fuese la elegida.

La derrota de Antonio en tierras partas no fue interpretada en Roma del mismo modo que en Alejandría. Cambió sin duda el tono de la angustia. Para el pilar del mundo que era Octavio, importaron unas cifras concretas sobre pérdidas que podían ser esgrimidas como arma en el Senado. Para la serpiente del Nilo las cifras fueron un dato para uso exclusivo de extranjeros (bien dice cierto refrán de las esquinas que a romano muerto romano puesto y todos en el mismo saco). Para la serpiente del Nilo ni siquiera existía el lugar llamado Partía (nunca supo el porqué de aquel interés de Roma por un pedazo de tierra tan poco importante). Para la sierpe, en fin, importaba especialmente lo que la derrota tenía de fracaso, Y cuantos la conocían comprendieron que era un mal augurio para el inicio de su gran sueño de dominio.

El heraldo del infortunio se encontraba frente a ella en sus habitaciones privadas. Y aunque fuese un romano era, ante todo, un enlace con los sueños de Antonio.

—Señora, yo soy un profesional de la guerra y puedo decirles que nunca vi un desastre semejante. No lo recuerdo de los tiempos modernos, ni sé de nadie que pueda recordarlo desde que cayó Troya en manos de los griegos, según aseguran los cantares que a veces amenizan los banquetes en los campamentos y los cuarteles. No sé cómo expresarme, porque no soy docto. Mi padre era panadero y mi madre lavaba ropa para las vecinas del Testaccio. De manera que no tengo letras, pero sí estos ojos y un corazón. Y no sé cómo los ojos no quedaron ciegos y no sé cómo es que el corazón sigue latiendo. Pero como no estoy escaso de entendederas comprendo que seguramente el belicoso Marte retiró su petición a Antonio, porque está demasiado pendiente de su dios protector, Dionisos. Y pues los dioses tienen celos entre ellos y andan a veces a la

greña, lo cual es bien sabido desde que se dividieron en bandos cuando el sitio de la llamada Troya...

La reina se arrojó sobre la mesa en un arrebato de cólera.

—¿De qué hablas, insensato? —exclamó—. ¿Qué tanta Troya y tantos dioses que no sirven para nada? Dime de una vez, ¿quién derrotó a Antonio?

—Primero el rey de los partos, ese tal Fraates nombre adverso para Roma. Pero el remate lo dio el invierno, ya os lo he dicho.

—¿Es otro dios romano? Mira que te haré flagelar si continuas diciendo estupideces.

—Ay, señora. El invierno que llega para todos (y quieran los dioses que no lo conozcáis en Alejandría) cayó sobre las montañas de Armenia, después de la derrota en manos de los partos.

—¿En Armenia, dices? ¿Qué hacíais en Armenia? ¿No era en Partia la guerra?

—Nos batíamos en retirada porque en Partia la guerra se había convertido en una inmensa catástrofe.

—Mientes, perro. Antonio tenía pensada una gran estrategia. Iba a sorprender a los partos por el flanco que nunca habían atacado los romanos. ¿No lo hizo?

—Sí, mi señora. Pero su estrategia fue inútil. Por una vez que sorprendimos a los partos, ellos nos sorprendieron a nosotros quince. Ya veis qué mal negocio. ¿Conoces aquel terreno? Es agreste, accidentado, tan abundante en erosiones y pasillos naturales que lo tendríais por domicilio de los propios demonios. Todo son desfiladeros taponados por altísimos riscos, senderos abiertos en el monte, laderas que, de tan inclinadas, parecen precipitarse sobre uno, gargantas tan estrechas que a veces no podía pasar un legionario cargado con su equipo de campaña y teníamos que turnarnos. Yo digo que si las comparas con el terreno de

Partia, las infernales cuevas de Proserpina son holgadas como la campiña romana y abiertas como vuestros desiertos.

—¿Y las máquinas? Antonio me dijo que se llevaba las más tremendas. Catapultas, torres de asalto y un ariete tan enorme que era capaz de abrir boquetes en las murallas más sólidas.

—¡Tantas máquinas para tan pocas ciudades que asaltar! Si al principio fue un adelanto que llenó de orgullo a todas las legiones, poco a poco se convirtieron en un estorbo. ¿Cómo transportar ingenios tan descomunales por desfiladeros que no permitían el paso de un hombre? ¿De qué iban a servir las catapultas, si de repente nos atacaban por sorpresa los arqueros partos, que tienen fama de ser los mejores de Asia? Fue necesario formar dos ejércitos distintos: en uno iban los hombres, en el otro las máquinas. Cuando coincidían, ya era demasiado tarde. Habíamos sufrido una emboscada en una cañada muy angosta, de esas que si se sitúan los arqueros en lo alto pueden enviar sus flechas como si fuese una lluvia. Y cuando no era una garganta era un llano en el que nos habíamos detenido para descansar la fatiga de tanto subir y bajar riscos. Entonces se oía la voz de alerta, porque aparecían en lontananza las tropas del rey de los partos. Y nos disponíamos a preparar la tortuga, que es la estrategia infalible de las legiones de Roma en cualquier batalla. Pues ni esto servía, porque mientras preparábamos los escudos ya estaba sobre nosotros la caballería enemiga, con sus lanzas atravesando pechos y sus mazas aplastando molleras. Así todos los días. Y la moral menguaba como una luna insatisfecha, y ya nadie creía en los gritos de victoria que se esforzaba en proferir Antonio. Pues he de decir en su honor, y para asegurar la perpetua gloria que merece, que aun con el rostro fatigado y unos andares cansinos y una expresión como de no estar al caso, él continuaba lanzándonos arengas y recordándonos que si tomábamos Partia vengaríamos el ultraje que ésta infligió a Roma por no dejarse

someter en el pasado. Y no había legionario que no le tomase voluntad a Antonio, si no se la tenía ya, pues justo es reconocer que cuanto más cansado se sentía más obligado se mostraba con todos nosotros. Y más mérito hay en ello cuando piensas que mientras nos animaba estaba pensando en el suicidio.

—¿Qué dices, perro? —exclamó Cleopatra—. ¿Así te atreves a desafiar a los propios dioses?

—Señora, mi señora, yo sólo te repito lo que oí de muy buen oído y dijeron con mejor decir quienes lo oyeron de más cerca. Que Antonio llamó a uno de su escolta personal, un liberto llamado Ramen, y le hizo jurar que cuando él se lo ordenase le cortaría la cabeza, porque no quería que sus enemigos le atrapasen vivo ni que en el caso de encontrarse muerto, reconociesen su cadáver. Tal era su pudor ante la derrota.

Cleopatra se cubrió el rostro en señal de duelo:

—¿Y cuál es el mío, que todavía me obliga a retener las lágrimas? ¡Desdichado pudor que me impide gritar como la más desdichada de las hembras...! —De repente, se aferró a las manos de sus doncellas—. Carmiana, Iris. No sé qué nuevo sentimiento me asalta. Pero me da miedo, porque es mucho más intenso que cualquiera de los que sentí hasta ahora.

El soldado prosiguió su relato:

—Pero estas derrotas sólo fueron el comienzo de males aún peores, como si Marte, jugueteón además de vengativo, se hubiese aliado con las sucias parcas. Antonio lo veía ya todo perdido, hasta el punto de vestirse con un sayo negro para inspirarnos piedad cuando nos arengaba. Y tan perdido estaba todo, como digo, que recibimos orden de retroceder. Y se hizo sin orden, ni concierto, ni medida, ni meditación. Y empezó el hambre, que nunca conozcas, mi reina, pues sólo quien lo conoció una vez sabe con qué cuchilladas te rasga las entrañas. Y empezó además la

sed, que fue aún más terrible, porque nos asaltaba al mismo tiempo que los partos, y así teníamos que levantar las espadas más pesadas con la garganta seca de dos días. De repente, aparecían manantiales, y la tropa rompía las filas para dejarlos secos, aquellos y todos los del mundo que se hubieran presentado. Pues teníamos paja en la boca y no saliva, teníamos estrías en la lengua y fuego en las entrañas. ¡Pero hasta el consuelo de los manantiales contenía otra venganza de los dioses! Y es que si bien el agua era fresca y límpida, una vez bebida producía unos dolores espantosos, acompañados de retortijones de vientre y aquella baba que produce el más infecto de los males cuando cae en epidemia sobre la tierra. Y de esta guisa eran todos los manantiales que encontrábamos en aquel país maldito. Y así morían nuestros hombres, a cientos, a miles luego, como envenenados, yo no sé si por el agua o porque hay en Partia dioses tenebrosos que juraron odio eterno a los romanos.

—¿Qué suceso más funesto todavía podrás contarme después de esta hecatombe?

—El invierno, señora.

—Antes me enfurecía tu insistencia. Ahora tiemblo porque imagino un azote que por ser el último será el más terrible. Dices que llegó el invierno...

Ya en Armenia, señora, cuando dábamos todo por perdido y los más desesperados decían que incluso Antonio se había dado muerte. ¡Mejor lo hubiera hecho mi pobre general, para ahorrarse el ver tanta miseria! Pues es cierto que cayó el invierno sobre las montañas y sólo quien lo ha vivido puede comprender que si le cambias una sola letra la palabra invierno puede convertirse en infierno. Odiaré para siempre esta estación. Odiaré para siempre la nieve. Odiaré el hielo por mucho que lo desee en una tarde de canícula en mi agobiante barrio de Roma...

—¿Qué me importan a mí tus odios? ¡Háblame de Antonio!

—Decidió la retirada porque, entre tantas calamidades y tanta hambre y tantas aguas apestadas, los partos continuaban hostigándonos con sus escaramuzas. Y empezamos a salir del territorio, camino de Armenia que, como sabes, es un país amigo o cuanto menos finge serlo (pues ya no sé si existe amistad posible en un caso de guerra, tan locos se vuelven los hombres). El ejército, diezmado hasta un número escalofriante de bajas, empezó a subir montes, a cruzar desfiladeros, a dejar atrás llanos y cañadas. Y de pronto se volvió el cielo negro, los vientos fueron cuchillos afilados, y empezó a caer la lluvia y con ella el fango. Y después llegó la nieve y con ella el hielo. A duras penas podíamos avanzar, tanta fatiga llevábamos a cuestas, además de las mochilas, las armas, el escudo y todas las provisiones que siempre han constituido el hogar portátil y la gloria de los legionarios. Pero ¡qué gloria ni qué mierda puesta! El equipo nos impedía avanzar, las espadas pesaban como carros, los escudos ya no servían para nada. ¡Si hubieseis visto cómo arrojábamos a nuestro paso los objetos que estaban destinados a conquistar el mundo! De todos ellos sólo nos servía el casco, que por lo menos nos protegía de las ventoleras, y la capa, que ya no sabíamos cómo enrollarla para que nos cubriese más partes del cuerpo. Y nos servían si acaso las sandalias, aunque estaban agujereadas y sentíamos que la nieve se introducía por los agujeros como clavos en la mano de un crucificado. De modo que cuando caía uno de nuestros compañeros, corríamos los demás a arrebatarse la capa de lana y la cortábamos en pedazos para forrarnos los pies y así avanzar unas millas hacia cualquier monte, porque esperábamos que detrás estuviese por fin la primavera. Pero cuantas más montañas cruzábamos, más nieve y más hielo y más viento se atería a nuestros huesos y ponía en los rostros un color tirando a morado, y en las narices un moquillo como el que tienen los perros y en los labios una hinchazón

de sangre coagulada. Y conste que este soldado que os habla nunca ha sido friolero.

»Es fácil para Egipto reírse del invierno cuando son tibias sus noches más heladas, pero yo he vivido la agonía de mis hombres y os digo que nunca conocí enemigo más terrible, ni asaltante más inesperado. Yo he visto a jóvenes reclutas quedarse entumecidos en la nieve, y he visto el cadáver de mi amigo volverse duro como el propio hielo y he visto a los caballos quedarse paralizados como montañas de piedra completamente blanca. ¿Qué otras cosas puedo contarte, reina mía? Que el más glorioso de todos los ejércitos parecía un cortejo de mendigos, harapientos, muertos de hambre, con las manos congeladas, el rostro paralizado y los pies reventando sabañones. ¿Queréis más, reina de cálidas tierras? Si caíamos dormidos despertábamos cubiertos de nieve, y de este modo todo el campamento era un cúmulo de colinas o de tumbas formadas por la nevada de la noche. Nos despertábamos debajo, y al sacudirnos la nieve veíamos que aún quedaban otros, que habían muerto o permanecían soterrados por voluntad propia. Y si alguien pretendía despertarlos susurraban en voz queda: «No me despertéis, dejadme bajo la nieve, decid que estoy muerto porque si me quedo aquí podré estarlo dentro de un rato y así habrán terminado mis padecimientos». Y de esta manera fuimos dejando muchos compañeros por el camino. Y cuanto más seguíamos más arreciaba el hambre. Y empezamos a comernos los caballos y hasta a los mismísimos legionarios difuntos nos habríamos comido si no llegamos a salir de Armenia...

—¿Y Antonio?

El tono del hombre cambió, tomando acentos más cálidos y hasta entusiastas.

—Antonio es un lujo para Roma. No desciende de los dioses que asegura, sino de algún dios de gran bondad que todavía está por

descubrir. Un pésimo estratega, según reconocen todos, pero el más noble general que jamás mamase de la santa loba. No hubo padecimiento de sus hombres que él no sufriese en mayor medida. Cien se cansaban, él sufría el cansancio por doscientos. Cien ayunaban, él repartía su comida entre el doble. Y si mil lloraban él se hubiese hundido teas encendidas en los ojos para que su dolor fuese superior a cualquier llanto. Soportando sobre sus hombros todo el desengaño de la derrota, bajó del podio de los generales y se puso a caminar entre nosotros. Todo en él era consuelo, aliento, ánimo y vigor. Todo en él era más grande que el desastre.

—¿Dónde quedó?

—En Antioquía, esperando vuestras órdenes.

—Por los dioses que sólo puedo darle súplicas. Díselo así.

—No entiendo vuestro lenguaje, señora. ¿Quién suplica en esta historia?

—La reina de Egipto a su general triunfante.

—¿Triunfante, decís? —y el hombre la miraba de hito en hito.

Y si intentaba consultar la mirada de las doncellas todavía quedaba más extrañado, pues aparecían tan pendientes de la menor reacción de la reina que lloraban de emoción.

—Di a mi basto general lo que él entenderá sin necesidad de otras palabras. Dile: «Alejandría te espera». Dile también: «El amor está en Alejandría». Y que sepa que el clima es excelente y han florecido las mimosas y cada día se cambian las flores en la habitación donde se educan sus tres hijos.

—Y si él lo entiende, señora, es que además de bueno es adivino.

Pero Cleopatra no le escuchaba. Algo acababa de morir en su interior. Y nacía un sentimiento nuevo que sólo se llamaba Antonio.

—Vete ya —ordenó Cleopatra al legionario—. Vete y llévate contigo al invierno de Armenia. ¡Los dioses saben que en un trance como éste mis ojos necesitan ver la primavera de la vida!

Los hombres de Apolodoro se llevaron al decurión y cuando las doncellas intentaron acercarse a la reina, en actitud solícita, ella las rechazó con un gesto enérgico, pero en ningún modo airado. Carmiana e Iris, que se preciaban de conocerla mejor que las demás, supieron observar en su rostro un resplandor que sólo le conocían de los tiempos en que estuvo enamorada... o creyó estarlo.

—Creí estar enamorada hace unos años —susurró para sí, mientras echaba a sus doncellas con golpes suaves, casi insinuándolos—. Pensé que el amor era realmente aquel azogue, aquella locura en los sentidos...

La voz de Sosígenes sonó en el umbral de la puerta.

—¡Antonio derrotado! —exclamó el anciano, entrando en la estancia—. Ahora podrás aprovecharte.

Y dijérase que la noticia había acabado con todos sus achaques, tal era la agilidad de sus gestos y la prisa de sus pasos.

—Antonio derrotado —susurraba Cleopatra—. Antonio caído. Es como si el gigante hubiese perdido el equilibrio.

—Esto le pone en tus manos...

—¿Qué estás diciendo?

—Depende de ti, Cleopatra. ¡Está vencido!

Un rayo de furia atravesó la mirada de la reina.

—Tus palabras devuelven el invierno a mis estancias. ¿Eres tú peor que los partos, cuando te alegras de la primera derrota de mi héroe? ¡Pobre Antonio! Si así celebran su infortunio los amigos de su amante, ¿qué no dirán quienes le odian? Deberías irte con Octavio para encontrar

un compañero de alegría. ¡No lo busques en Cleopatra! No lo busques en la mujer de Antonio...

Sentía en su interior una dicha nueva, toda su alma se henchía con una profunda ternura que en nada se parecía a aquella lejana pasión de su juventud. Pero al mismo tiempo la rejuvenecía de tal modo que regresó por un instante aquella muchachita todavía virgen que echó a correr hacia la terraza porque sus damas anunciaban la llegada del más gallardo de todos los capitanes de Roma.

Así corrió Cleopatra, aunque habían transcurrido más de veinte años. Se precipitó hacia la misma terraza, como si no llevase la pesada corona de los dos países, como si sus sienes estuviesen rodeadas por una guirnalda de diminutos lirios blancos.

—¡Antonio vencido! —exclamó—. ¡Antonio amado!

Llegó a la balaustrada y sintió que el viento griego llevaba a sus mejillas la suave condescendencia de un beso nunca presentido, nunca deseado. Rodeó con ambos brazos uno de los enormes jarrones de granito rojo y sintió que abrazaba a una quimera, algo carente de consistencia y que, sin embargo, se apoderaba de su alma sólo para elevarla. Entonces se echó a llorar.

«Vuelve de una vez —pensaba—. Ven, amado, porque mi corazón estrena una melodía enteramente nueva y sus notas son vírgenes y tú no la conoces pese a que te está dedicada. ¡Jamás sentí tanta armonía, nunca oí estos sonos hasta ahora, y no sé qué nombre darles! Ya no pueden llamarse Antonio, ya no son de Cleopatra. Son para alguien que está llegando desde más allá del amor, son para alguien que viene a mi desde el otro lado del tiempo. Pero ¿qué está diciendo mi locura? El tiempo y el espacio se han mezclado, porque va a llegar Antonio. Antonio como era y como es, Antonio donde estuvo y donde está. Todos sus rostros a lo largo de los años, su belleza y vejez, su fuerza y su cansancio. Antonio

victorioso en un carro triunfal, Antonio fracasado sobre una mula vieja. ¡Antonio entero! ¡Antonio amado!»

Percibió el cálido contacto de una mano amiga. Y sin necesidad de volverse siquiera supo que era Sosígenes.

—¿Qué buscas en el mar, mi reina?

—La llegada de Antonio, triunfante.

—¿Qué nueva locura te trae este nombre?

—Acaso una locura más lúcida que la razón de todos tus filósofos.

Por ella veo que no amé hasta ahora. Por ella sé que todas las formas del amor sólo fueron un ensayo. Porque estuve loca por un Antonio victorioso y me sentí destruida por un Antonio despreciativo. Porque morí de dolor mientras buscaba el modo de olvidarle. Y al fin regresé a él y mi alma estaba indiferente. Tanto creí amar y de tantas formas distintas que caí en confusión, pues en realidad sólo amaba lo que él provocaba en mi interior, la locura, el desprecio, el odio, el dolor y hasta la indiferencia. Pero no he amado a Antonio hasta hoy, porque hoy Antonio sólo puede ofrecerme su derrota. Porque viene desnudo a mí, sin armas ni bagaje. Ni siquiera tiene pasado, porque la derrota lo borra ante mis ojos.

—Tanto te he oído disertar sobre el amor, que ya no sé qué decir. Si lloro me equivoco porque amas, si me río estoy errando porque odias. ¿Qué hay en este corazón, Cleopatra, qué remolinos, qué extrañas cavernas?

—Mi corazón giró y giró hasta llegar a este momento. Nada hay en él, Sosígenes, que lo diferencie de los demás. Pero hoy se siente nuevo, simplemente.

Apuntó hacia el horizonte con un dedo cargado de sortijas. Y el sol arrancó destellos de delirio a sus uñas pintadas del color de la plata.

—De niña me contabas el origen mítico de Alejandría... por qué llamamos a nuestro puerto «el del buen regreso». Por el marinero

Eunosto, me decías, por algún héroe... no sé, lo confundo y no espero que me lo cuentes ahora. Mi cerebro está ya lleno de datos, y los que me faltan sobre mi corazón ya no va a dármelos el cerebro. Pero mira hacia más allá del horizonte y grita conmigo «Eunosto». Y al oírlo Antonio, en su dolor, que sepa que le espera el buen regreso...

—Tu madurez cabe en el cerebro de una hormiga, reina mía.

—En cierta ocasión te dije: «No me digas mi edad, ya que podría odiarte por ello». Hoy te digo: «Puedes decírmelo, porque son treinta y cuatro años». Y añadiré que no me dan miedo porque son treinta y cuatro diademas para ostentarlas con orgullo en el triunfo de Marco Antonio.

—Sea triunfo, si tú lo dices. Ocúltate a ti misma lo que quieras. Yo me siento viejo para esta suerte de juegos. Pero en verdad te digo que tu madurez es espléndida y podrías disfrutarla más que los años dorados de la juventud. ¿Vas a desperdiciarla poniéndola a los pies de un derrotado?

—Mi madurez llega en el momento más propicio porque ella es la que me aconseja obrar así y no de otro modo. No sé si esto es amor, ni cuál de sus manifestaciones, pues lo siento por primera vez, no tengo práctica y no puedo establecer ninguna comparación. Como tampoco preguntar a los demás, ya que nadie lo sintió antes de ahora. Pero te digo que si nace de saber a Antonio derrotado, si estalla sabiéndole mediocre, quiere decir que este amor me llega desde las fuentes más generosas de la vida y sólo la madurez me capacita para sentirlo plenamente. De haberme llegado cuando era yo más joven, no habría sabido reconocerlo. Por esto bendigo los años que han pasado. Y por esto espero que sigan cayendo, porque todas las artimañas de la juventud no valen lo que esta seguridad de ahora.

—¿Y si Antonio no es capaz de valorar los insensatos regalos que le ofreces?

—Es inútil pensarlo. ¿Qué podría importarme, si el sentimiento es

mío y cuanto más va hacia él más recompensado vuelve?

—¡En fin! —suspiró Sosígenes, con notable escepticismo—. Hete aquí que el amor volvió a esta casa. Que no salga perjudicado el cerebro en la caída.

—Como sea, no pienso poner redes que la detengan.

Volvió su rostro hacia el horizonte y fijó allí los ojos durante un tiempo que al consejero le pareció interminable y, a ella, un vuelo.

—¡Secúndame, Sosígenes! Grita a los mares el nombre de Antonio, para que el eco le devuelva a Alejandría.

Se perdió su voz sobre las olas como el mágico niño que surcó los mares cabalgando en un delfín de mil colores.

Era un despojo, era un mísero rastro de su gallardía de ayer. Y los exagerados mimos con que sus hombres le trataban lo afirmaba más en su convicción de que era un ser muy triste que ya sólo inspiraba piedad.

Antonio veía desfilar ante sus ojos las costas de Asia. Pero eran ojos perdidos, como cavernas en un rostro surcado por lágrimas que le producían quemaduras en la piel por más que el viento del mar fuese helado y azotase con la fuerza del acero.

Permanecía largas horas en cubierta, rememorando una a una las amargas imágenes de la derrota. Ni siquiera oía el clamor del viento. En su cerebro resonaban los gritos de agonía de sus hombres, sus desesperadas llamadas a los dioses y hasta el relinchar de los caballos, con las patas paralizadas a causa del frío. Y sentía sobre su propio cuerpo el hielo de la derrota y la gelidez de los cadáveres, mientras las costas de Asia llegaban a sus ojos y se alejaban al instante, como si fuesen producto de la alucinación.

Al deslizarse más allá de los acantilados, el sol corría a hundirse en

las olas oscuras. Dijéranse arcanos divinos que hasta entonces estuviesen escondidos en lo más profundo del mar.

Pero este mar, estas costas, ya no eran los prodigiosos espacios, llenos de vida, que cantó la épica de sus amados griegos. Era, por el contrario, el océano funesto, infernal, al que tanto temían los egipcios.

Y entonces comprendió hasta qué punto se hallaba dividida su alma. Ya no tenía la certeza, típicamente romana, de que el mundo empezaba y terminaba en sí mismo. Abandonados los ímpetus del triunfador, su alma ya no se complacía en el vigor patriótico, en la inquebrantable fe en los grandes ideales que habían sustentado toda su carrera. ¡No!

Su alma estaba fragmentada en dos espejismos distintos que, sin embargo, confluían en un punto común. De un lado, el mundo griego, que alimentase las ansias míticas de su juventud; del otro aquel mundo, misterioso y desconocido, que radicaba toda su fuerza a orillas del Nilo.

Cleopatra, criatura de dos mundos, había conseguido sumirle en la misma corriente contradictoria que caracterizaba a Alejandría: una corriente que le alejaba cada vez más de sus orígenes. Y descubrió así que no estaba vacío, que sólo había sustituido un mundo interior por otros mucho más complejos, y acaso más valiosos.

De repente, su derrota empezó a existir en función del amor de Cleopatra. Sólo podía pensar en ella. Debería enfrentarse a su pletórica majestad con las manos vacías; con las manos cortadas. Iba hacia su esplendor completamente mutilado de la gloria con cuyos destellos pretendió deslumbrarla en el pasado. Era un mendigo que sólo podía aspirar a la piedad de una diosa.

Pasaban las horas, pasaban los días y el mar continuaba oscuro y el cielo plomizo. El general apenas probaba la comida, por más que sus oficiales le instaran a hacerlo. Seguía imperturbable, en la misma posición que adoptó cuando partieron de Antioquía. Envuelto de pies a

cabeza por una burda capa de lana, contemplaba el paso de los mares. Y el viento era tan afilado, sus flagelos tan cortantes, que abrieron nuevos surcos en su rostro.

—¡Reina divina! —susurraba—. Ten piedad de este mendigo. No lo arrojes de tu lado.

A veces surgían diminutas islas que recordaban lejanamente a la vida. Pero era una impresión fugaz, pues las islas se perdían a lo lejos, como si el mar se las llevase consigo y no como si el barco las dejase atrás. Porque el navío parecía inmovilizado en un fragmento del tiempo que ya nunca evolucionaría. Y así pasaban pequeños archipiélagos, acantilados embravecidos, playas inmensas como la soledad del alma. El agua continuaba siendo oscura, con el color de los minerales que acarrean el infortunio a los humanos. Y los abismos submarinos parecían una prolongación de los acantilados, brutalmente escindidos, cruelmente asesinados por el mar.

—¡Seré tu esclavo! —susurraba bajo las estrellas—. Seré lo que tú quieras que sea. Pero recíbeme en tus brazos, reina del amor. Apiádate de Marco Antonio.

Y las estrellas continuaban presidiendo el despliegue de su agonía al tiempo que dirigían la navegación hacia las costas del ensueño. Y tanto las miró que hasta hablaba con ellas y les preguntaba sobre su destino, y quería saber cuál de entre todas era la de Egipto porque sabía que, en su deslumbrante tintineo, aparecería el rostro de Cleopatra.

Hasta que un día el mar perdió su color oscuro y las olas se alegraron con la diáfana claridad de un sol que llegaba de la costa, a la cual había llegado antes, procedente de los vastos desiertos de África. Las aguas perdieron la limpieza irreprochable del acero y se llenaron de cascajos y desperdicios y pronto hubo manchas de aceite y restos de comida. Gritaron los vigías que estaban atravesando las gigantescas cloacas de

Aleandría. Y Marco Antonio encontró en aquel arribo una nueva señal de su propia decrepitud.

De repente apareció el faro, la impresionante manifestación de la benevolencia de la ciudad para con todas las almas errantes, todos los olvidados de la vida, todos los mendigos del alma. El faro, maravilla del mundo, estaba allí para recordarle que Aleandría era el hogar. Y con sus luces insistentes parecía repetir: «Éste es Eunosto, el puerto del buen regreso. Ésta es la ciudad de la buena acogida, el paraíso del buen olvido, el lugar que desde la antigüedad más remota sirvió a los marineros para encontrar los caminos más difíciles, las peregrinaciones más arriesgadas. Esto es Eunosto, consuelo de las almas afligidas».

La particular disposición de Aleandría, que está edificada sobre un terreno completamente llano, no permitía ver el puerto hasta que ya casi se estaba en él. Pero esto no fue óbice para que los marineros empezasen a saltar por la cubierta, enloquecidos por la ventolera de febril agitación que llegaba de la ciudad. Y el esclavo Orión suplicó a Antonio que compusiese su aspecto, porque en verdad era lastimoso. No se había lavado en varios días, sus ojos continuaban enrojecidos y la barba, al no estar cuidada, mostraba muchas más canas de lo normal.

Pero Antonio desechó los consejos del esclavo y fijó su mirada a lo lejos, en el punto donde empezaban a emerger los dos puertos y, tras ellos, las formas de la ciudad. Y quiso invocar al viento con un aullido feroz, porque finalmente estaban en Aleandría.

¡Hermosa, altiva, reluciente como él la recordaba! Allí aparecía con sus múltiples palacios de mármol blanco, con las diáfanas escalinatas que comunicaban sus frondosos parques, con el empaque impresionante de sus templos. ¡Allí estaba, híbrida como su historia y majestuosa como el orgullo de quienes la gobernaron! Y el sol le arrancaba tales resplandores que la ciudad entera parecía un himno de triunfo.

Y así eran los cánticos que el viento transportaba desde el puerto. ¡La ciudad estaba en fiestas! La ciudad estaba consagrada a una ceremonia apoteósica, que se brindaba por entero a modo de bienvenida.

Una ingente multitud, ataviada como en las grandes festividades, se había trasladado al puerto nuevo. El gentío lo llenaba hasta el último rincón y los que no cabían se encaramaban por las escalinatas de los palacios, se colgaban de los frontones de la gran biblioteca, se sujetaban a los afilados obeliscos cuyas puntas parecían de acuerdo para recoger los rayos de sol y proyectarlos al unísono hacia la nave de Antonio.

Los oficiales romanos permanecían perplejos en cubierta. Y alguno decidió que se habían equivocado de ciudad o los alejandrinos de barco.

—Extraña manera de recibir a los derrotados —comentó Enobarbo.

Pero Antonio no contestó. Allí, en medio de la multitud, presidiéndola con los más fulgurantes destellos que jamás despidiese hembra alguna, estaba ella.

¡Cleopatra, al fin! La estrella que iluminaba el final de sus caminos. No vestía el traje ceremonial. No fingía ser Isis, ni cualquier otra de las divinidades oficiales que tanto prestigio dan a cualquier ceremonia. Vestía un manto azul que le cubría la cabeza al modo de las castas esposas anhelantes de recibir en su regazo el último aliento del guerrero. Y en la distancia dijérase Penélope que acababa de abandonar su tapiz por unas horas.

Mientras avanzaba hacia la reina, vio Antonio que estaba rodeada por sus íntimos y que tampoco ellos iban vestidos a la manera oficial. Más allá, junto al fiel Sosígenes, se encontraba el heredero del trono, Cesarión, con sus frondosos y negros rizos parecidos a los del propio Antonio. Junto al muchacho, un joven sacerdote de Isis, según daba a entender la cabeza afeitada. Y aun dentro del aturdimiento que le dominaba, Marco Antonio pudo pensar: «Éste debe de ser el violado».

Pero no tuvo tiempo de ir más allá, pues acababa de descubrir a sus propios hijos, a los dos gemelos, y junto a ellos, a una robusta nodriza que sostenía en sus brazos al más pequeño de todos: el reciente Tolomeo Filadelfo.

Y, por fin, ella. Por fin sus ojos profundos, sus labios hinchados en un sesgo de éxtasis que ni siquiera habla conocido en los momentos de máximo placer. Todo su rostro contraído en una expresión de entrega absoluta, en una sonrisa que la hacía parecer la representación misma de la serenidad.

Antonio se avergonzó de su propio aspecto. Sentíase sucio, miserable, envejecido. Y era tan consciente de ello que cerró los ojos y los apretó fuertemente, como si intentase buscar refugio en lo más profundo de su vergüenza. Pero al abrirlos, vio que la reina Cleopatra Séptima, hija de Isis, soberana de las dos tierras, se había arrodillado y, quitándose el manto, dejaba caer su abundante cabellera y la posaba dulcemente sobre sus pies, para limpiarlos del polvo de tantos caminos.

—Bien venido a Eunosto, Marco Antonio. Bien venido al puerto del buen regreso.

La multitud rompió en vítores, las trompetas lanzaron al aire unos sonos clamorosos, los sacerdotes iniciaron un salmo de agradecimiento. Y de los enrojecidos ojos de Antonio brotaron, por fin, las lágrimas.

—Estoy muy cansado —murmuró, de modo que sólo Cleopatra pudiese oírle—. Es como si hubiera muerto.

Cleopatra se incorporó. Era cierto que parecía un muerto en vida. Pero ella tomó su mano con extraordinario vigor. Y puso todas sus fuerzas al exclamar, en un desgarró:

—Has vuelto a casa, amor mío. Sé que has vuelto para no irte jamás. Y, ya en tu casa y con tu amada, no tienes nada que temer.

Levantó su brazo y el de Antonio, unidos ambos por una mano que

dominaba sin herir, que intentaba transmitirle toda la fuerza de la decisión, pero también toda la ternura de un amor, renovado. Y gritó a la multitud:

—Da gracias a los dioses, pueblo de Egipto, porque ha vuelto un amigo. Que se inscriba en todos los templos, en todos los obeliscos y en vuestros corazones. Marco Antonio, amigo de Egipto, ha devuelto la felicidad a Alejandría.

Y de la mano de su amante entró en el templo de Serapis para celebrar una ceremonia de acción de gracias que se prolongaría hasta el próximo plenilunio.

—Cleopatra, llego a ti como un mendigo.

—Amores inmortales han nacido de la mendicidad de un instante...

En la terraza de la reina, Marco Antonio sintió de nuevo el impacto del lujo. Toda la negrura que sus ojos habían almacenado durante los últimos meses se vio llena de luces. Los bancos de mármol, los mosaicos multicolores, las murallas evocando idilios bucólicos, le devolvieron al tiempo de la belleza. Y tembló al pensar que había estado a punto de acostumbrarse a vivir sin estar rodeado de cosas bellas.

Ella le abrió los brazos, dándosele por entero. Si un día le admiró su arrogancia, hoy le arrebató su caída. Iba hacia él sabiéndolo, iba hacia él conociendo sus limitaciones, asumiendo las cosas que jamás sería aun cuando ella soñó que podría serlo todo. Su aspecto fatigado, su torpeza en el andar, sus gestos retardados la sumían en una extraña sensación que, aun siendo misericordiosa, se sublimaba para convertirse en un deseo total, en un fervor absoluto.

—Descansa, Marco Antonio. Y hazlo en mi regazo, porque has regresado a él sin saber que de él habías nacido.

Le condujo hasta el lecho de plumas que, dominando todo el esplendor de la terraza, alcanzaba a abarcar la caída del sol sobre los mares. Y Antonio quedó tendido, con la cabeza depositada en su regazo y los ojos fijos en nubes huidizas que tenían el color de la azalea.

—Dentro de poco tu pelo estará completamente blanco y yo lo amaré más todavía. No tendré miedo, Antonio.

—Estoy sucio, mi reina.

—¡Y estando sucio limpias así mi alma!

—Vengo derrotado.

—¡Y estando derrotado haces que me sienta triunfadora! Entonces quédate para siempre en Alejandría, Marco Antonio. Porque cuando estés limpio y vuelvas a obtener victorias llevarás a su culminación este instante único.

Le besó en la frente. Todos los mundos que había vivido dentro de sí misma, todos los años que se habían ido acumulando sin anunciarse, colisionaban en una apoteosis maravillosa, más aún que la lucha de los planetas en la mágica noche de Osiris.

—Mandaré que te sirvan de beber. ¿Note acuerdas que en la corte de Cleopatra incluso el vino está perfumado? Y haré más con tal de darte gusto: entre las diminutas ondas de vino navegarán, sólo para ti, perlas divinas, esmeraldas, topacios y berilos...

—Ya no, Cleopatra. Pasó el tiempo.

—¿Es que Antonio, además de mendigo, vuelve a Cleopatra moribundo?

Él cerró los ojos. Las uñas plateadas de la reina fueron a pasear sobre sus párpados demasiado enrojecidos. Y también en ellos palpó surcos diminutos.

Regresaba el pasado. La gloria del pasado. Y asimismo sus torturas.

—Todo en ti era fantasía —susurraba Antonio—. Cuando, abrazada a

mi cuerpo, me sugerías al oído las posturas más originales del deseo. Cuando ordenabas a tus esclavos que las representasen ante nuestros ojos mientras yo te poseía. Cuando organizabas un festín, cuando elegías mis vinos, cuando nos mezclábamos disfrazados entre las multitudes del puerto:... ¿Qué otra mujer pudo conocerme mejor? ¿A qué mujer conocí menos?

—Y sin embargo estaba a tu lado, estaba entera detrás de los disfraces que exigías...

—En los amargos días de la derrota se me aparecía constantemente Cleopatra vestida de luto. Era más bella aún que en los festines, mucho más deseable que en los lechos de plumas, mucho más amada que en la intensidad del placer. Y entre tanta belleza, yo no sabía comprender qué lugar podía ocupar Antonio...

—Todos los lugares. Y ahora, mi regazo.

—¡Tu regazo! —sonrió él, tratando de incorporarse fatigosamente—. ¡Antonio habrá retrocedido tanto que se encontrará en la niñez sin él saberlo!

—Los niños, los locos, los iluminados son los predilectos de la gran madre Isis. Yo la represento en la tierra, Antonio...

—Nunca hubo madre, fuese mujer o diosa, que tuviera un hijo tan viejo.

Ahora fue él quien la tomó entre sus brazos, quien recibió las tenues mejillas sobre su coraza de cuero deslucido por los zarpazos del viento, resquebrajado por los rasguños de la derrota.

—Un día te dije que te tomaba de igual a igual, pero ahora no es posible porque yo llego destruido y tú estás triunfante. Deja que los días pasen. Deja que vuelva a sentir el aire de Alejandría. Empezaremos el proyecto que ha de ponernos de nuevo en paridad de condiciones. Te daré lo que te prometí. Devolveré a Egipto sus posesiones en Asia. Y cuando

el Nilo efectúe su gran crecida verás a Cesarión convertido en rey de Egipto.

—Y, llegado este momento, ya no volveremos a conocer la paz. Él suspiró en la libre aceptación de la condena.

—Sin duda porque estamos hechos para la batalla, reina mía. Batalla permanente entre nosotros porque nos amamos, batalla permanente contra el mundo, que tiende a separarnos.

—Contra Octavio... —susurró ella, recuperando parte de su agresividad. Antonio se echó a reír.

—¡Que tiemble Octavio! Porque te tengo a mi lado y a mi altura. Porque tu amor me da una coraza invulnerable. Porque al empuñar la espada sabré que es a ti a quien empuño. Y contigo por escudo y por espada, Oriente ya no tiene puertas, las ciudades no tienen murallas y hasta el tiempo se humilla a nuestros pies, y ya nunca ha de atreverse a transcurrir más de lo que nosotros permitamos que transcurra.

Cayó rendido sobre el lecho y la reina de Egipto cuidó de cubrirle con su manto azul. Arrobó su sueño con una antigua melodía que hablaba del amor entre los niños.

Antonio consumió sus primeras semanas alejandrinas en la donación de territorios al trono egipcio y, muy especialmente, en los preparativos de la coronación de la magnífica prole de Cleopatra. Gesta por demás singular, ya que los cuatro hijos eran de padres romanos.

Los observadores sonreían malévolamente ante aquel juego de imposturas y presenciaban desdeñosos la coronación. ¿Qué egipcio verdadero podía aprobarla? Un muchacho y tres niños se dirigían al trono de los faraones, sin que una sola voz sensata se alzase para recordarles que no habían habido faraones de Egipto durante los últimos cinco siglos.

Un muchacho y tres niños que llevaban en sus venas la sangre de una reina entre cuyos antepasados no existía un solo egipcio. La historia disponíase a jugar una partida sorprendente a orillas del Nilo. Pura caricatura, según los observadores.

—¡Sangre macedonia y sangre romana vienen a fecundar el sagrado suelo egipcio! —comentaban los más aferrados a la tradición.

Los demás, se limitaban a encogerse de hombros. Estaban tan helenizados que el destino de un Egipto autóctono no podía importarles. Para ellos, Egipto se limitaba al prodigioso hibridismo de Alejandría.

En aquel juego de bastardías, los lugartenientes de Antonio se mostraban inquietos por motivos muy distintos. Temían que, en Roma, frente al Senado, la parte egipcia de los príncipes coronados pudiese pesar más que su sangre romana. Y si este detalle era fácil de perdonar en los hijos de Antonio, la cuestión se comprometía en grado extremo cuando entraba en escena el hijo de Julio César. Porque aquel príncipe, Cesarión, hería un orgullo más susceptible aún que el del Senado y el pueblo de Roma unidos. Hería directamente a César Octavio Augusto, al tiempo que atentaba contra sus intereses y ponía en entredicho su legitimidad.

Con ser graves aquellas cuestiones, no lo eran tanto como la cesión al trono egipcio de los territorios que Cleopatra había reclamado incesantemente. Los amigos más fieles de Antonio, entre ellos Enobarbo y Cayo Marcio, asumían aquella petición y, posteriormente la dádiva, como una pesadilla que envenenaba sus noches más serenas.

Era como el campesino que ve constantemente en sueños la elevada cifra de sus deudas. Una imagen obsesiva que repetía como un timbal martilleante los nombres de los territorios en litigio. Los territorios bañados por el Jordán, Armenia, Fenicia, la península del Sinaí, las islas de Chipre, Creta y una parte del reino nabateo de Petra, la ciudad

construida entre las rocas, allá en la península de Arabia. (La espinosa cuestión de la parte de Judea que también exigía Cleopatra fue zanjada con cierto tacto cuando, en su visita a Herodes, decidió ella cedérsela a cambio de dos mil quinientos talentos anuales. Y alguien comentó en son de chanza que la reina de Egipto se creía ya la dueña de Oriente, pues cobraba alquileres por territorios que no le pertenecían.)

Enobarbo percibía que Antonio no era plenamente consciente de las repercusiones políticas de sus acciones. Y si en la guerra contra los partos ya se había revelado como un mediocre estratega —cuando no pésimo—, en las batallas contra el Senado romano no podía correr el riesgo de un tropiezo o un paso precipitado. Dejar en manos de Cleopatra la mitad del imperio de Oriente equivalía a ambas cosas y, además, agravadas de cara a la opinión pública por el trasfondo sentimental en que se desarrollaban.

A todo esto, Antonio se limitaba a contestar con extrema naturalidad: —Roma es más grande por lo que da que por lo que toma.

Y los cortesanos egipcios le aplaudían fervorosamente, mientras sus oficiales romanos le observaban con el ceño fruncido.

Incluso los observadores más piadosos habrían reconocido que continuaba obrando un tanto a la ligera, como en su momento dijo Octavio a quien quiso escucharle. Lo cual equivale a referirse a un círculo cada vez más amplio, porque en ausencia de Antonio y su simpatía arrolladora, Octavio había visto crecer su credibilidad... a base de una antipatía que, para muchos, era la máscara que escondía un prudente compendio de seriedad, juicio y recato. Algo que cualquier romano podía asociar fácilmente con la seguridad y la firme permanencia de las instituciones.

Mientras, Antonio entregaba pedazos del imperio en nombre de lo que él daba en llamar «gigantesco proyecto oriental». Porque ya había abandonado el concepto de sueño, excesivamente arraigado a un

momento de su vida que necesitaba olvidar a toda costa. Pues el sueño implicaba su inmadurez de ayer, y el proyecto se dirigía al futuro; un futuro dirigido con autoridad, mano firme y clarividencia.

¡El proyecto de Oriente estaba en marcha!

Y Cleopatra en él, o Cleopatra mandándolo. Ésta era la cuestión que mantenía en vilo a los lugartenientes del procónsul. Cualquiera que fuese la intención última del proyecto, era obvio que miraba más por los intereses de la egipcia que por los suyos propios y, desde luego, los de Roma. Lo cual lo convertía en un caso aún más difícil de defender que la coronación de un príncipe medio macedonio, medio romano.

Poco importaba que los territorios cedidos ahora a Cleopatra hubiesen sido conquistados anteriormente por Pompeyo y César, según los casos. Con el correr del tiempo Roma los había hecho suyos y los consideraba sujetos a la ley tácita de las conquistas. En este aspecto, los pueblos sojuzgados tenían pocas posibilidades de formular objeción alguna. ¿Quién podía decirle a Roma que no era de ley lo que, sin ley, había tomado?

Pero súbitamente, el orden del mundo se estaba trastocando. Desde el palacio decadente de una ciudad bastarda, una ciudad que no era griega ni egipcia ni romana, un general borracho y una puta oriental intentaban imponer al Senado de Roma una ley que no tenía precedentes.

De ahí la angustia que se apoderaba de los amigos de Marco Antonio en un momento en que deberían haber expresado júbilo porque, en su interior, desde el otro lado de la derrota, de vuelta ya de sus abismos, el general expresaba la voluntad del conquistador. Quienes le amaban de veras sabían que no importaba demasiado el origen del prodigio. Que Antonio resucitase en nombre de Roma o en el de Cleopatra era una cuestión que sólo debía preocupar a las comadres desocupadas. Lo importante era que sus pasos volvían a ser firmes, su mirada gallarda y su

sonrisa arrebatadora. Acaso un poco envejecido, en opinión de algunos. Tal vez. Pero su autoridad le hacía parecer años mayor y siglos más sabio.

Y retrocedía más siglos aún al instaurar la sucesión al trono de Egipto o, como dijeron los burlones de siempre, al lecho sagrado de Alejandría. La dinastía quedaba salvada y él mismo aseguraría su conservación, pues tomaba para sí el título de autocrátor, es decir, gobernante absoluto. Sería el brazo derecho de la reina y, durante un tiempo prudencial, ambos administrarían el país en nombre de Cesarión, que se convertía en el rey de reyes.

Sólo en este punto respiraron, aliviados, los amigos de Antonio:

—Por lo menos no se ha coronado rey a sí mismo —exclamaban—.

Si hay consecuencias las pagará el principito.

Acababan de decretar el futuro de Cesarión.

Cada triunfo, cada cortejo, cada suntuosa procesión preparada por Antonio devolvió a Alejandría una reputación de fastuosidad que llevó a rivalizar con su prestigio como centro cultural. Del gran híbrido surgía un monstruo dorado cuyos tentáculos alcanzaban a la mismísima Roma, despertando la expectación de las almas más selectas, de los espíritus más sofisticados. Si Alejandría recibía sus ideas del mejor pensamiento occidental, radicado en la tradición griega, su fastuosidad se alimentaba de las costumbres de Oriente, con su refinamiento, su hedonismo y la idea de que todo placer tenía que ser más grande que la vida.

En Roma, Octavio seguía los acontecimientos con manifiesta repugnancia. Su frialdad retrocedía horrorizada ante aquella hoguera de placeres que ardía al otro lado del Mediterráneo; su tendencia a la austeridad se escandalizaba ante aquella desproporcionada exhibición de

lujo y boato. Y en su rechazo, todavía encontraba tiempo para temer el mayor de los males: en Alejandría crecía el único ser viviente que podía arrebatarse su derecho a proclamarse heredero legítimo del César. En Alejandría se iba desarrollando el infante que se estaba convirtiendo en objetivo de un odio mayor del que Octavio sentía hacia la madre.

—¡Demasiados Césares no son buenos para nadie! —solía exclamar.

Y aunque sus partidarios le tranquilizaban suponiendo que el buen criterio de la reina Cleopatra triunfaría sobre su audacia, lo cierto era que el corazón de Alejandría se preparaba a palpar con la más intensa de las emociones que hasta entonces le habían sido deparadas. El entronamiento de Cesarión.

En cuanto al corazón del príncipe, Cleopatra decidió prepararlo personalmente, al tiempo que esperaba revelarle las más recientes palpitaciones del suyo propio. Para ello recurrió a la oficialidad, como era su obsesión. El encuentro tendría lugar en el salón del trono y en presencia del prudente Sosígenes, nunca tan necesario como en aquella oportunidad.

Apenas se había repuesto el príncipe de algunos ejercicios violentos en la palestra cuando le anunciaron la decisión de su madre. Totmés dedujo que su amigo estaba al corriente de todo, pero consideró prudente su actitud, pues éste fingía ignorancia. Se limitaba a comentar en tono jocoso algunos sucesos de su árbol genealógico. Y lo hacía de forma tan virulenta que llegó a intimidar al joven sacerdote de Isis.

Llegados a la sala del trono, Totmés se quedó junto a la puerta esperando al príncipe, como solía hacer cuando consideraba su presencia innecesaria o inoportuna. Sin embargo aquélla era una jornada especial. Y pudo comprobarlo al oír que la reina de Egipto decía al capitán Apolodoro:

—Que pase también el sacerdote de Isis.

El capitán le invitó a entrar. Se mostraba adusto con él, pues aunque había reconocido su inocencia en la muerte de su amada Balkis, recordaba que él fue la única causa de la misma y su sola presencia le hacía pensar en ella con dolor. También Totmés sentíase violento porque estaba convencido de haberla matado él con sus reproches, y esto era tan grave a sus ojos como si la hubiese atravesado con mil puñales.

Al ver a la reina vestida de Isis, Totmés comprendió que la ceremonia era de solemnidad. Mucho más cuando el príncipe Cesarión se vio obligado a inclinarse ante ella, igual que cualquiera de sus súbditos. Sólo el fiel Sosígenes permanecía de pie, junto al trono.

Pero fue el único acto protocolario que se vieron obligados a acatar. Pues el lenguaje de la reina Cleopatra fue el normal pese a que iba «disfrazada de reina» (como dijo después Cesarión, riendo a mandíbula batiente con Totmés en el patio de armas).

—Te recibo como príncipe porque es la reina quien te habla, la reina quien puede ordenarte, la reina quien, si llega el caso, podría suplicar.

—Así lo he comprendido —dijo Cesarión, con una sombra de insólita gravedad en su hermoso rostro—. Y si bien es halagador que mi madre tenga algo que suplicarme, diré que me rebaja el pensar que pueda haber algo que Cesarión no le conceda sin que tengan que mediar las súplicas.

Sosígenes movió la cabeza en señal de complacencia ante el tono solemne de Cesarión. El capitán Apolodoro se limitó a encontrarlo un poco redicho.

—Acabe ya el misterio: Cesarión será rey.

El muchacho no se inmutó. Totmés estuvo a punto de desmayarse.

—Madre, entiendo que para esto he sido preparado.

—Príncipe de Egipto, no juegues con los circunloquios con tu madre, que de esto sabe más que tú. Aunque es bueno que sepas practicarlos, pues en estos tiempos un rey que habla claro tiene la batalla perdida.

Entiende, en cualquier caso, que tu nombramiento es inminente.

—Madre, mucho me cuesta imaginar que vas a abandonar el trono de Egipto. Desmentirías con ello a tu reputación, que te pinta aferrada al poder hasta el fin de tus días.

Cleopatra no pudo reprimir una sonrisa... Y admiró en su hijo la rapidez de sus respuestas y la ligereza de su humor.

—Hijo, vas a ser nombrado rey de reyes, pero esto no quiere decir que Cleopatra abandone el poder. Al contrario, necesitará ejercerlo con mayor porfía que nunca, para que tú lo heredes en pleno esplendor. Pero tu nombramiento es necesario porque significará el afianzamiento de la dinastía. Es la manera de decir al mundo que el verdadero hijo de César no se limita a existir sino que, además, ejerce.

Se produjo un largo silencio durante el cual Cleopatra cambió algunas palabras en voz queda con Sosígenes. Cesarión, por su parte, comentó algo al oído de Totmés en voz más queda todavía.

Consultados sus consejeros respectivos, madre e hijo enfrentaron de nuevo sus miradas:

—Después de este regalo, hijo mío, vienen las súplicas.

—Insisto en que sería mejor regalo si las convirtieses en órdenes.

—No pueden ser órdenes de Cleopatra lo que concierne estrechamente a los afectos de su hijo —calló un instante. Finalmente se atrevió a decir—: Tu madre te pide que sepas mirar con indulgencia la permanencia en este palacio de un antiguo amigo..., una permanencia que pudiera ser indefinida.

—Nunca mi madre me pidió indulgencia para cualquiera de sus amistades, pues se daba por supuesto que la tenía de antemano. ¿Quién es este que llega y tanto la necesita?

Ya ha llegado, se llama Marco Antonio. Le conoces, desde tu infancia.

Si el príncipe no se inmutó, Totmés delató su sorpresa con un sobresalto. Le asaltaba el recuerdo de la nave enlutada de la reina Cleopatra, y a pesar de los años transcurridos recordaba con horror su primera aparición, en la cubierta, convertida en una anciana desesperada que apenas podía caminar. Y al verla ahora, en el esplendor de su belleza, en el apogeo de su autoridad, temió que la relación con Marco Antonio, el romano, pudiese hacer retroceder el tiempo en perjuicio de la mujer y de Egipto.

—Las sombras de mi infancia han pasado —dijo Cesarión— y son demasiado lejanas para afectarme. Tengo que ceñirme al presente y buscar alguna razón lógica.

—Piensa que no hablas con la madre. Sino con la reina.

—Con mayor severidad buscaría mil razones, pues la madre sólo me concierne a mí, pero la reina afecta a todo el pueblo que un día habré de gobernar.

Esta vez fue el valiente Apolodoro quien tembló. Y acostumbrado a que las relaciones familiares fuesen más sencillas, pensó que en cualquier otro lugar menos solemne el príncipe habría recibido un bofetón como primera advertencia.

Todos los sentidos de Cleopatra se pusieron sobre aviso. Se enfrentaba a un digno vástago de su raza, a un hijo de Alejandría. Alguien que sabía sacar toda su fuerza de los juegos de palabras. Alguien que, a su corta edad, podía esconder sus sentimientos.

—Hijo, quiero decirte que sólo hay un hombre cuya popularidad en Roma, cuyo prestigio entre todos los pueblos de Oriente le permita convertirse en paladín de tus derechos...

—No lo ignoro. Como también sé que, mientras yo soy rey de reyes, él será autocrátor...

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó la reina, sorprendida. Junto a ella,

Sosígenes no daba crédito a sus oídos.

—En un palacio donde impera la intriga, es lógico que quiera aprenderla todo aquel que aspire a sobrevivir...

Una expresión de escándalo verdadero se reflejó en el rostro de Cleopatra.

—Estás llegando demasiado lejos, príncipe —exclamó Sosígenes—. ¿Cómo te atreves a hablar así a tu madre?

—¿A mi madre o a la reina?

—¡A las dos! —exclamó Cleopatra, dejando de lado sus enseñanzas reales—. Y ninguna de las dos lo merece. Porque cualquier intriga desarrollada en este palacio desde los últimos años ha sido urdida en beneficio tuyo.

—Del trono de Egipto, madre.

—Pues bien, es lo mismo. Y también lo sería hablar de tu felicidad.

—Mi felicidad podría ser mayor en una cabaña junto al Nilo.

Cleopatra se volvió hacia Totmés con expresión violenta.

—¿Le has enseñado tú estas cosas, ministro de Isis?

—Yo estoy tan perplejo como mi reina. Y con todos los respetos me permito decir que no alcanzo a entender el juego del príncipe.

Pero en el rostro de Cesarión, tan grave hasta aquel momento, apareció una mueca de malignidad que fue derivando lentamente hacia la encantadora sonrisa que le servía para adueñarse de todas las voluntades.

—Si caigo en la trampa de la intriga es porque mi madre y señora se permite tendérmela, en lugar de hablar con claridad, como sería digno de ella y de su hijo. Pues es bien cierto que todo lo que aquí se ha dicho respecto al romano Marco Antonio es una pérdida de tiempo...

Todos los oídos estaban atentos al nuevo giro que tomaban las declaraciones del príncipe. Y algunos incluso estaban a punto de perderse en ellas.

—Porque es cierto que Antonio es valeroso —prosiguió Cesarión—, pero no lo es menos que llega vencido. Y puede ayudar al rey de reyes, pero éste puede ayudarle a él mucho más, pues convirtiéndole en autocrátor pone en sus manos todo Oriente... Y después de tantas vueltas y revueltas, es posible que hubiésemos terminado hace rato si mi madre y señora me confesase que le ama más allá de toda intriga y que al no tener yo padre efectivo me proporciona uno que podrá enseñarme toda su experiencia en la lucha de espadas, el salto de obstáculos y otras prácticas necesarias a un gran conquistador...

Un suspiro de alivio brotó del pecho de Sosígenes. Y la propia reina llevó sus ojos hacia los dioses, no por convencimiento sino como consuelo. Pero todavía añadió Cesarión:

—Al fin y al cabo yo nunca pedí cuentas a mi madre cuando se acostaba con el gallardo capitán, aquí presente. Y esto no son sombras de mi infancia.

Totmés se apresuró a intervenir:

—Os juro, majestad, que esta historia no ha salido nunca de mis labios.

—Lo sé —dijo Cleopatra—. Es típico de mis doncellas. En cualquier caso, una reina que no tiene secretos para su hijo siempre fue digna de elogios. Y también en esto se muestra alejandrina.

—Y un hijo que pide a su madre que no le ofenda suplicando, merece que se le otorgue la merced de conceder sin que medien más súplicas.

Cleopatra descendió del trono y abrazó a su hijo, lo cual hizo pensar a Sosígenes que tanta ceremonia había sido innecesaria y que los nuevos alejandrinos tenían muy arraigada la tentación del teatro. En cuanto a Apolodoro, sintióse ridículo y no se atrevió a levantar los ojos del suelo. Máxime cuando sabía que el romano, tema enojoso de tantas conversaciones, había usurpado su lugar para siempre.

Tendida en su lecho de plumas, Cleopatra acariciaba los rizos del amante, quien a su vez leía con atención un pliego de cartas llegadas recientemente.

Bebían la voluptuosidad de un nuevo verano alejandrino. Sangre en las nubes, vida palpitante en las palmeras; embriagadores aromas en la brisa, licores letárgicos que se deslizan por los cuerpos, asesinos de todas las urgencias...

Antonio rompió el idilio con una estruendosa carcajada.

Se disipó la placidez del ocio. Fue como un trueno que hizo correr a los pavos reales. Rompió el vuelo una bandada de gaviotas. Chocaron en tropel las golondrinas.

—Las noticias de Roma han puesto de buen humor a Antonio.

—Forzosamente. Son reproches de Octavio.

—Tan agrios suelen ser que sólo consiguen divertir si no se leen. ¿De qué te acusa en esta ocasión?

—De perder el tiempo.

—Veo que se ha hecho relojero. ¿Se especializa en relojes de sol, de arena o en clepsidras?

—Repite una vez más las palabras del filósofo: el mayor tesoro de que dispone el hombre, y hasta los dioses, es el tiempo.

—Y tanta razón lleva que maldigo el tiempo que estoy perdiendo yo tolerando que un imberbe como él se permita juzgarte.

—No te reirás tanto cuando sepas que atribuye mi ruina a la afición por la doma de serpientes.

—Sé que te atraen las del Nilo. ¿Cuáles son las demás? —Según él, poseo todo un terrario.

—Contéstale que la serpiente del Nilo acabaría con todas las otras a

mordiscos.

—No sé si estás celosa, lo cual me halagaría mucho, o sólo indignada por estas acusaciones... lo cual sería de esperar.

—Mis celos no harían peligrar nuestros planes. Las acusaciones de Octavio, que sin duda están en boca de todos los romanos, pueden desbaratarlos. Confirman todo cuanto vengo diciendo últimamente.

—Confirman, en cualquier caso, que mi cuñado se está volviendo muy hipócrita... ¡Me acusa de mujeriego cuando él hace exactamente lo mismo que yo!

—Cierto. Pero toma mucho cuidado en ocultarlo. Tú mismo me contaste en alguna ocasión que el severo Octavio se hace llevar rameras a su casa bien entrada la noche...

—Y de estofa todavía más baja que las que yo frecuento...

—Lo cual es difícil —suspiró Cleopatra—. Aceptemos que son igual de horrendas que las que halagan los gustos de Antonio. Pero la diferencia entre los dos radica en la ocultación. Lo que Antonio suele hacer de día y a viva voz, Octavio lo esconde bajo el manto de la noche y del silencio. Astucia contra ingenuidad. Me pregunto si habrá algo que este mozo haga a plena luz, aparte de mortificar a todas las naciones de la tierra.

—Se divorcia en nombre del estado. Ahora le toca el turno a la noble Escribonia, la hermana de Sexto Pompeyo. Octavio dejó a su primera esposa para casarse con ella. Pero al parecer su alcurnia ya no le basta. Un viajero de cierto crédito me ha contado que Octavio anda ahora loco por una joven de diecinueve años, cierta Livia Drusilla, de gran belleza y enérgico carácter. La avala, además, una dinastía de gran renombre...

—Los Claudios. Buena presa para tu enemigo.

—¿Cómo los conoces?

—Los pueblos amenazados por Roma tenemos la obligación, que no

el gusto, de conocer toda vuestra cronología. Desde Eneas a César... y los que vayan llegando. Conviene saber por dónde caerá el golpe y de quién. De qué cachorro de ilustre parentela.

—En cualquier caso tus conocimientos no alcanzan a las habladurías más recientes... —Es posible. Yo consulto a los historiadores. No a Mis doncellas.

—Pues en este caso tus doncellas podrían informarte de negocios muy truculentos. ¿Cómo quieres que no me diviertan? —adoptó un aire desenfadado, muy opuesto a la gravedad que se iba adueñando del rostro de Cleopatra—. Tienes que saber que esta Livia Drusilla, último amor de Octavio, estaba ya casada con Tiberio Claudio Nerón (no sé si tantos nombres te dicen algo) y hasta esperaba un hijo suyo. Pues bien, Octavio no se detiene ante hechos tan baladíes y ha declarado nulo este matrimonio. Al mismo tiempo acaba de disolver el suyo con Escribonia, el mismo día en que ésta le daba una hija...

—¿Y dices que un joven así no es peligroso? ¡Antonio, Antonio! Está haciendo con quien le conviene lo que tú no te atreves a hacer con la esposa que él mismo te obligó a aceptar...

Pero en el rostro del general acababa de aparecer una mueca rejuvenecedora. Era la nostalgia de otro tiempo. La nostalgia de otro amigo. De aquel Octavio tímido, enfermizo, casi insustancial a quien la herencia del gran César parecía pesar como una losa. Un Octavio que aún se hacía querer.

—Fuimos muy buenos amigos —dijo con un trémolo de emoción en su voz—. Y yo tengo a la amistad como una de las más sagradas misiones de los hombres que se precien de serlo. ¡Yo enseñé a Octavio a beber y a aguantar de pie una borrachera! Puse una espada en sus manos y le dije: «Tú saldrás de este cuartel convertido en un macho o no lo es Antonio»... —en este punto, la reina de Egipto dejó asomar una expresión de

desagrado. Pero no consiguió arruinar el orgullo de Antonio ni apaciguar sus espectaculares aspavientos—. ¡Las cosas que vivimos juntos! En cierta ocasión necesitábamos dinero. Ningún prestamista se fiaba de nosotros... especialmente de mí, pues estaba cargado de deudas. Pero en aquella época no nos deteníamos ante tales nimiedades. Eran tiempos heroicos, reina mía. Decidimos explotar la confianza que, desde siempre, me han otorgado los dioses y entramos a saco en el templo de las Vestales. ¡Si hubieses visto el terror pintado en el rostro de aquellas santas mujeres! Sin duda temían que hiciésemos con ellas lo que aquella fenicia tuya, la ardiente Balkis, hizo con el pobre sacerdote de Isis. Pues bien, fue Octavio quien las arrinconó en la sala donde se venera el fuego sagrado y les dijo: «No temáis por vuestra pureza, señoras vírgenes. Para saciar nuestra excitación tenemos a las mujeres más bellas de Roma. Para llenar nuestras bolsas sólo contamos con vuestro dinero. Así que entregádnoslo al punto y guardad vuestra pureza para los dioses»... ¡Éste era Octavio! Gran muchacho, gran amigo y, además, mi más rendido admirador.

Y hablaba con tanto orgullo que Cleopatra se permitió una mirada de conmiseración. Y tembló al pensar que naciones con dos mil años de antigüedad, culturas que habían sustentado al mundo, pudiesen caer algún día en manos de aquellos advenedizos.

—Tu amigo Octavio cambia constantemente de oficio. Si antes era ladrón ahora es un vulgar casamentero. Te entregó a su hermana con la sola intención de fortalecer una unión que le beneficiaba a él.

Se casó con esa tal Escribonia porque le interesaba estar a bien con su hermano Sexto Pompeyo. Si ahora son enemigos, se deshace de su esposa a fin de que los lazos familiares no puedan incomodarle. En resumen, este joven está instaurando un nuevo estilo en política. Los tratados sólo son válidos si pasan por el himeneo.

—La reina de Egipto ve política en todas partes. Yo me limito a lamentar la pérdida de un buen amigo.

—Ésta es la diferencia entre nosotros. Antonio cree que Octavio tenía sentimientos y, con los años, los ha perdido. Por lo tanto, le llora. Pero yo no puedo permitirme este lujo, porque estoy de acuerdo con los filósofos. Sé que el tiempo es el mayor tesoro que los dioses han puesto en nuestras manos. Así, pues, no puedo desperdiciarlo.

La conversación quedó en suspenso. Con Cleopatra cada una se convertía en coloquio. Cada palabra, en motivo de meditación para su amante.

—Siempre haces lo mismo —dijo él, desalentado—. Eres más que una reina camorrista: eres un ave de mal agüero. Llegué aquí riendo a causa de las cartas de Roma. Me marché preocupado por lo que tú has querido leer en ellas.

—Y éste es mi triunfo. Te quiero preocupado, porque sólo así serás vencedor.

Rodeó con sus brazos el cuello del amante y le besó con un apasionamiento muy bien estudiado y mejor aprendido. Y cuando Marco Antonio estaba ya excitado, ella se apartó de su cuerpo y fue hacia la puerta, dirigiéndole un mohín de exquisita coquetería.

—No es momento para el amor —dijo, mientras llamaba a Carmiana—. Tengo una sorpresa muy apta para divertirme.

—¿De qué se trata? —preguntó Antonio, con la ilusión del niño que podía renacer en él a cada instante.

—Tú conoces la fama de los adivinos egipcios, pero nunca has consultado a los de la reina Cleopatra.

—Sabes perfectamente que me encantan los oráculos.

—Los oráculos no son de fiar, pues están en manos de los sacerdotes y éstos son interesados, rastreros y ruines en todos los países del mundo.

Además, todo lo que está al servicio de los dioses es embustero por naturaleza, pues está destinado a elogiarlos e incluso a torcer el rumbo del destino en provecho de sus elogios. En cambio, un adivino habla sólo en nombre de la suerte. Y ésta es tan pobre, tan miserable, que ni siquiera dispone de medios para pagar un soborno.

Carmiana había ido en busca del adivino y Antonio se sorprendió por la rapidez de su llegada, como si estuviese aguardando en la estancia contigua. Pero no hizo mayores averiguaciones y se dejó fascinar por el aspecto de aquel hombre y la actuación que les deparó. Al igual que los malabaristas egipcios, tan solicitados en los festines de Roma, el adivino vestía a la usanza clásica de su país, casi desterrada por la moda griega. De manera que el faldón plisado, el collar de cuentas de cristal y el tocado que le cubría la cabeza lo convertían en un delicioso anacronismo. Pero su exuberancia era la propia de un charlatán del Alto Nilo, tal como Antonio tuvo ocasión de verlos y escucharlos durante su lejano viaje con Cleopatra.

Cuando hubo gesticulado hasta lo indecible, cuando hubo pronunciado una retahíla de fórmulas mágicas que ni siquiera la reina de Egipto podía comprender, el adivino mostró unos bastoncillos de colores distintos y, después de cruzarlos varias veces, descruzarlos y volverlos a cruzar, se encontró en disposición de emitir su veredicto.

—Perdona, mi reina, pero hoy los bastones sagrados sólo hablan del procónsul de Roma, aquí presente.

—Y aquí atento —dijo Cleopatra—. Tus bastones son muy oportunos, porque lo que hoy me interesa saber concierne especialmente al procónsul.

—¿Puedo hablar con absoluta franqueza, mi reina?

—No sé si ordenártelo o rogártelo. Pero hazlo en cualquier caso y que sea rápido.

—Veo aquí una actividad del procónsul que desconocía. Y salen en ellas bestias muy extrañas.

—Si es una serpiente no dudes que es Cleopatra —rió la reina—. Y si hubiese otras no me las digas porque irás a dar con tus huesos en el calabozo más lóbrego.

—Que sea en Alejandría para que resulte más dulce mi condena. Pero no ha de producirse porque no hay serpientes en mis bastones. Son... son... ¡codornices!

Antonio se echó a reír.

—Sí, además, ves gallos de combate, está claro que te estás refiriendo a mis juegos con Octavio —y, dirigiéndose a la reina, explicó—: Cuando no jugábamos a los dados, organizábamos peleas de gallos y codornices. Tu adivino es un genio. Y, además, posee la capacidad de devolverme momentos inolvidables.

—No tanto, señor, no tanto. Pues veo en tus bastones que te enfurecías a menudo porque ese Octavio, a quien representa el bastoncillo negro, era más fuerte que tú en el juego.

El semblante de Antonio se enfureció. No le gustaba divertir a su amante con las crónicas de derrotas tan lejanas.

—Tu fortuna es brillante —prosiguió el adivino, con acento grave—. Tu fortuna reluce. Pero ten mucho cuidado, mi señor, porque aquel muchacho que te ganaba a los dados, aquel gran domador de animales de lucha, puede hacerte sombra en cualquier momento. Y aún te diré más: mantente alejado de ese Octavio, no te acerques a él porque sus manos empuñan una lanza.

—¿Para matarme?

—Para acabar con todas las cosas que deseas conseguir. La lanza que empuña este joven es sagrada. Él avanza entre una ingente multitud y grita: «¡Contra Egipto!». —Meditó unos segundos. Parecía encontrarse

ante lo inexplicable—. Es curioso. Muy curioso. ¿Por qué su grito no va dirigido contra ti?

—Yo te lo diré sin ser adivino. La lanza que empuña Octavio es la de Marte, nuestro dios de la guerra. Es costumbre dirigirla contra el país que Roma se dispone a atacar.

Antonio tuvo un extraño presentimiento. Se incorporó lentamente y paseó por la estancia, meditabundo. Por fin, dijo:

—Sigue siendo curioso. ¿Por qué dirige la lanza de Marte contra Egipto?

—No lo sé, mi señor. En mi humildad, sólo puedo aconsejarte que no te acerques a este joven.

—No deseo saber más cosas —decidió Antonio—. Que Octavio gane a los dados a quien le plazca. A mí me corresponde ocuparme de la conquista de Oriente. ¡Y cuanto antes!

Salió de la estancia a toda prisa, como si un resorte mágico acabase de impulsar sus ambiciones y necesitara cumplirlas aquel mismo día.

La reina Cleopatra obsequió a su adivino con una bolsa de monedas que llevaban su efigie. Y pensó que algún día llevaría la de Cesarión. ¡El rey del mundo!

Y sucedió que el tiempo empezaba a discurrir sobre Egipto. No constituía ninguna sorpresa. Hacía ya siglos que venta haciéndolo.

Cada día era castigado con la muerte por haber asesinado al anterior. Cada noche recibía el castigo del alba porque había osado asesinar a la tarde. Y sólo el tiempo quedaba sin castigo pese a que es el asesino de todas las cosas.

Cleopatra decidió castigarse a sí misma por el prolongado ocio del invierno anterior. Según su propio criterio había desperdiciado el tiempo

entregada al reposo, en la espera de su cuarto hijo. Pero aquel nacimiento no fue acogido con la algarabía que rodeó la llegada de los dos gemelos y, antes, la del príncipe Cesarión. La madre se había apresurado a ocuparse en otros menesteres. De modo que se buscó un nombre adecuado y protocolario —Tolomeo Filadelfo, como el segundo rey de la dinastía— y fue a parar junto a sus hermanos pequeños a un rincón del gineceo real.

Las ocupaciones de Cleopatra tenían miras mucho más elevadas. Y las proporciones de la última de ellas eran tan descomunales que primero asombró a su amante y, después, deslumbró a los cronistas.

La reina de Egipto pretendía abrir un canal en el istmo que separaba Egipto del mar Rojo, justo en la zona que se consideraba la frontera entre Asia y Libia.

En la parte donde quedaba más estrangulado por los mares, el istmo no tendría más de trescientos estadios de anchura y Cleopatra pensaba abrirlo para así favorecer la libre navegación en una zona que siempre fue de vital importancia para Egipto, no sólo en la explotación de las minas del Sinaí sino también como paso natural hacia las tierras de Asia.

Por temeraria y grandiosa que fuese la empresa —y así lo han contado las crónicas—, el interés de su realización final no igualaba al que prestaba la reina a los expertos dedicados a llevarla a cabo. No sospechaban los arquitectos y maestros de obra que sus conocimientos eran exprimidos para engrosar los suyos propios. Con lo cual ella no se limitaba a profundizar en las posibilidades del presente, sino que además adquiría pértigas para saltar hacia los secretos del pasado.

Entregada de lleno al placer que le proporcionaban todas las ramas de la sabiduría, se informó de los métodos de construcción seguidos en los antiguos templos del Nilo, pues el arte de su pueblo representaba para ella la culminación de una habilidad y el perfeccionamiento de una

artesanía que era necesario recuperar a toda costa. No comulgaba con la idea de que las portentosas edificaciones del período faraónico habían sido construidas siguiendo una inspiración meramente religiosa. Por el contrario, coincidía con los que afirmaban que aquel excepcional legado surgió de una extraordinaria preparación científica, basada en la razón y no en el cultivo de la superstición.

Fascinada así por la antigua ciencia del Nilo, comprendió fácilmente que entre el canal que se disponía a abrir en el mar Rojo y las milenarias pirámides subyacía una línea de racionalidad que ningún cataclismo consiguió destruir. Pues si bien era consciente de lo revolucionario de su empeño, tampoco ignoraba que muchas ideas de reforma habían sido acometidas en el pasado. Cuando alguno de sus arquitectos llegaba proponiendo un plan de irrigación en la zona de Menfis o Tebas, se encontraba con la sorpresa de que algún faraón olvidado ya la emprendió mil años antes. Y, cuando no era así, los campesinos habían obrado por su cuenta y riesgo, acuciados por las necesidades de la vida cotidiana y aconsejados por la lógica de las fuerzas naturales.

Cuando se enfrascaba en aquel tipo de polémicas, ya con los arquitectos, ya con los filósofos del museion o los historiadores del palacio, Cleopatra sentíase poseída por una sensación de vejez que nada tenía que ver con sus años. Era algo que concernía a la tierra. El Nilo, tan lejos, tan a espaldas de su ciudad, la llamaba continuamente con una fuerza completamente ajena a la hibridez alejandrina. El Nilo era una fuerza primigenia que sustentaba su parte perdurable. Y la llamada que percibía era la de la eternidad.

Hacia aquella eternidad había mandado a Cesarión, convencida de que era un requisito indispensable para su nueva situación en el mundo. El rey de reyes tenía que ser ante todo faraón en Egipto y sólo comprendiendo su realidad llegaría a entender el mundo. De manera que,

hipotecando una vez más los ojos de Totmés, los mandó a ambos en la galera real hasta los últimos confines del río.

Y el príncipe había respondido como se esperaba, pues sus cartas desde distintos puntos del viaje demostraban un entusiasmo que su madre sólo le conocía en los asuntos referentes al ejercicio físico. Y aunque antes destacase en todas las disciplinas del humanismo, como correspondía a un buen alejandrino, ninguna llegó a despertar tanta emoción en él como aquella comprobación de que sus raíces se extendían mucho más allá del tiempo que podía recordar, mucho más al fondo del tiempo que registraron los cronistas a sueldo de sus antepasados.

—Tiene un buen maestro —diría la reina, entre suspiros de añoranza—. Totmés, ministro de Isis, convertirá a nuestro rey de reyes en Cesarión el Egipcio.

El carácter de Cesarión iba así progresando en la dirección que antes habían recorrido los ojos de su tutor. Y aunque éstos aparecían enturbiados por una sombra de escepticismo, provocada acaso por la caída de muchas de las cosas en las que antes había creído, continuaban manteniendo viva la llama que encendiese un caballero llamado Epistemo, años atrás, en la terraza de cierto templo de Hator. Y era aquélla una llama constantemente alumbrada por un sentimiento vago, que se parecía al amor y en cambio lo excedía. Carecía de sus servidumbres y se alimentaba con todas sus virtudes. Se crecía al entregarse y estallaba al recibir. Aumentaba al proponer y le henchía de orgullo a cada propuesta recibida.

Hacía muchos meses que Totmés no acudía al recinto sagrado de Isis, pese a las reiteradas llamadas de sus superiores. Desde aquella noche en que los fuegos de Alejandría se encendieron en su sangre, demostrándole sus capacidades para el mal, desde el momento en que todas las enseñanzas de los dioses no habían servido siquiera para disminuir

aquella tendencia, sabía que su condición recién descubierta le obligaría a caminar siempre a solas por los caminos del mundo. Y al mirar a su alrededor, al buscar una mano amiga, sólo hallaba la de su joven príncipe, la cual, a pesar de todo, no estaba allí para ayudarle sino para pedir su ayuda. Y sintió entonces Totmés que aquella petición le ayudaba a él mucho más que todos los preceptos de los dioses y todos los consejos de los hombres.

Su juventud conoció entonces un punto de ardor completamente inesperado. Durante unos meses, la llama que el deseo de Balkis encendiese en su interior se convirtió en una hoguera que las noches de Alejandría supieron desarrollar hasta que llegó a consumirle. La corte entera se sorprendió al descubrir entre los miembros de la Sociedad de la Vida Inimitable a aquel joven generalmente adusto, prodigio de contención y maravilla de recato. Los más acérrimos buscadores de placeres encontraron en él su parangón, si no su culminación. Y de espaldas a sus dioses él se enfrentó a los placeres buscando una intensidad que le arrebató hasta la locura.

Y si alguna dama conocida por sus ardores le preguntaba entre risas por su proverbial castidad de otro tiempo, Totmés contestaba entre copas: —Verdaderamente, la castidad debería ser un insulto a los dioses, pero éstos son tan falsos que fingen no ser insultados. La castidad es un crimen contra la naturaleza. Y es el único crimen que verdaderamente he cometido.

Durante aquella época de su locura, Totmés quiso olvidarse de sí mismo hasta el punto de cambiar completamente su aspecto. A las pocas noches de frecuentar los festines de Cleopatra se hizo irreconocible. A sus inmaculadas vestimentas de antaño, blancas como el alma de la propia Isis, opuso las túnicas más suntuosas, confeccionadas con materiales carísimos que llegaban del extremo Oriente y sólo algunos

cortesanos privilegiados podían poseer. Y se dejó crecer el cabello, de manera que a los pocos meses se le veía con abundantes guedejas ordenadas a la manera de los sátrapas persas y una barba cuidadosamente recortada y siempre ungida con aceites preciosos. De manera que si algunas damas lamentaron que hubiese perdido el excitante aspecto de los castos, otras celebraron que adquiriese el aspecto enloquecedor de los libertinos.

Y cuando hubo probado todas las formas del placer que Alejandría podía depararle, Totmés volvió los ojos al pasado y descubrió que una criatura indefensa continuaba esperándole en algún lugar del palacio, aguardando que se borrasen de sus ojos los velos del delirio para volver a servirle de guía. Cuando lo comprendió, Totmés habla realizado el trayecto que muchos hombres no llegan a recorrer en toda una vida. Y de nuevo agradeció que la suya hubiese sido manipulada no ya a la medida de Cesarión, como supuso en un principio, sino a la de una velocidad que, sin él saberlo, era la del periodo histórico que le había correspondido vivir.

Esta velocidad que él había imprimido a su ciclo vital corría pareja con los acontecimientos que se estaban desarrollando a su alrededor. Desde la coronación de Cesarión como heredero del trono de Egipto y de sus hermanos menores como grandes señores de las posesiones en Oriente, la vida de Alejandría se lanzó a una intensidad que convertía a cada día en una peripecia nueva, en una agitación distinta. Y en aquella vorágine constante, que ya nadie podría detener, llegó un día la presencia de la muerte, invitado habitual de las gentes del Nilo pero, al mismo tiempo, huésped sorpresa en la vida de cualquier hombre joven.

La muerte llegaba desde lejos, pero la distancia no disimulaba los aspectos más siniestros de su irrupción. Y ni siquiera la intriga política, alcahueta de la muerte en tantas ocasiones, consiguió aliviar el efecto que

su impacto produjo primero en Totmés y después en Cesación.

La voz de Cleopatra lo anunció con un patetismo que excedía a la dureza con que intentaba disfrazar sus reacciones:

—Malas noticias llegan de Judea. Ha muerto ahogado el príncipe Aristóbulo. Las causas de su muerte son completamente sospechosas. Aseguran que murió ahogado en la piscina, mientras realizaba ejercicios a los que, por otro lado, estaba sobradamente acostumbrado. Por ello se sospecha de una intriga del rey Herodes. —Guardó silencio antes de completar sus noticias. Al cabo, añadió—: Conociendo su reputación, y su afán por servir los intereses de Roma en Judea, me creo autorizada a culparle de la muerte de otra persona tan querida como aquel hermoso príncipe. Me estoy refiriendo a nuestro embajador Epistemo. Su muerte se atribuye a causas naturales, pero el trono de Egipto no ignora que las causas más naturales de una muerte en la corte de Herodes suele ser el veneno, cuando no un golpe de espada.

La noticia conmovió a Totmés devolviéndole el recuerdo de algo tan lejano como su propio nacimiento. Pues aunque no volvió a ver al caballero Epistemo desde aquellos lejanos días del luto de Cleopatra, había recordado a menudo sus palabras en la terraza del templo de Hator, y cuando meditaba sobre su propia vida —y lo hacía muy a menudo— ya sólo podía atribuirla a aquel que había sido su inventor. De manera que Epistemo, lejano e inaccesible en su embajada de Judea, aparecía siempre como el artífice de la monstruosidad que era él, y del extraño fenómeno en que toda su existencia posterior se había convertido.

Sólo cuando se resignó a no averiguar jamás sus orígenes comprendió que el papel de Epistemo había perdido valor y que el creador de la monstruosidad ya era él mismo.

Los cortesanos tejieron una complicada historia de espionaje en la cual el trono egipcio ayudaba por secretos caminos a la familia de los

Macabeos, pretendientes al trono de Herodes, mientras éste entretejía su propia red destinada a contraatacar por caminos igualmente secretos y más siniestros si cabía. Algunos miembros de aquella ilustre familia había pagado su rebeldía con el destierro en Roma o siendo ejecutados de manera innoble, pero el último de sus miembros, el príncipe Aristóbulo, era lo suficientemente amado por el pueblo como para esperar que Herodes, el usurpador, el tirano, el vendido a los intereses de Roma, no se atreviese a levantar la mano contra él. Tuvo que ser un accidente, fingido o real, lo que le hizo desaparecer de la escena prematuramente y dejando tras de sí una aureola de hermoso patetismo. Pues los poetas que cantaron su belleza en vida, le lloraron más allá de la muerte y desearon que su hermoso rostro se convirtiese en una estrella que, desde la seguridad del firmamento, protegiese los difíciles caminos de Judea.

A partir de aquella muerte, Totmés percibió en, el rostro de su príncipe una sombra de tristeza que ya nunca le abandonaría. Durante unas semanas, perdió el interés por los juegos de la palestra, dejó de frecuentar a sus hermanos y se le vio llorar en silencio cuando creía quedarse a solas en sus estancias. La muerte había penetrado en su ánimo, generalmente risueño, la muerte le había presentado un rostro muy distinto del que solía ofrecer cuando llegaba de labios de Totmés o por boca de los sacerdotes de los varios cultos que se encarnaban en su persona. Porque mientras toda la historia de Egipto le enseñaba a pensar en la muerte como una prolongación de la vida en la eternidad, las noticias llegadas de Judea se la transmitían como una interrupción brutal que podía presentarse en cualquier momento a lo largo del camino. No al final, como siempre esperó, sino en cualquier detención, incluso en pleno avance, como una fruta a la que se impide madurar.

Y al percibir los negros presentimientos que le invadían, Totmés dejó de lado todos los placeres que había aprendido a devorar y abrazó a su

príncipe como un hijo que, al mismo tiempo, fuese mucho más que un amante. Sintió que eran ciertos los pronósticos que le hiciese Epistemo en la lejana noche de Hator: al prolongar su espíritu en otro espíritu había alcanzado una grandeza que ni siquiera el amor a los dioses había conseguido insuflarle. Y cuando se sintió colmado de aquella sensación maravillosa, supo que en Cesarión se encarnaba lo mejor de la vida que le habían inventado. Y que si era un monstruo, su monstruosidad sólo era la del amor absoluto.

Transcurrieron los días, después los meses y los lazos que le unían a su príncipe se estrecharon de tal modo que la propia Cleopatra llegó a sentir envidia. Sin embargo, no era una envidia gratuita: tenía un origen práctico que no desmentía ni su ascendencia alejandrina ni su habilidad de político. Desde que sintió renacer el amor hacia Antonio, aspiraba a ser para él lo que Totmés era para Cesarión. Ojos abiertos para abrir los del otro. Manos prestas para crear en el otro una fuerza arrolladora mediante una continua ceremonia de imposición. Cerebro dispuesto a disolverse en un líquido de creación continua, que al bañar al otro obrase como las aguas del Nilo en el verde valle de Egipto.

Cleopatra aspiraba a ejercer sobre Antonio las infinitas posibilidades de creación y recreación que su papel de Isis le otorgaba. No era original, naturalmente. De hecho, se responsabilizaba de la larga cadena que, desde el principio de los tiempos, ha servido para que los humanos se transmitan el pedazo de divinidad que palpita en el fondo de sus almas.

Sólo los seres excepcionales consiguen sacarlo al exterior; sólo los privilegiados saben apreciarlo cuando llega. Llámase amor, arte o caridad, el fragmento de dios que yace en el fondo del hombre es la única luz que vale la pena recibir, la que más urge comunicar.

Y Cleopatra, de la mano de Antonio y frente a Egipto, anhelaba convertirse en uno de esos seres excepcionales que reproducen el eterno

mensaje.

A falta de un ser excepcional como el que invocaba la reina de Egipto, Octavio poseía un don inapreciable: la paciencia. Ignoraba si era un regalo de los dioses, como asegura el vulgo, pero en cualquier caso no aparentaba demasiado interés en averiguarlo. Sus relaciones con los dioses eran directas y sin ambages, ¿qué otras podrían ser, si él trismo había ordenado la divinización de Julio César? ¿De qué otro modo podían resultar si también él aspiraba a formar parte algún día del panteón romano? Octavio no se mentía a este respecto: no tenía necesidad de alcanzar la otra vida para encontrarse cara a cara con los dioses. Esto quedaba para los egipcios y otros pueblos supersticiosos e ignorantes. Él podía encontrarse en el Senado con un patricio a quien, años después, adoraría como dios en cualquier templo del foro. Ya había allí instalados algunos que antaño estrecharon la mano de su abuelo... cuando no le habían acompañado a algún prostíbulo más o menos refinado.

Su único dios era la paciencia, quienquiera que la hubiese creado, y sin importarle quién la otorgase y desde dónde. Aunque detestaba a los animales (¿acaso porque son algo vivo?) tenía suficientes conocimientos de zoología como para saber que la cobra es un animal infinitamente más peligroso que la mangosta, pero que ésta es la que vence tarde o temprano. Y a veces lo hace mucho antes de lo que la cobra puede suponer, porque ésta vive tan segura de su superioridad que ejecuta un movimiento imprudente que la mangosta aprovecha para echársele encima y cercenarle el cuello. Cuestión de paciencia.

La cobra es bella, misteriosa, imperial, pero está demasiado segura de serlo. La mangosta es mediocre, sencilla, rastrera, pero quiere dejar de ser todas esas cosas y crecer en importancia mediante la victoria.

Octavio esperaba tranquilamente a que la gran cobra egipcia ejecutase algún movimiento en falso, llevada por el peligroso convencimiento en su propia fascinación. Él no se creía fascinante, pero sí certero. No amaba la aventura como para desear el riesgo, antes bien éste le repugnaba. Y sabía que en un juego establecido por Roma, las reinas tienen más que perder que sus vasallos.

No fue necesario que él se rebajara hablando mal de Antonio. No era ésta la impresión que necesitaba dar al pueblo. Cualquier paso en este sentido hubiera sido en falso.

Habría sido el arrogante movimiento de la cobra imperial. Pero la mangosta, en su vocación de la espera, dejó que fuesen los demás quienes empezaran a considerar que el comportamiento de Antonio en Egipto iba ya demasiado lejos. Y si alguien hacía un comentario en este sentido, Octavio se encogía de hombros y dibujaba una sonrisa neutra, aunque lo bastante clara como para que los demás viesen en ella un punto de comprensión y cierta condescendencia.

¡Admirable joven que sabía perdonar los excesos de sus mayores con la esperanza de que un día volverían al redil! Joven tanto más admirable si se pensaba en las constantes humillaciones que estaba recibiendo en la persona de su hermana.

La conducta de Octavia continuaba siendo intachable y algunos malintencionados (especialmente sus amigas) se preguntaban si se debía a la resignación o a una vocación frustrada de virgen vestal. Con el tiempo, su belleza había madurado y continuaba igualando a la de la reina Cleopatra, si no la superaba. Pero dijérase que su vida se había detenido. Unos bromeaban diciendo que se había convertido en un reloj de sol para días de lluvia y otros que era como la clepsidra en una fría mañana de enero: sus aguas se hielan y la hora queda fija, impertérrita, como si el tiempo hubiese dejado de transcurrir.

Pero incluso los que se permitían bromas acerca de Octavia la adoraban hasta extremos delirantes sin que ella se permitiera la menor concesión que pudiese fomentar ya adoraciones ya odios. Se limitaba a mantener una posición intachable y a pregonar que se llamaba Octavia y era romana.

En su último viaje a Atenas, cuando se enfrentó a la opinión pública para acudir en busca y ayuda de su esposo, comprendió claramente que toda esperanza de dignidad en él era vana. Supo que su viaje a Alejandría no era a causa de un pasatiempo momentáneo y que, además, no estaba sólo motivado por las voluptuosidades con que pudiese envolverle Cleopatra. Era algo que los romanos no podían comprender: Antonio y Cleopatra tenían algo más que un amor pendiente. Tenían un proyecto juntos. Tenían un sueño compartido.

El proyecto de Antonio no necesitaba de mujeres como Octavia: precisaba de amazonas como la reina de Egipto. Y, además, compartir es una palabra que se utiliza pocas veces en la vida. Cuando llega la ocasión conviene aferrarse a ella violentamente, necesariamente, aunque el punto de destino final sea la locura.

Y Octavia no estaba loca. Pero penaba, porque ya nunca se le presentaría la oportunidad de estarlo.

Al regresar de su segundo viaje a Grecia, su hermano se negó a toda discusión sobre la casa en donde debía habitar. Y se negó por el camino más simple: ordenando que abandonase la de su marido, quien insultándola a ella con sus desplantes los había insultado a los dos.

Octavia continuó habitando en casa de Antonio, como si él tuviese que llegar cada noche y salir cada mañana. Con magnífica y noble solicitud, se ocupó de los niños que la vida había ido poniendo bajo su tutela: los habidos de su primer matrimonio, los tres de Antonio y los que éste tuvo de la infausta Fulvia. Cumplió así la promesa que hiciese a su

liberto Adonis: éste y el jardinero Fedro tendrían trabajo suficiente para justificar una buena paga.

Recibía a los amigos de Antonio y los ayudaba a obtener todo cuanto necesitasen del cada día más poderoso César Octavio. Pero al obrar de este modo, al convertirse en la personificación de todas las perfecciones, perjudicaba a Antonio sin quererlo. Pues el pueblo romano, que había visto con malos ojos la ceremonia del entronamiento de Cesarión organizada por Antonio en Egipto, sintió todavía mayor repugnancia al ver que se portaba de manera tan innoble con una dama excepcional. Y, además, extraordinariamente romana.

La espera de la mangosta estaba dando excelentes resultados. Sólo cabía lamentar que los pagase la noble Octavia la cual, si no estaba loca tampoco era sorda a los ecos de la envidiable locura ajena. Roma entera se había convertido en un hervidero de noticias «recién llegadas de Egipto» o pretendidas como tales. Octavio seguía sin intervenir. Mercurio, dios de las noticias, había multiplicado las alas de sus pies a fin de poder estar en todos los lugares donde se decidía la opinión pública. Y en pocos días la propia Roma se asombró de que, en su seno, cupiesen tantas bocas prestas al rumor, tantas lenguas ansiosas de maledicencia, tantos oídos anhelantes de calumnias.

Corrió la voz de que la reina Cleopatra de Egipto se había vuelto muy celosa. Y más de una dama apostilló, sin gracia, que sin duda se debía a lo avanzado de su edad. Otras, a que la materia bruta que utilizaba para sus cosméticos se había agotado en Egipto y la reina, obligada a mostrarse ante Antonio con el rostro limpio de artificios, empezaba a perder sus favores. E incluso se dijo que Cleopatra era un hombre transformado en mujer sin dejar por ello de perder sus atributos. Lo cual justificaría que en su juventud fascinase a Julio César —quien a su vez enloquecía por los efebos durante la suya— y que, años después,

consiguiese aprisionar la voluntad de Antonio. Pues todos recordaban que no siempre fueron las mujeres el objeto de sus irrefrenables deseos, como podía recordar cierto patricio cuyo hijo no sólo se consagró a Antonio en cuerpo y alma sino que, además, estuvo a punto de dilapidar su patrimonio ayudándole a pagar sus abundantes deudas.

Pero la leyenda que convertía a Cleopatra en un hombre no prosperó, porque cada día aparecían diez jóvenes romanos que se jactaban de haberse acostado con ella durante su estancia en Alejandría. Y cuando el discreto Polindo contó el número de conquistadores del lecho de Cleopatra pudo deducir que la cifra era imposible, pues no habría podido disponer de tantas horas en todos los días de su vida.

Y Roma continuaba hablando mientras César Octavio se limitaba a encogerse de hombros y a opinar, con gran generosidad, que la opinión exageraba la nota y que, lejos de adoptar actitudes violentas capaces de precipitara Antonio más lejos de su patria, convenía demostrarle amistad e incluso cariño para devolverle a ella.

El mismo Octavio predicó con el ejemplo haciendo levantaren el Foro estatuas de Antonio, para agradecerle cierta ayuda que prestó en la captura y ejecución del rebelde Sexto Pompeyo. Y aquel homenaje público sirvió para recordar al pueblo que Antonio todavía era tan romano como para ayudar a su patria desde Egipto. Y que seguía formando parte del triunvirato que tiempo atrás salvó a Roma del desorden y el caos.

La victoria sobre Sexto Pompeyo le había convertido en un héroe popular, acaso el de mayor repercusión porque su hazaña liberaba a Roma de una de sus máximas preocupaciones: los corsarios que la amenazaban por la costa, desde la capital hasta el último de sus dominios. Pero, además, había conseguido librarse del otro componente del triunvirato, aquel Lépido a quien llamaban «el tercer pilar del mundo». Y Lépido,

hombre poco brillante y de acciones indecisas, salió de la escena dejando que se la repartiesen los más jóvenes... si Antonio podía incluirse aún en aquel apartado. De este modo, lejos de su cargo en el gobierno de Roma, el desposeído se limitó a seguir los acontecimientos con la misma pasividad que Octavia, pero contando con una ventaja primordial: había adquirido una villa cerca de Nápoles, y olvidaba los azares de la política contemplando el paisaje más hermoso de Italia.

Pero si Lépido había podido prescindir de la política con un simple cambio de casa, Octavia no pudo hacerlo tan fácilmente pues la política se había introducido en la suya para no irse jamás. Y un día comprendió que ella misma era un instrumento político, ajeno a su propia capacidad de decisión. Y al contemplarse en el espejo ya no veía en él a una persona sino a una escultura destinada a ser adorada, pero no a comunicar sentimientos. Cualquier maniobra podía utilizarla. Cualquier partido podía hacerla suya sin darle tiempo a consentir o a negar.

Roma la aprisionaba. Roma le devolvía a cada instante los ecos de las historias que deseaba olvidar. ¡Roma y sus habitantes convertidos en recuerdo constante de la prisión en que la habían encerrado!

No eran sus callejas retorcidas, sucias, superpobladas por un gentío malévolo y, a menudo, desesperado. No eran sus soberbios palacios, rodeados por jardines espectaculares y poblados por fontanas de esplendoroso primor. No eran sus paseos convertidos en centro donde iban a desembocar todas las cloacas del mundo conocido. Era, simplemente, aquel rumor en labios de sus habitantes, desde los más humildes a los más poderosos, desde los más sucios a los más perfumados. Era aquel rumor que decía:

—Marco Antonio y Cleopatra, ayer...

Y estaba siempre allí, martilleando su conciencia. Y estaba siempre allí, impidiéndole avanzar hacia la libertad. Doquiera que fuese siempre

habría alguien que la agrediría con aquel recuerdo, aquella remembranza, aquella habladuría convertida en imposición.

—Si a las profundidades de tu encierro no ha llegado el eco de los excesos de Antonio tampoco llegaría, antes, la fama de su prodigalidad. En lo de dar a Cleopatra cuanto quiere nadie podrá acusarle de usurero. Lleva ya años colocando a sus pies mundos, imperios, tronos usurpados. Y ya que de libros hablábamos, te diré que hasta en ellos es Marco Antonio dadivoso. Pues sabiendo que el mayor orgullo de Cleopatra está en la Gran Biblioteca de Alejandría, y que las legiones de César quemaron una parte de su gigantesco fondo en los días de la guerra civil egipcia, Marco Antonio ha decidido enmendar el daño regalándole cinco galeras cargadas de volúmenes que ha robado a la biblioteca real de Pérgamo.

—No soy enemiga de Cleopatra —repetía constantemente la noble Octavia—. Por cuanto sé de ella coloca su virtud en un lugar muy alto. Seguramente lo comprende el propio Antonio si, en su botín de guerra, busca libros con que obsequiarla y no piedras preciosas...

Pero sus elogios contribuían a culminar el círculo vicioso en que se hallaba encerrada. Pues todos volvían a coincidir en que era un ejemplo de perfección y tina lástima que se hubiera casado con un hombre indigno. Con lo cual, una vez más, empeoraba la situación de aquel a quien quería ayudar.

Y Roma continuaba hablando, hablando, hablando...

Hasta que la noble Octavia no pudo resistir tanta confusión y, por primera vez en su vida, quebrantó todas las leyes del comportamiento. Abrazada a su fiel Adonis rompió en un llanto desesperado.

—¿Qué han hecho conmigo, dulce Adonis? ¿En qué me han convertido?

El paso del tiempo sólo sirvió para fortalecer a Octavia, para reafirmarla en su actitud de vela poderosa, confeccionada con materiales invencibles, capaces de resistir la embestida de todos los huracanes. Y llegó un día en que el más alto magistrado de la República se presentó personalmente en su casa para comunicarle una decisión de Antonio. La más dolorosa, pero no por ello la menos esperada.

Por fin se atrevía a pedir el divorcio. Y le exigía abiertamente que abandonara su casa.

La noble Octavia no se permitió un titubeo, no dejó que sus ojos pestañearan, no quiso que nadie pudiera ver un ligero temblor en sus manos. Era la estatua en que Roma entera había querido convertirla, pero nunca la humilde víctima que la acción de Antonio podía hacerle representar. Permaneció erguida, con las manos serenamente cruzadas sobre su regazo. Y una irónica sonrisa asomó a sus labios, como si quisiera asegurar a los demás que continuaba viva y victoriosa. Más reina aún que la de Egipto, pues no necesitaba del trono para proclamar su majestad.

—¿Y si me negase a abandonar esta casa? —preguntó, secamente.

—Me vería obligado a echarte, noble Octavia —dijo el magistrado, con las manos sudorosas y un trémolo de ansiedad en la voz—. No me obligues a hacerlo, te lo ruego. Jamás podría perdonármelo.

Tratándose de Octavia nadie se vio obligado a recurrir a extremos. No se plantearon situaciones enojosas en un asunto que ya lo era de por sí. Los trámites del divorcio se realizaron con la sencillez y celeridad de una transacción entre campesinos: como la cesión de un cerdo o un caballo. Y cuando le correspondió abandonar la casa del marido, Octavia no mostró ni el más mínimo signo de dolor, ni el más ligero asomo de nostalgia.

Se fue como había llegado: discretamente y sin hacer ruido. Con su

dote, sus pertenencias, su fortuna y todo cuanto el derecho romano permitía conservar a las divorciadas. Se fue con sus hijos y el de Antonio, con sus vestidos, sus muebles y sus esclavos preferidos. Nadie, ni siquiera el lindo Adonis, supo decir si también se iba con un poco de dolor.

Pero los romanos, que tanto la admiraban, siguieron su peripecia con el interés que ya sólo dedicaban a los juegos del circo y, los más sofisticados, a las representaciones teatrales. Los romanos la siguieron de cerca y sintieron mucha lástima. Pero no de ella, sino de Antonio. O así lo cuentan los cronistas que recogieron aquellos tristes días.

Octavio recogió el insulto infligido a su familia con un aplomo, una dignidad que le colocaban a la altura de su hermana. Toda Roma conocía el fervor que sentía por ella, aunque no eran hijos de la misma madre. Y alguna lengua de filo innoble había llegado a sugerir que, si no la amase tanto como hermana, hubiera podido amarla igual como enamorado.

Ninguna de estas consideraciones importaron a la hora de asumir una situación que llevaba a su punto culminante al desprecio de Octavio hacia el pobre loco que prefería los falsos oropeles de una ramera a los discretos encantos de su noble hermana. Calló, pues. Supo aguantar como un filósofo desengañado de la inconsistencia de los sentimientos.

Eran falsas apariencias. En su interior, Octavio pedía la guerra a gritos: exigía sangre y fuego. Pero era un gran conocedor del poder de la apariencia y no ignoraba que, en política, ésta es más importante que las ideas. No convenía a las suyas que, en un futuro muy próximo, los romanos asociasen su comportamiento con un arrebató de furia revelado el día en que su hermana fue echada de casa de Antonio.

Su mirada se limitó a mirar sin ser observada, a observar sin ser vista. Supo que mientras su familia estaba viviendo aquellos tristes sucesos, Antonio y Cleopatra viajaban por distintos puntos de Grecia en una galera

de oro que la reina había bautizado con un nombre revelador: *Antoníada*. Pero también supo que ninguna galera sería tan veloz como para hacer que los dos amantes escapasen a su furia. La proyectó sobre todos los vientos, la envió sobre todos los mares justo el día en que la reina de Egipto cumplía treinta y ocho años. Y Antonio sollozó porque el reloj de su vida corría más de lo que su voluntad deseaba.

Cuando Octavio decidió que era llegada la hora de hablar directamente contra Antonio, todavía lo hizo acogándose a las más estrictas medidas de prudencia que pudiesen rodear a cualquier acción pública. No dejó nada al imperio del azar. Por el contrario, acabó de enroscar su ovillo con tal esmero que le salió una labor de filigrana. Más que un político, parecía un tejedor.

En principio había decidido que no era conveniente despertar las ansias belicosas del pueblo en una época del año en que los recaudadores de impuestos se encontraban en pleno ejercicio de su ingrata labor, provocando reacciones poco agradables ya en las masas, ya en los artesanos, ya en los patricios. Y es bien cierto que las grandes empresas heroicas, las grandes inspiraciones patrióticas han de encontrar debidamente dispuesto el generoso pecho de los pueblos, el cual es a su vez tan contradictorio que no se enardecerá fácilmente si el cerebro se encuentra enfrascado en cuestiones de índole económica.

Sin embargo, Octavio tuvo conocimiento de cierta noticia providencial que le impulsaba a actuar con mayor rapidez de lo previsto. No vio en ello un signo de imprudencia, ni siquiera de celeridad gratuita. La noticia lo justificaba con creces. Pues informaba de la llegada a Roma del testamento de Marco Antonio.

Por una indiscreción del encargado de depositarlo en el sagrado hogar

de las Vírgenes Vestales, supo Octavio que en aquel escrito se encontraban las pruebas irrefutables de la desertión de su antiguo amigo. Pruebas que el Senado y el pueblo de Roma podrían considerar, por fin, una traición absoluta.

Decidido a actuar, llamó urgentemente a Dolabella, uno de los militares más fieles a su causa.

—Irás con tus soldados al templo de las vestales y en mi nombre solicitarás que te entreguen el testamento de Antonio.

Pero Dolabella no reaccionó con la vehemencia que Octavio esperaba.

—Es posible que no haya entendido bien tus órdenes —dijo, vacilante—. Si Antonio ha decidido acogerse al secreto que aquel santo lugar garantiza a los romanos, no tenemos derecho a negárselo.

—Te recuerdo que fue el propio Antonio quien, en cierta memorable ocasión, me llevó a asaltar los prestigiosos secretos de las vestales. Estoy seguro de que la gran sacerdotisa no va a negarme un pequeño obsequio en recuerdo de aquella noche singular... acaso por miedo a vivir otras más singulares todavía. Y puesto que ha de obsequiarme, dile de mi parte que solicito como regalo el testamento de Antonio.

Dolabella se apresuró a cumplir lo que prefirió entender como un indiscreto antojo de su amigo y aliado. Lo hizo con diligencia, como era su costumbre y su prestigio, pero no sin algunos escrúpulos, por demás lógicos. Ciertas tradiciones estaban muy arraigadas en su ánimo, como en las de cualquier ciudadano romano que se preciase de prudente (virtud ésta que empezaba a ser inseparable de la idea de ciudadanía). En realidad, Dolabella se dejaba llevar por prejuicios ancestrales: podía faltar a ciertos dioses un determinado número de veces a lo largo de su vida, sin que el hacerlo le convirtiese en un miserable, pero cualquier desatención a la gran Vesta podía acarrearle la reprobación del pueblo y, además, atraer sobre su propio hogar todo tipo de maldiciones y acaso

desgracias.

Una afrenta a las vestales era una alienta a los orígenes de la vida, a las fuerzas básicas que sustentaban el poder de Roma desde sus orígenes. El mantenimiento del fuego sagrado no era asunto que tolerase frivolidades. En todos los hogares se guardaba, permanentemente encendida, una llama que las dignas matronas renovaban de forma periódica con aportaciones de la llama original, conservada en el templo.

Dolabella temía, con razón, que una ofensa a la gran sacerdotisa pudiese generar desgracias sin número contra toda su familia. Incluidos los difuntos.

Cuando regresó de su ingrata comisión, se encontró con que Octavio acababa de regalarse con un almuerzo a base de frutas secas, almendras y aceitunas. Con lo cual el regalo no sólo era frugal sino también mediocre. Y una vez más Dolabella se maravilló de que alguien tan joven pudiera enfrentarse a un cúmulo tan desproporcionado de responsabilidades contando con un estómago tan poco estimulado.

No le resultó menos sorprendente que aquel día Octavio se permitiese el exceso de una copa de vino. Cuando le sonrió por encima de sus bordes, Dolabella comprendió que estaba apurando el contenido, pero que no lo saboreaba.

—Trabajo inútil —anunció el general—. La gran sacerdotisa no accede a entregarte el testamento. Es más, le ha molestado el simple hecho de que me atreviese a pedirselo. Y en tono arrogante ha añadido: «Dile a Octavio que si quiere este testamento tendrá que venir a buscarlo con sus soldados...».

—No deja de ser una invitación, en cualquier caso... —contestó Octavio, sin perder la calma. Y, dejando de lado la copa vacía, anunció —: Haz que preparen un pelotón armado. Y que no sean hombres excesivamente piadosos.

Su mirada de gavián estaba puesta en el futuro. Sus garras hurgaban en el presente. Y a sus oídos sonaron completamente inocuas las quejas de Dolabella:

—Si ni siquiera es posible resguardar la propia intimidad al amparo del fuego sagrado, ¿qué nos queda ya?

—Si el fuego sagrado se interpone entre Octavio y el interés de Roma, significa que Roma puede pasarse sin su fuego. Es más conveniente a sus intereses que conozca de una vez el verdadero rostro de un renegado.

Cuando salía en dirección al templo, convenientemente ataviado con una coraza que le venía algo ancha, Octavio se dirigió a la hornacina donde se conservaba el fuego sagrado, bendición del hogar, y arrojó sobre las llamas un jarro de agua. Dolabella quedó horrorizado. Pero la casa continuaba en pie y aquel día no se abrió la tierra a los pies de Octavio.

No bien ocupó su lugar de privilegio en el Senado, todos los presentes comprendieron que los puños de Octavio se disponían a asestar un golpe definitivo. Su acostumbrada parquedad se había cambiado por una expresión autoritaria y enérgica. Sus ojos, a menudo evasivos, lanzaban destellos de una violencia dispuesta a actuar no sólo contra sus enemigos sino también contra quien se atreviera a secundarlos. Y para mejor garantizar su posición, el insolente joven hizo que sus partidarios llevasen armas u objetos contundentes escondidos bajo las togas oficiales. De ahí que alguien pudiese referirse a la «policía personal de Octavio».

Pero no se proponía tomar el Senado; simplemente, intimidarlo. Su astucia le llevaba a aprender constantes lecciones del pasado y, de entre todas ellas, extrajo la más provechosa: cualquier intento de insultar a la

República pasando por encima de sus representantes estaba abortado de antemano. Tal vez algún día lo conseguiría, pero de momento era menester contar con ellos. Era necesario hacerles creer que eran suyas las decisiones que él se encargaría de inculcarles.

A través de sus representantes, el pueblo de Roma tenía los ojos fijos en Octavio. Y él supo jugar con todas las posibilidades de su voz, variando su modulación, graduando su ritmo, manipulando sus acentos conforme a los sentimientos que convenía expresar con miras a una mayor efectividad.

—Lo que me dispongo a revelar concierne a un gran amigo que fue mi maestro. Pero afecta especialmente a Roma porque le enseña cuán peligroso es poner a sus hijos más jóvenes en manos de maestros equivocados. Sé que al expresarme así, alguien podrá acusarme de ingrato. Contestaré diciendo que si hubiese delegado mi dolorosa misión en otro, podrían acusarme de cobarde. Enfrentado a la elección, decido acogermé a la ley que siempre dirigió el comportamiento de Octavio. Para no ser cobarde, acarreo sobre mí todas las iras de los partidarios de Antonio. Para no ser ingrato, robo a los demás la oportunidad de hablar contra mi amigo y me arrogo la dolorosa carga de hacerlo yo mismo, en el convencimiento de que mi afecto de ayer sabrá poner atenuantes a lo que cualquier otro convertiría en desapasionada carga de acusaciones contra el comportamiento de Antonio. Mucho más temible por cuanto será inevitable no bien conozcáis el contenido de este testamento...

Levantó el brazo, mostrando a la concurrencia un pliego lacrado. Y aquella evidencia levantó una oleada de murmullos entre los representantes de la salud romana.

Uno de los partidarios de Antonio se levantó, poseído por la indignación.

—Este documento estaba depositado en el templo de las vestales.

¿Mediante qué ardid has conseguido que obre en tu poder?

—Las vestales ruegan por el bien de Roma —contestó Octavio, pausadamente—. Luego dan los medios necesarios para garantizarlo.

Las voces, los gritos, los improperios de los partidarios de Antonio se convirtieron en una fuerza común. Era un forcejeo desesperado por conseguir que el documento se mantuviese en secreto. Con lo cual se limitaban a restituirle su función original.

Octavio se apresuró a atajar la petición con una nueva maniobra.

—Si Antonio todavía fuese un amigo, Octavio jamás se atrevería a abrir su testamento ni en público ni en privado. Pero Antonio se ha convertido en un desconocido para el pueblo de Roma. ¿Cuántos años hace que no se digna poner los pies en su patria? ¿Cuántos años han transcurrido desde la última vez que le vimos en este Senado? ¡Cinco largos inviernos han transcurrido desde que Antonio regresó a la infausta Alejandría! Para comunicarnos con él nos vemos obligados a recurrir a la magia. ¡A la magia, sí, porque no es él quien nos habla desde lejos, sino su fantasma! —crecieron los rumores cuando Octavio se dirigió a los primeros asientos y, tomando de la mano a uno de los senadores más jóvenes, lo sacó hasta la tribuna—. El noble Calvisio, de cuya objetividad nadie puede dudar, os contará lo que pudo ver en su reciente viaje a Alejandría. Y si después de escuchar su relato seguís pensando que Octavio no debe leer el testamento de Antonio, Octavio acatará vuestros altos designios y él mismo se aplicará un severo castigo por haberse atrevido a obrar mal creyendo que hablaba con justicia...

La expectación se había acentuado ante la presencia del aludido Calvisio. Era un joven barbilampiño, abundante en grasas y muy conocido por su inquebrantable lealtad a Octavio. Con lo cual dedujeron los presentes que llevaría alguna arma escondida bajo la toga y, por lo tanto, no sería prudente contradecirle.

—Si se me pide que hable de Antonio diré que en Alejandría no he conocido a nadie que sea digno de este nombre. Sólo he conocido a un general romano convertido en el perro faldero de una egipcia de boato. Una egipcia tan fogosa que utiliza el aliento del romano para aliviarse los fuegos que arden debajo de su monte de Venus.

La afectada voz de aquel petimetre consiguió despertar la hilaridad de sus oyentes. Y otro de los partidarios de Octavio gritó:

—¡Danos el nombre de este general, Calvisio!

—Pues bien, él jura y perjura que es Antonio, pero yo os digo que no puedo creérmelo. ¿Regalaría Antonio a una ramera toda la biblioteca de Pérgamo, que contiene doscientos mil volúmenes? No, señores míos. El Antonio a quien nosotros conocimos los hubiera entregado a Roma, enriqueciendo así sus bibliotecas públicas. ¿Toleraría Antonio que durante su estancia en Éfeso los nobles de aquella ciudad saludasen a Cleopatra con el apodo de Emperatriz del Mundo? No, señores. Porque nuestro Antonio sabría que este sobrenombre sólo corresponde a Roma. ¿Queréis saber más cosas todavía de este general beodo y afeminado que usurpa los títulos de Antonio? En el curso de un banquete se levantó con paso tambaleante y, arrodillándose ante su egipcia, le lavó los pies en una jofaina de plata. Mientras se hallaba reunido con el alto tribunal, impartiendo justicia y tratando asuntos de vital importancia para los intereses de Roma en Oriente, interrumpía la reunión a cada momento porque su amante le iba enviando billetes de amor como hacen las criadas a los criados cuando consiguen burlar la mirada de sus amos. Y durante mis últimos días en Alejandría pude ver con estupor que la litera de Cleopatra pasaba por el foro y que de ella iba colgado este general romano, vestido como su dios Dionisos y expresando a gritos su pasión extravagante. Si éste es Antonio, señores, me avergüenzo aquí de que lo sea. Pues a lo que acabo de contar podría añadir cosas mucho más atroces

que le convierten en el hazmerreír de los alejandrinos. Hasta tal punto lo es, que en Alejandría corre la siguiente frase: «Antonio es un comediante, pero en Roma lleva la máscara de la tragedia y guarda la de la comedia para lucirla en Alejandrías». Y yo añadiría que es la de la farsa, pues sigo sin creer que ese fofo general, borracho, avejentado y ridículo sea aquel Marco Antonio que conoció la admiración de Roma y el cariño de sus mejores ciudadanos.

—¡Estás mintiendo! —gritó uno de los senadores—. ¡Hablas así porque eres amigo de Octavio!

Éste desplazó a Calvisio del centro de la tribuna.

—¿Y no lo son de Antonio quienes le defienden? —contestó con voz pausada pero certera—. Sólo el amor justifica vuestra ceguera. Pues ciego hay que estar para seguir defendiendo a quien reniega de ser romano.

Estas últimas palabras fueron decisivas. Los nobles senadores, que solían adecuar sus decisiones al imperio de la razón, se dejaron atrapar por la red que Octavio acababa de tenderles. Lo que no consiguieron las derrotas de Antonio, la coronación de Cesarión y las tierras entregadas a Egipto lo consiguió en pocos instantes una simple duda sobre el patriotismo de un romano.

Las dudas pudieron más que la dignidad. Y Octavio fue autorizado a leer el espinoso documento que seguía enarbolando a guisa de triunfo.

—En cierta ocasión, cuando Antonio se contaba entre los más nobles representantes del sentir de Roma, leyó ante una plebe enardecida el testamento de César. Su elocuencia contribuyó a levantar al pueblo contra los conspiradores. Hoy me corresponde a mí la dolorosa responsabilidad de enardecer vuestros ánimos no contra aquel Antonio de glorioso recuerdo sino contra este otro Antonio que ha sido capaz de volcar su indignidad en este testamento. Pues en él pide que al llegar la hora

suprema de la muerte se le permita descansar en tierra egipcia. Esto quiere Antonio, en lugar de pedir que le lleven a su patria. Y si en ella se encontrase por azar, pues por azar será cualquier visita de Antonio a partir de ahora, solicita que su cadáver sea transportado a través del foro y embarcado con destino a Alejandría, donde ya ha mandado construir su tumba.

—¡Construye su tumba en vida! —exclamó uno de los senadores más ancianos y respetados del partido conservador—. ¡Hasta en esto imita a los egipcios!

—¡No es una tumba! —exclamó Octavio, a voz en grito—. ¡Es un monumento a la deslealtad, un insulto a todos nosotros y, por extensión, al pueblo de Roma!

El veneno acababa de surtir efecto. Y no necesitó seguir un curso prolongado. Fue una pócima violenta, intensa, que entraba por los ojos y acababa de golpe con todas sus defensas. No sólo enardeció los ánimos de los senadores: los convirtió en auténticas fieras que intentaban descargar su ira sobre los partidarios de Antonio, cuyo propio desconcierto los había desarmado completamente ante el ataque de los demás.

Pero Octavio recurrió de nuevo a su astucia, a fin de que nadie pudiese pensar que sus acciones estaban guiadas por la animadversión hacia el hombre que le había injuriado a través de su hermana. Y, sin dejar de enarbolar el testamento de Antonio, proclamó:

—No penséis en la guerra por el momento. No emprendáis ninguna acción contra el que fue nuestro amigo. Pensad que no es dueño de sus actos. Pensad que la corte de Egipto es famosa por sus hechiceros y tal vez nuestro amigo se encuentra bajo la influencia de un filtro de amor. ¡Que Roma no incurra en el error de quienes desertan de su glorioso destino! Que triunfe la razón. Pues si declaráis la guerra ahora no lucharéis contra Antonio, ni siquiera contra Cleopatra. Lucharéis contra

sus doncellas, sus magos y sus eunucos, ya que ellos son quienes gobiernan Egipto últimamente.

Pero en la intimidad de su despacho, Octavio contaba los días que faltaban para que los recaudadores de impuestos diesen por terminado su trabajo. Calculaba las semanas que deberían transcurrir hasta que el pueblo olvidase la dolorosa sangría de que hablan sido víctimas sus bolsas y regresara a su talante habitual.

Los grandes eventos de la tierra no se producen sin que antes los anuncien espantosos prodigios en el cielo. Augurios terribles, mensajes aterradores anuncian a los mortales que los dioses han decidido jugar con sus destinos. Y ningún dios se hace anunciar con tanta antelación como el belicoso Marte de los griegos y la temible Bakset de los egipcios. Pues ambos necesitan el estallido de la guerra para sentirse completamente satisfechos.

Alrededor del nombre de Antonio empezó a tejerse una aureola de fatalidad. ¡Síntomas siniestros fueron el prelude de cosas todavía más terribles! A orillas del Adriático, una ciudad colonizada por Antonio fue engullida por gigantescos cráteres que se abrieron de repente en la tierra. De unas estatuas que los ciudadanos de Alba habían erigido en honor de Antonio brotó durante varios días un sudor muy extraño que no llegaba a secarse por más que lo limpiasen. En Atenas, una borrasca estremecedora derrumbó los colosos de Eumene y Atalo, que llevaban inscripciones de Antonio. E incluso sus dioses protectores recibieron el castigo de algún hado adverso: pues el templo de Hércules, en Patrás, fue incendiado por dos rayos que rasgaron el cielo a pleno sol, y en Atenas un huracán mortífero arrancó de cuajo la estatua de Dionisos.

Pero todo era obra de los dioses que habitan más allá de las nubes,

porque el furor de Roma no necesitaba de artificios para manifestarse. ¿Cómo iba a necesitarlo si Octavio velaba día y noche? Ningún preparativo le parecía inútil, ninguna precaución excesiva, ningún consejo vano. Y mientras Antonio cumplía los primeros pasos de su sueño oriental llenando las noches de Alejandría con fiestas y desfiles, él calculaba los beneficios materiales que Oriente podía reportar a Roma. Lejos de imaginar una dinastía de titanes, personificada en cuatro niños divinos sentados en tronos de oro, Octavio usurpaba el oficio de los mercaderes imaginando barcos cargados de trigo, caravanas repletas de especias, esclavos trabajando día y noche en las minas de estaño, leñadores cortando árboles de maderas preciosas y cuantos beneficios podía reportar un imperio cuyo poder no residiese en los devaneos de la imaginación, sino en la eficacia de las espadas.

Mientras, Antonio y Cleopatra continuaban viviendo el esplendor de sus amores junto al mar de Alejandría.

Cuando Octavio empuñó por fin la lanza sagrada pasó de ser portavoz de una fracción del Senado a exacta personificación del sentir de Roma. Se convirtió en el corazón popular que respondía ante una única consigna: vengar a Roma de cuantos ultrajes había infligido en su orgullo una hembra desnaturalizada, cruel y despótica.

A medida que la procesión presidida por Octavio avanzaba hacia el Campo de Marte, la zona bélica por excelencia de la ciudad, a medida que aquella procesión aumentaba con los transeúntes que se iban añadiendo a su paso, los romanos empezaron a asimilar el verdadero sentido de la guerra. Y aquella asimilación también era el resultado del largo trabajo de Octavio, de sus noches en vela, de sus sonrisas fingidas y sus acusaciones veladas. Era el triunfo de la humilde mangosta sobre la

orgullosa cobra de Egipto.

Al levantar la lanza de la guerra, al dirigirla con estremecedora precisión hacia el alma de Alejandría, Octavio tuvo particular empeño en procurar que la multitud congregada a su alrededor percibiese con toda claridad lo inequívoco de su declaración:

—No es una guerra civil —gritó, marcando cada palabra—. No es Roma contra Roma. Es Roma contra Egipto. Es Roma contra Cleopatra. Es la gran cruzada que Roma emprende para liberar a uno de los suyos. ¡Para arrancar a Antonio de la influencia de los hechizos orientales y la cárcel de la depravación!

Los gritos de la multitud corearon sus palabras y durante varias semanas éstas se convirtieron en un himno triunfal que recorría las calles de Roma y se introducía en los hogares hasta que quedaron firmemente arraigadas en todos los corazones. Y aquel joven de aspecto enfermizo, aquel patricio de aspecto demasiado austero, apareció revestido con los más audaces atributos del heroísmo, como si de repente hubiese comprado a muy buen precio la aureola de gran conquistador que hasta entonces adornaba la reputación de Marco Antonio.

Mientras la lanza de la guerra se clavaba en el alma de Alejandría, los amantes continuaban disfrazados de dioses, y la galera de oro —la *Antoníada*— abandonaba lentamente los mares y se remontaba hacia las nubes, impulsada por una ilusión que nada quería saber de la realidad. Y sobre las nubes navegó desde aquel día, dejando tras de sí una estela de quimeras que, lejos de decrecer, iba en aumento. Y en aquel edén completamente cerrado a la turbulencia de los acontecimientos, Antonio celebró su aniversario con tantas esperanzas que su amante le juzgó completamente loco. Pero una vez más bendijo su locura.

Los cincuenta y un años de Marco Antonio fueron recibidos por Cleopatra con una profunda sensación de serenidad que se resistió a

analizar, como, en otro tiempo, se negó a averiguar por qué le atraía la soberbia madurez de Julio César. Pero de aquella relación había obtenido la joven Cleopatra muchas y notorias ventajas que, después, repercutieron favorablemente en su madurez; por lo cual esperaba que la de Antonio conllevaría los mejores augurios no sólo para sus amores sino, muy especialmente, para su convivencia y para el trono de Egipto. Y al verle reposar en una profunda siesta, pues los excesos de la comida empezaban a fatigarle, pensó que ambos se estaban acercando a la perfección. Y decidió que pronto podría depositar toda su fuerza en manos de Antonio y, los dos, abandonar su combatividad a los pies del trono de Cesarión. A partir de este momento se abriría un espacio completamente blanco, no profanado por acciones ni proyectos, destinado únicamente a albergar horas ociosas, plácidos atardeceres, goces sin fin en la ilimitada capacidad de placeres que pregonaban las esquinas de Alejandría.

Pero al mismo tiempo la amazona que latía en el interior de Cleopatra se rebelaba invocando sus ambiciones más arraigadas: las que la llevaban a imaginarse en cabeza de una dinastía poderosa que dominaría los más remotos confines del mundo conocido e impondría su autoridad sobre el poder de Roma.

—Será esta vez otro César quien presida mi entrada triunfal en Roma—solía decir a sus doncellas—. Será mi hijo, situado en lo más alto de su gloria. Será Cesarión, el rey de reyes, quien hará que Octavio se incline ante mis plantas.

Pero el amor que surca los mares, poblándolos de esperanza, ignora que la fortuna es frívola e inconstante cual viuda que decidió vivir intensamente los goces que no disfrutó en vida del marido. La fortuna es la peor de las divinidades, pues es la que cobra a más alto precio los favores que prestó a los hombres. La fortuna no sabe de mares idílicos, pues los alquiló cobrando después a sangre y fuego.

Porque Fortuna se alió con los dioses de la guerra para que los amantes de Alejandría —y la propia ciudad y el suelo egipcio— conociesen una a una todas las saetas de la adversidad. Y disparadas desde Roma, como certeros impactos de dominio, traspasaron las corazas más resistentes y fueron a clavarse en el fondo del alma.

¡Cuántos dioses horribles se juntaron para invocar a la funesta estrella que cambió la vida de los hermosos amantes! ¿Quién les dijera ayer, en la culminación del goce, que el destino se desentendía de ellos y los dejaba en manos de sus más adversos enemigos?

Entonces los amantes de Alejandría despertaron de su sueño y al mirar a su alrededor vieron que el mundo había cambiado. Los mares ya no bebían los azules celestes que el cielo reflejaba en sus abismos. La sonrisa perenne de Alejandría se contrajo en una expresión de horror. Y cayeron las guirnaldas de las estatuas y los fuegos se apagaron en los templos porque las felices divinidades de antaño eran sustituidas por las temibles diosas de la venganza que sólo siembran destrucción a su paso por el mundo.

La suerte del mundo fue a decidirse en un lugar lejano, una inhóspita costa situada en las costas de Grecia. Y el mundo, al temblar, supo que su enfermedad estaba en Accio. De allí saldrían los rayos destinados a destruir, una a una, todas las defensas de Alejandría y a derrumbar todos los baluartes del amor.

Dos divinidades de la guerra, de patrias diferentes, cayeron sobre Accio dispuestas a la lucha. De Roma vino Marte, atleta poderoso, cubierto con yelmo invulnerable y armado con el poderoso soplo que inspira en los mortales la locura de la lucha. De Egipto llegó Bakset, temible deidad con cabeza de leona, infame instigadora de todas las catástrofes, horrenda criatura que insufla en los pechos de los mortales el ansia de matar y la necesidad de poseer mediante la matanza.

Animando a sus respectivos bandos, las terribles divinidades que reinan en los cielos bajaron a organizar un infierno pavoroso en las costas escarpadas de Accio. Y el ameno pulmón de Alejandría contuvo la respiración mientras los dioses convertían la suya en feroces llamaradas de odio.

Mientras Octavio consagraba sus noches a la vigilia, preparando hasta el último detalle una operación cuyos alcances eran mucho más vastos de lo que la excusa de la guerra permitía adivinar, los dos amantes convertían sus noches en una prolongación esplendorosa de los fastos que habían conocido en Alejandría. La flota egipcia, unida a la de Antonio, navegó hacia el lugar de la batalla, pero los amantes decidieron bendecir al tiempo deteniéndose en lugares más placenteros. Y gracias a la madurez de sus amores, la isla de Samos conoció sus mejores días y sus noches más prósperas. Pues no se vio en todos los mares un mayor despliegue de suntuosidad, un mayor exceso en la alegría, un racimo más pletórico de placeres y locuras. Era como si Antonio consagrara el futuro de la guerra a su dios Dionisos.

—En verdad que están seguros de su fuerza —decían los isleños—. Pues si gastan toda esta alegría antes de entrar en combate, ¿qué no han de hacer cuando obtengan la victoria?

Pero la alegría se tornó dolor en las costas de la guerra. Y pudieron decir los egipcios: «Accio, nombre maldito para siempre en los altares de Alejandría. Accio, costas tenebrosas, acantilados maléficos, aguas negras enrojecidas por la sangre de los cadáveres, cielo encapotado por la maldición funesta que arroja la sagrada lanza de Roma. Accio, gigantesca hecatombe donde los amantes juegan la carta inesperada que ya no ha de decidir el curso de sus amores sino la muerte del mundo que los protegía, del mundo que llegó a amar gracias a ellos».

Y la alegre y confiada Alejandría empezó a temblar durante los tres

meses que los ejércitos enfrentados en Accio dedicaron a preparar el momento de la gran batalla.

Desde las terrazas del palacio real, Cesarión contemplaba el horizonte, como si encima de aquella línea ambarina, donde el azul del mar coincidía con el azul de los cielos, pudiesen aparecer de un momento a otro imágenes de las batallas que llenaban su alma de desasosiego. Y era inútil que los consejeros de su madre le tranquilizasen. Y era inútil que efectuasen todo tipo de sortilegios positivos los brujos de palacio. Una fuerza más poderosa que todos los augurios, mucho más avisada que todos los consejos de los mayores, hablaba en su interior de sangrientos sucesos, de terribles venganzas efectuadas por las divinidades del desastre y los genios de la desolación.

Los marineros que recalaban en el puerto de Eunosto eran portadores de noticias que, si no desesperanzadoras, sí eran cuanto menos pesimistas. En numerosos puntos de Grecia, las multitudes enardecidas habían derribado a golpes de maza las estatuas de Antonio y Cleopatra. En otros puntos, más cercanos al campo de batalla, se decía que los oficiales de Antonio empezaban a desertar de sus filas, pasándose a las de Octavio, porque les molestaba la constante irrupción de la reina egipcia en los planes de batalla y en las relaciones con los soldados. De todas partes llegaban noticias del desconcierto reinante entre las tropas... desconcierto que se oponía al perfecto orden que reinaba entre las filas de Octavio.

Y cuando no llegaban noticias, Cesarión continuaba apoyado en la mágica balaustrada que se abría sobre el incesante tráfico del puerto y los esplendores de Alejandría. Respiraba entonces el aire ácido, corrosivo, que llegaba de la corrupción de los lagos, con su putrefacción aumentada por el lóbrego calor de agosto. Sentía entonces el joven príncipe que la ciudad, el país entero, era como una maldición que el destino había

puesto en sus manos sin que él lo solicitase. Sus ojos se llenaban de aquella Alejandría de formas irreprochables, aquella Alejandría de la cual dijo un viajero que obligaba a mantener los ojos continuamente cerrados, tan intensa, tan cegadora era la blancura que el sol arrancaba a sus infinitos mármoles.

¡Y el destino final de tanta belleza se estaba decidiendo en unas costas lejanas, de las que Cesarión ni siquiera había oído hablar!

—Mi destino va unido al de Alejandría —susurró tristemente, una tarde en que no llegó ningún navío cargado de noticias—. Mi destino es como tu vida, buen Totmés: lo decidieron otros por mí, y son otros quien se lo juegan ahora, en una partida a muerte, en las costas de Accio.

Hablaba con tanta amargura que Totmés se vio obligado a acariciarle. Y sentía que, en efecto, ambos eran el resultado de dos destinos postizos.

—Tu destino es el de Egipto, mi príncipe. De la misma manera que el mío fue ayudarte a comprenderlo. Y lo que suceda en Accio nos arrastrará a los dos.

—El día que nos conocimos en aquella tumba de la Sede de la Belleza, yo leí en voz alta la historia de un principito que no llegó a hacerse hombre...

—Y yo te adoré porque, en medio de la caída de Egipto, tú hablabas con las palabras de la tradición.

—El recuerdo de aquel niño muerto prematuramente no me ha abandonado en toda mi vida. Igual que el príncipe Aristóbulo de Judea. Por esto te digo que Egipto es un peso demasiado arduo y Alejandría una maldición. Ambas son el peso que me impedirá avanzar y que al mismo tiempo me mantiene inmóvil, esperando que en Accio dos ejércitos decidan mi destino.

—Y al mismo tiempo te digo que no puedes escapar a la suerte de Egipto, porque entre todos hemos querido hacerte digno de ella. Que

aunque sea adversa, será grandiosa.

—Tú estás a tiempo de huir, Totmés. La vida que me consagras es algo artificial, un voto que puedes deshacer en cualquier momento porque no lo formulaste tú. Lo hicieron en tu nombre. Puedes renunciar a él, volver a tu pasado, buscar a tus padres...

—Mi pasado ya sólo es el que tuve junto a ti. ¿Quién puede deshacer el camino recorrido? He comprendido que el destino se complace en anular sus propios decretos. Si de niño tuve uno, éste fue deshecho por Epistemo y tu madre. Y mi destino es ahora vivir a tu lado, impulsando el sueño que me llevó hacia ti. El tiempo eterno de Egipto, ¿comprendes? Él durará más que nosotros. Él sobrevivirá a la caída de Alejandría porque existe desde mucho antes de que empezasen a irradiar los resplandores de sus mármoles y la sabiduría de sus academias.

Durante tres meses el futuro rey de Egipto acudió todas las tardes a su terraza, como un vigía imperturbable que usurpaba las funciones del faro y cuyo corazón se enardecía pronunciando la célebre bienvenida del puerto viejo: «Eunosto, soldados de Alejandría. Buen regreso, óptima llegada, saludable acogida a los vencedores de Accio...».

Pero las noticias de los mares eran cada día más contradictorias, aunque ninguna desmentía el pesimismo de la anterior.

Octavio estaba venciendo. Octavio estaba a punto de vencer completamente. Octavio casi se proclamaba vencedor.

Y un día apareció en el horizonte la galera de Cleopatra. Alejandría entera se regocijó ante la noticia de que la reina regresaba a su palacio de mármol. Alejandría entera sintióse más protegida, y sólo la fetidez del viento aportó notas siniestras a las cabalgatas de flores y a los coros triunfales. Pero fue aquella fetidez la que acabó triunfando, porque la suntuosa galera llegaba impulsada por los malos vientos de la derrota.

Cesarión reunió a los consejeros, mandó que las doncellas vistiesen

de gala a sus tres hermanos, animó a las gentes de la corte a ponerse sus mejores galas y él mismo se vistió de gran ceremonial para que los ojos de su madre, al entrar en Alejandría, quedasen deslumbrados por los destellos del oro y el coqueteo que el sol arrancaba a las piedras preciosas. ¡Y que sus oídos se viesan arrullados por los suaves rumores de la seda y no por los rugidos del desierto!

La comitiva se dirigió al muelle y allí esperó la aparición de la reina, en lo alto de su orgullosa galera, alegría de los mares. Pero había manchas de sangre en el nombre que hasta entonces ostentase con no menos orgullo —*¡Antoníada, Antoníada!*— y el ambiente de la tarde era fatigoso y una humedad agobiante pegaba la seda a la piel enmohecida de los cortesanos. Incluso el gran faro, con sus luces apagadas, parecía más deslucido.

Y en la aparición de Cleopatra vieron los primeros anuncios de un destino hostil. Pites llegaba completamente enlutada y sola entre sus damas. El gallardo acompañante de otras horas, el amante que había prometido conquistar el mundo para depositarlo en los altares de Alejandría quedó en algún lugar del inmenso mar de la derrota. Y durante algunos meses, Alejandría no tuvo noticias del hombre que lo había dado todo por su suerte.

Si el destino de la guerra cambia el mundo, éste cambia el amor de los amantes. Toda la serenidad de antiguas horas pasadas al socaire de un idilio se convierte en tortura, el esplendor de un sueño de conquista se consume ahora en el fracaso. Y los amantes regresan a un redil modesto, un último rincón que ya sólo permite esperar el supremo instante de la tumba.

Y pasa el tiempo con más fuerza que el soplo de los huracanes.

Transcurre lentamente la miseria, el dolor se convierte en una costumbre, la derrota en un estado de ánimo. El tiempo ha hecho una labor irreversible. Los héroes están mutilados.

Marco Antonio no quiso regresar a Alejandría derrotado por segunda vez en su vida. Pues en esta ocasión sabía que su destino estaba ya trazado y que, al cumplirse, arrastraría consigo a la ciudad y a su reina amada. Que algún día, por mar o por tierra, las fuerzas de Octavio culminarían en aquel lugar, sobre el propio terreno sagrado, la sistemática labor de destrucción que habían ido acometiendo desde Roma. Era el águila que se cebaba sobre su presa con ferocidad implacable y sin detenerse ante ninguna súplica, sin detenerse siquiera ante el recuerdo del cariño de ayer.

Y Marco Antonio buscó la soledad y huyó de la compañía de los hombres porque acababa de descubrir hasta qué punto le hastiaban. Se refugió en un apartado rincón de las costas de Libia, el lugar más solitario que pudo encontrar. Y allí pasó meses enteros, viviendo por sus propios medios en una humilde cabaña y contemplando el mar durante largas horas, añorando la época en que había sido capaz de conquistarlo.

En su exilio a orillas de aquella playa desierta, azotado por los ardientes vientos del verano, recordaba a menudo la historia de cierto patricio de Atenas llamado Timón, que también rechazó el contacto de los hombres como él, e igual que él sentía menos deseos de volver a vivir entre ellos cuanto más tiempo duraba su soledad. Pero aunque merecieron las burlas de Aristófanes y Platón, los motivos de aquel antiguo ateniense habían sido más filosóficos que los suyos: Timón pasó su vida haciendo favores a los demás y, al necesitar él su afecto, se encontró abandonado por todos. No dudó en condenarse al ostracismo más absoluto. Permaneció aislado en una colina cercana a Atenas y se dedicó a odiar a la raza humana el resto de sus días.

Antonio no odiaba a los hombres sino a su propia debilidad. Dejándose llevar por la inteligencia de Cleopatra se había arrojado a una empresa para la cual no estaba preparado. Nunca le había ocurrido de este modo cuando se limitó a ser un guerrero, uno más entre sus hombres. La ambición había colocado ante sus ojos un espejo que, al presentarle como un ser superdotado, le deformaba. Y en su caída había arrastrado lo mejor de sí mismo: el ansia de vivir, la necesidad de apurar hasta el fondo las cosas más elementales, los placeres más rudimentarios. Sus únicas posibilidades de ser un hombre como los demás, de no verse obligado a encarnar a todas horas al incómodo héroe que necesitaban Egipto, Roma y Cleopatra.

Fue Cleopatra quien se vio obligada a encarnarlo durante los meses que duró su ausencia. Pero ella, en su soberbia madurez, no perdió el tiempo considerándose una heroína. Todo lo más una gran profesional de las intrigas internacionales. Y aunque en ellas no se había mostrado inepto el propio Marco Antonio durante sus años más recientes en Alejandría, su reina demostró sobradamente que podía actuar sin ayuda de nadie. O acaso con una ayuda ya lejana, que le prestó en su juventud un maestro excepcional. Se llamaba Julio César y le enseñó tantos ardides que el lecho real se convirtió en un aula de alta política.

Al recordar a su primer amante, Cleopatra regresó a la juventud e intentó aspirar sus aromas, sin darse cuenta de que también aquella primavera se había convertido en un sueño embalsamado. Acababa de cumplir treinta y nueve años, y curiosamente aquella evidencia que en cualquier otra ocasión le hubiera angustiado, en aquellos días no le robó un solo pensamiento. Aunque ya no era joven, sí era lo bastante madura como para que sus intrigas resultasen más eficaces. Aunque ya no tenía la audacia insolente del guerrero, en cambio poseía el arte del político. Y haciendo buen uso de él, intentó alterar la historia de cuantos reinos

vecinos a Egipto podían servirle para impedir el paso a Octavio. Nada más inútil, ningún esfuerzo más en vano. Todos sus aliados vivían presos del mismo terror. Roma avanzaba.

Aquel mismo terror cabalgaba ya sobre Alejandría al mismo tiempo que los caballos de Octavio asolaban los pequeños reinos de Asia. La ciudad, antes bulliciosa, se fue replegando en sí misma y todas las razas que confluían en sus mercados, todos los filósofos que polemizaban en sus academias, todos los actores que hacían llorar al pueblo en los grandes teatros empezaron a hablar en voz queda. La ciudad era consciente de que el poder de Roma llegaría tarde o temprano. Y Cleopatra sabía que el hibridismo de su ciudad era la fuerza menos adecuada para resistir a alguien que llegaba como dueño absoluto de sus recursos. Alguien cuyas ideas estaban perfectamente claras.

Cuando supo que ya nada podría detener a aquellas ideas impuestas por la fuerza de las armas, Cleopatra recordó los votos de eternidad que Antonio formulase continuamente y sintió que necesitaba conciliarlos con los suyos propios. Entonces envió a buscarle y Antonio sintió de nuevo en su interior la llama sagrada y el deseo de experimentar la fiebre de Alejandría junto a su cuerpo y sucumbir los dos bajo sus ardores. Y si alguien le decía:

—¿Es que el misántropo Antonio ya no odia a los hombres como antes?

... Él contestaba:

—A los hombres sí, pero no odio a las serpientes del Nilo.

Así volvieron a reunirse los amantes bajo el signo adverso que las malas estrellas habían decretado desde la derrota de Accio. Pero en aquella ocasión no hubo alegría en el encuentro, sólo la agradable complicidad de quienes han decidido emprender juntos un gran proyecto.

Ya no era el proyecto de Oriente. Era el de la Muerte.

Rodeados por la adversidad del mundo, decidieron encontrar su guía espiritual en la más fatídica de las adversidades. Los milenios de Egipto les enseñaban que el amor de la muerte era el más seguro, porque ella es una dama cuya presencia no abandona nunca a los mortales. Y al regresar a los placeres orgiásticos que caracterizaron su juventud, Antonio supo mezclar el vino con la voluptuosidad de imaginar que acaso fuese el último.

Sabían que era necesario estar preparados para el suicidio. El alto lugar que ocupaban no permitía una muerte vulgar, no toleraba una muerte decretada. Guiados por esta idea, fundaron la más peculiar de las asociaciones que hasta entonces había conocido el mundo: la Sociedad de la Muerte en Compañía. Y todos sus miembros, amantes fervorosos de la buena vida, comulgaban en aquella íntima seguridad del final inevitable, el final trabajado por uno mismo y de tal modo conquistado. Y esta conquista personal otorgaba a las bacanales de las terrazas de Cleopatra una deliciosa voluptuosidad que no se limitaba a manar de los vinos o las drogas que se consumían para alcanzar el éxtasis. Era, por el contrario, una forma completamente nueva de la delicuescencia, un juego subyugador porque en cualquier manjar, en cualquier droga o bebida podía encontrarse el veneno desconocido, la ponzoña original capaz de cortar el ritmo de una vida en pocos segundos.

En el curso de interminables festines que tenían a la muerte como invitada de honor, los apetitos de Antonio volvieron a la vida. Eran apetitos de una especie gigantesca, como requería su linaje divino. El descendiente de Hércules, el protegido de Dionisos se arrojó al placer con una voracidad desmesurada y, al mismo tiempo, angustiosa. Dijérase que no sólo devoraba los instantes, sino que se aferraba a ellos una vez colmados y los apuraba con una ansiedad rayana en la locura. Deseaba, ansiaba encadenar sus vivencias con la febril obstinación de quien sabe

que no volverán a repetirse.

Volvió a exigir que los instantes no detuviesen su paso, que cada placer no constituyese una meta en sí mismo, sino el origen de placeres continuamente renovados. Así supo que nunca conocería la cima del placer, que nunca alcanzaría a vivir la *summa* de la dicha porque la culminación, la totalidad, el absoluto constituyen una limitación, no por elevada menos desesperante.

El absoluto del placer era algo que estaba más allá del alcance de los mortales, era el pináculo que sólo pudieron conocer los dioses (si acaso existió alguno tan afortunado). Aun así, Antonio ratificaba su ascendencia divina colocándose más allá de aquella cumbre, en los límites mismos de la muerte y dominando, desde ella, un mundo lúgubre, fragmentado en instantes de inigualable intensidad.

Y allí estaba Cleopatra, genial artífice del ensueño de la muerte cuando tiempo atrás lo había sido de la vida. Allí, a su lado, dirigiendo el timón de la nave del delirio estaba Cleopatra, estrechándole con crespones negros, sorprendiéndole con una sexualidad desesperada, agotada en su propio martirio, destinada a adelantarle el estremecimiento de la muerte anunciado en los fugaces estertores de un orgasmo fatal, definitivo.

Convencida de que la muerte estaba constantemente a su lado, guiando todos sus actos, la reina de Egipto dejaba transcurrir las bacanales probando venenos distintos y generalmente eficaces. Mientras las danzarinas se entregaban a giros delirantes, mientras los saltimbanquis efectuaban prodigiosas volteretas por los aires, Cleopatra daba a probar sus venenos a algún condenado a muerte. No era un capricho excepcional. Ni siquiera una crueldad gratuita. Educada en el culto a la razón, filósofa y científica por naturaleza, Cleopatra buscaba un sentido práctico a aquella ocupación.

Disponía de un extenso repertorio, garantizado por los siglos del Nilo. Pero al probarlo primero en las personas, después en animales, retrocedía ante los espasmos de las más atroces agonías. Deseaba descubrir un veneno que, al matar, acariciase. Un veneno que hiciera posible acceder a la muerte sin pasar por el dolor. Y sólo lo encontró en la picadura del áspid egipcio, del cual se dice que mata a la víctima a través de un sueño muy dulce, un abatimiento sereno, una voluptuosa somnolencia...

A fin de cuentas el áspid egipcio era pariente de Cleopatra Séptima, según los romanos.

Cuando Cleopatra intuyó que los dioses de la guerra se estaban acercando demasiado a Alejandría, recordó las pesadillas que en otro tiempo solían asaltarla. Recordó los peligros que acechaban al niño Cesarión, los infinitos peligros que éste se veía obligado a sortear en la negrura de sus peores sueños. Y el recuerdo la condujo a una conclusión fatal: si el Cesarión de aquella época pudo incurrir en el odio de Octavio, un Cesarión de diecisiete años era una víctima mucho más propiciatoria, máxime cuando las más recientes victorias en Asia habían otorgado a su enemigo una autoridad, un poder, del que entonces carecía.

Decidió enviar a Cesarión a lo que fuesen los últimos confines del Imperio de Alejandro: a la India. Pero no quiso mandarle bajo engaño. Así, pues, le expuso las amenazas que pesaban sobre Egipto y la posibilidad de que un ataque de Octavio terminase para siempre con la independencia del país y, acaso, con las vidas de la familia real.

—¡No podéis pedirme que os deje en este trance! —exclamó el muchacho, intentando recuperar aires heroicos que la angustia había borrado completamente de Alejandría.

—Es la reina quien te lo manda. Es la reina quien te obligará por la

fuerza si no le obedeces. Huirás de Octavio como yo te ordeno y llevarás contigo una caravana cargada con los tesoros que te corresponden como príncipe.

—No los quiero —contestó Cesarión, con una altivez inadecuada.

—Los querrás. Si no piensas en tu propio provecho, piensa en el de cualquier miembro de tu familia que se viera obligado a reunirse contigo en el exilio.

Quedó acordado que Totmés le acompañaría. Y la reina de Egipto quiso insistir en un hecho doloroso pero que resultaba cobarde ocultar: aquel encuentro era, probablemente, el último de sus vidas.

La partida de Cesarión fue discreta, casi mediocre, como exigía el secreto. Ningún alejandrino se percató de que en los dos camellos que acertaban a pasar por las calles adyacentes a la parte trasera del palacio real cabalgaban otras personas que no fuesen dos jóvenes mercaderes árabes. Y ni siquiera su obstinado embozo despertaba sospechas. Al fin y al cabo, era el propio de quienes viven bajo el azote de los vientos, sin más muros que las dunas del desierto, sin otro manto que la luz de las estrellas.

Tampoco la modesta litera que seguía a los dos supuestos árabes podía delatar la presencia, en su interior, de la reina de Egipto acompañada por una de sus damas. Diríase el regreso al hogar de dos cortesanas que hubiesen prolongado en exceso los placeres de la noche. Nada podía resultar menos espectacular ni más alejandrino.

No bien dejaron atrás la puerta grande de la muralla penetraron en el desierto y, a las pocas millas, se detuvieron en el primer palmeral (el último que podía considerarse perteneciente a la ciudad de Alejandría). Allí los esperaba un robusto jinete ataviado a la usanza de los nómadas, como los dos jóvenes. Esta vez se trataba de un auténtico mercader: un nabateo que había permanecido fiel a la amistad de Cleopatra desde los

tiempos en que ella planeaba abrir el canal en el istmo del mar Rojo.

Diez camellos, que descansaban sobre sus patas dobladas, portaban en sus alforjas algunos de los más preciados tesoros de la dinastía. Para custodiarlos, y para mayor protección de su hijo, la reina habla elegido personalmente a un pelotón de diez soldados, en cuya lealtad podía confiar. También pasaban por árabes, si bien cualquier observador atento hubiera podido descubrir que sus facciones eran inconfundiblemente egipcias.

Ya a punto de partir la caravana, la reina besó la frente de su hijo. Éste, sus manos.

—¡Qué hermoso rey hubieras sido! —exclamó ella, intentando contener su emoción—. ¡Sangre de julio César gobernando el imperio de Alejandro!

Toda la solemnidad que Cleopatra solía emplear con su hijo se convirtió en ternura cuando tomó las manos de Totmés entre las suyas.

—Hace ya años te confié a mi hijo. ¡Lejana ocasión aquella! Quisimos ver en su futuro el destino de Egipto. Era visión de reina. Es la misma que hoy me lleva a estremecerme porque veo un Egipto sin futuro. Pero ya que la reina habla con dolor, permíteme que la madre hable con esperanza. Te confío a un hombre. Cuida por su destino sin pensar en otra cosa.

—Al pedírmelo me confías a él. Pues mi vida depende de la suya. Y no ha de extrañarte, porque tú misma trazaste mi vida.

Cleopatra sonrió con nostalgia. Y, sin atreverse a confesarlo en alta voz, pensó que la personalidad de Totmés era el resultado de una de sus mejores intrigas.

—Al trazar una vida borré la tuya para siempre. ¿Me guardas rencor por haber usurpado el alto cargo de los dioses?

—Por el contrario, estoy agradecido a tu singular decisión. Hace ya

tiempo que no me preocupan las cosas que pude haber sido. Porque cada hombre es lo que desea ser, no lo que le impone la vida. Y yo no quiero ser otra cosa que los ojos de mi príncipe y el soporte de su alma.

El nabateo anunció que había llegado la hora de partir y uno de los soldados añadió que sería imprudente dilatar la salida porque el sol se presentaba con mucho poderío allá en el horizonte. Y entonces Cleopatra Séptima adoptó una actitud sumamente digna para despedir al rey Tolomeo Cesarión como correspondía a los últimos descendientes de una estirpe que conoció muy nobles días.

—Rey de reyes: pase lo que pase, no mires atrás. Aunque me oigas gritar, aunque pienses que se me escapa la vida por la boca, no te vuelvas. Sigue tu camino. Y que algún día llegues a conocer la felicidad aunque sea negando el sueño que quisimos imponerte. Pues mi hijo ha de vivir por encima de los reinos que soñamos.

Entonces, oyó el grito del nabateo que transmitía unas órdenes con el brazo dirigido hacia Oriente, hacia las fabulosas tierras que ella planeó conquistar para que un día fuesen de Cesarión.

Y, de repente, sintió que se moría.

Grandeza, majestad, soberbia, horizontes, inmensidad... sólo eran conceptos que se diluían en su cerebro, que se alejaban progresivamente ante el impacto de una impresión única y terrible. ¡Cesarión se alejaba! No el rey de reyes. No el joven titán predestinado para salvar a Egipto y devolverle toda su grandeza. Cesarión solamente. Cesarión el niño. Cesarión el adolescente tierno y asombrado ante los misterios de la vida. Cesarión el joven que llenaba las inmensas salas del palacio con sus risas y su belleza...

La reina de Egipto lanzó un grito pavoroso y echó a correr entre las palmeras, más allá de su sombra, hasta las primeras dunas del desierto. Todos sus velos ondeaban al viento, impulsados por el propio ímpetu de

la carrera. Corría con los brazos abiertos, con las manos abiertas, con todo el corazón lanzado en pos de la caravana que ya se perdía entre las dunas.

—¡Cesarión! —gritaba—. ¡Mi príncipe!

Corría, jadeante, tras aquella ilusión maravillosa que la arena arrastrada por el viento empezaba a ocultar. Gritaba una y otra vez el nombre del hijo, lo arrojaba al margen de cualquier protocolo, como una pobre perra que pretendiese recuperar el cachorro de quien acababan de separarla.

Cesarión ya no oía sus gritos. Estaba completamente arropado por el viento de los cincuenta días, cuyo ardor hace temblar a los miserables rastros que constituyen los únicos habitantes de las dunas.

Completamente extenuada, la reina se dejó caer y apretó su rostro contra la arena, mordiéndola con sus labios hinchados por aquella pasión hacia aquel rey que el viento le arrebató.

—¡Malditos dioses! —exclamó—. ¿Por qué me hacéis pagar a tan alto precio un pobre sueño de madre? ¿Por qué, si ya era el único que me quedaba?

Pero los sueños se mezclaron de nuevo en su mente, causándole gran confusión. Y mientras regresaba a palacio, protegida por los espesos velos de su litera, supo con certeza que ya no habría despertar. Que su vida estaba terminando con el sueño de Antonio, el sueño de Egipto y el sueño íntimo del pequeño Cesarión...

Pocos enemigos eran tan terribles como los que amenazaban a Marco Antonio a aquellas horas de la mañana. Eran los genios carnívoros que surgen en las entrañas inundadas por el vino: serpientes trífidas que reptan por todo el cuerpo y se instalan en el cerebro, devorando poco a

poco la voluntad, creando fantasmas todavía más maléficos que se van engendrando a sí mismos. Criaturas de la alucinación que descienden hasta aquellas profundidades del espíritu adonde la propia alucinación no se atrevería siquiera a llegar por miedo a retroceder aterrorizada.

Nadie podía precisar a ciencia cierta si Antonio vivía en la madrugada del día anterior o en el anochecer del próximo. Las jornadas se habían convertido en un espacio de tiempo siempre igual, tedioso por invariable, que reproducían los mismos rostros, las mismas músicas, el mismo muestrario de placeres. Sólo de vez en cuando Marco Antonio se apartaba de aquella procesión perpetuamente repetida y se perdía por las playas más alejadas de la ciudad, a pie, completamente solo, recordando sus horas de Libia y el ejemplo de Timón el ateniense.

Así, cuando Cleopatra regresó de despedir a su hijo se encontró con su bañera ocupada por Antonio y algunos miembros de su corte báquica. En general, vírgenes y efebos de familias nobles que gustaban adoptar los más pintorescos disfraces y enrolarse en la comparsa del nuevo Dionisos, cada día más embebido en su papel, cuando no en otros licores más peligrosos.

Hasta la habitación de la reina llegaban las groseras carcajadas de su amante, los cánticos desencajados de sus compañeros de orgía y el chapoteo propio de una batalla acuática. Sonrió al pensar que su bañera, tan cómoda como espaciosa, podía servir para que los sátiros de Alejandría recibiesen el nuevo sol imitando a las fiestas acuáticas que tanto gustaban a la plebe romana. Llegó a pensar que, así como algunos pueblos se mantienen unidos por un poderoso nexo espiritual, otros lo hacen por medio del mal gusto. Y en aquel siglo era la tendencia que empezaba a imperar, la que se demostraba en los espectáculos públicos y grandes ceremoniales, acaso como signo de la toma de poder por parte de los nuevos ricos y de los advenedizos.

Intentó dormir a pesar de los ruidos y aunque el sol aparecía ya muy alto en el cielo de Alejandría. Y cuando un Marco Antonio completamente borracho se dejó caer a su lado, inconsciente ya y abatiendo un brazo sobre ella sin la menor consideración, la reina de Egipto se abstuvo de cualquier comentario, pues sabía que podía ser violento. O acaso lo fuese la respuesta de Antonio o más aún la que ella pudiera contestar en actitud de defensa.

La maravillaba reconocer que había llegado el temido momento en que el amante tenía que defenderse de la amada. O ésta de él. O los dos de ambos.

Todas sus conversaciones de los últimos tiempos habían quedado reducidas a aquella pugna, por demás innoble. Un duelo continuo en busca de una victoria extraña, de una sumisión del contrario que sólo proporcionaba un instante de placer y, después, arañaba la memoria hasta desangrarla.

Súbitamente, en el curso de una de aquellas disputas infernales, un arrebatado de pasión los unía en un abrazo que, en el fondo, tenía algo de desesperado. O mucho. Como si fuese la confirmación de una demanda de ayuda que cada uno esperaba encontrar en el otro y que sólo se daba en forma de rechazo.

Tenía miedo. No de perder a Marco Antonio (¿adónde iría el pobre loco?) sino de estar viviendo una interrupción de la plenitud de los amores, de que hubiese terminado la etapa maravillosa en que cada amor va ganando cosas al amor que le corresponde. Temía comprobar que todo cuanto Antonio tenía para ofrecerle se lo había dado ya y que de aquel día en adelante ya sólo podía empezar la sustracción. Un momento menos, un poco menos de belleza, un absoluto menos de alegría, un alarmante descenso en la tolerancia. Todo sería un constante excluir, un permanente menguar en el largo declive de la intensidad.

Y al contemplar ahora su cuerpo, sintió algo parecido a aquel sentimiento de decepción que la invadiese años antes, en Antioquía, cuando descubrió que el tiempo había actuado con crueldad sobre la apostura de Antonio y que ya no era su héroe.

Pero después había vuelto a amarlo desde una dimensión completamente distinta y no menos intensa. Había tomado su derrota contra los partos para convertirla en divisa de un amor que se complacía en la realidad del ser amado y no en la idealización de unas virtudes que, por otro lado, nunca tuvo.

De aquella experiencia irrepetible todavía le quedaba mucha ternura y la sensación íntima, delicada, de que todas sus faltas se habían convertido en una costumbre tan cálida para ella que la necesidad de conservarla era ya tan importante como el heroísmo y la apostura que en otro tiempo enajenaron sus sentidos.

En aquella costumbre entraba también el fracaso de Antonio. Era como una flor marchita que él le ofrecía desesperadamente, para que intentase revitalizarla con un soplo de amor o, si ya no era posible, un hálito de amistad. Que suele ser el camino trazado para las pasiones que, al morir, se resisten a desembocar en la nada absoluta.

Pero el fracaso de Antonio era una evidencia dramática porque no sólo afectaba a los sentimientos de Cleopatra sino a las necesidades de Egipto. El fracaso de Antonio la precipitaba en la caída de aquel mundo por el que tanto había luchado y que ya nunca sería el mismo si los romanos se aprovechaban de aquella derrota y, dándole la vuelta, la convertían en una poderosa ventaja a favor de su conquista. Y había un hombre que sabía hacerlo perfectamente, un verdadero experto en el arte de los giros totales: Octavio, el inmediato visitante de Alejandría.

Cleopatra era consciente de una realidad patética. Antonio no volvería a recuperarse y su impotencia decretaría la de Egipto. En este trance de

muertes compartidas ella se aferraba a su antigua necesidad de acción, a las ansias de combate que continuaban latiendo en el fondo de su alma, e imaginaba cuál hubiera sido su destino de haber amado a Octavio y no a Antonio. Sin duda Egipto habría salido afortunado, pues aquel joven odioso que se acercaba por Asia con el propósito de destruirlo, aquel Octavio podría haber sido una poderosa combinación de los elementos contradictorios que Egipto necesitaba para su supervivencia. Podría haber sido faraón y César a la vez. El gran gobernante que sabe utilizar el cerebro para conservar los mundos que ha conquistado el brazo.

Y una vez más Cleopatra se vio inmersa en los contrasentidos del amor. Ya no le preocupaba tanto la terrible rueda de los amores no correspondidos como la sorprendente teoría de la descompensación. Se la confirmaba su inmenso amor hacia Antonio y su odio hacia Octavio. Ninguno de estos sentimientos encajaba con el hombre a quien iban dirigidos. Pues ella se parecía mucho más a Octavio que a Antonio, e incluso era probable que, sentados ante una mesa de conversaciones, Octavio y ella terminasen compenetrados y hasta unidos por su afinidad en muchos puntos. Entre ellos, que Marco Antonio era un pobre borracho a quien sólo le quedaba esperar tranquilamente la llegada de la muerte.

¡La muerte! Ninguna de las religiones extranjeras que mantenían culto abierto en Alejandría, a guisa de consulados de los dioses, había conseguido atenuar por completo el impacto de su llegada. La muerte aparecía siempre como una maldición definitiva a la que era necesario conjurar por medio de promesas consoladoras. Pero en el Alto Egipto, en las tumbas de las gentes de Tebas, el genio egipcio consiguió convertir la muerte en compañera inseparable de la vida. Y lo hizo a base de colorines. Cabalgando por encima de escuelas teológicas tan severas y

racionales como los misterios primigenios de la vida, los lejanos antepasados de Cleopatra le transmitían una lección de alegría, una atmósfera bonancible y aparentemente despreocupada que daba a la muerte el aspecto de una kermés entre frívola y coquetona, convertida en un lujo más de los mortales privilegiados.

En el mausoleo que Cleopatra se hacía construir en Alejandría, detrás del templo de Isis, los colores de la muerte aparecían desplazados por los de la vida. Lentamente se estaba convirtiendo en un museo para la eternidad: el museo destinado a contener todos los recuerdos del quehacer cotidiano en las aldeas del Nilo, toda la sabiduría de Alejandría, los objetos más bellos de la artesanía popular, las joyas más preciadas de la orfebrería selecta y el catálogo, a menudo exhaustivo, de los dioses creados a lo largo de los siglos por la fe de los hombres de Egipto.

En aquella época en que se sentía asediada continuamente por la presencia de la muerte, Cleopatra pasaba largas horas en su mausoleo, meditando sobre los momentos más extraordinarios de lo que fuese su vida hasta entonces y recapacitando sobre los extraños destinos de Egipto. Y, como siempre, el país se erigía en idea inseparable de todas sus experiencias. Era inseparable de la muerte como lo había sido de la vida. Era inseparable de su personalidad intelectual como lo había sido de sus batallas. Y era inseparable del amor, pues los dos hombres de su vida habían empezado por amarla a ella para acabar convertidos en amantes de Egipto.

Consciente de que el final se acercaba, quiso rememorar uno a uno los fragmentos dispersos de su tierra y se embarcó en un último viaje Nilo arriba. Marco Antonio quedó en Alejandría, sumido definitivamente en los excesos de su fúnebre Sociedad. Y ella supo que, en lo más profundo de su alma, agradecía aquella ausencia porque quería despedirse de Egipto en soledad absoluta, como si su lento peregrinar hacia las fuentes

originales constituyese, de hecho, una comunión mística con su propia esencia. Con la parte de ella misma que no podría morir aun cuando todo hubiese muerto a su alrededor.

Cuando regresó a Alejandría sintió que la muerte estaba estrechando inexorablemente su cerco y que ya sólo cabía esperarla. Que ya sólo quedaba descansar y hermosearse para que la muerte los encontrara a todos presentables.

Pero a menudo caen los humanos en la debilidad de la esperanza antes de aceptar con prudencia y sabiduría los altos designios de la muerte. A menudo intentan huir de su acoso y utilizan tretas que, por demasiado desesperadas, acaban siendo ingenuas. Y de este modo, una egregia pareja de amantes malhadados tiene la serenidad y el aplomo de consumir sus noches en el seno de una Sociedad fundada para acostumbrarse a mirar a la muerte con una sonrisa de placer, y estos mismos amantes son capaces de aferrarse vanamente a la vida, con la ingenuidad de los adolescentes que ya nunca volverán a ser.

Así obró Cleopatra en una carta dirigida a Octavio en el tono humillante de la súplica y la infantil esperanza de la comprensión:

Cleopatra no pide nada para ella. Sólo te suplica por el bienestar y la seguridad de aquellos a quienes ama. Y serás, así, bendito por todos tus dioses y los míos —éstos gracias a mi agradecida invocación— si aceptas conceder el reino de Egipto para mis hijos. En cuanto a Antonio, te ruega que le permitas vivir en Alejandría, y si esta opción no fuese enteramente de tu gusto o conveniencia le dejes residir en Atenas, como simple particular que nunca volverá a interferirse en los altos caminos de tu gloria...

Dicen que Octavio se echó a reír ante aquella petición porque estaba obsesionado con la idea de castigar al desertor Antonio, que un día fue su amigo. Y envió mensajeros a Cleopatra, con la intención de volverla contra su amante. Pues le decía que si aceptaba desterrarle, conocería toda la extensión del afecto de un caudillo digno de llamarse heredero de César; pero que si aceptaba asesinarle, aquel mismo afecto se trocaría en devoción eterna y no faltarían pruebas de gentileza y generosidad a partir del mismo día en que se cometiera el asesinato.

De este modo la reina que quiso escapar al acoso de la muerte supo que tenía en sus manos la oportunidad de administrarla. Y al pensar en las ventajas que su innoble acción podría reportar a Egipto, decidió sacrificar sus propios sentimientos con el implacable sacrificio de su amante.

Pero una mañana regresaba Antonio de uno de sus paseos por las playas desiertas y al verle a lo lejos, envuelto en una capa negra y con el semblante ensombrecido por alguna infausta meditación, Cleopatra recordó cuánto se habían amado y cuán grande había sido su dolor cuando aquel sentimiento faltó de su pecho. Presentaba Antonio el aspecto de un vagabundo cuya única aspiración consistiese en apurar al máximo la luz del sol y la infinita variedad de los caminos. Su rostro, prematuramente envejecido por la barba cana y el contacto diario con los elementos, despedía destellos de una sabiduría antigua que sólo se imparte en las escuelas de la vida, una sarta de verdades elementales que Cleopatra no podía aprender a través de sus filósofos o en los libros de la Gran Biblioteca.

Era el hombre que puso su destino en manos de una reina y apostó su vida por un sueño. El hombre que perdía jugando a los dados con Octavio y jugando a la vida con su pueblo. El hombre que ya no tenía nada en el mundo, el desposeído de la fortuna, el bufón de los dioses. Marco

Antonio.

Cleopatra se rebeló contra sí misma, maldijo a aquel Egipto que le exigía tantos sacrificios, clamó de ira ante el rostro impasible de los dioses. Lloró amargamente porque había estado a punto de levantar la mano contra el hombre que ya no era nada por querer ser suyo del todo. Y mientras corría por la playa, con los brazos abiertos, deseosa de estrechar contra su pecho todo el fracaso de Antonio, arrojaba juramentos contra aquel nuevo César de relumbrón, aquel ser inhumano que, después de arrebatarse todas las cosas por las cuales había vivido, pretendía robarle la última oportunidad de todo ser acorralado: esperar con serenidad la llegada de la muerte. Y esperarla con ternura, en compañía del elegido para compartir después la larga noche de contarlos años.

Cuando el estío alcanzaba su punto culminante y los vientos del desierto azotaban el mundo con latigazos de fuego, las tropas de Octavio acamparon delante de Alejandría. Y ante las gigantescas murallas, respaldadas por una historia rica en prestigio y distinción, el joven paladín de la prudencia estuvo a punto de sentirse un dios y meditó sobre cierta famosa estratagema de Alejandro el Magno, que le permitió tomar Egipto sin encontrar defensas. En aquella ocasión el dios soldado compareció ante el oráculo de Amón, en el oasis de Siwa, e hizo que el más poderoso de los dioses egipcios de aquel tiempo se le apareciera nombrándole ante el pueblo su hijo y heredero.

Si la fábula resultó provechosa para el nacimiento de Alejandría, otra semejante podría resultar igualmente beneficiosa para aquellos días en que Alejandría y Egipto entero se disponían a ingresar en los dominios de Roma. Pero el particular sentido de la prudencia que siempre valió a Octavio sus mejores éxitos le aconsejaba esperar. La divinización llegaría

a su debido tiempo, cuando él y todos sus sucesores se inscribiesen en los grandes templos del Nilo en calidad de reyes absolutos y, teniendo en cuenta la mentalidad del pueblo egipcio, dioses indiscutibles.

Desde el punto más alto de su palacio, en el lugar donde años atrás tuvo un observatorio que le servía para estudiar los secretos de los planetas, Cleopatra contemplaba ahora el campamento enemigo. Atisbaba a lo lejos las amenazadoras moles de las torres de ataque, la soberbia monstruosidad de las catapultas, la asfixiante humareda de los fuegos donde se hervía el aceite para un próximo ataque. Y supo que la muerte se encontraba ya muy cerca, porque todas las muertes estaban implícitas en la caída de Alejandría.

Y la ciudad había enmudecido. Su blancura espectral recordaba más que nunca a un campo plagado de sepulturas. Las calles vacías anunciaban la inminencia de la catástrofe. Los grandes edificios consagrados a la cultura parecían a punto de derrumbarse ante la inminente irrupción de los bárbaros.

Pero el heroísmo todavía conoció un último arrebato, embravecido e inútil como la locura del vino, cuando Marco Antonio mandó abrir por sorpresa la Puerta de la Luna y cayó sobre una avanzadilla de la infantería romana, obteniendo así su primera victoria desde los trágicos días de Accio. Pero Cleopatra no quiso engañarse y sólo vio en aquella victoria el fulgor momentáneo del rayo. Y entendió que los ímpetus de Antonio le convertían en un centauro ideal para deslumbrar a sus soldados en plena batalla, pero en un dudoso defensor de la ciudad caso de que ésta se viese obligada a sufrir un asedio demasiado prolongado.

Sin embargo, al verle llegar, sudoroso y jadeante, volvió a sentir ternura hacia él y le acogió dulcemente en su regazo, desistiendo de coronarle vencedor como hubiera hecho en otros tiempos ante una corte suntuosa y entre los vítores de una multitud enloquecida por su gallardía.

Ya no era Antonio un hombre de una pieza, ni siquiera de un solo sentimiento. Pues a pesar de la victoria, prorrumpió en amargas lágrimas, y entonces comprendió su amante que los años habían caído con mayor fuerza en los últimos meses, que ambos ya estaban derrotados por el tiempo aun antes de serlo por Octavio y que éste no se limitaba a representar la amenaza del poder de Roma, sino que llegaba protegido por todo el poder de una juventud agresiva. Algo contra lo que ninguna arma podía combatir y ninguna Alejandría pelear.

Pero Marco Antonio quiso reír y solazarse aquella noche anterior a la batalla definitiva. Quiso que sus amigos le admirasen ataviado con la más suntuosa de sus túnicas de púrpura y que en las mesas se sirviesen los vinos más exquisitos y sus danzarinas se mostrasen más tentadoras que nunca y Ramose invocase a los más felices amantes del pasado con su arpa eternamente feliz.

Fueron llegando uno a uno los miembros de la Sociedad de la Muerte en Compañía. Y aparecían también más hermosos que nunca, con sus extravagantes atavíos, sus variopintos maquillajes, sus abigarradas pelucas adornadas con toda clase de ornamentos y caprichos fantásticos.

Cuando ya todos se encontraban reclinados en sus triclinios, Marco Antonio levantó su copa de nácar y, dirigiéndola hacia una escultura de Afrodita, brindó por ella. Y acto seguido, dijo:

—Acaso sea éste mi último vino. Lo apuraré como si bebiese mi propia sangre, pues no quiero otra para volar mañana hacia ese más allá del que tanto he oído hablar en Egipto. A mis años, que si no son muchos son en cualquier caso demasiados, ya no puedo aspirar a mayores perspectivas. Pasados los cincuenta, los héroes debemos retirarnos. Sólo pido una muerte gloriosa y que mi cuerpo se vea glorificado durante toda la eternidad porque reposa aquí, en Alejandría.

Los que habían sido sus amigos lloraron ante aquellas palabras. Y

cuantos más votos de fidelidad salían de sus labios, más insistía Antonio en que no quería arrastrarles con él a la derrota. Y sólo Cleopatra, en un alto sitio dorado, permanecía impassible, como si fuese la esfinge que, desde antiguo, conoce la solución de los grandes enigmas.

Súbitamente, las terrazas fueron invadidas por una melodía celestial, que iba progresando lentamente sobre los tejados de Alejandría. La tristeza y el terror que dominaban a sus habitantes cedieron paso al asombro, y todos salieron a la calle, a las ventanas, a las escalinatas de los grandes templos para ser testigos del más extraordinario prodigio que la ciudad había conocido en todos sus siglos...

¡Maravillosa visión, ensueño mágico, divino delirio!

Una música deliciosa ritmaba el paso de un cortejo que atravesaba los cielos por encima de la ciudad, en dirección a la gran muralla. Era una cabalgata de seres extravagantes que avanzaban cogidos de la mano, como si danzasen continuamente en honor de la insólita figura que les mandaba desde un carro cargado de tinajas de cuyo interior iba manando a raudales un vino rojo como la sangre.

Peludos faunos, sátiros traviesos, afortunados unicornios, robustos centauros e hipógrafos alados mezclábanse con histriones que ostentaban las dos máscaras rituales del teatro, danzarines de pies alados, flautistas cubiertos con pieles de animales salvajes, coperos que servían al gran señor de todos los placeres y escanciadores habituados a poner en su punto los mejores vinos del Olimpo.

¡Sublime cabalgata! Presidiéndola, animándola, complaciéndose en ella, aparecía un magnífico anciano de aspecto munificente, abundante en carnes, rechoncho incluso. Ostentaba un tirso rematado por una enorme piña y tanto de sus sienes como de sus pobladísimas barbas colgaban

pámpanos que refulgían pícaramente a la luz de la luna.

—¡Es un dios! —gritaban algunos desde sus terrazas.

—¡Es Dionisos! —proclamaban otros en las calles.

—¡El dios se va de Alejandría! —gritó un sacerdote horrorizado.

Cleopatra corrió hacia la balaustrada y al mirar hacia lo alto descubrió que, efectivamente, la maravilla estaba ocurriendo.

A los sonos de su música encantada, la divertida cabalgata del más libérrimo de los dioses avanzaba sobre los templos, sobre los obeliscos, más allá de las columnas del ágora. Y toda la deslumbrante blancura de Alejandría no era capaz de enamorarle para detener aquella huida.

—¡El dios abandona a Antonio...! —murmuró Cleopatra, cerrando una mano sobre su pecho.

Y Marco Antonio, sosteniéndose a duras penas, tendía los brazos hacia el cielo, en un intento desesperado por arrebatar a su dios particular las riendas del soberbio carro y desviarlo hacia el palacio, donde él, su hijo, le obsequiaría con los mejores vinos de varias provincias. Pero todos sus gestos, aun siendo ampulosos, eran en vano. El cortejo del dios seguía su camino.

Dionisos ya no miraba a su hijo. Dionisos estaba concentrado en las gigantescas cráteras del vino que le iban sirviendo sus sátiros. Dionisos estaba ocupado correspondiendo con su mano rechoncha a los vítores de las bacantes que acompañaban su celeste itinerario. Pues además de sus faunos, sus sátiros y sus unicornios, estaba rodeado por los efebos y las doncellas más hermosos que sea dado imaginar. Y el propio cortejo era un auténtico resplandor que oscurecía las estrellas. Y los armoniosos sonos que conjugaban los más diversos instrumentos iban creando una melodía de tal belleza que acallaba las voces del mar.

¡Divina comparsa! Deslizábase con la lentitud de un sueño, parecían flotar sobre nubes de vino, arrojaban gigantescos racimos de uva que

dijéranse escondidos entre los pliegues de las nubes. Avanzaban, sí, lejos de Antonio, fuera del alcance de Antonio, lejos del Nuevo Dionisos.

—¡El dios abandona a Antonio! —gritaban los alejandrinos.

Cleopatra acudió junto a él. Vio su rostro desencajado, los dientes temblorosos, los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Y su mano abierta continuaba señalando hacia lo alto, hacia el cortejo de su dios. De Dionisos, que desertaba.

Todos vieron cómo el desfile dejaba definitivamente atrás a Antonio, que siempre fue el más devoto entre los adoradores de Dionisos. Y él mismo cambió su asombro por una expresión de horror cuando vio que el cortejo sobrevolaba el centro de la ciudad y se encaminaba hacia la puerta principal, traspasándola también. Iba en busca del campamento de Octavio.

Cuando toda su razón había sucumbido desde hacía tiempo, el derrumbamiento del mito contribuyó a hundir todavía más el ánimo del general, quien se desplomó en uno de los bancos de mármol mientras los comensales buscaban cualquier excusa para ausentarse. Y le miraban unos de soslayo, otros abiertamente, pero todos con expresión de duda en la mirada. Y todos tenían miedo de acercarse a él, temiendo que fuese víctima de una maldición. Pues está escrito que el hombre a quien abandona su dios tutelar será siempre un maldito sobre la tierra.

Marco Antonio depositó su agonía sobre el cuerpo de Cleopatra y se durmió con la cabeza apoyada en su regazo, como en tantas ocasiones, desde las más felices a las más desesperadas. Pero Cleopatra sabía que aquélla era la definitiva y al acariciar los blancos rizos del amante comprendió toda la belleza del ocaso. Y supo con certeza que, a partir de entonces, ya sólo podrían encontrarse en la larga espera de la eternidad.

Besó sus labios por última vez y aspiró su aliento de borracho como si todavía pudiese transmitirle la fragancia de la juventud. Ni siquiera la necesitaba. Pues era evidente que le había amado, pese a los disfraces con que Amor se obstinó en engañarla a lo largo de los años.

Fue ella misma quien le despertó para la última batalla, fueron sus propias manos las que le bañaron y, después, le ayudaron a ceñirse la coraza de oro y a colocarse el yelmo de esplendoroso plumaje, destinado a destacar por encima de cualquier conquistador y más allá de todos los reinos de la tierra.

Por algún motivo que escapaba a su comprensión, Antonio se mostraba jovial e incluso hablaba de grandes proyectos para después de la victoria. Sólo le extrañaba que ninguno de sus oficiales viniese a su encuentro como en otras ocasiones. Pero no le dio mayor importancia, pues era feliz según dijo y continuaba adorando a sus dioses aunque uno de ellos le había abandonado.

Cleopatra le vio salir de sus estancias, borracho acaso pero no por el vino, sino por estar lleno de aquella felicidad insustancial, que tanto se parecía a la de un suicida. Y cuando él no podía ya oírle, se dirigió a sus doncellas en tono afectuoso pero seco:

—Disponed de todo lo necesario para encerrarnos en el mausoleo, pues la suerte de esta batalla puede acarrearne una fortuna indigna. Y si éste ha de ser el final de Egipto, prefiero morir con él antes que ser conducida en esclavitud a Roma.

—La batalla todavía no está perdida... —protestó Iris.

—Yo os digo que lo está. Nada quedó con vida desde que los dioses nos dieron la espalda en Accio. Ya sólo me queda luchar por la salvación de mis hijos. Por fortuna están a salvo, pero los hurones de Roma son capaces de dar con cualquier escondite.

Se envolvió en un manto negro y contempló por última vez los

objetos que habían acompañado su intimidad, las pequeñas maravillas que llenaron sus horas de soledad o completaron sus instantes de dicha.

—No tardarán en adornar algún palacio romano —susurró con un asomo de desprecio en su sonrisa—. ¡Pero yo no he de acompañarlos! Sé perfectamente cuál es el destino de los vencidos. Roma no les evita la menor humillación. Cuando César capturó al valeroso Vercingetórix, caudillo de los galos, le hizo desfilar entre la chusma romana, y aquel soberbio guerrero se vio tratado como una bestia, insultado por los mediocres, golpeado por los cobardes. En cierta ocasión, yo entré triunfante en Roma. No será Octavio quien me devuelva a ella vencida y humillada...

Pero el aspecto de Antonio desmentirla aquella declaración de pesimismo. Pues a medida que cruzaba los inmensos salones de palacio crecía su satisfacción y aumentaba en su pecho la extraña felicidad que había acogido su despertar sobre el amado regazo de la reina.

Su figura volvía a relucir como si el oro de la coraza cubriese su cuerpo por entero. Así avanzaba hacia el patio de armas, donde deberían reunirse todos los miembros de su estado mayor a fin de conjugar sus fuerzas con las del ejército egipcio.

¡De nuevo aquel arrebató de dicha! Era un dinamismo inusitado, impropio de su edad, pero muy pertinente a su condición. Era un ímpetu que le arrancaba de aquel escenario para arrojarle hacia uno bien distinto: el de su primera batalla, su primer triunfo, obtenido cuando apenas se había desarrollado plenamente la flor de su juventud. Y la coraza de oro, regalo de Cleopatra, le hacía pensar que realmente era así y no de otro modo.

¡Marco Antonio triunfador! Mil gritos volvían a pronunciar estas palabras, mil gritos surgidos de las entrañas de Alejandría y proyectados hacia el resto del mundo. Las mujeres más hermosas de Oriente

saludaban su paso desde detrás de cautas celosías, los más gallardos efebos del desierto inclinaban sus cimitarras de plata al verle desfilar, los materiales más ricos, las flores más delicadas formaban una suntuosa alfombra destinada a impedir que el polvo profanara sus pies. ¡Gloria de Oriente, ese Antonio! ¡Gran guerrero, además de autocrátor!

De pronto detuvo su paso al ritmo exacto de la muerte de su sueño. Los ruidos que llegaban de Alejandría no eran trompetas triunfales, los gritos no eran vítores, los rugidos no correspondían a un leopardo amaestrado que guardase el lecho de alguna emperatriz caprichosa.

Era el fragor de la batalla. Era el horrísono clamor de la guerra que había llegado a las calles de Alejandría. Era el silbido feroz de las catapultas arrojando su carga mortal, el estampido repiqueteante de los arietes arrojados una y otra vez contra las enormes puertas de los templos y de las bibliotecas, el chirrido escalofriante de las gigantescas torres de madera que se iban acercando a las murallas con su cargamento de romanos dispuestos a asestar un último y definitivo golpe a lo que quedaba de Alejandría. Y por doquier se levantaban en el cielo gigantescas hogueras, y se desplomaban los edificios, como avergonzados de la grandeza que tuvieron hasta ayer.

Corrió al patio de armas... pero estaba completamente desierto. Sólo lo iluminaba el resplandor de las hogueras y una antorcha que sostenía el capitán Apolodoro.

En su frenética carrera Marco Antonio miraba a su alrededor en busca de algún rastro, uno cualquiera, que le indicase dónde estaban sus tropas. Pero sólo quedaba Apolodoro. Y su hermoso uniforme azul, con faldón y hombreras doradas, ponía en la tristeza de la soledad una ligera nota de alegría que tal vez pretendió recordar lo que fue la belleza en aquella ciudad hoy devastada por las llamas.

—Se han ido... —murmuró al ver a Antonio—. Todos tus hombres.

Sin excepción. Te han dejado solo.

—No es cierto. Me están esperando en otro punto. Han decidido atacar a Octavio por otro flanco y están agazapados en algún lugar, esperando a que su jefe los lleve a la victoria...

—Se han ido... —repitió Apolodoro, y en su rostro había toda la tristeza de un final absoluto—. Son romanos y quieren estar con los romanos.

Marco Antonio seguía buscando a su alrededor, dando manotazos en el aire, palpándolo, como si sus hombres se hubiesen convertido en fantasmas que sólo pudieran reaparecer mediante el contacto de su mano amiga.

—Enobarbo... Rufo... Marcelo...

—Todos tus oficiales, sí. Y también tus soldados. No querían luchar contra Roma. No querían morir por la causa de una reina egipcia. ¿Qué les importa a ellos si esta noche termina nuestro mundo?

En medio del fragor, entre los incontables ruidos de la destrucción, Marco Antonio sintió renacer su ímpetu, transportándolo hasta la locura. Dejó atrás al capitán y echó a correr hacia las almenas. Se encaramó entre dos de ellas y, desde tan elevada altura, contempló la batalla como un Marte que se hubiese decidido a presidirla. Espada en mano invocó varias veces el nombre de Octavio. Y varias veces más le trató de cobarde, instándole a aceptar su desafío.

De repente los soldados le reconocieron. Eran hombres que habían combatido bajo sus órdenes, hombres que antes cantaron sus virtudes, hombres que le habían adorado. Y al instante detuvieron todas sus maniobras y bajaron las armas porque creyeron reconocer a uno de los suyos.

Montado en un reluciente corcel negro, procedente de su campaña siria, el joven Octavio también se quedó mirando a su amigo de antaño,

presa de estupor. Era tal la majestad de aquella figura erguida en lo alto de la muralla, era tal la grandeza de su desesperación, que Octavio vio retroceder el tiempo y, por un instante, Antonio volvió a ser el héroe a quien tanto llegó a admirar.

Pero sus gritos fueron los de un pobre loco:

—¡Héctor, asediado, desafía al innoble Aquiles! —aulló—. ¿Por qué no contestas? ¿Temes que descubra tu talón?

Octavio se echó a reír.

—¡Pobre viejo! Tiene más años que Aquiles y Héctor juntos y todavía se atreve a presumir...

La magia, el poderío del instante se rompió en una sarta de risotadas frenéticas que se apoderaron de los soldados más próximos a Octavio. Y éstos lo transmitieron a otros más alejados y aquellos a los de más allá hasta que todos rieron y, los más jóvenes, profirieron improperios contra Antonio.

Ninguna flecha arrojada contra su pecho, ninguna maza acerada proyectada contra su cabeza hubieran abierto tantas heridas en el general como los insultos de quienes fueron sus soldados. Desde viejo ridículo hasta fante de Cleopatra, desde cerdo renegado hasta perro vencido, los insultos recorrieron toda la gama de la violencia y Antonio todos los caminos de la humillación. Y todavía tuvo tiempo de exclamar:

—¡Octavio! De jugador a jugador. Apostemos Alejandría a una sola carta. Un combate personal. ¡Octavio contra Antonio por la posesión de Alejandría!

—No hace falta —gritó Octavio, sin perder su sonrisa—. Alejandría ya está ganada.

Los soldados acogieron las palabras de Octavio con vítores clamorosos, al tiempo que continuaban imprecando a Antonio, riéndose de él y arrojándole piedras.

Apolodoro le apartó de la muralla. Y el general se dejó caer en sus brazos, extenuado y sin mostrar signos de vergüenza.

—Cleopatra —murmuró—. ¿Dónde está mi reina?

El rostro de Apolodoro se oscureció tras una expresión misteriosa y con voluntad de no dejar de serlo.

—Ya no está entre nosotros —susurró—. La reina de Egipto ya no es de este mundo. Está en su mausoleo, enfrentada a la eternidad.

Antonio volvió a sentirse solo y esta vez sin remisión. Sus hombres le habían abandonado. Su reina acababa de anticipársele en la muerte. Sólo le quedaba errar en busca de rincones que aún desconocía.

En un arrebato, se arrancó la coraza de oro y la arrojó por encima de la muralla, como si fuese la última arma que le quedaba por disparar. Agotadas ya todas sus reservas, echó a correr hacia el interior del palacio, invocando con aullidos feroces el nombre de Cleopatra.

Llegó hasta la gran sala de las audiencias. Sumida en la penumbra, parecía formar parte de un universo onírico cuya paz no pudiese turbar la violencia. Pero allí, sentada en el trono, bajo la gigantesca figura del halcón dorado, se movía una sombra que lanzaba al aire patéticos gemidos de muerte.

No era Cleopatra, sino Sosígenes.

—¿Está viva tu reina? —preguntó Antonio, aferrándole de un brazo.

El anciano lo apartó con un rápido movimiento. Entre sus lágrimas apareció una expresión de odio.

—Déjame llorar, romano. Y márchate de una vez de Alejandría: tu copa está colmada. Ya no puedes acarreamos mayores infortunios...

—¿Y los míos? —gritó Antonio—. Todos pensáis en la caída de Egipto. Nadie se apiada de la caída de Antonio.

Siguió buscando por todos los rincones del palacio. Rasgaba con su espada las tenues cortinas de seda que separaban las estancias entre sí, se

precipitaba en vertiginosa carrera por las suntuosas escalinatas, saltaba sobre los delicados mosaicos, como si quisiera hundirlos bajo sus pies. Pero nadie respondía a sus gritos. Nadie surgía del esplendor del pasado para acompañarle en su soledad. Entonces levantó los brazos hacia el cielo y le arrojó su último aullido:

—¡Cleopatra, reina amada! ¿Dónde perdí mi corona de laurel?

Salió a la terraza de la reina, observatorio privilegiado de tantos momentos felices. Allí estaba el mar eterno, surcado ahora por las belicosas birremes romanas, allí estaba el puerto del buen regreso, atestado de legionarios que aplastaban a los últimos restos del antaño orgulloso ejército egipcio. Y allí estaba Antonio, último testimonio de la ruina, último despojo de la ciudad.

Levantó la espada con sus dos manos unidas en un mismo apretón, robusto y tembloroso a la vez:

—¡Brindo por ti, ciudad de la desgracia! Por un momento llegué a pensar que te tenía. Por ti aposté mi vida entera. Jugué de golpe, sin vacilar, como es digno de un jugador de raza. Y te perdí, ciudad. Te perdí a ti y a mi sueño de Oriente.

El miedo se apoderaba de él, el miedo colocaba en su rostro un sudor helado y en sus labios una costra dura, impenetrable, que le recordaba el entumecimiento de sus hombres, en la fría derrota de Armenia. La espada vacilaba, como si hubiese adquirido vida propia y sintiese horror de la mente que pretendía guiarla. Por fin, Antonio cerró los ojos y los apretó con todas sus fuerzas.

—¡Oriente! —exclamó—. Todo habrá sido un sueño que Antonio tuvo en vano.

Y de un solo golpe se clavó la espada en el vientre, mientras sus labios invocaban el nombre de Alejandría.

De Alejandría amada, que se iba borrando a los lejos, que desaparecía

completamente hasta que no fue siquiera una ilusión. Hasta que quedó completamente diluida en las profundidades del caos que es origen del mundo.

Contaron después los cronistas de tantos dolores que la agonía del general duró todavía algunas horas. Y que empezaba a amanecer sobre el mar cuando Sosígenes le descubrió y, acaso arrepentido por su dureza anterior, le confesó que Cleopatra estaba viva en su mausoleo. Con lo cual Antonio rogó que le permitiesen morir junto a ella porque en otros tiempos felices habían intercambiado promesas de eternidad.

Fue conducido hasta el mausoleo, pero Cleopatra no quiso abrir las puertas por temor a los romanos. Desde un ventanal lo suficientemente ancho, ella y sus damas arrojaron cadenas y sogas y los esclavos pudieron atar a Antonio, que así se vio izado en su agonía. Y sólo su amada y las doncellas Carmiana e Iris podían tirar de las cuerdas, pues si bien Ramose estaba con ellas su ceguera hubiese constituido un estorbo más que una ayuda.

Y siguen diciendo los cronistas que nunca hubo un espectáculo tan lastimoso como aquel que ofrecía el cuerpo de Antonio, sucio de sangre, casi desnudo, con la herida abierta y ascendiendo hacia la amada tan lleno de esperanzas que levantaba los brazos hacia ella, en un intento desesperado de adelantarse al tiempo. Y cuando Cleopatra consiguió introducirle en el mausoleo, le tendió con sus propias manos en una mesa de alabastro reservada para la vida eterna y lloró sobre sus heridas y se mesó los cabellos como hacen las viudas en los grandes funerales de Tebas.

—No me compadezcas por mis desgracias de los últimos tiempos —dijo el moribundo—. Por el contrario, felicítame pues he sido hombre

ilustre y he disfrutado de muchas cosas bellas a lo largo de mi vida. Y si ahora me han vencido, no ha sido innoblemente, pues lo ha logrado un romano.

Pidió entonces vino y las doncellas de Cleopatra fueron a buscarlo entre las jarras que también hablan sido reservadas para la inmortalidad.

—Reina camorrista, ¿vas a reñirme en esta hora?

—Más que nunca —dijo Cleopatra, sollozando dulcemente—. ¿Porqué te me adelantas en el camino que debíamos recorrer juntos?

Él la veía a través de sus ojos nublados, la sentía en los estertores de su dolor, la buscaba con sus gemidos entrecortados.

—Esta herida es como un pozo de cal viva. ¡Arde como ella! Pero estoy satisfecho porque mi brazo todavía tenía fuerza para hundir la espada.

—Tu brazo es el del héroe que soñé de niña.

—Cuando te vi por primera vez, Cleopatra. Cuando eras la más bella entre las flores de César.

—¡Y tú eras tan hermoso, Antonio! Estabas hecho a la altura de Alejandría.

—Cleopatra y Alejandría. Las dos me habéis atormentado hasta la muerte. ¿Cómo podía saber que, al abandonarme todos mis dioses, sólo vosotras quedaríais para velar mi sueño eterno?

—Siempre es desvelada la noche del que ama.

—Si alguien quiere saber qué es el amor, no diga nunca que fue un sueño. Cuando todos mis otros sueños fracasaron, éste existió con tanta fuerza que, al morir, lo invoco como el único dios que dirigió mis caminos... —exhaló una poderosa risotada, y todo su cuerpo se echó a temblar en pavorosas convulsiones—. ¡Cierra tú mis ojos, reina camorrista! Por una vez no podrás discutir mis últimas palabras...

Levantó la cabeza, ayudado por las manos de Cleopatra. Sus labios se

encontraron en un beso que tuvo la duración de todos los siglos del pasado.

Y de repente, ella supo que Antonio se había ido.

—¡Basto romano! —exclamó—. ¡Una vez me abandonaste y hoy te me anticipas...! ¡Nunca has sabido tratar a una dama!

Dejó caer su cabeza sobre el pecho ensangrentado de su amante. Detrás de ella, Iris y Carmiana sollozaban. Y una de ellas se volvió al arpista ciego y le pidió:

—Toca, Ramose, toca la canción que tanto gustaba a Marco Antonio...

Sonó una melodía de infinita tristeza, un aire suave que transportaba ecos de amores antiguos, cadencias de idilios junto al Nilo, traviosos arpeggios que recordaban los rumores de la brisa...

—Tiempo, detén tu curso sobre este instante. Escucha mi mensaje, dulce Antonio. Nunca sabrás cuánto te amó la reina de Egipto. Nunca sabrá el mundo cuánto agradecí el haberte amado. Por ti llegué a conocer todas las formas del amor. ¿Qué otro mortal podrá decir lo mismo? Te amé cuando eras joven y arrogante, te odié cuando te fuiste de mi lado, te deseé cuando fuiste vencedor, me enternecí cuando te vencieron. Conocí el arrebató de la pasión, los fuegos del deseo, la ternura de la resignación, la serenidad de la lástima... Todo lo tuve por ti. Ya sólo queda una forma del amor, y está en manos de los dioses. A ella me dirijo, Antonio. Es el amor que vibra más allá de las constelaciones, en el lugar donde se encuentran para siempre los amantes...

Se levantó con la mirada perdida en la distancia. Abrió las manos, la palma afuera, indicando a sus doncellas que no se atreviesen a interrumpir ninguna de sus acciones. Así llegó hasta la mesa de ofrendas y tomó la daga depositada junto a unos jarrones pródigos en frutos que podrían servirle en el más allá.

—¡Toca, Ramose! Toca la canción de Marco Antonio. ¡No te detengas!

Se abrió la túnica y sus senos vibraron como si fuesen a darse al amor.

—¡Dioses perversos! ¡Éste es el grito de Cleopatra!

Con una mano apretó fuertemente el seno que brotaba de la parte izquierda de su cuerpo y, con la otra, le aplicó la daga. Echó toda la cabeza hacia atrás, hundió la hoja con mayor fuerza y, finalmente, la hizo girar sobre sí misma hasta que una parte del seno cayó a sus pies, destrozado.

Se arrojó al suelo, retorciéndose en su propia sangre, aullando con toda la desesperación que hasta aquel instante había conservado callada, protegida por el pudor y la valentía.

—¡Junto a Antonio! —gritó—. ¡Llevadme junto a Antonio, hermanas!

La arrastraron hasta el cadáver. Y ella, forcejeando contra el dolor, se arrojó sobre aquella herida y vertió en su interior la sangre que continuaba manando de su cuerpo. Y al verse completamente integrada a la sangre de Antonio se desmayó.

Con el correr de los días, la vida se convirtió en una cruel prolongación de aquel desmayo. Ya sólo quedaba aguardar las órdenes del nuevo dueño de Alejandría.

Octavio lloró al conocer la muerte del que había sido su amigo y compañero. No tuvo el menor reparo en mostrar a sus hombres aquel último rastro de un amor que ni siquiera él mismo supo definir.

—Sólo ayer le hubiera llorado por disoluto —susurró—. Hoy le lloro por romano.

Pero no tenía demasiado tiempo para consagrarse al dolor, de manera que entró en su tienda y encargó a uno de sus hombres que le concertase una reunión con la reina Cleopatra. Estaba dispuesto a recibirla al día siguiente.

—Tenemos grandes noticias para ti, César —dijo Cayo Ligurio, subteniente de segundo grado.

Y al percibir que Octavio las esperaba sin necesidad de pedir las añadió:

—Tenemos noticias del bastardo Cesarión. Una de nuestras legiones le localizó cerca del puerto de Berenice, disfrazado de mercader. Pretendía salir de Egipto, el alocado. —Se echó a reír con una grosería que se enorgullecía de ser grosera—. Cuando le dijimos que tú le ofrecías el trono de su madre no vaciló en seguirnos. Esto a pesar de los ruegos de su acompañante, un joven barbudo que a pesar de ir también disfrazado de árabe es un sacerdote egipcio, según creo.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Está a buen resguardo. Quedó en la guarnición de Menfis, cerca de las pirámides o como se llamen aquellos castillos misteriosos.

Entró un soldado anunciando a Cleopatra.

—Se ha anticipado a mis deseos —exclamó Octavio, admirado. Y acto seguido añadió en voz baja—: No quiero que sepa que tenemos a su hijo en nuestro poder.

—También tenemos al hijo mayor de Antonio...

Octavio afectó una gran tristeza.

—Siendo mayor de edad podría constituir un estorbo. Que le corten la cabeza sin dilación.

Acto seguido intentó componer su aspecto. No le fue difícil. Era un joven pulcro, elegante e incluso refinado. Un digno oponente de la famosa Cleopatra.

Pero cuando ésta entró en la tienda, vestía el humilde manto negro de las campesinas del Nilo. Y sus cabellos aparecían sucios y desordenados. Y su rostro presentaba la palidez de los muertos.

—Soy una superviviente de gestas muy patéticas...

Así habló la mujer enlutada. Y a pesar de su miseria, a pesar de la absoluta falta de protocolo, Octavio supo que se encontraba en presencia de la majestad.

—Reina de Egipto, no temas. Recibirás el trato que mereces.

—Para cualquier romano merezco cosas tan atroces que prefiero que me trates como merecería una ladrona. Pero soy, en efecto, Cleopatra, reina de las dos tierras.

Octavio la miró fijamente a los ojos. Era ella. La monstruosa criatura. No sólo la serpiente. También la ogresa, la gigante, la gorgona. Todas las amenazas reunidas en una mujerzuela disfrazada de penitente.

Y también ella le miró sin disimulos, examinando todas las facetas de su rostro. El enemigo. El que permaneció agazapado entre las sombras durante tantos años, dispuesto a cebarse sobre todas sus posibilidades de futuro. El enemigo de Antonio, de Cesarión, de Egipto, de Oriente, del placer y del amor, de cuantas cosas habían tenido importancia en su vida.

No respondía a las descripciones recibidas de tantos espías o de muchos recuerdos de Antonio. No era en absoluto el muchacho enfermizo, retraído, austero y sin embargo civilizado. Por el contrario era un hombre insolente, de aspecto enérgico, dispuesto a hacer sentir su autoridad en cualquier momento. Y Cleopatra se echó a reír al comprobarlo.

—¿De qué te ríes? —preguntó él, suspicaz.

—De comprobar en tu persona cómo cambia el poder a los humanos.

—También se debió de notar en ti cuando te hiciste poderosa.

—Yo siempre fui princesa.

Y lo dijo con tanta altivez que equivalía a colocar su solera por encima de aquella situación y cualquier otra que pudiese plantearle un romano.

—Antes de empezar nuestro trato quiero hacerte una advertencia —dijo Octavio, secamente.

—¡Advertencias de Roma para Egipto! —rió ella—. En verdad que los tiempos han cambiado. Pues hubo uno en que los sabios griegos venían a aprender de nosotros. Y hoy Roma quiere hacernos advertencias.

La austeridad del entorno no predisponía a la brillantez, ni justificaba el juego retórico. Lo más aproximado a la belleza que podía ver en la tienda del romano era una espada con una delicada empuñadura de marfil. Todo lo demás era hierro vulgar, cobre barato y cuero raído.

Él vio que Cleopatra se le acercaba y, por un instante, su cerebro fue asaltado por todos los recuerdos de su leyenda. La fascinante. La peligrosa. La tentación convertida en demonio.

—No intentes seducirme —exclamó Octavio, retrocediendo—. Eres famosa por tus ardides.

—Eso dicen en Roma, lo sé. La serpiente del Nilo que hechiza a los hombres con la mirada. ¿Qué dirías, prudente Octavio, si mis taimados ojos se posasen en los tuyos más tiempo del que puede tolerar un varón honesto?

—Sería en vano. No me atraen las mujeres más viejas que yo.

Cleopatra acusó el impacto de aquellas palabras. Cerró fuertemente los ojos para no delatar sentimientos más profundos. Era la última cuchillada contra su orgullo. El instante temido, cuando ya la belleza no era sino una sombra incapaz de despertar un deseo.

—Perdona, reina. No quise herirte.

—¿Podría herir un hijo de Roma si la reina de Egipto no quiere ser herida? Por otra parte, sé muy bien que soy vieja. Tengo la edad de la Gran Esfinge. Más de mil años.

Octavio no contestó. Intentaba mantener la frialdad a toda costa.

—He sido muy amada —siguió diciendo ella—. Más de lo que nunca podrás imaginar. Y ahora avanzo hacia ti y mi belleza todavía puede inspirarte miedo. Pero no tienes nada que temer. Ya ves que llevo luto. ¿Tengo así el aspecto de una puta que quisiera hacerse deseable? Además... no estoy entera.

Dando un zarpazo feroz se arrancó el manto y acto seguido el vendaje que cubría sus heridas. Y Octavio tuvo que recurrir a todo su valor para no cubrirse los ojos ante la visión de aquel cuerpo mutilado.

—¿Qué has hecho, mujer? Eres más cruel contigo misma que cualquier verdugo romano.

—He cortado mi seno para enviártelo sobre una bandeja de oro. Si un día quieres fundar un museo de la guerra que recuerde todas tus hazañas podrás exhibir el seno de la reina egipcia. Puedo asegurarte que, en otros tiempos, conoció un gran prestigio.

Tomando el manto con sus propias manos, Octavio cubrió la horrible herida.

—Pero he cambiado de opinión. En lugar de enviártelo prefiero conservarlo para la vida eterna. Quiero llegar al más allá de Osiris tal como fui en el mejor momento de mi primavera. Que Antonio no encuentre a faltar ninguna parte de mi cuerpo cuando me estreche entre sus brazos.

—De Antonio hablaremos luego.

—Tú hablarás de él. Yo hablaré con él. Ya ves la diferencia.

—Habla con quien te plazca y donde quieras. No me importa lo que hagas después de tu muerte. De momento te necesito viva.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cleopatra.

—¿Quieres hacer conmigo lo que César hizo con Vercingetórix? ¿Mostrar mi vergüenza a la repugnante plebe de tu aldea! ¿Quieres que entre en Roma encadenada a tu carro, la última descendiente de la gloria de Egipto?

—Simplemente quiero que vengas conmigo a Roma. El tratamiento que se te conceda después depende de tu conducta... o de tu benevolencia. Por ejemplo, quiero que me digas dónde están los tesoros de Egipto...

—En su cielo diáfano. En el azul del Nilo cuando amanece. En la sabiduría grabada en las paredes de sus templos...

—¡Basta de comedias! —exclamó Octavio, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¿Dónde están tus fabulosos tesoros, Cleopatra?

—Me pediste un inventario de los mismos y te lo di. Nada te he escondido. Exijo que creas mi palabra, pues es de reina.

—No estás aquí para exigir. Ni siquiera para ofrecer.

Cleopatra reparó en su error. Ni la soberbia ni la altivez servían para tratar con aquel joven engreído de su poder. Y, además, carecía de sentido del humor.

De manera que la reina de Egipto fingió sumisión e, inclinándose a la altura de sus rodillas, dijo:

—Conozco cuál ha de ser mi condición a partir de ahora. Pero debes concederme algún tiempo para asumirla. En la primavera de mi vida tú te hubieras visto obligado a inclinarte ante mi trono. Hoy tienes derecho a que me arrodille y puedes exigirme que limpie tus pies con mis cabellos.

—A cada cosa que yo ordene tú sólo debes responder afirmativamente. No puedo perder el tiempo en veleidades.

—Todavía no me has encadenado y ya siento el peso de las cadenas.

—Me entregarás todos tus tesoros.

—Pondré el Nilo en una tinaja para que te lo lleves a Roma.

—Vendrás conmigo en calidad de prisionera.

—Si no me atas demasiado fuerte a tu carro distraeré a la chusma bailando la danza del vientre.

—Me cederás todos tus territorios en Asia. Incluirás Chipre y Creta...

—Tú mismo los has tomado al tomar Egipto. Por otra parte, son territorios que van y vienen.

—Desde hoy, Egipto pasa a ser provincia romana.

—Lo son ya tantas naciones que mi pobre Egipto estaba celoso de no verse en la lista.

—No intentarás atentar contra tu vida.

—No podría intentarlo porque nadie en su sano juicio llamaría vida a este momento.

—Y, por último, me entregarás el cadáver de Antonio.

Todo el edificio de la majestad se desmoronó en un instante. Fue como si los huesos, roídos por una caterva de ratas diminutas, se fuesen quebrando hasta quedar reducidos a un montón informe que se agitaba a los pies de Octavio.

—¡Mi único ruego es por este cadáver! No le arranques de mi lado. Permite que lo embalsamen mis sacerdotes. Si su cuerpo era romano, su corazón pertenecía a Egipto. Mil veces he de suplicarte que lo dejes en esta tierra para que, juntos, podamos compartir la larga noche de contar los años.

—¿Qué puede importarte esto si morirás en Roma? En cualquiera de los casos, no estaréis juntos.

Cleopatra recobró el sentido exacto de la situación, la necesidad de burlar al bárbaro con su fingido acatamiento.

—¡Morir en Roma! Es cierto que moriré allí. Es cierto que ya no volveré a ver el mar de Alejandría ni a sentir las golondrinas en los

templos del Nilo... —De repente, la asaltó una imagen más espantosa que todas las demás, una súplica más urgente que todas las mercedes—. ¿Y mis hijos, Octavio? ¿Qué vas a hacer con mis hijos?

—Los tres que tuviste con Antonio irán a vivir con mi hermana Octavia.

—¡La noble Octavia!

—¿Te mortifica que los eduque tu enemiga?

—Por el contrario, me tranquiliza. Siento una gran admiración por ella. Bendícela en mi nombre.

Octavio asintió con la cabeza, aunque sin excesivo convencimiento. Y la reina, en un último titubeo, ya casi sin fuerzas, preguntó:

—¿Y Cesarión?

—Tú sabrás —contestó Octavio, con la más cínica de sus sonrisas—. Le mandaste a la India, según me han contado.

—Pero el brazo de Roma es más largo que todas las distancias. Prométeme que no harás daño a mi príncipe.

—No puedo prometerte nada.

—¡No permitas que muera sin este consuelo!

Octavio dejó escapar toda su furia.

—¡No hables de tu muerte, puta egipcia! Mañana mismo quiero verte en mi nave, dispuesta a partir para tu nueva patria.

—Cierto —dijo ella con fingida humildad—. Tan cierto como que mis ojos verán nacer el nuevo día.

La vio alejarse con paso lento y cansino, cubriéndose la cabeza con el velo negro, lanzando suspiros entrecortados. Pero al alcanzar la salida, donde la esperaban dos centuriones, se volvió por última vez y preguntó:

—¿Qué necesidad tienes de ser cruel, si ya eres poderoso?

—Cuando todo en la vida fracasa debemos entender que ésta no nos quiere. Es la vida quien nos echa de su lado, no nosotros a ella. Pero hay que tener valor para dejarla. Y elegancia para que la salida sea a tiempo.

No permanecieron encerradas en palacio, sino que regresaron al mausoleo. Y aunque Octavio había ordenado reforzar la guardia ante la puerta principal, con la orden expresa de que sus oficiales impidiesen la entrada a la reina, ésta y sus damas conocían a la perfección los pasadizos secretos que comunicaban el monumento con las distintas partes del palacio, y, además, disponían de servidores fieles que se cuidaban de emborrachar a los centinelas romanos. De modo que no le fue difícil a la reina entrar en la tumba por una estrecha abertura disimulada tras una mampara ficticia de la cámara mortuoria.

Sonaba con lánguidos acentos un arpa inconfundible. Y al desviar la mirada hacia un rincón iluminado por fuegos dedicados a Hator, descubrieron a Ramose.

—¡Estrella de Egipto! —gemía el ciego—. Tu luz no ha de apagarse mientras suene mi música.

—Te pido que nos dejes, Ramose, porque en verdad te digo que ésta es una ceremonia muy íntima.

—Te has vuelto egoísta, reina mía. Porque te dispones a escuchar músicas celestiales y te avergüenzas de mi pobre arpa. Pero yo siempre toqué lo mejor que supe y mucho más pude aprender porque tú me inspirabas. No he tenido más hogar que tu palacio donde nací en tiempos de tu padre. Y no tendré otra vida si termina la tuya ni otra ciudad si muere Alejandría.

—La música de los altos cielos no será tan hermosa como la tuya. Es el primer sonido que escuché y el que arrulla todos mis recuerdos como

el bramido de las olas y la brisa del Nilo. Pero hoy, Ramose, viene a buscarme un amante tan celoso que no puedo compartirlo con nadie. Vete ya, y sin temor alguno, pues he dispuesto que unos amigos fieles cuiden de ti y te he asignado unas propiedades que te ayudarán a vivir con holganza el resto de tus días.

Condujeron a Ramose hasta la puerta y la reina escribió una carta apresurada al gran Octavio. En ella le comunicaba su decisión de darse a la muerte y suplicaba de nuevo los mejores tratos para el príncipe Cesarión.

Cuando Carmiana hubo entregado la carta a los servidores, ordenó que entrasen la cena de la soberana y no olvidaran nada, pues pensaban cerrar las puertas por dentro.

—Pero no cerraréis hasta que llegue el hombre que ha de traerme la muerte dulce —dijo Cleopatra.

Carmiana la del pelo rubio e Iris la de la negra cabellera se arrodillaron ante Cleopatra y, aferradas a los pliegues de su túnica, sollozaron en señal de ruego:

—No queremos sobrevivirte, dulce princesa. Déjanos ocupar un lugar en tu barca dorada, pues a tu lado la navegación por el mundo de las sombras será más alegre.

Así será doble placer para Antonio. Porque al verme llegar tan bien acompañada sabrá que en este mundo llegaron a existir la belleza y la fidelidad.

Al poco se encontraban delante de una suntuosa cena. Y Cleopatra agradeció a su cocinero que se hubiera acordado de sus caprichos sin que mediase orden alguna. Pues había allí pescado blanco del Nilo, pato asado, oca con higos, verdura en abundancia, uva de dos colores y, para mejor remojar la muerte, vino de las viñas de Galilea.

Concluida la cena, la reina se acercó de nuevo al cadáver de Antonio,

que antes depositasen a los pies de una enorme talla de Anubis en su manifestación de chacal. Y bajo la sombra protectora del divino guardián de las necrópolis, el rostro de Antonio había adquirido una serenidad majestuosa, que dijérase la glorificación de la madurez.

—No moriremos en el mismo momento, dulces amigas. Retrasad unos minutos vuestro viaje para servirme como siempre hicisteis. Dejadme morir abrazada a Antonio. Cuando mi vida esté consumada, depositadme en aquel trono que robé en la tumba de un rey de otros tiempos —rió con ligera picardía—. ¡Hasta en la paz de la muerte se introduce la inquebrantable codicia de los vivos! Pero quiero que los romanos me encuentren sentada conforme a mi majestad y en un trono que les muestre el esplendor que tuvo Egipto cientos de años antes del nacimiento de Roma.

Se despojó de su manto. Ante el cadáver de Antonio intentó disimular los vendajes que cubrían sus heridas. Pues sentía un extraño pudor al mostrarlas.

—Vestidme con mis galas preferidas. Los símbolos de la realeza. Los de la divinidad. Los del amor. Aunque éstos no hacen falta. Están aquí, en el cuerpo de Antonio...

Le abrazó de nuevo, sin importarle ahora sus heridas.

—¡Desgraciados quienes piensan que la muerte es un adiós! Es todo lo contrario, Marco Antonio. Con cada abrazo te estoy anunciando mi llegada.

Iris la peinó a la manera egipcia y Carmiana la ayudó a maquillarse. Después, la ataviaron con el vestido dorado del ceremonial y ella misma se colocó la corona del Alto y el Bajo Egipto. En sus manos, los símbolos de la realeza.

—Poned en el pecho herido una moneda con la efigie de Cesarión. Quiero sentirle junto a Antonio. Quiero imaginarle jinete en los desiertos,

labrador en los campos, tritón en los océanos. ¡Quiero imaginarle enteramente libre, lejos de los palacios, lejos de la amenaza de Roma, vibrando en la libertad que nunca conoció Cleopatra!

Después de besar el rostro del Niño Divino quemó incienso ante la estatua de Isis. Acto seguido acarició el rostro de la única escultura del mausoleo que no obedecía al estilo egipcio ortodoxo. El busto de un romano ilustre.

—No quiero olvidar a Julio César. Él me hizo reina y mujer a la vez, pues Cleopatra no hubiera sido una cosa sin ser la otra. De él aprendí el buen criterio y la mejor razón. Por él supe las artes del gobierno, la estrategia de las intrigas y la cautela del gobernante. ¡Gran Julio! Doquiera que estés, acuérdate de aquella niña.

Se volvió hacia los muros revestidos de oro y pintados con los símbolos de la muerte y de la resurrección. Allí estaban todas las figuras que habían acompañado el devenir de su pueblo desde sus épocas más gloriosas hasta la larga noche de la decadencia. Allí estaban los dioses, los genios, los paisajes del Más Allá y los deliciosos recuerdos de los placeres del hombre junto al Nilo. Allí estaba lo más hermoso que Egipto había producido para afirmar su voluntad de existir.

Cleopatra levantó los brazos hacia las imágenes de sus dioses, en solemne actitud de invocación ritual:

—Vaya ahora nuestro adiós a Egipto. Miradlo bien, porque yo os digo que está todo en estos muros. Y está para acompañarnos en el largo viaje a través de los milenios. Contemplad a mi Egipto, tal como era en los tiempos más altos de su fama. Todo cuanto murió aparece aquí representado para reencarnarse algún día con nosotras. ¡Abrid los ojos y contemplad Egipto, pues ni siquiera en la otra vida habrá un lugar más bello! Y si el recuerdo del Nilo no bastase, posad los ojos en cualquiera de estos objetos para así morir embriagadas de belleza.

Acariciaba lentamente cada objeto de su ajuar funerario. Sentía el contacto frío del alabastro, el toque suave del marfil, las exquisitas turgencias del ébano...

—¡Que me sirvan la muerte como ordené!

Las dos doncellas se arrodillaron a sus pies y los bañaron con sus lágrimas.

—Ni una lágrima, hermanas. ¿No veis que estoy cansada de tanto sobrevivir? Vamos ya con los nuestros.

Y se acercó la muerte como un suspiro. Y abrazada al cadáver de su amante, descubrió Cleopatra con satisfacción que la muerte que le habían servido era muy dulce.

—Bendita sea la ciencia de mi pueblo que me hace ver la muerte como si fuese la más encantadora de todas mis amigas. ¡Estoy venciendo al tiempo, Marco Antonio! Todos mis instantes confluyen en este momento incomparable. Todos los espacios son un espacio. ¡Qué eterna primavera en los sentidos!

Carmiana se abrazó a ella y solicitó su gentileza:

—¡Señora, danos un poco de esta muerte que llena tus labios de hermosura! Iris se arrodilló ante ella y dejó caer la cabeza en su regazo:

—¡Danos esta paz que hay en tu rostro, estrella de Egipto!

—Hermanas... ¡qué lejos va quedando este mundo rastrero! ¡Me voy! ¡Me alejo! Mi reino es la poesía.

Y pasó la muerte, pues también ella es tributaria del tiempo. Pasó como el instante de un suspiro, como el segundo de un aroma, como la apoteosis de un amor. Y al pasar, la muerte dejó tras de sí un rastro de oro. En el vestido isiríaco de la reina, en los corpiños de sus doncellas, en las estatuas de los dioses del Egipto eterno, en los relieves de los muros

también dorados...

Cuando Octavio y sus legionarios consiguieron penetrar en el mausoleo se encontraron ante aquella imagen suntuosa, para cuya comprensión no les había capacitado Roma. Una reina muerta sentada en un trono antiguo y, a sus pies, dos hermosas mujeres que habían recibido el sueño eterno como el dulce y cálido abrazo del enamorado en las tardes veraniegas de Menfis.

Eran dos mil años de refinamiento obtenido en la imperturbable serenidad de la muerte.

Pero el esplendor no residía solamente en aquel grupo dorado que formaban los cadáveres de las tres mujeres. Toda la sala mortuoria era un canto al lujo más desaforado, a los excesos menos recomendables. Suntuosidad en los prodigiosos objetos que la reina se llevaba a la otra vida, exquisita acumulación de manjares en las mesas para las ofrendas, increíble acumulación de piedras preciosas esparcidas sobre el cuerpo de Antonio...

Ante aquella manifestación tan oriental de la muerte, Octavio no pudo evitar un gesto de rechazo. Tanta inútil ostentuosidad repugnaba a sus sentidos. Pero era lo bastante romano como para superar cualquier sentimiento en aras del bien común. Un bien que estaba a muchas millas de distancia. Un bien que exigía un rápido inventario de cuantos tesoros se amontonaban en aquel mausoleo.

Dolabella no escondía una cierta emoción. Los legionarios, expresiones de auténtico asombro.

—Cuando recibí su carta comprendí que me había engañado —dijo Octavio—. O acaso me embrujó, como hizo con tantos otros. Tendré que contentarme con llevarla en efigie cuando entre triunfalmente en Roma. En cualquier caso averigüed cómo ha muerto, pues tendremos que informar de ello al Senado.

Pero el Senado de Roma nunca llegó a saber cómo había muerto la reina de Egipto. Circularon muchas hablillas al respecto, y los guardianes declararon que sólo había entrado en la tumba un campesino cargado con un cesto de higos. Se dijo que si fue un áspid escondido entre la fruta, se habló de una aguja de oro, cargada de veneno, que la reina llevaba siempre prendida a sus cabellos. Se pregonó alguna maldición de los tenebrosos dioses egipcios. Pero lo único cierto es que la muerte había transcurrido como un supremo instante de goce.

Prosperó la idea de que fue el áspid venenoso, pariente sin duda de la reina. Y así se la representaba en el monigote que presidió el gran desfile de Octavio por la Vía Sacra: una egipcia maléfica que llevaba una enorme serpiente enroscada al cuerpo. Pero en el mausoleo no se encontraron rastros del animal. Sólo en el exterior, casi en la arena de la playa, dijeron los soldados que habían visto un ligero serpenteo.

Como sea que Octavio no podía marcharse sin un informe racional de tan tristes sucesos, ordenó que le buscasen un esclavo o un delincuente condenado a muerte. Y cuando tuvo ante sí a un hombre que era ambas cosas le ordenó:

—Morderás las venas de Cleopatra en varias partes de su cuerpo. Beberás su sangre. Si sobrevives a la prueba, Roma te concederá la libertad.

Fue la última humillación que se vio obligada a soportar la estrella de Egipto. Cuando su cuerpo estuvo profanado por los mordiscos angustiados de aquel hombre, se la permitió descansar en paz. Y Octavio ordenó que ella y Antonio descansasen juntos para siempre y que les fueran ofrecidas honras fúnebres acordes con su rango.

Extendió el alcance de su piedad hasta las estatuas. Sólo las de Antonio serían derribadas, mientras que las de Cleopatra continuarían en pie para recordar al pueblo la dinastía que murió con ella.

Y cuando entró victorioso en Alejandría, prometió a sus habitantes que sería benevolente. Y que respetaría la grandeza de la ciudad, pues no en vano nació de un antojo de Alejandro.

Pero aquella misma noche, mientras los soldados hacían inventario de los bienes depositados en el mausoleo real, Octavio quiso pasear por la playa para contemplar desde ella toda la magnificencia de los grandes palacios, los fabulosos templos y las muy ponderadas bibliotecas.

Mientras paseaba junto a Dolabella, se le acercó un centurión de aspecto grosero. Marco, le llamaban, por no darle peor nombre.

—¿Qué hacemos con el hijo de César?

—Querrás decir el bastardo de Cleopatra.

—Ese tal Cesarión, en efecto.

—Que muera antes del alba. Encárgate tú mismo de llevar mis órdenes a Menfis.

Permaneció unos minutos en silencio, ante la mirada dolorida de Dolabella. Al cabo, dijo:

—No conviene que haya demasiados *césares*.

—Cierto, César —contestó el otro, secamente.

El mar estaba tranquilo y la noche, allá en los cielos, mostraba un sinfín de estrellas desmemoriadas. Pero la cabellera de Berenice continuaba velando sobre la ciudad, aunque ya no quedasen Tolomeos que proteger.

Tras la última batalla, la ciudad parecía dormida en un sueño de resignación. Sólo un ligero olor a quemado recordaba que no se había rendido pacíficamente. Sólo el gemido de alguna madre anciana recordaba que hubo cadáveres en sus calles, antes de que los carros romanos se los llevaran a todos al desierto, para evitar epidemias.

—Hoy terminamos con una dinastía de fantoches. Cesarión será el último. La suya es una muerte obligada. Para que desaparezca la rabia hay que matar al perro. Y Egipto ha estado rabioso a causa de una familia de lunáticos.

Se volvió hacia la ciudad. Sus mármoles despedían un fulgor espectral a la luz vacilante de los astros nocturnos. ¡Nada había tan blanco como aquella ciudad que pretendió erigirse en baluarte de todo el universo cultivado!

—Mucho me complacería que Alejandría consagrara un templo a mi nombre. Y si no lo hicieran sus habitantes, el Senado debería proveer de los medios necesarios para ello. Creo que no es una petición exagerada. Al fin y al cabo, yo he conquistado Egipto para Roma. Tanto César como Antonio sólo consiguieron una pequeña parte, una miseria para nuestras necesidades de expansión. ¡Pero César Octavio Augusto subyuga a Egipto completamente! Este país ya sólo existirá en función de la existencia de Roma...

—Entiendo —susurró Dolabella, con lágrimas en los ojos—. Lo mejor de Egipto para lo mejor de Roma...

—Egipto es un terreno conquistado, y como tal lo ocuparemos. Con el fin de prevenir abusos, quedará bajo mi control personal. Este suelo contiene demasiadas riquezas como para permitir que las usufructen individuos sin escrúpulos en perjuicio del estado. La nobleza romana no podrá viajar a Egipto con tanta facilidad como hasta ahora. Se acabaron los viajes de placer, terminaron los cruceros Nilo arriba. Nadie podrá viajar hasta estas tierras sin un salvoconducto rubricado con mi asentimiento.

Pero Dolabella continuaba murmurando en voz queda:

—Egipto es un terreno conquistado. El mundo entero es un terreno conquistado.

—En cuanto a sus habitantes, no les mostréis compasión alguna. No hagáis distinciones entre ricos y pobres, entre libres y esclavos. Pasad por las armas a todo aquel que se resista al poder de Roma. Y para ejemplo general, empezad con una crucifixión masiva. En los últimos días hemos apresado a muchos rebeldes. Al amanecer quiero verlos colgados en un campo de cruces que abarque hasta los límites del desierto. Y que el ejemplo sea imitado en todos los puntos de Egipto donde exista una guarnición romana.

Dolabella ni siquiera se inmutó. Habla vivido muchas jornadas tan triunfales como aquella. Había asistido, impasible, al escarmiento con que Roma celebraba su entrada en cualquier ciudad, su imposición sobre cualquier país. Inmensos campos de cruces que recordaban a los vencidos la implacable ley del vencedor.

—A sangre y fuego... —decía Octavio, complaciéndose en la espléndida visión de Alejandría desde la playa. Y al poco, añadió—: Esta ciudad tuvo la pretensión de parecerse a Roma. ¡Fue el sueño de un borracho! No volverá a suceder mientras yo esté con vida. Quiero hacer algo por Roma. Sí, Dolabella. Quiero convertirla en el centro absoluto de un imperio infinitamente más extenso que este que llegaron a soñar tantas mentes enfermas. Roma será el asombro de las épocas y, al mismo tiempo, personificará por entero a la nuestra. Y, ¿quién sabe?, acaso algún día podrán decir las crónicas que en una noche como la de hoy, en el Egipto conquistado, empezó la era de Augusto sobre el mundo.

Se oyó a lo lejos una orden del centurión Marco:

—¡Llevad a Menfis la pena de muerte para el príncipe Cesarión!

Los capitanes de la legión destacada en Menfis habían habilitado los subterráneos de un antiguo templo del dios Ptah como calabozos donde

mantener a buen resguardo a los egipcios que se habían atrevido a resistir durante las jornadas de la conquista. No podía encontrarse ratonera más segura que aquellas cuevas que en un pasado lejano habían servido como cuadras de los animales sagrados. Sobre la paja, entre la porquería, mezclándose con boñigas de excrementos que el tiempo se había cuidado de secar, yacían los desventurados que deberían sufrir el suplicio de la cruz al nacer el alba.

Totmés y Cesarión fueron trasladados a un calabozo igualmente lúgubre, pero separado de los demás por varios pasadizos que se perdían en la roca. El jefe de la guarnición había decidido mantenerlos en el anonimato, a fin de evitar que la identidad de Cesarión contribuyese a enardecer los ánimos del pueblo. De manera que nadie supo que el último Tolomeo iba a morir en el subsuelo de una ciudad donde muchos siglos atrás se encendieron los primeros fuegos del genio egipcio.

Los temores del oficial romano eran en cierto modo infundados. Pues hubiera sido difícil, sino imposible, reconocer al heredero del trono egipcio en aquel joven mercader cuyos lujosos atavíos árabes habían sido reducidos a la categoría de mugrientos harapos después de una penosa marcha a través de los desiertos, con las manos encadenadas a la cintura de su amigo. En cuanto a éste, nadie le habría reconocido como miembro de la sagrada orden de Isis, tanto habían crecido sus cabellos, el vello del pecho y una pobladísima barba negra. Pero ambos yacían en la oscuridad, sobre la paja y el estiércol, a la espera del instante supremo. El cual no tardaría en presentarse, según les habían anunciado sus guardianes.

Cesarión lloraba desesperadamente:

—Totmés, amigo mío. Tú me preparaste para ser hombre y para ser rey. ¿Por qué no me enseñaste a morir?

—Porque la muerte no existe, mi príncipe. Porque los milenios de Egipto han servido para que sepamos mirarla como una prolongación de

nuestros amores en la tierra. Como un lugar donde los amigos acaban convertidos en hermanos.

Y Totmés evocó para su príncipe las cosas bellas del pasado, los instantes placenteros que estaban destinados a reproducirse en la otra vida. Pero Cesarión continuaba llorando amargamente, porque se acordaba de aquel príncipe de la Sede de la Belleza, cuyo destino fue interrumpido por una muerte prematura. Y sabía que toda la belleza invocada por Totmés estaba destinada a morir con ellos y a quedar olvidada en la mente de los hombres.

El destino, que se complace en burlarse de los pueblos por encima de los siglos, jugaba una nueva ironía, agazapada tras la máscara de una crueldad implacable. Hacía ya muchos años —años perdidos en la aritmética del tiempo—, los cortesanos de Alejandro llegaron a las puertas de Menfis portando su cadáver sobre sus hombros, como si de un dios se tratase. Pretendían que el héroe divinizado descansase para siempre en aquella ciudad cuyo prestigio religioso había trascendido el paso de las épocas. Pero los sacerdotes de Menfis se negaron a dar cobijo a su cuerpo porque estaba escrito que traerla desgracias permanentes, guerras, discordias e infortunios al lugar que lo albergase. Y lo mandaron a su ciudad, a Alejandría, sueño bastardo nacido junto al mar inhóspito.

Y ahora el último monarca de aquella dudosa estirpe que naciese de un antojo de Alejandro, iba a morir en una Menfis tan devastada como la propia Alejandría y, como ella, destinada a la destrucción total y al olvido de los hombres.

En estas meditaciones se encontraba el príncipe cuando la puerta del calabozo se abrió para dar paso a dos soldados de aspecto soñoliento que portaban sendas antorchas. Y su luz, más tenebrosa aún que la propia oscuridad, iluminó de lleno a los dos condenados.

Entraron más hombres y luego otros y era como si toda una legión no

bastase para dominar a un joven de diecisiete años. Mas no tardaron en comprender que cualquier precaución era innecesaria. La víctima los contemplaba con expresión aterrada, todo su cuerpo temblaba en una única conmoción. Y hasta vieron que había perdido el pudor, pues se estaba orinando.

El llamado Cesarión dijo a su compañero:

—Enséñame a morir con dignidad, Totmés. ¡Te lo suplico!

—No puedo. Porque ni yo ni nadie va a exigírtela. Porque no es necesaria. Porque toda dignidad es mentira en esta hora.

Un centurión de rostro macilento y modales groseros tomó una enorme espada de filo negro y ordenó a los demás que acercasen al condenado.

Cesarión se desplomó en brazos del amigo. Y pese a la mirada burlona de los romanos continuó llorando y mordiéndose los labios febrilmente, como si intentase despertar de una atroz pesadilla.

—Yo he de avanzar contigo —le susurraba Totmés—. Yo estaré a tu lado. Y si tienes miedo yo tendré más. Y si lloras doblaré el caudal de tus lágrimas. Y cuando mueras, yo habré muerto mucho antes.

—Dame tu mano, Totmés. Porque en verdad has sido mi hermano.

Los vieron avanzar con paso tambaleante entre el pasillo que formaban los soldados. Un pasillo de corazas raídas, rostros mediocres, bocas que despedían la fetidez del vino, pero no sólo de aquella madrugada sino de muchas otras más. Y al ver el espanto reflejado en el rostro de Cesarión, uno de los soldados comentó que los egipcios no sabían morir con prestancia.

—¡Esta mierda es el hijo de Julio César y la gran reina Cleopatra! —exclamó otro soldado, escupiendo en el muro.

Al oírlo, Cesarión buscó desesperadamente la mirada de su amigo:

—No sé qué responderles, Totmés... Las palabras no me salen...

—¡Cómo podrían salir, mi pobre hermano! ¡Cómo podrían!

Era tal el dolor que le embargaba que clavó las uñas en un brazo desnudo de su príncipe y las hundió todavía más hasta hacerle sangre. Quería infligirle un dolor que, durante unos instantes, distrajese su atención del inmenso dolor que le aguardaba.

La espada del centurión cortó en un solo golpe el cuello del príncipe. La cabeza fue a caer sobre el ceno y el cuerpo, así decapitado, se desplomó una vez más en brazos de Totmés, que lo había sostenido hasta entonces. Y él abrazó aquel trozo de carne ensangrentada hasta que lo sintió en lo más profundo de sí mismo.

El cielo quedó vacío. El cielo fue una soledad inmensa. El cielo era una injusticia concebida por dioses burlones. Dioses egipcios, dioses griegos, dioses de Asia. No importaba su ascendencia. El cielo sólo era la boca inepta de un pobre mudo.

—¡Ah, crueles! —exclamó Totmés—. ¿Queréis dejarme con vida cuando todo mi mundo está muriendo a mi alrededor?

Amanecía ya al otro lado del río. La gran nave dorada de Ra había vencido a los demonios de la noche y se disponía a revitalizar el mundo con sus rayos. Pero en el alma de Totmés sólo había muerte. Y en sus oídos las groseras imprecaciones de los legionarios, que ya estaban sacando a los otros condenados para conducirlos a los límites del desierto, donde habían sido emplazadas las cruces.

Totmés se vio arrastrado hacia la fila siniestra. Y en la piel oscura de aquellos hombres, en sus facciones cortadas por cuchillos de agonía, reconoció todos los rostros de Egipto. Y supo que estaba entre los suyos, y junto a ellos avanzó hasta los inmensos arenales, empujado por los legionarios romanos, golpeado a cada síntoma de debilidad, insultado incluso.

Continuaron avanzando por la arena. El sol, que en el valle fuese tan

agradable, tenía allí una intensidad que quemaba los hombros desnudos y arrancaba la piel a tiras, como las tenazas que utilizan los curtidores. Y Totmés cayó varias veces sobre la arena y cada vez sintió la violencia del látigo sobre sus espaldas.

Cuando llegaron a la zona de la ejecución, elevó los ojos al cielo y esperó una respuesta. Sólo oía los gemidos de las víctimas y el martilleo de los soldados, que empezaban a clavarlos en los maderos. El cielo continuaba mudo. Y otros soldados ya habían terminado de cavar los hoyos donde debían ser plantadas las cruces.

El sol ponía entre Totmés y el mundo una cortina de niebla ardiente, caliginosa, que hacía vacilar las formas como si fuesen objetos entrevistados desde el fondo de un estanque. Pero en la inmensa soledad del desierto, soledad apenas interrumpida por los condenados y sus verdugos, se perfilaban ahora unas formas que no por lo difusas dejaban de ser familiares.

Eran líneas abstractas que, al concretarse, formaban una especie de escalera levantada hacia el cielo. Líneas ascendentes de tres moles gigantescas, tan antiguas como el nacimiento de los dioses.

Pero Totmés no pudo ver más. Los soldados le desnudaron y le obligaron a tenderse sobre un madero. Acto seguido, con la rapidez de la rutina, le atravesaron las muñecas con dos clavos y, cuando todavía estaba gimiendo en los estertores de aquel dolor atroz, sintió que le izaban con cuerdas poderosas hasta que el madero quedó fijado en el árbol de la cruz. Entonces clavarón sus pies en él y reconocieron que acababan de hacer un buen trabajo.

En la inmensa soledad del suplicio Totmés buscó un recuerdo al que acogerse. Pero a su alrededor todo era desolación. La soledad acababa triunfando incluso sobre la agonía. No tenía a nadie a quién dirigirse: los seres que habían poblado su vida desaparecían, prisioneros del tiempo,

víctimas de la desolación del tiempo, perdidos para siempre en el olvido. Y lloró con mayor amargura al comprender que la nada acabaría triunfando sobre el mundo que había conocido.

Intentó alzar la cabeza, dirigir los ojos hacia el sol divino, embeberse con su fuerza antes de iniciar su viaje a las oscuras cavernas que no tienen regreso. Pero el sol brillaba con tanta intensidad que le cegó completamente. Y al cabo de unas horas todo su cuerpo era una brasa encendida, una ampolla enorme, a punto de reventar y más dolorida por no hacerlo.

Súbitamente, las tres moles gigantescas que había entrevisto antes de que le clavasen en la cruz volvieron a insinuarse en la distancia. No le eran desconocidas. Por el contrario, surgían como una memoria muy lejana, recordándole algo que se le apareció en la remota pureza de su adolescencia, cuando los sacerdotes le confiaron a la Gran Revelación. Una luz más intensa que el propio sol, más ambigua que los propios dioses; una luz que no estaba supeditada a las necesidades de los hombres, ni siquiera a los antojos del tiempo.

Quiso correr hacia aquella última y diáfana manifestación de la vida. Hacía esfuerzos titánicos para mover las manos, para arrancarlas de la cruz e iniciar así su nuevo camino. Pero era en vano. Continuaba clavado al instrumento de su suplicio, y todo cuanto podía hacer era arrojar el cuerpo hacia delante, en un desesperado intento para que su pecho alcanzase la luz, para que lo acariciasen sus rayos absolutos.

El rayo que solía atravesar su memoria con instantáneas dispersas de su vida le devolvió ahora el rostro de Cesarión, la sonrisa de la reina Cleopatra, los ojos vacíos del arpista Ramose, el delicado runruneo de las sedas en los plácidos crepúsculos de Alejandría...

Y a medida que el mundo se desdibujaba ante sus ojos moribundos, las líneas del horizonte acabaron de perfilarse y la escalera dirigida hacia

el cielo se completó con unas formas totales, rotundas, que vinieron a exponerle en un instante toda la vejez de Egipto. Porque eran tres pirámides que permanecían en medio de la soledad desde mucho antes de cuanto la memoria del hombre era capaz de recordar.

El tiempo volvía sobre sí mismo. El tiempo le hizo cabalgar sobre el rayo de la memoria y se encontró de nuevo en la terraza de un santuario egipcio, escuchando las palabras de un noble caballero que había inventado para él una vida entera y una misión en el mundo. La vida era aquella muerte. La misión, acarrear sobre sus hombros el tiempo eterno de Egipto.

—¡No todo es olvido! —exclamó, negando sus propias palabras del pasado—. ¡No todo es olvido en manos del tiempo!

Recitó por última vez las palabras sagradas, unió su voz al catálogo de los milenios, a las canciones del arpa de Ramose, al murmullo de las flores rojas cuando la brisa del Nilo besa sus pétalos...

Cerró por fin los ojos, crucificado a solas con sus recuerdos, pero guardando en su alma errante aquella última visión de las tres pirámides, supervivientes de la eternidad, garantes del recuerdo. Y murió con una sonrisa tan hermosa que hasta la Gran Esfinge quiso contemplarla para aprender a sonreír.

Dejó tras de sí algo que había llegado mucho antes que él: algo que sobreviviría más allá de la destrucción, más allá de la tiranía: una presencia de Egipto destinada a permanecer de pie cuando el poder de Roma no fuese más que polvo en el polvo de los siglos. Una presencia que era la memoria eterna de los pueblos y la victoria del hombre contra los crímenes del tiempo.

Pues desde los siglos más remotos está escrito:

*el hombre teme al tiempo
y el tiempo sólo teme a las pirámides.*

Alto Nilo-Ventalló-Barcelona, 1986.



TERENCI MOIX, pseudónimo de Ramón Moix Messeguer, nació en Barcelona el 5 de enero de 1942. Es hermano de la también escritora y editora Ana María Moix.

Terenci Moix estudió comercio, recibió lecciones de taquigrafía, dibujo topográfico y arte dramático, y realizó varios oficios antes de dedicarse a la escritura: desde administrativo, hasta vendedor de libros o asesor literario.

Publicó dos novelas policíacas con el pseudónimo de Ray Sorel en 1963: *Besaré tu cadáver* y *Han matado a una rubia*.

Pasó el año 1964 en Londres. De vuelta a España, trabajó para la editorial Destino y realizó varias traducciones. En 1968 obtuvo el premio Víctor Catalá por *La torre dels vicis capitals* y a partir de este momento la obra de Terenci Moix marcaría un hito en la literatura catalana contemporánea. Su carrera literaria, en la que combinó la escritura en castellano y en catalán. Moix se convirtió en uno de los escritores más

leídos de la literatura española tras la publicación de *No digas que fue un sueño* (Premio Planeta 1986), con más de un millón de ejemplares, dándole continuación en *El sueño de Alejandría* (1988).

En 1992 publicó *El sexe dels àngels*.

Su obra navega entre la crítica y la mitificación de la cultura catalana, los valores de la época franquista, la educación religiosa y el sexo. Fue un apasionado del cine y de la historia del antiguo Egipto.

Como colaborador en publicaciones periódicas, escribió en Tele-Exprés, Tele-Estel, El Correo Catalán, Destino, Nuevos Fotogramas, Serra d'Or y El País.

Plasmó su biografía en una trilogía denominada *Memorias del peso de la paja*.

Murió en abril de 2003 de un enfisema pulmonar. Las cenizas del escritor fueron dispersadas en la bahía de Alejandría, no lejos del legendario Faro, y fue entregada su obra completa a la Biblioteca de Alejandría en un acto oficial, tal como había soñado el propio autor años atrás en su novela *El sueño de Alejandría*.

NOTAS

[1] Actual Dendera. <<

[2] Actual Valle de las Reinas. <<

[3] Filotas de Amfisa, amigo del abuelo de Plutarco cuyo testimonio sirve de base a la *Vida de Antonio*, de este autor. <<